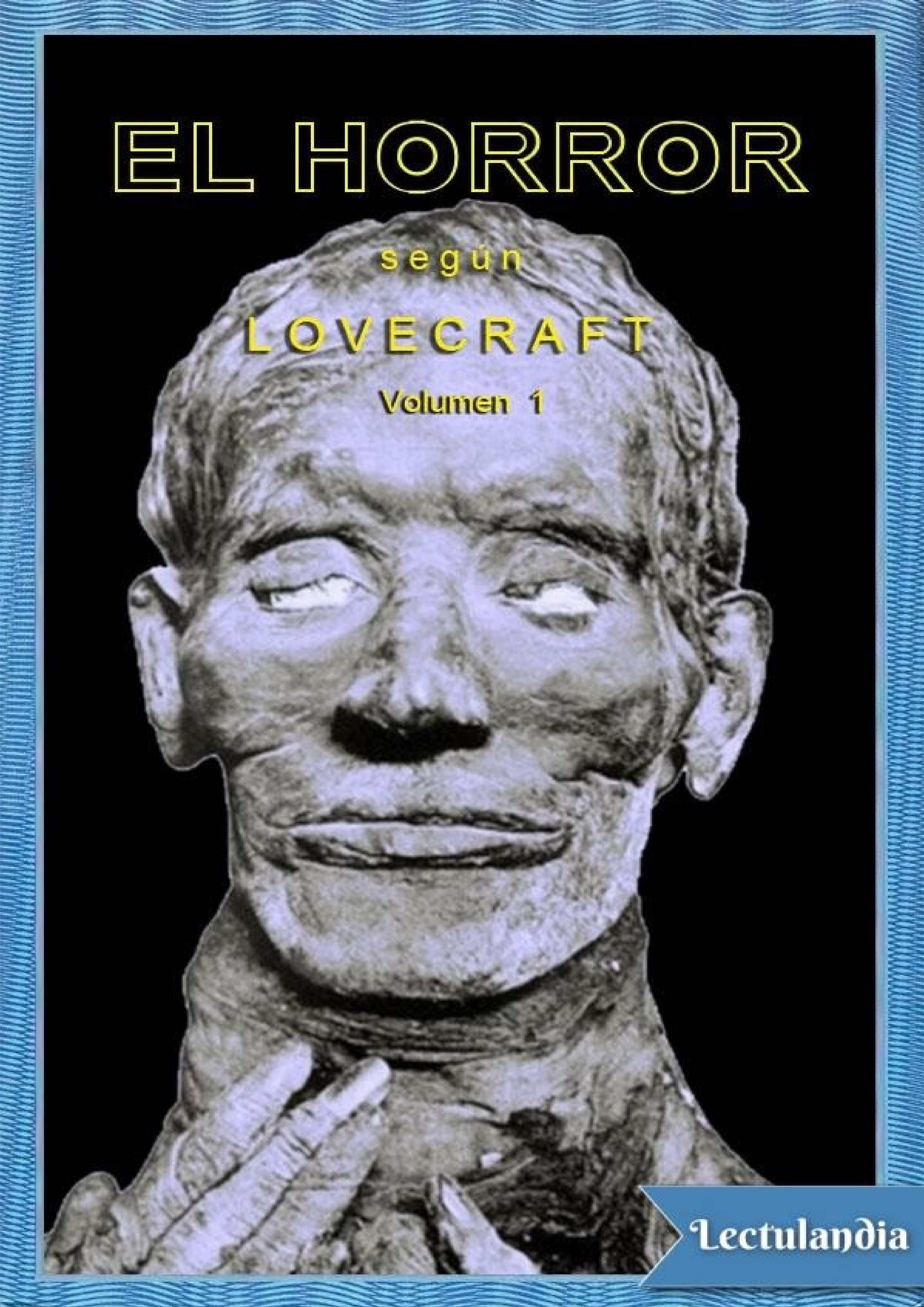

EL HORROR
según
LOVECRAFT
Volumen 1
Lectulandia

Además de autor de una ingente obra en el dominio del terror y lo sobrenatural, H. P. L. fue un contumaz lector y un apasionado teorizador de ese género tan denostado como popular. Si su ensayo Supernatural Horror in Literature constituye posiblemente el más completo y logrado estudio jamás escrito acerca de la ficción espectral, en su más que voluminosa correspondencia dejó amplia y fehaciente constancia de sus continuas reflexiones sobre un género que amó y conoció a fondo.

La presente antología ofrece, a través de una cuidada selección de los relatos favoritos de Lovecraft, un panorama bastante completo y riguroso del horror en la literatura desde sus inicios en el siglo XVIII hasta los pasados años treinta, fecha tope impuesta por la desaparición de nuestro autor.

Este primer volumen abarca desde los albores, apogeo y últimos coletazos de los góticos —Mrs. Barbauld, Ann Radcliffe, M. G. Lewis, De Quincey, Waker Scott, Mary W. Shelley y los americanos Hawthorne y Brockden Brown— a los inicios del moderno cuento de miedo en las postrimerías del siglo pasado —Maupassant en Francia y Ambrose Bierce en los Estados Unidos—, pasando por el inevitable Poe (predilecto de H. P. L. desde que lo descubriera a los ocho años), así como su discípulo el irlandés nacionalizado norteamericano F. J. O'Brien (el llamado «Poe celta»), los hoffmanianos franceses Erckmann-Chatrian, el máximo exponente de la ghost story victoriana Le Fanu y los ocasionales aunque notables cultivadores del género terrorífico Kipling, F. Marion Crawford y Charlotte Perkins Gilman, cuya singular aportación tan decisiva fue para su posterior desenvolvimiento.

Lectulandia

AA. VV.

El horror según Lovecraft

Volumen 1

El ojo sin párpado - 13

ePub r1.0
orhi 25.10.15

Título original: *El horror según Lovecraft*
AA. VV., 1988
Traducción: José Luis López Muñoz & Juan Antonio Molina Foix & Francisco Torres Oliver & Carmen VirgiLi

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

INTRODUCCIÓN

H.P.L. Y SUS FANTASMAS

Atravesó el puente y los fantasmas
salieron a su encuentro.
«Drácula»

LA inclinación de Lovecraft por lo sobrenatural, que él mismo definió como «una característica de la personalidad cuyo origen solamente puede rastrear un psiquiatra o un biólogo», no se circunscribió únicamente a su ingente obra, cuya importancia e influencia ha ido en aumento con el paso de los años. Impregna su vida entera y aflora en todas y cada una de las actividades en que se vio envuelto. Bien sea a través de frecuentes comentarios en buena parte de sus más de cien mil cartas (cifra apabullante que supone por lo menos la dedicación de la mitad de su tiempo productivo), como motivo de inspiración poética (generadora de una tenebrosa y original cosmogonía), o como tema de reflexión de la mayoría de sus artículos y conferencias, el terror ha preocupado siempre a nuestro escritor. Pocos cultivadores del género habrán dedicado tanto tiempo como él a estudiarlo, comprenderlo y desarrollarlo. Incluso en el ejercicio de su principal ocupación remunerada —irónicamente la ingrata profesión mercenaria de «ghost-writer» (lo que nosotros solemos llamar «negro»)— se vería reducido a los temas fantásticos que tan bien conocía.

No es de extrañar, pues, que su trabajo más extenso fuera precisamente una apasionada defensa e ilustración del género preternatural, que él presenta como una deslumbrante victoria del espíritu frente a la materia, una restitución de la facultad de soñar, de crear mundos propios, de expresar sus mismos fantasmas para exorcizarlos.

«Supernatural Horror in Literature», el más ambicioso, completo y acertado estudio jamás escrito acerca de la ficción espectral, fue elaborado en sucesivas etapas a lo largo de casi diez años lo que confirma una vez más el interés del autor por el tema, máxime si se tiene en cuenta que tan ardua empresa estaba destinada a una revista de aficionados de escasa difusión y no le iba a reportar ningún beneficio económico.

Nació de un encargo de un amigo suyo, W. Paul Cook, que acababa de fundar una revista amateur, «The Recluse», y necesitaba un plato fuerte para el primer número. En los casi dos años que transcurrieron hasta su publicación, el texto fue aumentando sin cesar, y así continuaría hasta la muerte de Lovecraft, quedando en cierta manera inacabado. Entre 1933 y 1935 aparecieron diecisiete extractos,

muchos de ellos corregidos y ampliados, en la revista «Fantasy Fan». La edición definitiva la publicaron en 1939 sus albaceas August Derleth y Donald Wandrei en la mítica Arkham House, convirtiéndose a partir de entonces en un texto fundamental.

Al escribirlo, H.P.L. buceó en sus orígenes y se creó una familia literaria, descubriendo su parentesco con otros escritores que vivieron en épocas distintas pero que tuvieron sus mismas obsesiones e idénticos sueños. Constituye una confesión muy personal acerca de los libros que más influyeron en él: sus lecturas favoritas, que él mismo califica de «poco metódicas», sin dejar de reconocer en ellas «lamentables omisiones».

A través de este singular repertorio de libros queridos, que «vivían y le hablaban» (en feliz expresión de Henry Miller), y cuyas lagunas u olvidos se ven ampliamente compensados por el placer que él muestra al comentarlos, Lovecraft no sólo presenta un panorama bastante completo del terror en la literatura, sobre todo en lengua inglesa, sino que traza un bosquejo y analiza a fondo el género, desglosando y estudiando los principios que —según él— rigen su elaboración. Tarea que luego completaría y profundizaría todavía más en otro artículo, «Notes on the Writing of Weird Fiction», publicado póstumamente (mayo-junio de 1937) en la revista «The Amateur Correspondent» y recogido al año siguiente en el lujoso opúsculo el medio centenar de páginas «The Notes and Commonplace Book Employed by the Late H.P. Lovecraft, Including his Suggestions for Story Writing, Analysis of Weird Story and List of Certain Basic Underlying Horrors, etc., Designed to Stimulate the Imagination», editado por R. H. Barlow en California para coleccionistas, exégetas y nostálgicos del Abuelo.

«La necesidad del relato de terror como forma literaria» es la primera conclusión a la que llega, «ya que el sentimiento de terror es una emoción auténticamente humana» y «el objetivo de toda narración es reflejar alguna emoción». «Este tipo de ficción —prosigue H.P.L.— debe ser realista y atmosférica, sin perder nunca de vista que el escenario, el ambiente y los prodigios son más importantes para el efecto que se desea causar que los personajes y la trama. El impacto de una narración terrorífica reside sencillamente en la violación de una ley cósmica considerada como absoluta: una huida imaginativa de la realidad.»

Luego da un repaso a las diferentes normas que debe seguir este tipo de narración. Por un lado «los horrores mostrados deben ser originales: la utilización de leyendas y mitos conocidos hace que el relato pierda fuerza»; y «en relación con el prodigio principal, los personajes mostrarán la misma emoción irresistible que mostrarían en la vida real ante semejante prodigio». Además, es conveniente «eliminar todos los excesos posibles: palabras, párrafos y episodios enteros»; y, sobre todo, «evitar escuetos catálogos de sucesos increíbles, que pueden no significar nada más que una simple envoltura simbólica o colorista».

Finalmente define lo que él entiende por terror cósmico u horror sobrenatural: «una profunda impresión de suspensión de las leyes naturales, o la presencia de

mundos invisibles o fuerzas ocultas». Horror, porque expresa otro mundo que resulta ser el nuestro, como un espejo que reflejara nuestros propios fantasmas y demonios interiores. Sobrenatural, porque debe proceder de un más allá donde las pesadillas no son reales, y por eso aprisionan al lector, impotente para defenderse. «Este tipo de literatura de miedo —añade— no debe confundirse con otro idéntico en su forma pero en el fondo completamente diferente: el del mero miedo físico y del horror mundano… El verdadero cuento preternatural… debe contener cierta atmósfera de intenso e inexplicable temor a las fuerzas exteriores y desconocidas, y alguna alusión… a la más terrible invención del cerebro humano: la maligna y particular suspensión o transgresión de las leyes establecidas de la naturaleza.»

Aunque el talento de Lovecraft no parece muy adecuado a la crítica sesuda (cuando pasa revista a los relatos ofrece más bien una «impresión» dramática de ellos que un riguroso análisis en profundidad), una vez embalado en su teorización, se atreve a establecer criterios valorativos acerca de este tipo de literatura. «No debemos juzgar un cuento preternatural —afirma— por la intención del autor, ni por la pura mecánica de su trama, sino por el nivel emocional que alcanza en su aspecto menos terreno.» Y culmina la brillante faena con el brindis de una prueba infalible para reconocer un verdadero cuento preternatural: «ver si ha despertado o no en el lector un profundo sentimiento de pavor y de contacto con esferas y poderes desconocidos»; si ha suscitado en él «una sutil actitud de temerosa atención, como la que sostendría ante el batir de unas alas negras o el arañar de unas formas y entidades exteriores en los más remotos confines del universo conocido». En definitiva se trataría, según él, de lograr una «intangible sutileza de atmósfera y colorido» mediante «una estudiada elección (realmente poética) de frases y palabras cadenciosas, y un minucioso y selectivo cuidado en los mil y un detalles casi invisibles que se agregan al tras fondo realista».

Nuestra antología de relatos favoritos de Lovecraft no la ha seleccionado personalmente el escritor de Providence. Su nula celebridad en vida le negó solvencia como antólogo. Lo más parecido que hizo fue elaborar una lista de preferencias personales, acompañada de escuetos comentarios, en el artículo «Favorite Weird Stories of H.P.L.» que le publicó «The Fantasy Fan» en octubre de 1934, simultáneamente a la reedición por entregas de su «Supernatural Horror in Literature». Aparte de estas dos fuentes, se ha tenido en cuenta el abundante material incluido en los cuatro tomos de cartas escogidas (1919-1937) primorosamente editados en los años sesenta por Derleth & Wandrei en Arkham House.

La selección recogida en estos dos volúmenes abarca desde los comienzos góticos hasta la época de Lovecraft, y en ella se ha preferido el orden cronológico de los relatos y no el de los autores. Además de los imprescindibles Poe, Machen, Blackwood o Dunsany, de los que se ha elegido el texto favorito de H.P.L. aun a

riesgo de ser reiterativos, he procurado incluir relatos inéditos en castellano e incluso autores prácticamente desconocidos o no habituales dentro del género. Me he permitido también algunas licencias con escritores insuficientemente valorados por Lovecraft (posiblemente por desconocimiento, debido a su falta de método en las lecturas), casos de Le Fanu o de Quincey, y así mismo me he visto obligado a prescindir de otros excesivamente conocidos, así como a incurrir en ciertas omisiones involuntarias, motivadas unas veces por circunstancias imponderables cuando no por irresolubles problemas de derechos de autor.

La gran cantidad de novelas que Lovecraft destaca como hitos fundamentales del horror en la literatura, dificultaba enormemente la representación en esta antología de ciertos autores capitales en ese dominio. Obviando casos evidentes como «Drácula» o «Frankenstein», harto conocidas, he resuelto el dilema incluyendo fragmentos cuidadosamente elegidos (respetando en lo posible las preferencias de H.P.L.) de algunas de las más significativas, prefiriendo otras veces su sustitución por relatos equiparables en calidad, a poder ser inéditos o escasamente difundidos. Como colofón se ha juzgado conveniente incluir una muestra del quehacer de Lovecraft, a fin de testimoniar su crucial aportación al género, así como posibilitar las comparaciones mutuas y la verificación de su mayor o menor sometimiento a las normas que él mismo dictara.

J. A. Molina Foix

El horror
según
H. P. Lovecraft

Anne Laetitia Barbauld

SIR BERTRAND

(Sir Bertrand, 1773)

Lovecraft sitúa el nacimiento del cuento de horror como género literario autónomo en 1764, año de publicación de «El castillo de Otranto», de Horace Walpole, punto de partida de lo que se vendría a llamar novela gótica o negra. Sin embargo, descalifica la citada obra sin ambages ni paliativos («tediosa, artificial, melodramática, prosaica, acartonada»), lo mismo que a su autor («intrínsecamente inepto»), mostrando su preferencia por sus seguidores, entre los que destaca a la señora Barbauld.

Hija de un maestro rural inglés, Anne Laetitia Aikin (1743-1825) comenzó escribiendo versos e interesándose por los temas sobrenaturales antes de dedicarse por entero a la literatura educativa, a raíz de su boda con el clérigo (y también maestro) francés Rochemont Barbauld. «Sir Bertrand» es tan sólo un fragmento incompleto de una novela inconclusa y fue publicado en una antología de relatos góticos, prologado por su propio ensayo «On the Pleasure Derived from Objects of Terror», primer intento de elaboración de una estética de lo horripilante, más tarde formulada por los románticos, encabezados por Shelley. Calificado de «excelente» por el propio Walpole, se trata de un relato gótico —rigurosamente inédito en castellano— que, sin rehuir por completo las convenciones del género (castillo feudal, gestos desmesurados, acumulación de efectos sobrenaturales, etc.), prefiere aventurarse por los tenebrosos vericuetos de la angustia ante lo desconocido, logrando —en palabras de Lovecraft— «pulsar las cuerdas del auténtico terror con mano nada torpe».

SIR BERTRAND[1]

(fragmento)

SIR Bertrand dirigió su corcel hacia la planicie, con la esperanza de poder atravesar tan siniestros páramos antes del toque de queda. Pero, antes de que hubiera recorrido la mitad de su camino, la variedad de senderos le desconcertó; y, no pudiendo alcanzar con la vista más que el pardo brezal en torno suyo, estaba indeciso acerca del camino que debía tomar. En esa situación le sorprendió la noche.

Era una de esas noches en que la luna apenas horada con su débil claridad las espesas nubes negras de un cielo encapotado. De vez en cuando emergía de sus velos en todo su esplendor, y al instante se ocultaba tras ellos, no permitiendo contemplar al desesperado Sir Bertrand más que una vasta extensión de tierra desolada.

Durante algún tiempo la esperanza y el valor nato le impulsaron a seguir adelante, pero, finalmente, la creciente oscuridad y la fatiga de cuerpo y mente le superaron. Temiendo abandonar el lugar en donde se encontraba por miedo a caerse en algún pozo o cenagal desconocido, desmontó de su caballo, desesperado, y se arrojó al suelo.

No había permanecido mucho tiempo en esa posición cuando el lúgubre tañido de una campana lejana golpeó sus oídos. Puesto en pie, se volvió en dirección al sonido y percibió el centelleo de una luz mortecina. Al instante asió las bridas de su caballo y con paso cauteloso se dirigió resueltamente hacia el resplandor. Tras una penosa marcha, le detuvo un foso fortificado que rodeaba el lugar de donde procedía la luz, y la momentánea aparición de la luna le permitió vislumbrar una vasta mansión antigua, con torres en las esquinas y un amplio porche en el centro.

Por todas partes se advertían de un modo ostensible los estragos del tiempo. El tejado se había derrumbado en varios sitios, las almenas estaban medio derruidas, y las ventanas rotas y desarmadas. Un puente levadizo, con una ruinosa puerta en cada extremo, conducía al patio delantero del edificio. Sir Bertrand entró y, al instante, la luz, que provenía de una de las ventanas de las torres, se alejó hasta desaparecer. Simultáneamente la luna se ocultó detrás de una nube negra y la noche se hizo más oscura que nunca.

Todo estaba en silencio. Sir Bertrand ató su corcel bajo un cobertizo y, aproximándose a la casa, recorrió su fachada de puntillas. Había un silencio de muerte. Miró por las ventanas más bajas pero no pudo distinguir ningún objeto a través de las impenetrables tinieblas. Tras una breve deliberación, penetró en el porche y, cogiendo la pesada aldaba de hierro, la levantó con vacilación y, finalmente, propinó un sonoro golpe.

El ruido resonó por toda la mansión con ecos sepulcrales. De nuevo reinó el silencio. Repitió los golpes con más firmeza y estrépito, y siguió otra pausa. Por tercera vez llamó, y por tercera vez reinó el silencio. Sir Bertrand retrocedió, entonces, una cierta distancia para comprobar si se veía alguna luz en la fachada. De nuevo apareció la luz en el mismo lugar, y rápidamente se desvaneció como antes. En ese mismo momento sonó en la torre un siniestro y profundo tañido.

Sir Bertrand sintió que su medroso corazón dejaba de latir, y permaneció inmóvil algún tiempo. Luego, el terror le impulsó a correr hacia su montura, pero la vergüenza detuvo su huida y, apremiado por el honor y un imperioso deseo de concluir su aventura, volvió al porche. Recobrando todo su valor y resolución, desenvainó su espada con una mano y con la otra elevó el picaporte de la puerta. Los pesados batientes, rechinando en sus goznes, se resistían a su mano, no cediendo hasta que recurrió a su espada. Nada más entrar él, la puerta se cerró con un estrepitoso golpe seco.

Sir Bertrand sintió que la sangre se le helaba en las venas. Se volvió hacia la puerta y sus temblorosas manos tardaron un rato en encontrarla, pero fue incapaz de abrirla de nuevo pese a reunir todas sus fuerzas. Tras varias tentativas infructuosas, miró a sus espaldas y contempló, sobre una gran escalera al otro lado del vestíbulo, una pálida llama azulada que difundía un siniestro resplandor en derredor. Haciendo de nuevo acopio de todo su valor, se dirigió hacia la luz, pero ésta se alejó.

Sir Bertrand llegó al pie de la escalera y, tras una breve vacilación, procedió a subir despacio, siguiendo la llama, que se alejaba de él, hasta llegar a un gran corredor que aquélla recorrió en toda su extensión. Mudo de espanto, el caballero siguió la llama, caminando precavidamente pues le asustaba el ruido de sus propios pasos. La llama le condujo hasta el pie de otra escalera, y luego desapareció. Al mismo tiempo resonó en la torre un nuevo tañido de campanas que hizo estremecer el corazón de sir Bertrand.

Encontrándose completamente a oscuras, empezó a subir la segunda escalera con los brazos extendidos. Su mano izquierda se topó con otra mano, mortalmente helada, que le agarró firmemente y le arrastró hacia adelante. En vano trató de soltarse; luego, dio un furioso redoble con la espada y, al instante, un estrepitoso chillido desgarró sus oídos mientras sentía que la helada mano aflojaba su presión. Se soltó de ella y se precipitó hacia adelante con desesperado coraje.

Los escalones de la angosta escalera de caracol estaban llenos de grietas y fragmentos sueltos de piedra. La escalera se estrechaba cada vez más y terminaba en una pequeña cancela de hierro. Sir Bertrand la abrió de un empujón. Conducía a un intrincado y sinuoso pasadizo, al cual únicamente se podía acceder arrastrándose sobre pies y manos a la luz de un resplandor mortecino. Sir Bertrand entró. Un profundo y sepulcral gemido resonó a lo lejos en la bóveda. El caballero siguió adelante y, pasado el primer recodo, percibió la misma llama azulada que le había guiado hasta allí. Finalmente, el pasadizo se ensanchó de improviso, transformándose

en una amplia cripta, en medio de la cual apareció una figura, completamente armada, mostrando un sangriento muñón con amenazador gesto de desaprobación y blandiendo en su única mano una espada.

Impávido, sir Bertrand dio un salto hacia delante y le asestó un feroz golpe. Pero la forma se desvaneció súbitamente, dejando caer una llave de hierro macizo. La llama se había detenido ahora frente a una puerta al final del pasadizo. Sir Bertrand se dirigió hacia ella, introdujo la llave en la cerradura de bronce y la hizo girar con dificultad. En seguida se abrieron los batientes descubriendo un vasto aposento, al fondo del cual yacía un ataúd sobre un catafalco, con una vela ardiendo a cada lado. Había por toda la estancia gigantescas estatuas de mármol negro, ataviadas a la usanza morisca y sosteniendo enormes sables en su mano derecha»

Al entrar el caballero, cada una de las estatuas levantó el brazo y avanzó un paso al frente. En ese mismo momento se abrió de repente la tapa del ataúd y la campana llamó a difuntos. La llama avanzaba todavía y sir Bertrand la siguió resueltamente hasta unos seis pasos del féretro. Súbitamente, se alzó del ataúd una dama cubierta por un sudario y un velo negros, con los brazos extendidos hacia él, y, a la vez, las estatuas batieron sus sables y avanzaron en dirección a él.

Sir Bertrand se abalanzó contra la dama y la estrechó entre sus brazos. Ella se levantó el velo y le besó en los labios. Al momento, todo el edificio fue sacudido como en un terremoto y se derrumbó en medio de un horrible estruendo.

Sir Bertrand quedó sumido en un repentino trance y, al recuperarse, se encontró sentado en un sofá de terciopelo, en la habitación más suntuosa que jamás hubiera visto, iluminada por innumerables velas sobre arañas de puro cristal. Un suntuoso festín estaba dispuesto en el centro de la estancia.

A los sones de una suave música, se abrieron las puertas y entró una dama de incomparable belleza, ataviada con asombroso esplendor, seguida por una tropa de alegres ninfas más hermosas que las Gracias. La dama avanzó hacia el caballero y, cayendo de rodillas ante él, le agradeció su liberación. Las ninfas le colocaron en la cabeza una guirnalda de laurel y la dama le condujo de la mano hasta la mesa del banquete, donde tomó asiento a su lado. Las ninfas ocuparon su lugar en la mesa y una larga procesión de criados vino a servirles, a los sones de una deliciosa música. Sir Bertrand estaba mudo de asombro y sólo podía devolver las atenciones con miradas y gestos corteses.

[…]

Ann Radcliffe

LOS MISTERIOS DE UDOLPHO

(The Mysteries of Udolpho, 1794)

Prototipo de la novela gótica en su primera etapa, «Los misterios de Udolpho» consagró a su autora, Ann Word Radcliffe (1764-1823), como la más eximia cultivadora del nuevo género literario. La que fuera saludada por Walter Scott como «primera poetisa de la ficción romántica» consiguió poner de moda la novela gótica en las postrimerías del siglo XVIII *y su influencia no sólo es rastreable en sus ilustres epígonos M. G. Lewis y Maturin sino que alcanzó a escritores como Byron, Shelley y las hermanas Brontë.*

De esta «nueva luminaria» del terror Lovecraft destaca sobre todo su «imaginación visual», reflejada «tanto en sus deliciosas pinceladas paisajísticas… como en sus fantasías espectrales», así como su instauración de «nuevas pautas en lo concerniente a la creación de una atmósfera macabra y aterradora, a pesar de su irritante manía de destruir al final sus propios fantasmas mediante penosas explicaciones mecanicistas».

«Los misterios de Udolpho» es una extensa novela, irregular y a veces farragosa, que narra las vicisitudes de una típica heroína sadiana: una virtuosa doncella huérfana, perseguida y ultrajada por un cruel villano latino en un tenebroso castillo en los Apeninos, del que huye para caer en otro no menos siniestro y repleto de portentos y horrores. El fragmento aquí seleccionado corresponde a un episodio prácticamente autónomo dentro de la intrincada trama (corresponde a los capítulos VI y parte del VII del volumen 4), que ha sido descrito por William Hazlitt como «el mejor regalo que la pluma de la Sra. Radcliffe ha proporcionado a los amantes de lo maravilloso y lo terrible».

LOS MISTERIOS DE UDOLPHO[2]

(fragmento)

EL conde ordenó que se abrieran los aposentos del ala norte y fueran preparados para recibir a Ludovico. Pero Dorothée, recordando lo que allí había presenciado últimamente, temía obedecer y, al no osar ni uno solo de los demás criados aventurarse allá, las habitaciones permanecieron cerradas hasta la hora en que Ludovico debía retirarse a pasar la noche, momento que toda la casa esperaba con la mayor impaciencia.

Después de la cena, Ludovico, por orden del conde, se reunió con él en su gabinete, en donde permanecieron solos casi media hora. Al marcharse, su señor le entregó una espada.

—Ha prestado servicio en disputas mortales —dijo el conde jocosamente—. No dudo que la usarás honorablemente en una de orden espiritual. Mañana hazme saber que no queda ni un solo fantasma en el castillo.

Ludovico asintió con una respetuosa reverencia.

—Seréis obedecido, mi señor —dijo—. Me encargaré de que a partir de esta noche ningún espectro disturbe la paz del castillo.

Luego volvieron al comedor, en donde les esperaban los invitados del conde para acompañarles a los aposentos del ala norte. Convocada Dorothée, le entregó las llaves a Ludovico, quien entonces encabezó la comitiva, formada por la mayoría de los moradores del castillo. Al llegar a la escalera trasera, varios criados, acobardados, se negaron a continuar adelante, pero el resto le siguió hasta arriba, donde un amplio rellano les permitió agruparse en derredor, mientras él insertaba la llave en la cerradura, acto que contemplaron con anhelante curiosidad como si estuviera realizando algún mágico ritual.

Poco acostumbrado a la cerradura, Ludovico no consiguió darle la vuelta, y fue llamada Dorothée, que había quedado rezagada, y su mano abrió lentamente la puerta. La sirvienta miró de soslayo al interior de la lúgubre cámara, profirió un repentino grito y se retiró. Ante esta señal de alarma, la mayor parte del grupo corrió escaleras, abajo, dejando solos para continuar la pesquisa al conde, a Henri y a Ludovico, quienes de inmediato se precipitaron en el aposento: Ludovico con la espada desenvainada, acción para la que tuvo el tiempo justo, el conde con un farol en la mano, y Henri llevando una cesta con provisiones para el valeroso aventurero.

Después de echar una ojeada rápida a la primera habitación, en donde nada parecía justificar la alarma, pasaron a la segunda; y estando también aquí todo tranquilo, continuaron a una tercera con paso más atemperado. El conde tuvo ahora

tiempo de sonreír por la agitación en la que había sido sorprendido, y le preguntó a Ludovico en qué habitación pensaba pasar la noche.

—Hay varias cámaras aparte de éstas, *excellenza* —dijo Ludovico, señalando una puerta—, y en una de ellas hay una cama, según tengo entendido. Pasaré allí la noche, y cuando me canse de vigilar me echaré un rato.

—Bien —dijo el conde—, sigamos. Como ves, en estos aposentos no hay más que paredes húmedas y muebles podridos. He estado tan ocupado desde mi llegada al castillo, que no los he examinado hasta ahora. No te olvides, Ludovico, de decirle mañana al ama de llaves que abra estas ventanas. Las colgaduras de damasco se están cayendo a pedazos; las haré quitar, y estos anticuados muebles también.

—Señor —dijo Henri—, aquí hay un sillón tan dorado que más que a otra cosa se parece a una lujosa pieza del Louvre.

—Sí —dijo el conde, deteniéndose un momento a examinarlo—, existe una historia relacionada con él, pero no tengo tiempo para contarla. Sigamos, son más habitaciones de las que pensaba y hace muchos años que estuve en ellas por última vez. Pero ¿dónde está la alcoba de la que hablabas, Ludovico? Éstas son las antecámaras del gran salón. Las recuerdo en todo su esplendor.

—Según me dijeron, mi señor —contestó Ludovico—, la cama está en un aposento al que se entra desde el salón y donde concluye el ala norte.

—¡Oh!, aquí está el salón —dijo el conde, entrando en el espacioso aposento en el que habían descansado Emily y Dorothée. Permaneció allí un momento, observando las reliquias que todavía exhibía de su pasada grandeza: los suntuosos tapices, los sofás bajos y largos de terciopelo con molduras copiosamente talladas y doradas, el suelo incrustado de pequeñas baldosas de fino mármol y cubierto en el centro por un tapiz ricamente elaborado, las vidrieras de los ventanales y los grandes espejos venecianos, de un tamaño y una calidad que en aquella época Francia no podía igualar, y que reflejaban el espacioso aposento por todos sus lados. Previamente habían reflejado también escenas alegres y brillantes, ya que había sido la sala de ceremonias del castillo, y aquí había celebrado la marquesa las reuniones que formaron parte de sus fiestas nupciales. Si la varita de un mago pudiera recuperar los desvanecidos grupos, muchos de ellos incluso desaparecidos de la tierra, que alguna vez pasaron frente a estos pulidos espejos, ¡qué cuadro más variado y contrastado exhibirían en relación al presente! Ahora, en lugar de un resplandor de luces y un espléndido y bullicioso gentío, reflejaban únicamente los rayos del tenue y vacilante farol que el conde llevaba, y que apenas servía para iluminar a las tres decaídas figuras que, de pie, observaban la habitación y las espaciosas y tristes paredes a su alrededor.

—¡Ah! —dijo el conde a Henri, despertando de sus profundas ensoñaciones—. ¡Cómo ha cambiado el escenario desde la última vez que lo vi! Entonces era yo joven, y la marquesa vivía y estaba en toda su lozanía. También había aquí mucha más gente, que ahora ya está muerta. Allí estaba la orquesta, aquí danzábamos

alegremente y las paredes devolvían los aires del baile. Ahora sólo resuena una voz débil, e incluso ésta dejará de oírse antes de que pase mucho tiempo. Hijo mío, recuerda que una vez fui tan joven como tú, y que deberás morir lo mismo que aquellos que te precedieron, como aquellos que, mientras cantaban y bailaban en esta estancia tan alegre, olvidaron que los años se componen de momentos, y que cada paso que daban les acercaba a su sepultura. Pero tales reflexiones son inútiles, casi diría criminales, a menos que nos enseñen a prepararnos para la eternidad, puesto que, de otra manera, nublan nuestra felicidad actual sin guiarnos hacia una futura. Pero dejemos eso; prosigamos.

Ludovico abrió la puerta de la alcoba y el conde, al entrar, se estremeció ante la fúnebre apariencia que las tapicerías de Arrás le conferían. Se acercó a la cama con solemne emoción y, viendo que estaba cubierta por un paño mortuorio de terciopelo negro, se detuvo.

—¿Qué significa esto? —dijo, mirándolo fijamente.

—He oído decir, mi señor —dijo Ludovico, que permanecía al pie de la cama examinando las endoseladas cortinas—, que la señora marquesa de Villeroi murió en esta cámara, y que aquí permaneció hasta que su cuerpo fue llevado a enterrar, lo que quizás explique, *signor*, la presencia del paño mortuorio.

El conde no contestó; permaneció unos momentos enfrascado en sus pensamientos, evidentemente muy afectado. Luego, volviéndose hacia Ludovico, le preguntó muy en serio si creía que su valor le sostendría toda la noche.

—Si lo dudas —añadió el conde— no tengas vergüenza de admitirlo; te libraré de tu compromiso sin exponerte a las burlas de tus compañeros de servicio.

Ludovico vaciló; dentro de su pecho parecían luchar el orgullo y algo muy parecido al miedo. Sin embargo, el orgullo salió victorioso: Ludovico enrojeció, y su vacilación cesó.

—No, mi señor —dijo—, terminaré lo que he empezado; y os agradezco vuestra consideración. En aquel hogar encenderé un fuego; y con las excelentes vituallas que hay en esta cesta, no dudo que estaré bien.

—Así sea —dijo el conde—. Pero ¿cómo combatirás el tedio de la noche, si no duermes?

—Cuando esté cansado, mi señor —contestó Ludovico—, no tendré miedo de dormirme; mientras tanto, tengo un libro que me entretendrá.

—Bien —dijo el conde—. Espero que nada te disturbe. Pero si algo serio te preocupara durante la noche, ven a mi aposento. Tengo demasiada confianza en tu sensatez y valor para pensar que te alarmarás por causas insignificantes, o que la lobreguez de esta cámara, o su remota situación, te superarán con sus imaginarios terrores. Mañana tendré que agradecerte un importante servicio. Esos aposentos serán entonces abiertos, y mi gente se convencerá de su error. Buenas noches, Ludovico, preséntate a mí mañana temprano y recuerda lo que te acabo de decir.

—Así lo haré, mi señor. Buenas noches a vuestra *excellenza*. Permitidme que os

acompañe con la luz.

Ludovico iluminó el camino al conde y a Henri a través de las cámaras hasta la puerta exterior. En el descansillo había un farol que uno de los asustados sirvientes había abandonado, y Henri, al cogerlo, volvió a dar las «buenas noches» a Ludovico, quien, después de devolver respetuosamente la cortesía, cerró la puerta tras ellos y echó el cerrojo. Luego, al retirarse a la alcoba, examinó los aposentos por los que iba pasando con mayor minuciosidad de lo que lo había hecho antes, ya que temía que alguna persona se hubiera podido esconder en ellos con el propósito de asustarle. Nadie, sin embargo, salvo él, había en esas cámaras; y, dejando abiertas las puertas que iba traspasando, se encontró de nuevo en el gran salón, cuya espaciosa y callada tristeza le sobrecogieron un poco. Por un momento se quedó mirando hacia atrás la larga serie de aposentos que acababa de dejar y, al volverse, se sobresaltó al percibir una luz y su propia figura reflejada en uno de los grandes espejos. Otros objetos se veían también vagamente en su opaca superficie, pero no se detuvo a examinarlos, sino que volvió rápidamente a la alcoba y, mientras la inspeccionaba, reparó en la puerta del mirador, y la abrió. Dentro de todo estaba tranquilo. Al mirar en torno suyo, sus ojos fueron atraídos por el retrato de la difunta marquesa, que contempló un buen rato con gran atención y algo de sorpresa. Luego, tras examinar el gabinete, volvió a la alcoba, en donde encendió un fuego, cuyas brillantes llamas reanimaron su espíritu, que había empezado a sucumbir a la tristeza y al silencio del lugar, roto únicamente a intervalos por ráfagas de viento. A continuación dispuso una pequeña mesa y un asiento cerca del fuego, cogió de su cesta una botella de vino y alguna provisión fría y se regaló. Cuando hubo terminado su refrigerio, dejó la espada encima de la mesa y, no sintiéndose dispuesto a dormir, sacó del bolsillo el libro del que había hablado. Era un volumen de antiguos cuentos provenzales. Habiendo atizado el fuego, despabilado el farol y acercado su asiento al hogar, empezó a leer y pronto su atención quedó totalmente ocupada por las escenas que revelaban las páginas del libro.

El conde, mientras tanto, había regresado al comedor, adonde se habían retirado, al oír el grito de Dorothée, los componentes del grupo que le habían acompañado al aposento del ala norte, los cuales estaban ahora haciendo preguntas muy sinceras a propósito de aquellas cámaras. El conde ridiculizó a sus invitados por su precipitada retirada, provocada por sus supersticiosas inclinaciones. Esto planteó la cuestión de si el espíritu, después de abandonar el cuerpo, puede volver a visitar la tierra; y, en caso afirmativo, si era posible que los espíritus fueran visibles a los sentidos. El barón sostenía la opinión de que lo primero era probable y lo segundo posible; e intentó justificar esta opinión citando a respetables autoridades, antiguas y modernas. Sin embargo, el conde estaba decididamente en contra suya, y siguió una larga conversación, en la que ambas partes presentaron con habilidad y discutieron con candor los argumentos habituales sobre estos asuntos, sin que ninguno de ellos quedara convencido del punto de vista de su oponente. El efecto de esta conversación

en el auditorio fue variado. Aunque el argumento del conde era muy superior al del barón, tuvo menos partidarios; pues la tendencia, tan natural a la mente humana, hacia todo lo que sea capaz de distender sus facultades con lo maravilloso y lo asombroso, inclinó a la mayoría del grupo a favor del barón. Y aunque muchas de las proposiciones del conde quedaron sin respuesta, sus oponentes tendían a creer que esto era más bien consecuencia de su propia ignorancia sobre un asunto tan abstracto, que de la inexistencia de argumentos lo suficientemente convincentes para convencerles.

Blanche estaba pálida y alerta, hasta que una mirada de su padre, ridiculizándola, la hizo ruborizarse; entonces se esforzó por olvidar los supersticiosos cuentos que le habían contado en el convento. Mientras tanto, Emily había estado escuchando con profunda atención la discusión de lo que para ella era una cuestión muy interesante; y, recordando la aparición que había visto en el aposento de la difunta marquesa, con frecuencia sintió escalofríos de temor. Varias veces estuvo a punto de mencionar lo que había visto, pero el miedo a hacerle daño al conde, y el temor a exponerse al ridículo, la refrenaron y, esperando con angustiosa expectación las consecuencias de la intrepidez de Ludovico, determinó que su futuro silencio dependería de aquélla.

Cuando el grupo se separó por la noche, y el conde se retiró a su vestidor, el recuerdo de las desoladas escenas que tan recientemente había presenciado en su propia mansión le afectó profundamente, pero al fin despertó de sus ensueños y de su silencio.

—¿Qué es esa música que oigo? —dijo repentinamente a su paje—. ¿Quién toca a esta hora tan avanzada?

El hombre no respondió, y el conde siguió escuchando para añadir poco después:

—No es un músico cualquiera; toca el instrumento con mano delicada. ¿Quién es, Pierre?

—¡Mi señor! —dijo el hombre, vacilando.

—¿Quién toca ese instrumento? —repitió el conde.

—¿No lo sabe entonces su señoría? —dijo el paje.

—¿Qué quieres decir? —dijo el conde, algo severo.

—Nada, mi señor, no quiero decir nada —contestó el hombre sumisamente—. Sólo que… esa música… se oye a menudo por la casa a medianoche, y pensaba que su señoría a lo mejor la había oído ya antes.

—¿Que se oye música en el castillo a medianoche? ¡Pobre hombre! ¿Y no hay nadie también que baile con la música?

—Tengo entendido que no proviene del castillo, mi señor. Dicen que los sonidos proceden del bosque, aunque parezcan tan cercanos; pero un espíritu puede hacer cualquier cosa.

—¡Ah! ¡Pobre hombre! —dijo el conde—. Veo que eres tan tonto como los demás; mañana quedarás convencido de tu ridículo error. Pero ¡calla! ¿Qué ruido es ése?

—¡Oh, mi señor! Es la voz que a menudo solemos oír con la música.

—¿A menudo? —dijo el conde—. Dime, ¿cuántas veces? Es muy linda.

—Bueno, señor, yo no la he oído más de dos o tres veces; pero hay algunos que llevan viviendo aquí más tiempo, que la han oído bastantes veces.

—¡Qué *crescendo*! —exclamó el conde, mientras seguía escuchando—. Y ahora, ¡qué cadencia más gradual! ¡Seguro que es algo más que mortal!

—Eso es lo que dicen, mi señor —dijo el paje—. Dicen que quien lo profiere no es mortal; y si puedo deciros lo que pienso…

—¡Silencio! —dijo el conde; y escuchó hasta que la melodía se desvaneció.

—Es muy extraño —dijo, al volver de la ventana—. Cierra los postigos, Pierre.

Pierre obedeció y poco después le despidió el conde, pero no perdió tan pronto el recuerdo de la música, que durante mucho tiempo vibró en su imaginación con dulces tonos evanescentes, mientras la sorpresa y la perplejidad ocupaban su pensamiento.

Mientras tanto, Ludovico oía de vez en cuando, en su remota cámara, el débil eco de alguna puerta que se cerraba al retirarse algún miembro de la familia a descansar. Luego, sonaron las doce en el reloj del vestíbulo, a gran distancia.

—Es medianoche —dijo, y miró sospechosamente en torno de la espaciosa cámara. El fuego de la chimenea estaba casi apagado, ya que su atención se había concentrado en el libro que tenía delante, olvidando todo lo demás. Pero pronto añadió más leña, no porque tuviera frío, aunque la noche era tormentosa, sino porque estaba melancólico; y, tras avivar la llama una vez más, se sirvió un vaso de vino, acercó su silla un poco más al crepitante fuego, trató de no oír el viento que bramaba lúgubremente en los postigos, se esforzó en distraer su mente de la tristeza que le embargaba, y otra vez cogió su libro. Se lo había prestado Dorothée, que lo había cogido previamente de un oscuro rincón de la biblioteca del marqués y, tras abrirlo y haber percibido alguna de las maravillas que relataba, lo había guardado cuidadosamente para su propio entretenimiento, lo que le proporcionaba una excusa para no devolverlo a su sitio.

A causa de la humedad, la cubierta estaba algo deteriorada y mohosa, y las páginas tan descoloridas, que difícilmente podían rastrearse las letras. Los relatos de los escritores provenzales, ya fuesen extraídos de leyendas árabes llevadas a España por los sarracenos, o narrasen las proezas caballerescas llevadas a cabo por los cruzados, a quienes los trovadores acompañaron a Oriente, eran generalmente espléndidos, y siempre maravillosos, tanto en sus descripciones como en sus incidencias. Por tanto no es sorprendente que Dorothée y Ludovico se sintieran fascinados por invenciones que, en una época anterior, habían cautivado la imaginación en todos los rangos sociales. Sin embargo, algunos de los cuentos del libro que ahora tenía Ludovico en sus manos eran de estructura simple y carecían del magnífico armazón y de las heroicas conductas que solían caracterizar las fábulas del siglo XII. De esta índole era el que ahora acababa de abrir casualmente, el cual, aunque originalmente era de gran extensión, puede ser relatado de forma más breve.

El lector advertirá que está fuertemente imbuido de las supersticiones de la época.

CUENTO PROVENZAL

«En la provincia de Bretaña vivía un noble barón, famoso por su magnificencia y su cortés hospitalidad. Su castillo estaba agraciado con damas de exquisita belleza, y atestado de ilustres caballeros, ya que el honor con que premiaba las proezas caballerescas invitaba a los valientes de países distantes a alistarse en su ejército, y su corte era más espléndida que la de muchos príncipes. Tenía ocho juglares a su servicio, que solían cantar en sus arpas románticas historias tomadas de los árabes, aventuras caballerescas que acontecieron a los caballeros durante las Cruzadas, o las propias hazañas marciales del barón, su señor. Mientras él, rodeado de sus caballeros y damas, banqueteaba en la gran sala del castillo, en dónde la costosa tapicería que adornaba las paredes con la descripción de las proezas de sus antepasados, las vidrieras de sus ventanales enriquecidas con blasones heráldicos, las magníficas banderas que ondeaban en el tejado, los suntuosos doseles, la profusión de oro y plata que relucía en los aparadores, los numerosos platos que cubrían las mesas, la cantidad de sirvientes con alegres libreas, se unían con la espléndida vestimenta caballeresca de los invitados para formar una escena de magnificencia que no podríamos esperar ver en estos degenerados días.

»Del barón se relata la siguiente aventura. Una noche, habiéndose retirado tarde a su cámara, tras un banquete, y habiendo despedido a sus sirvientes, se vio sorprendido por la aparición de un desconocido de aspecto noble, pero de semblante triste y abatido. Creyendo que esta persona había estado oculta en el aposento, puesto que parecía imposible que hubiera pasado recientemente por la antesala sin ser descubierto por los pajes, los cuales hubieran impedido su intrusión en la cámara de su señor, el barón, llamando a voces a su gente, desenvainó la espada, que todavía no había retirado de su costado, y se dispuso a defenderse. El desconocido, avanzando lentamente, le dijo que no tenía nada que temer de él; que no venía con un propósito hostil, sino a comunicarle un terrible secreto, que le era preciso conocer.

»El barón, tranquilizado por los corteses modales del desconocido, después de observarle un buen rato en silencio, guardó su espada en la vaina y le pidió que le explicara por qué medios había conseguido acceder a su cámara y cuál era el propósito de su extraordinaria visita.

»Sin responder a ninguna de las preguntas, el desconocido dijo que en ese momento no podía explicarse, pero que, si el barón le seguía a las afueras del bosque, a poca distancia de los muros del castillo, se convencería de que tenía algo importante que revelarle.

»La propuesta alarmó de nuevo al barón, a quien le resultaba difícil creer que el

desconocido pensara llevarle a un lugar tan solitario a esas horas de la noche sin encubrir algún propósito contra su vida; y se negó a ir, advirtiendo al mismo tiempo que si las intenciones del desconocido fueran honorables, no persistiría en negarse a revelar el motivo de su visita al aposento donde ahora se encontraban.

»Mientras decía esto, observó al desconocido aún con más atención que antes, pero no advirtió ningún cambio en su semblante, ni ningún síntoma que pudiera insinuar la existencia de alguna malvada intención. Vestía como un caballero, era de gran y majestuosa estatura, y de ademanes dignos y corteses. Sin embargo, siguió negándose a comunicar el contenido de su misión en cualquier otro lugar que no fuera el que había mencionado. Al mismo tiempo hizo algunas insinuaciones en relación al secreto que iba a revelar, que despertaron un cierto grado de curiosidad en el barón, induciéndole finalmente a consentir en la propuesta del desconocido bajo ciertas condiciones.

»—Señor caballero —dijo—, os acompañaré al bosque, y llevaré conmigo únicamente a cuatro de mis hombres, los cuales serán testigos de nuestra entrevista.

»Sin embargo, el caballero se negó.

»—Lo que tengo que revelaros —dijo con solemnidad— es únicamente para vos. Sólo hay tres personas vivas que conocen este asunto: es de más importancia para vos y para vuestra casa de lo que ahora puedo explicaros. En años futuros recordaréis esta noche con satisfacción o arrepentimiento, según lo que determinéis ahora. Si deseáis prosperar en el futuro, seguidme. Os doy mi palabra de caballero de que nada malo os acaecerá. Si os complace desafiar al futuro, permaneced en vuestra cámara, y me iré como he venido.

»—Señor caballero —replicó el barón—, ¿cómo es posible que mi paz futura dependa de mi determinación presente?

»—Eso no os lo puedo referir ahora —dijo el desconocido—. Me he explicado al máximo. Se hace tarde; si me seguís deberéis daros prisa. Haríais bien en considerar la alternativa.

»El barón reflexionó y, al mirar al caballero, percibió que su semblante adoptaba una singular solemnidad.»

(Aquí Ludovico creyó haber oído un ruido, y echó una ojeada a la cámara, cogiendo el farol para mejor observar; pero, no viendo nada que confirmara su alarma, volvió a tomar el libro y siguió con su historia.)

«El barón paseó en silencio por su aposento durante algún tiempo, impresionado por las palabras del desconocido, cuya extraordinaria petición temía aceptar y, a la vez, temía rechazar. Al fin dijo:

»—Señor caballero, sois un completo desconocido para mí; decidme vos mismo si es razonable que me confíe a un extraño, a solas, a horas tardías, en un bosque solitario. Decidme, por lo menos, quién sois, y quién os ayudó a ocultaros aquí.

»Al oír estas palabras, el caballero frunció el ceño y permaneció un momento en silencio; luego, dijo en un tono algo severo:

»—Soy un caballero inglés; me llamo sir Bevys de Lancaster, y mis hazañas no son desconocidas en la Ciudad Santa, de donde regresaba a mi país natal cuando fui sorprendido por la noche en el bosque.

»—Vuestro nombre no me es desconocido —dijo el barón—. Lo he oído antes —el caballero le miró con altivez—. Pero, puesto que es bien sabido que mi castillo festeja a los auténticos caballeros, ¿por qué no os ha anunciado vuestro heraldo? ¿Por qué no aparecisteis durante el banquete, en donde vuestra presencia hubiese sido bien recibida, en lugar de esconderos en mi castillo e introduciros a hurtadillas en mi cámara a medianoche?

»El desconocido frunció el ceño, y se volvió en silencio; pero el barón repitió las preguntas.

»—No he venido —dijo el caballero— a contestar preguntas, sino a revelar hechos. Si deseáis saber más, seguidme; y de nuevo os doy mi palabra de caballero de que regresaréis sano y salvo. Sed presto en vuestra decisión, debo marcharme ya.

»Tras una nueva vacilación, el barón decidió seguir al desconocido y ver el resultado de su extraordinaria petición. Por lo tanto, volvió a envainar su espada y, cogiendo el farol, pidió al caballero que le guiara. Este último obedeció; y abriendo la puerta de la cámara, pasaron a la antesala, donde el barón, sorprendido al encontrar a todos sus pajes dormidos, se detuvo y fue a reprenderles con colérica violencia, cuando el caballero agitó la mano y le miró de forma tan expresiva que contuvo su indignación, y siguió adelante.

»El caballero, tras descender por una escalera, abrió una puerta secreta, que el barón creía ser el único en conocer, y, recorriendo varios estrechos y tortuosos pasadizos, llegó finalmente a un pequeño portillo que daba al otro lado de los muros del castillo. Al darse cuenta de que el desconocido conocía tan bien estos corredores secretos, el barón se sintió inclinado a retroceder ante una aventura que parecía participar tanto de la traición como del peligro. Luego, considerando que iba armado, y observando el noble y cortés aspecto de su guía, recuperó su valor, se sonrojó por haber dudado un instante, y resolvió remontar el misterio hasta su mismo origen.

»Ahora se encontraba en una favorable plataforma, frente a la entrada de su castillo, desde la que, al mirar hacia arriba, percibió luces vacilantes en las ventanas de los invitados que se retiraban a dormir; y mientras temblaba de frío y contemplaba la oscura y desolada escena que le rodeaba, pensó en las comodidades de su acogedora cámara, animada por un buen fuego de leña, y sintió por un momento el pleno contraste con su situación presente.»

(Aquí Ludovico se detuvo un momento y, contemplando su propio fuego, lo avivó un poco.)

«Soplaba un fuerte viento y el barón vigilaba su farol con ansiedad, temiendo que se apagara en cualquier momento. Pero, aunque la llama vacilaba, no llegó a extinguirse, y el barón siguió al desconocido, que suspiraba con frecuencia al andar, pero no hablaba.

»Cuando llegaron a los linderos del bosque, el caballero se volvió y levantó la cabeza como si fuera a dirigirse al barón, pero luego, cerrando los labios, siguió adelante en silencio.

»Al adentrarse en el bosque, bajo la oscuridad del frondoso follaje, el barón, afectado por la solemnidad del escenario, dudó en continuar, y preguntó si faltaba mucho. El caballero sólo contestó con un gesto, y el barón, con paso vacilante y mirada suspicaz, le siguió por un sendero oscuro e intrincado, hasta que, habiendo avanzado considerablemente, preguntó de nuevo adónde iban, y se negó a seguir a menos que fuera informado.

»Según lo decía, miró alternativamente a su propia espada y al caballero, el cual movió la cabeza. Su triste aspecto desarmó al barón, por un momento, de toda sospecha.

»—El lugar adonde quisiera llevaros está un poco más lejos —dijo el desconocido—. Ningún mal os ocurrirá; lo he jurado por mi honor de caballero.

»El barón, tranquilizado, le siguió otra vez en silencio. Pronto llegaron a un oculto escondrijo del bosque, en donde los oscuros y altivos castaños tapaban enteramente el cielo, y tan cubierto de maleza que avanzaron con dificultad. El caballero suspiró profundamente al pasar y se detuvo varias veces. Al llegar finalmente a un lugar en donde los árboles se apiñaban, se volvió y, con una mirada terrorífica, señaló al suelo. El barón había visto el cuerpo de un hombre, extendido a todo lo largo y empapado en sangre. Tenía una terrible herida en la frente, y la muerte parecía haber contraído ya sus facciones.

»El barón, al ver el espectáculo, se estremeció de horror, miró al caballero como pidiendo una explicación, y ya se disponía a levantar el cuerpo para comprobar si quedaba en él algún vestigio de vida, cuando el desconocido, agitando la mano, le miró tan intensa y lúgubremente, que no sólo le sorprendió, sino que le hizo desistir.

»Pero ¡cuáles serían las emociones del barón cuando, al acercar el farol a las facciones del cadáver, descubrió su exacto parecido con su desconocido guía, a quien ahora miró lleno de asombro y curiosidad! Según le miraba, advirtió que el semblante del caballero cambiaba de expresión y empezaba a desvanecerse, hasta que todo su cuerpo desapareció gradualmente ante sus asombrados ojos. El barón se quedó clavado en aquel lugar, y a la vez se oyó una voz susurrando estas palabras:

(Ludovico se sobresaltó y dejó el libro porque creyó oír una voz en la cámara; y miró hacia la cama, donde, sin embargo, sólo vio la cortina oscura y el paño mortuorio. Escuchó casi sin atreverse a respirar, pero sólo oyó el lejano rugido del mar en medio de la tormenta y el viento que golpeaba las ventanas; por lo que, concluyendo que su propia respiración le había engañado, volvió a coger el libro para acabar la historia.)

«—El cuerpo de sir Bevys de Lancaster, noble caballero de Inglaterra, yace frente a vos. Esta noche sufrió una emboscada en el camino y fue asesinado, cuando regresaba de la Ciudad Santa a su tierra natal. Respetad el honor de la Caballería y las

leyes humanitarias: enterrad el cadáver en tierra cristiana y ordenad que sean castigados sus asesinos. Según observéis esto o lo descuidéis, obtendréis paz y felicidad, o guerra y miseria, para vos y para vuestra descendencia.

»El barón, una vez recobrado del temor y del asombro en los que le había sumido esta aventura, regresó a su castillo y ordenó que se trasladara el cadáver de sir Bevys. Al día siguiente fue enterrado, con los honores de la Caballería, en la capilla del castillo, atendido por todos los nobles caballeros y damas que engalanaban la corte del barón de Brunne.»

Al acabar esta historia, Ludovico dejó a un lado el libro, pues se sentía somnoliento, y, después de echar más leña al fuego y tomarse otro vaso de vino, se arrellanó en el sillón frente al hogar. En su sueño siguió viendo la cámara en donde estaba, y una o dos veces despertó de su somnolencia imaginando que veía el rostro de un hombre mirándole por encima del alto respaldo del sillón. La idea le impresionó tanto que cuando levantó los ojos casi esperaba encontrarse con otros fijos en los suyos, por lo que se puso de pie y miró detrás del sillón hasta convencerse plenamente de que allí no había nadie.

Así concluyó su tiempo.

El conde, que había dormido poco durante la noche, se levantó temprano y, ansioso por hablar con Ludovico, se dirigió al aposento del ala norte. Como la noche anterior había cerrado con cerrojo la puerta exterior, se vio obligado a golpear ruidosamente para poder entrar. Ni los golpes ni su voz fueron atendidos, por lo que volvió a llamar más fuerte que antes, pese a lo cual siguió un silencio total.

[…]

Al comprobar que todos sus esfuerzos para hacerse oír eran inútiles, el conde empezó a temer que le hubiera ocurrido algún accidente a Ludovico, a quien el terror por algún ser imaginario podía haberle privado de sus sentidos. En consecuencia, abandonó la puerta con la intención de convocar a sus sirvientes para que la forzaran, a algunos de los cuales oía moverse en la parte baja del castillo.

A las preguntas del conde acerca de si habían visto u oído algo relacionado con Ludovico, contestaron, asustados, que ninguno de ellos se había aventurado por el ala norte del castillo desde la noche anterior.

—Entonces es que duerme profundamente —dijo el conde— y se encuentra tan lejos de la puerta exterior, que está cerrada con cerrojo, que para poder entrar en las cámaras será necesario forzarla. Traed alguna herramienta y seguidme.

Los sirvientes se quedaron mudos y abatidos; y hasta que no estuvo reunida casi toda la servidumbre, no fueron obedecidas las órdenes del conde. Mientras tanto, Dorothée mencionó una puerta, que comunicaba con una galería, que conducía desde la escalera principal hasta la última antesala del salón; al estar mucho más cerca de la alcoba, parecía probable que Ludovico se despertara fácilmente si intentaban abrirla. Por lo tanto, hacia allí se fue el conde; pero su voz se mostró tan ineficaz ante esta

puerta como lo había sido en la más remota. Seriamente preocupado por Ludovico, se disponía ya a golpear la puerta con una herramienta cuando observó su singular belleza y se contuvo. A simple vista parecía de ébano, por lo oscuro y compacto de su madera y la excelencia de su brillo, pero resultó ser únicamente de alerce procedente de Provenza, famosa entonces por sus bosques de esta especie. La belleza de su colorido y de sus delicadas tallas indujo al conde a respetarla, volviendo a la que conducía a la escalera trasera, que, finalmente, fue forzada. Seguido por Henri y algunos sirvientes más valerosos, el conde entró en la primera antesala, mientras el resto del servicio aguardaba el resultado de la investigación en las escaleras y en el rellano.

El conde fue atravesando las cámaras en silencio y, al llegar al salón, llamó a Ludovico en voz alta. Al no recibir contestación, abrió de par en par la puerta de la alcoba y entró.

El profundo silencio en el interior confirmó sus temores por Ludovico, pues ni siquiera se oía la respiración de algún durmiente. Su incertidumbre no concluyó de inmediato, pues los postigos estaban cerrados y la cámara demasiado oscura para que se pudiera distinguir objeto alguno.

El conde ordenó a un sirviente que los abriera, pero al cruzar la habitación para hacerlo, éste tropezó con algo y cayó al suelo. Su grito ocasionó tal pánico entre los escasos compañeros que se habían aventurado hasta allí, que éstos huyeron rápidamente, y el conde y Henri quedaron solos para concluir la aventura.

Henri atravesó la habitación y abrió una contraventana. Entonces comprobaron que el criado se había caído al tropezar con un sillón situado frente al fuego, en donde había estado sentado Ludovico, el cual no estaba ya allí ni podía vérsele en ningún sitio con la defectuosa luz que entraba en el aposento. Seriamente alarmado, el conde abrió otros postigos, que le permitieran un examen más detallado, pero Ludovico seguía sin aparecer. Por un momento quedó paralizado por el asombro, confiando apenas en sus sentidos, hasta que sus ojos tropezaron con la cama y avanzó hacia ella para comprobar si se encontraba allí dormido. Sin embargo, no había nadie dentro. A continuación pasó al mirador, donde todo estaba como en la noche anterior. Pero a Ludovico no se le encontraba por ninguna parte.

El conde refrenó su asombro, pensando que Ludovico podía haber abandonado las cámaras durante la noche, angustiado por los terrores que su solitaria desolación y los comentarios relativos a ellas podían haberle inspirado. No obstante, de haber ocurrido eso, lo natural hubiera sido que el hombre buscara compañía, y, sin embargo, todos sus compañeros habían declarado no haberle visto. La puerta exterior la encontraron también cerrada, con la llave por dentro; por lo tanto, era imposible que hubiese pasado por ella. Las demás puertas las encontraron igualmente cerradas por dentro con llave y con el cerrojo echado.

Forzado entonces a creer que pudiera haberse escapado por las ventanas, el conde las examinó; pero las que podían abrirse lo suficiente como para permitir pasar el

cuerpo de un hombre estaban cuidadosamente aseguradas con barras de hierro o postigos; y no encontró vestigio alguno de que alguien hubiera intentado pasar por ellas. Tampoco era probable que Ludovico hubiese corrido el riesgo de romperse el cuello saltando desde una ventana, cuando podía haber salido tranquilamente por una de las puertas.

El asombro del conde era indescriptible; pero volvió a examinar una vez más la alcoba, en donde nada parecía fuera de lugar excepto el sillón, que se había caído; cerca de él había una mesa pequeña, y encima de ella la espada de Ludovico, su farol, el libro que había estado leyendo y los restos de su botella de vino. Al pie de la mesa, se encontraba también la cesta con parte de las provisiones, y algo de leña.

Henri y el sirviente manifestaron su asombro sin reservas; y, aunque el conde no añadió nada, había una seriedad en sus ademanes que lo expresaba todo. Daba la impresión de que Ludovico debió abandonar estas estancias por algún pasadizo secreto, pues el conde no podía creer que algo sobrenatural hubiese sido la causa. Pero, si existía ese pasadizo, parecía inexplicable que Ludovico lo hubiera utilizado; y era igual de sorprendente que no quedara vestigio alguno de su paso por él. En las demás estancias todo permanecía en orden, como si Ludovico se hubiera ido de la manera más normal.

El conde mismo ayudó a levantar los tapices de Arrás que colgaban en la alcoba, en el salón y en una de las antecámaras, a fin de descubrir si ocultaban alguna puerta; pero, tras una laboriosa búsqueda, no encontraron ninguna, y finalmente el conde abandonó los aposentos después de haber echado el cerrojo a la puerta de la última antecámara, cuya llave se guardó. Luego ordenó que se organizara una búsqueda exhaustiva de Ludovico, no sólo en el castillo, sino en la vecindad, y, retirándose a su gabinete con Henri, quedaron allí conversando durante un buen rato. Cualquiera que fuese el tema de su conversación, a partir de entonces Henri perdió gran parte de su vivacidad; y su comportamiento era particularmente serio y reservado siempre que surgía el tema, que ahora llenaba de asombro y alarma a la familia del conde.

[…]

M. G. Lewis

EL MONJE

(The Monk, 1796)

La novela gótica alcanzó su apogeo con «El monje», testimonio de la audaz y desmedida imaginación romántica, cuyo prodigioso éxito le valió a su autor que durante mucho tiempo fuera asimilado al personaje. Hijo de un alto funcionario inglés, Matthew Gregory Lewis (1775-1818) se educó en Oxford y viajó por Francia y Alemania, donde, durante una larga estancia en Weimar, conoció a Goethe y se aficionó a los «schauerromane». Fruto de sus lecturas de los románticos alemanes, a los veinte años, estando de agregado en la embajada inglesa en La Haya, escribió su memorable y escandalosa obra maestra que tan indeleble huella dejara en la novelística europea, alcanzando su influencia a Scott, Shelley, Byron, Wordsworth, Hoffmann, Poe, Hawthorne, Hugo, Nodier, Flaubert, Merimée y Emily Brontë, entre otros.

Aunque su control de la atmósfera del relato y su explotación del suspense deben mucho todavía a Radcliffe, la actitud de Lewis ante lo sobrenatural es bien distinta. Aporta una «malignidad nueva» y, gracias a su increíble audacia y su infernal crueldad, dota al terror de «formas más violentas» y «jamás estropea sus visiones espectrales con explicaciones naturalistas». «Con él se rompe definitivamente —termina diciendo Lovecraft— la tradición radcliffiana y se ensancha el campo de la novela gótica», como la misma Radcliffe acabaría por admitir con la publicación un año después de su réplica «El italiano o El confesionario de los penitentes negros».

Entre las numerosas descripciones sobrecogedoras que contiene la novela se ha escogido —siguiendo las preferencias de H.P.L.— el delirante pasaje de los conjuros en la cripta bajo el cementerio y el consiguiente incendio del convento con la irrupción de los oficiales de la Inquisición (capítulo XI, volumen III). Prolija y extravagante mezcla de violencia y sensualidad que resume a la perfección las principales innovaciones de Lewis: su apasionado realismo (las pasiones como motor del comportamiento de los personajes), que le aleja radicalmente de la obra de sus antecesores, y su revolucionaria apología del exceso como privilegiada categoría estética.

EL MONJE[3]

(fragmento)

ENTRE tanto, Ambrosio ignoraba los espantosos acontecimientos que estaban ocurriendo tan cerca. El cumplimiento de sus intenciones respecto a Antonia absorbía todos sus pensamientos. Hasta ahora, estaba satisfecho del éxito de sus planes. Antonia había tomado el narcótico, había sido enterrada en la cripta de Santa Clara, y la tenía absolutamente a su merced. Matilde, que conocía muy bien la naturaleza y efectos de la adormecedora medicina, había calculado que no se disiparía su efecto hasta la madrugada siguiente. Ambrosio esperaba esa hora con impaciencia. La función religiosa de Santa Clara le brindaba una ocasión idónea para consumar su crimen. Estaba seguro de que los frailes y las monjas estarían ocupados en la procesión, y no había motivo para temer que le interrumpieran: había pedido que se le excusase de salir a la cabeza de los monjes. No dudaba que Antonia, al encontrarse lejos de toda ayuda, separada del mundo, y totalmente en su poder, se sometería a sus deseos. El afecto que había manifestado siempre por él le confirmaba en esta convicción; pero decidió que, si se mostraba obstinada, ninguna consideración le impediría gozar de ella. Seguro de no ser descubierto, no temblaba ante la idea de emplear la fuerza; o si sentía alguna repugnancia, no se debía a principios de vergüenza o de compasión, sino a que sentía por Antonia el más sincero y ardiente afecto, y deseaba no deber sus favores más que a ella misma.

Los monjes abandonaron la abadía a medianoche. Matilde iba con los del coro y dirigía los cánticos. Ambrosio estaba solo, y absolutamente libre para seguir sus inclinaciones. Convencido de que no quedaba nadie detrás que vigilase sus movimientos o turbase sus placeres, se encaminó apresuradamente hacia el ala oeste del convento. Su corazón latía con una esperanza no exenta de ansiedad. Cruzó el jardín, abrió la puerta que daba acceso al cementerio, y unos minutos después estaba ante la cripta. Aquí se detuvo. Miró a su alrededor con recelo, consciente de que su negocio no era apto para ojos ajenos. Mientras vacilaba, oyó el chillido melancólico de la lechuza. El viento hacía temblar ruidosamente las ventanas del convento adyacente, y al soplar hacia él, le traía las débiles notas del cántico del coro. Abrió la puerta cautelosamente, como si temiese que le oyeran: entró y cerró tras de sí. Guiado por la luz de la lámpara, recorrió los largos pasadizos, cuyas revueltas le había enseñado Matilde, y llegó a la bóveda secreta que contenía a su amada dormida.

No era nada fácil descubrir su entrada, pero esto no fue obstáculo para Ambrosio, que durante el funeral de Antonia la había estudiado cuidadosamente para no equivocarse. Encontró la puerta, que tenía abierta la cerradura, la abrió y descendió a

la mazmorra. Se acercó a la humilde sepultura donde descansaba Antonia. Se había provisto de una palanca de hierro y una piqueta, pero esta precaución resultó innecesaria. La reja estaba ligeramente fijada en el exterior. La levantó, colocó la lámpara en el borde, y se asomó en silencio a la tumba. Al lado de tres pútridos cadáveres semidescompuestos, yacía la belleza dormida. Un vivo rubor, anuncio de la inminente reanimación, se había extendido ya por sus mejillas; y envuelta en su mortaja, tendida en su lecho fúnebre, parecía sonreír a las imágenes de muerte que la rodeaban. Mientras contemplaba los huesos putrefactos y las repugnantes figuras que quizá fueron en otro tiempo dulces y amables, Ambrosio pensó en Elvira, reducida por él a ese mismo estado. Y al venirle a la memoria esta acción horrenda, se sintió invadido por un horror tenebroso. Esto no hizo, sin embargo, sino reforzar su resolución de destruir el honor de Antonia.

—¡Por ti, belleza fatal! —murmuró el monje, mientras contemplaba a su desventurada presa—. Por ti he cometido este homicidio y me he vendido a las torturas eternas. Ahora estás en mi poder; el fruto de mi crimen, al menos, será mío. No esperes que tus ruegos murmurados con sin par melodía, que tus luminosos ojos arrasados en lágrimas, y tus manos elevadas en gesto de súplica, como cuando imploras en penitencia el perdón de la Virgen; no esperes que tu conmovedora inocencia, tu hermosa aflicción ni tus artes deprecatorias te libren de mis abrazos. Antes de romper el día, mía has de ser, ¡y mía serás!

La sacó de la tumba, exánime todavía. Se sentó en un banco de piedra y, sosteniéndola en brazos, la observó con impaciencia, deseoso de descubrir algún síntoma de recuperación. Apenas podía dominar su pasión lo bastante para abstenerse de gozar de ella mientras aún estaba insensible. El ardor de su natural lujuria había aumentado ante las dificultades que impedían satisfacerla, y también por su prolongada abstinencia de mujer, ya que desde el momento en que se negó a escuchar las protestas de amor de Matilde, ésta le había rechazado de sus brazos para siempre.

—No soy una prostituta, Ambrosio —le había dicho cuando, en la plenitud de su lujuria, le pidió sus favores con más vehemencia de lo habitual—; ahora no soy ya más que vuestra amiga, y no quiero ser vuestra amante. Dejad de pedirme que satisfaga vuestros deseos, porque eso me ofende. Mientras vuestro corazón era mío, me hacían dichosa vuestros abrazos. Esos tiempos han pasado: mi persona os resulta ahora indiferente; y no es amor, sino necesidad, lo que hace que busquéis mi goce. No puedo acceder a una petición tan humillante para mi orgullo.

Súbitamente privado de placeres cuyo hábito los había vuelto necesarios, el monje sintió esta abstinencia de manera rigurosa. Inclinado por naturaleza a la satisfacción de los sentidos, en pleno vigor de su virilidad y ardor de su sangre, había dejado que su temperamento adquiriese tal preponderancia que su lujuria casi rayaba en la locura. De su afecto por Antonia no quedaban sino las partículas más groseras. Anhelaba la posesión de su persona; y aun la tenebrosidad de la cripta, el silencio reinante y la resistencia que esperaba de ella, parecían añadir un nuevo incentivo a

sus fieros y desatados deseos.

Notaba cómo poco a poco volvía el calor de la vida al pecho que descansaba contra el suyo. El corazón de Antonia empezaba a latir otra vez. Su sangre circuló más deprisa, y temblaron sus labios. Por último, abrió los ojos; pero, agobiada y aturdida todavía por los efectos de la fuerte droga, los volvió a cerrar en seguida. Ambrosio la observaba con atención, sin escapársele un movimiento. Al comprobar que había vuelto completamente a la vida, la estrechó embargado contra su pecho y la besó con fuerza en los labios. Esta súbita acción bastó para disipar los vapores que ofuscaban la razón de Antonia. Se incorporó apresuradamente y miró con ojos extraviados a su alrededor. Las extrañas imágenes que percibió en torno suyo contribuyeron a confundirla aún más. Se llevó una mano a la cabeza como para sosegar su imaginación trastornada. Por último la apartó, y recorrió por segunda vez la mazmorra con la mirada. Luego sus ojos se detuvieron en el rostro del abad.

—¿Dónde estoy? —preguntó de pronto—. ¿Cómo he llegado aquí? ¿Dónde está mi madre? ¡Me pareció haberla visto! ¡Oh, un sueño, un sueño espantoso, me hablaba…! Pero ¿dónde estoy? ¡Soltadme! ¡No puedo permanecer aquí!

Trató de levantarse, pero el monje se lo impidió.

—¡Tranquilizaos, hermosa Antonia! —replicó—. No os amenaza ningún peligro: confiad en mi protección. ¿Por qué me miráis tan seria? ¿No me conocéis? ¿No conocéis a vuestro amigo? ¿A Ambrosio?

—¿Ambrosio? ¿Mi amigo? ¡Oh!, sí, sí; recuerdo… Pero ¿por qué estoy aquí? ¿Quién me ha traído? ¿Por qué estáis conmigo? ¡Oh! ¡Flora me dijo que tuviese cuidado…! Aquí no hay más que tumbas, sepulturas ¡y esqueletos! ¡Este lugar me da miedo! ¡Buen Ambrosio, sacadme de él, pues me recuerda mi espantoso sueño! Me pareció que estaba muerta, y que yacía en mi sepultura. ¡Buen Ambrosio, sacadme de aquí! ¿Es que no queréis? ¡Oh!, ¿es que no queréis? ¡No me miréis así! ¡Me aterran vuestros ojos llameantes! ¡Perdonadme, padre! ¡Por Dios, perdonadme!

—¿Por qué esos terrores, Antonia? —replicó el abad, rodeándola con sus brazos y cubriéndole el pecho de besos que en vano luchaba ella por evitar—. ¿Qué teméis de mí, del que tanto os adora? ¿Qué importa dónde estáis? Este sepulcro me parece el jardín del amor, esta lobreguez, ¡la protectora noche de misterio que él extiende sobre nuestros goces! ¡Sí, mi dulce muchacha! ¡Sí! Vuestras venas arderán con el fuego que recorre las mías, ¡y mis transportes se doblarán al compartirlos con vos!

Mientras así hablaba, repetía sus abrazos y se entregaba a las más indecentes libertades. Ni siquiera la ignorancia de Antonia podía estar ciega al atrevimiento de su conducta. Consciente de su peligro, logró zafarse de sus brazos, y dado que la mortaja era su único vestido, se la envolvió estrechamente alrededor del cuerpo.

—¡Quitadme las manos, padre! —gritó con su honesta indignación atemperada por la alarma ante su situación indefensa—. ¿Por qué me habéis traído a este lugar? ¡Su ambiente me hace estremecer de horror! ¡Sacadme de aquí, si tenéis algún sentido de la compasión y la humanidad! Dejadme regresar a casa, que no sé cómo he

abandonado; pues ni quiero ni debo permanecer aquí un momento más.

Aunque el monje se sobresaltó un poco ante el tono en que fueron pronunciadas estas palabras, no le produjeron otro efecto que el de sorpresa. Le cogió la mano, la obligó a sentarse sobre sus rodillas y, mirándola con ojos lujuriosos, le replicó:

—Sosegaos, Antonia. Es inútil resistiros, y no voy a reprimir más tiempo la pasión que siento por vos. Se os tiene por muerta: la sociedad os ha perdido para siempre. Aquí os poseo yo solo. Estáis absolutamente en mi poder, y ardo en deseos que debo satisfacer ahora mismo o morir. Pero sólo a vos quisiera deber mi felicidad. ¡Mi hermosa muchacha! ¡Mi adorable Antonia! ¡Dejad que os instruya en goces que aún desconocéis, y os enseñe a sentir en mis brazos los placeres que pronto voy a disfrutar yo en los vuestros! Vamos, es pueril ese forcejeo —añadió, viendo que rechazaba sus caricias y trataba de escapar—. No contáis con ninguna ayuda cercana. Ni el cielo ni la tierra os salvarán de mis abrazos. Así que ¿por qué rechazáis placeres tan dulces, tan sublimes? Nadie nos ve. Nuestros amores pueden ser un secreto para el mundo: el amor y la ocasión os invitan a abandonaros a vuestras pasiones. ¡Ceded a ellas, Antonia mía! ¡Ceded a ellas, mi adorable muchacha! ¡Rodeadme ardientemente con vuestros brazos, juntad vuestros labios con los míos! De todos sus dones, ¿os ha negado la naturaleza el más precioso, la sensibilidad del placer? ¡Oh! ¡Imposible! ¡Cada rasgo, gesto y movimiento proclama que estáis hecha para gozar y ser gozada! No apartéis de mí esos ojos suplicantes. Consultad a vuestros propios encantos. Ellos os dirán que soy insensible a la súplica. ¿Puedo renunciar a estos miembros tan blancos, tan suaves, tan delicados; a estos pechos abundantes, redondos, llenos y elásticos: a estos labios rebosantes de inagotable dulzura? ¿Puedo renunciar a tales tesoros, y dejarlos para que otro los goce? No, Antonia; ¡jamás, jamás! Os lo juro por este beso, ¡y por éste! ¡Y por éste!

La pasión del fraile se volvía más ardiente por momentos, y el terror de Antonia más intenso. Pugnaba por librarse de sus brazos, pero sus esfuerzos eran infructuosos; y viendo que la conducta de Ambrosio se volvía cada vez más libertina, gritó pidiendo auxilio con todas sus fuerzas. El ambiente de la cripta, el pálido resplandor de la lámpara, la oscuridad reinante, la visión de la sepultura y los restos mortales que sus ojos descubrían por todas partes, eran poco propicios para inspirar aquellas emociones que agitaban al fraile. Incluso las caricias de éste la aterraban por su violencia, y no le producían otro sentimiento que el de miedo. En cambio, la alarma de ella, su evidente aversión y su incesante resistencia, no parecían sino enardecer aún más los deseos del monje, y añadir fuerza a su brutalidad. Nadie oía los gritos de Antonia. Sin embargo seguía gritando y no abandonaba sus esfuerzos por escapar; hasta que, extenuada y sin aliento, se escurrió de los brazos del monje y cayó de rodillas, donde recurrió una vez más a los ruegos y a las súplicas. Este recurso no tuvo más éxito que el anterior. Al contrario, aprovechando la ocasión, el raptor se dejó caer a su lado: la estrechó, casi muerta de terror y demasiado desfallecida para luchar. Sofocó los gritos de Antonia con sus besos, la trató con la rudeza de un

bárbaro sin escrúpulos, siguió tomándose cada vez más libertades, y en la violencia de su lujurioso delirio, hirió y magulló sus tiernos miembros. Insensible a las lágrimas y gritos y súplicas, se fue posesionando gradualmente de su persona, y no renunció su presa hasta que hubo consumado su crimen y la deshonra de Antonia.

No bien hubo dado cumplimiento a sus propósitos se asustó de sí mismo y de los medios con que los había llevado a efecto. El mismo exceso de su anterior ansiedad por poseer a Antonia contribuyó ahora a inspirarle repugnancia; y un secreto impulso le hizo comprender cuán innoble y ruin era el crimen que acababa de cometer. Se apresuró a levantarse de los brazos de ella. La que hasta ese momento había sido objeto de su adoración no despertaba ahora en su corazón otro sentimiento que el de ira y aversión. Miraba hacia otra parte; o, si sus ojos se detenían involuntariamente en su figura, era sólo para lanzarle miradas de odio. La desventurada se había desmayado antes de la consumación de su deshonra, y sólo recobró la vida para darse cuenta de su desventura. Permaneció tendida en el suelo en muda desesperación. Las lágrimas le resbalaban lentamente por las mejillas, y su pecho se estremecía con los constantes sollozos. Oprimida de dolor, siguió un rato en este estado de embotamiento. Por último, se levantó con dificultad y dio unos pasos vacilantes hacia la puerta, dispuesta a abandonar la mazmorra.

El ruido de sus pasos despertó al monje de su hosca apatía. Salió de la tumba en la que se había sentado al tiempo que sus ojos recorrían las imágenes de corrupción que contenía, corrió tras la víctima de su brutalidad y no tardó en alcanzarla. La agarró por el brazo, y la obligó violentamente a regresar a la mazmorra.

—¿Adónde vais? —exclamó con dureza—. ¡Regresad inmediatamente!

Antonia tembló ante la furia de su semblante.

—¿Qué más queréis? —dijo ella con timidez—. ¿No habéis consumado mi destrucción? ¿No me habéis arruinado, arruinado para siempre? ¿No ha quedado saciada vuestra crueldad, o aún debo sufrir más? ¡Dejardme ir! ¡Dejadme regresar a mi casa, y que llore allí mi deshonra y mi aflicción!

—¿Regresar a vuestra casa? —repitió el monje, con profunda y desdeñosa burla. Luego, con ojos súbitamente llameantes de pasión, añadió—: Pues qué, ¿me vais a denunciar al mundo? ¿Me vais a acusar de hipócrita, de violador, de traidor, de monstruo de crueldad, lujuria e ingratitud? ¡No, no, no! Sé muy bien el peso de mis delitos; ¡vuestras quejas serían demasiado justas, y mis crímenes demasiado evidentes! No saldréis de aquí para decir a Madrid que soy un malvado, que mi conciencia está cargada de pecado, y que no tengo esperanza de perdón del cielo. ¡Desdichada muchacha, tendréis que quedaros aquí conmigo! ¡Aquí, entre estas tumbas desoladas, estas imágenes de muerte, estos cadáveres corrompidos y nauseabundos! ¡Aquí os quedaréis a presenciar mis sufrimientos, a presenciar lo que es morir en medio de los horrores de la desesperación, y verme exhalar el último gemido entre blasfemias y maldiciones! ¿Y quién soy yo para agradeceros esto? ¿Qué me sedujo para cometer estos crímenes, cuyo mero recuerdo me hace estremecer?

¡Bruja fatal! ¿Acaso no ha sido tu belleza? ¿No habéis hundido mi alma en la infamia? ¿No me habéis convertido en un hipócrita perjuro, en un violador, en un asesino? Es más, en este momento, ¿no me hace esa mirada angelical desesperar de alcanzar el perdón de Dios? ¡Oh! ¡Cuando esté ante el trono de su justicia, esa mirada bastará para condenarme! ¡Le diréis a mi Juez que erais feliz hasta que *yo* os vi; que erais inocente hasta que *yo* os mancillé! ¡Iréis con esos ojos llenos de lágrimas, esas mejillas pálidas y demacradas, esas manos alzadas en ademán de súplica, como cuando me pedíais esa compasión que yo no os he concedido! ¡Entonces mi perdición será inexorable! ¡Entonces se presentará el espectro de vuestra madre, y me arrojará a los infiernos, a las llamas, a las furias, a los tormentos eternos! ¡Y seréis vos quien me acusará! ¡Seréis vos la causa de mi eterna agonía! ¡Vos, desdichada muchacha! ¡Vos! ¡Vos!

Y mientras tronaba de esta manera, sujetaba a Antonia violentamente por el brazo y pateaba el suelo con furia delirante.

Creyendo que había perdido el juicio, Antonia se dejó caer de rodillas, aterrada. Alzó las manos, y casi se le estranguló la voz antes de poder decir nada:

—¡Piedad! ¡Piedad! —murmuró a duras penas.

—¡Silencio! —exclamó el fraile enloquecido, arrojándola al suelo…

La dejó, y se puso a pasear por la mazmorra con aire enajenado y violento. Sus ojos giraban extraviados. Antonia temblaba cada vez que su mirada se encontraba con ellos. Parecía meditar algo horrible, y Antonia perdió toda esperanza de escapar con vida del sepulcro. Aunque, al abrigar tal idea, era injusta con él. En medio del horror y la repugnancia de que era presa, aún sentía alguna piedad por su víctima. Una vez pasada la tormenta de pasión, habría dado el mundo entero por poderle devolver la inocencia que su lujuria desenfrenada le había arrebatado. No quedaba en su pecho ninguno de aquellos deseos que le instaron, al crimen: las riquezas de la India no le habrían inducido a gozar por segunda vez de su persona. Su naturaleza parecía rebelarse ante la mera idea, y de buena gana habría borrado de su memoria la escena que acababa de acontecer. A medida que su sombrío furor se aplacaba, aumentaba su compasión por Antonia. Se detuvo, y quiso decirle unas palabras de consuelo; pero no supo de dónde sacarlas, y se quedó mirándola con lúgubre extravío. Su situación parecía tan desesperada, tan desolada, que no había fuerza humana que pudiera aliviarla. ¿Qué podía hacer por ella? Ahora había perdido la paz del espíritu, y su honra había quedado irreparablemente arruinada. Había sido separada para siempre del mundo, y no se atrevía a devolverla a él. Comprendía que, si reaparecía, se descubriría su culpa, y su castigo sería inevitable. Para el que está cargado de crímenes, la muerte llega doblemente armada de terrores. Sin embargo, aunque devolviese a Antonia a la luz y afrontase la posibilidad de que le traicionara, ¡qué miserable porvenir se le ofrecía! No tendría posibilidad de vivir nunca más de manera digna; estaría marcada por la infamia, y condenada al dolor y a la soledad para el resto de su vida. ¿Cuál era la alternativa? Una solución más terrible aún para Antonia,

pero que al menos garantizaría la seguridad del monje. Decidió dejar que el mundo siguiese convencido de su muerte, y tenerla cautiva en esta tenebrosa prisión: aquí planeaba visitarla todas las noches, traerle comida, confesarle su arrepentimiento, y mezclar sus lágrimas con las de ella. El abad se daba cuenta de que esta resolución era injusta y cruel; pero era el único medio de evitar que Antonia divulgase su culpa y su propia infamia. Si la dejaba libre, no podía confiar en su silencio: la ofensa que le había infligido era demasiado grave para esperar su perdón. Además, su reaparición despertaría la universal curiosidad y la violencia de su aflicción le impediría ocultar su causa. Así que decidió que Antonia siguiese prisionera en la mazmorra.

Se acercó a ella con la confusión pintada en su semblante. La levantó del suelo. La mano de Antonia tembló al cogérsela él, y Ambrosio la soltó como si hubiese tocado una serpiente. Su naturaleza pareció retroceder ante su mero contacto. Se sentía a la vez rechazado y atraído por ella, aunque no podía explicarse ninguno de estos dos sentimientos. Había algo en la expresión de Antonia que le traspasaba de horror; y aunque su entendimiento lo ignoraba todavía, su conciencia le ponía de relieve toda la dimensión de su crimen. Con palabras atropelladas, aunque en el tono más suave de que era capaz y voz apenas audible, mientras mantenía los ojos apartados, trató de consolarla de una desventura ya irreparable. Se declaró sinceramente arrepentido y dijo que con gusto derramaría una gota de su sangre por cada lágrima que su atrocidad le había arrancado a ella. Desdichada y sin esperanza, Antonia le escuchaba con mudo dolor. Pero cuando él le anunció su decisión de tenerla encerrada en el sepulcro, condenarla a un espantoso destino ante el cual la muerte parecía deseable, despertó inmediatamente de su insensibilidad. La idea de arrastrar una vida miserable en una repugnante celda, ignorada de todo ser humano salvo de quien la había violado, rodeada de cadáveres putrefactos, respirando el aire pestilente de la corrupción, y no volver a ver la luz ni beber la brisa pura de los cielos, era más terrible de lo que podía soportar. Se sobrepuso incluso al horror que sentía por el fraile. Nuevamente cayó de rodillas: suplicó su compasión en los términos más patéticos e insistentes. Prometió, si le devolvía la libertad, ocultar al mundo sus agravios, explicar su reaparición de la manera que él juzgase más conveniente; y a fin de evitar que recayese sobre él la menor sospecha, se ofreció a abandonar Madrid inmediatamente. Sus ruegos eran tan insistentes, que produjeron honda impresión en el monje. Consideró éste que, puesto que su persona no excitaba ya sus deseos, ningún interés tenía mantenerla oculta como había sido su primera intención; que eso añadía nuevos agravios a los que ya había sufrido; y que si era fiel a su promesa, él estaría seguro, tanto si la dejaba encerrada o en libertad. Por otro lado, le daba miedo que, en su aflicción, Antonia rompiese el pacto impensadamente, o que su excesiva simplicidad y su ignorancia de la astucia diese pie a que alguien más artero sorprendiese su secreto. Sin embargo, pese a lo fundados que eran estos recelos, la compasión y un sincero deseo de reparar su crimen lo más posible le inclinaban a acceder a los ruegos de la suplicante. El único punto que le tenía

indeciso era la dificultad de hacer plausible el inesperado retorno de Antonia a la vida tras su supuesta muerte y público enterramiento. Aún estaba meditando sobre el medio de eliminar tal obstáculo, cuando oyó ruido de pasos que se acercaban con precipitación. Se abrió la puerta de la cripta, y entró corriendo Matilde, visiblemente nerviosa y aterrada. Al ver entrar a un extraño, Antonia profirió un grito de alegría. Pero su esperanza de recibir auxilio de su parte se desvaneció en seguida. El supuesto novicio, sin mostrar la menor sorpresa al descubrir a una mujer a solas con el monje en tan extraño lugar y a hora tan tardía, se dirigió a él sin la menor vacilación.

—¿Qué podemos hacer, Ambrosio? Estamos perdidos, a menos que encuentren algún medio de dispersar a los amotinados. Ambrosio, el convento de Santa Clara está en llamas; la priora ha caído víctima del furor de la multitud. La abadía amenaza con correr la misma suerte. Los monjes, alarmados ante la ira del populacho, os buscan por todas partes. Creen que sólo vuestra autoridad bastará para calmar estos alborotos. Nadie sabe qué ha sido de vos, y vuestra ausencia ha creado universal asombro y desesperación. Yo he aprovechado la confusión para venir aquí corriendo a advertiros del peligro.

—Lo remediaremos en seguida —contestó el abad—; regresaré inmediatamente a mi celda. Explicaré mi ausencia con cualquier excusa.

—Imposible —replicó Matilde—. El sepulcro está lleno de arqueros. Lorenzo de Medina está registrando las bóvedas y recorre los pasadizos con varios oficiales de la Inquisición. Os cortarán la salida. Os preguntarán los motivos por los que os encontráis a estas horas en el sepulcro. Descubrirán a Antonia ¡y estaréis perdido para siempre!

—¿Lorenzo de Medina? ¿Oficiales de la Inquisición? ¿Qué les trae a este lugar? ¿Me buscan? ¿Acaso soy ya sospechoso? ¡Oh, hablad, Matilde! ¡Contestadme, por piedad!

—Hasta ahora no sospechan nada de vos, pero me temo que no tardarán. Vuestra única posibilidad de no ser descubierto está en lo improbable de que exploren esta mazmorra. La puerta está hábilmente disimulada. Tal vez no reparen en ella, y podamos permanecer ocultos hasta que terminen de registrar…

—Pero Antonia… Si se acercan los inquisidores y oyen sus gritos…

—¡Yo evitaré ese riesgo! —interrumpió Matilde.

Mientras hablaba, sacó un puñal y se abalanzó sobre su presa.

—¡Deteneos! ¡Deteneos! —exclamó Ambrosio, cogiéndole la mano y quitándole el arma que ya tenía en alto—. ¿Qué ibais a hacer, mujer cruel? ¡Ya ha sufrido demasiado la desdichada gracias a vuestros consejos perniciosos! ¡Ojalá no los hubiera escuchado jamás! ¡Ojalá no hubiese visto nunca vuestro rostro!

Matilde le lanzó una mirada de desprecio.

—¡Absurdo! —exclamó, con un gesto de pasión y de soberbia que atemorizó al monje—. Después de despojarla de cuanto la hacía valiosa, ¿teméis privarla de una vida miserable? ¡Pero está bien! Dejadla vivir y os convenceréis de vuestra locura.

¡Os abandono a vuestro aciago destino! ¡Renuncio a vuestra alianza! Quien tiembla ante la idea de cometer un crimen tan insignificante, no merece mi protección. ¡Escuchad! ¡Escuchad! Ambrosio, ¿oís a los arqueros? Ya vienen; ¡vuestra ruina es inevitable!

En ese momento oyó el abad rumor de voces distantes. Corrió a cerrar la puerta, de cuyo secreto dependía su seguridad, que Matilde había olvidado cerrar. Antes de que llegase a ella vio correr a Antonia delante de él, con la rapidez de una flecha, y huir hacia donde sonaban las voces. Había estado escuchando a Matilde con atención. Oyó mencionar el nombre de Lorenzo y decidió arriesgarlo todo para ponerse bajo su protección. La puerta estaba abierta. El rumor de voces la convencieron de que los arqueros no podían andar lejos. Hizo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban, echó a correr antes de que el monje se percatase de sus intenciones y se dirigió rápidamente hacia aquel lugar. Tan pronto como se recobró de su primera sorpresa, el abad salió tras ella. En vano redobló Antonia su velocidad y forzó al máximo sus nervios. Su enemigo ganaba terreno por momentos, y sintió el calor de su aliento en el cuello. El monje la alcanzó; alargó la mano, la agarró por los bucles agitados de su pelo y trató de arrastrarla de nuevo hacia la mazmorra. Antonia se resistió con todas sus fuerzas. Se abrazó a una columna que sostenía el techo y gritó pidiendo socorro. En vano la amenazó el monje si no callaba.

—¡Socorro! —siguió gritando—. ¡Socorro! ¡Socorro, por amor de Dios!

Estimulado por sus gritos, el ruido de pasos pareció acercarse más deprisa. El abad temía ver llegar de un instante a otro a los inquisidores. Antonia seguía resistiéndose, así que tuvo que reducirla al silencio por el medio más horrible e inhumano. Aún empuñaba la daga de Matilde. Sin permitirse un segundo de reflexión, la levantó ¡y la hundió dos veces en el pecho de Antonia! Ella profirió un alarido y se derrumbó en el suelo. El monje trató de llevársela, pero continuaba abrazada firmemente a la columna. En ese instante se proyectó en las paredes la luz de las antorchas que se acercaban. Temiendo ser descubierto, Ambrosio se vio obligado a abandonar a su víctima, y huyó a toda prisa hacia la mazmorra donde había dejado a Matilde.

No pasó inadvertido. Don Ramírez, que iba a la cabeza, descubrió a una mujer ensangrentada en el suelo y vio huir a un hombre del lugar, cuya precipitación le delataba como el homicida. Inmediatamente, persiguió al fugitivo con algunos arqueros, mientras los demás se quedaban con Lorenzo para auxiliar a la malherida desconocida. La levantaron y la sostuvieron en brazos. Se había desmayado por el exceso de dolor, pero pronto dio signos de recobrar los sentidos. Abrió los ojos y, al alzar la cabeza, los rubios cabellos que ocultaban su rostro cayeron hacia atrás.

—¡Dios Todopoderoso! ¡Es Antonia!

Tal fue la exclamación de Lorenzo, mientras la arrancaba de los brazos de los asistentes y la estrechaba con los suyos.

Aunque guiado por mano insegura, el puñal había respondido demasiado bien a

los propósitos de su dueño. Las heridas eran mortales, y Antonia se daba cuenta de que no tenía salvación. Sin embargo, los pocos instantes que le quedaban fueron instantes de felicidad. La angustia que reflejaba el rostro de Lorenzo, la frenética pasión de sus lamentos y su ansiosa preocupación por las heridas la convencieron más allá de toda duda de que eran de ella sus afectos. No quiso que la sacaran de la cripta, temerosa de que el movimiento acelerase su muerte; no quería perder ninguno de estos instantes en que recibía de Lorenzo pruebas de su amor, a las que ella correspondía. Le dijo que, de no haber sido mancillada, habría sentido morir ahora; pero que, privada de su honra y manchada por la vergüenza, la muerte era una bendición. No podría haber sido su esposa; y careciendo de esta esperanza, se resignaba a bajar a la sepultura sin un suspiro de pesar. Le pidió que tuviese valor, le alentó para que no se abandonase a un dolor inútil, y le confesó que creía no tener en este mundo más que a él. Aunque cada una de sus dulces palabras aumentaba el dolor de Lorenzo, más que aliviarlo, siguió hablando de este modo hasta el momento de su disolución. Su voz desfalleció, se hizo apenas audible. Una densa nube enturbió su vista; su corazón se volvió lento, irregular, y cada instante pareció anunciar su desenlace.

Yacía con la cabeza apoyada en el pecho de Lorenzo, y sus labios aún murmuraban palabras de consuelo. La interrumpió el tañido de la campana del convento, que dio la hora. Súbitamente, los ojos de Antonia centellearon con celestial luminosidad; su cuerpo pareció recibir nueva fuerza y animación. Se incorporó de los brazos de su amado.

—¡Las tres! —exclamó—. ¡Madre, voy a ti!

Juntó las manos y cayó sin vida en el suelo. Lorenzo, presa de una angustia indescriptible, se arrojó junto a ella; se mesó los cabellos, se golpeó el pecho y se negó a separarse del cadáver. Finalmente, sin fuerzas ya, consintió que le sacaran de la cripta, siendo trasladado al palacio de Medina apenas más vivo que la desventurada Antonia.

Entre tanto, aunque perseguido de cerca, Ambrosio había logrado refugiarse en la mazmorra. La puerta estaba ya cerrada cuando don Ramírez llegó, y transcurrió mucho tiempo antes de descubrir el escondite del fugitivo. Pero nada se resiste a la perseverancia. Aunque hábilmente oculta, no escapó la puerta a la inspección de los arqueros. La abrieron a la fuerza y entraron, con gran espanto de Ambrosio y de su compañera. La confusión del monje, su intento de esconderse, su rápida huida y la sangre que machaba sus ropas, no dejaban lugar a dudas de que era el asesino de Antonia. Pero cuando le identificaron como el inmaculado Ambrosio, «el Hombre Santo», el ídolo de Madrid, los perseguidores se quedaron estupefactos, y apenas podían convencerse de que no era una aparición lo que tenían ante sí. El abad no trató de justificarse, sino que mantuvo un obstinado silencio. Le prendieron y le maniataron. Tomaron la misma precaución respecto a Matilde. Al quitarle la capucha, la profusión y belleza de sus cabellos delataron su sexo, y este incidente produjo un

nuevo asombro. Encontraron, también, la daga en la tumba, donde el monje la había arrojado; y tras registrar completamente la mazmorra, los culpables fueron conducidos a las prisiones de la Inquisición.

Don Ramírez tuvo cuidado de que el populacho siguiese ignorante de los crímenes e identidad de los cautivos. Temía que se repitiera el amotinamiento que había seguido a la detención de la priora de San Clara. Se limitó a comunicar a los capuchinos el delito de su superior. Para evitar la vergüenza de una confesión pública, y temiendo el furor popular, del que ya habían salvado la abadía con grandes dificultades, los monjes permitieron de buen grado que los inquisidores registrasen el edificio sin ruido. No realizaron ningún nuevo descubrimiento. Recogieron los efectos encontrados en las celdas del abad y de Matilde, y los llevaron a la Inquisición para ser presentados como pruebas. Todo lo demás quedó como estaba, y el orden y la tranquilidad fueron restablecidos una vez más en Madrid.

Charles Brockden Brown

WIELAND O LA TRANSFORMACIÓN

(Wieland, or The Transformation, 1798)

El gusto por lo gótico llegó al nuevo continente de la mano del llamado «padre de la literatura norteamericana» Charles Brockden Brown (1771-1810), sin duda el primer escritor de talla que produjo Estados Unidos. De familia puritana acomodada (prósperos comerciantes cuáqueros de Filadelfia) y salud quebradiza, Brown abandonó pronto sus estudios de leyes para dedicarse al periodismo y a la literatura, en una época en la que la ficción como simple entretenimiento era considerada inmoral. Influenciado por las teorías del «pensador social» William Godwin (padre de Mary Shelley), las novelas de Richardson y Radcliffe y su interés por los fenómenos psicosomáticos, Brown adaptó la novela gótica a las exigencias del público americano y, aunque no conoció una gran popularidad, determinó, no obstante, por su influencia en Poe y Hawthorne, el futuro de este género en los Estados Unidos.

Con Brown la psicología de la novela gótica inglesa sufre una profunda transformación. Sus símbolos, personajes y rasgos característicos son sustituidos por otros netamente americanos: arcaicos bosques y vetustas cavernas en lugar de castillos, conventos o mazmorras; feroces pieles rojas oriundos de aquellas tierras en vez de villanos italianos o españoles; trastornos psicológicos perfectamente explicables por la ciencia médica, como la demencia o el sonambulismo, a cambio de los típicos fantasmas, brujas, magia y demás agentes sobrenaturales. A la escapista e irracional recreación de una tenebrosa época histórica, propia de los góticos europeos, Brown y sus imitadores del otro lado del Atlántico opusieron sus apocalípticas pesadillas simbólicas en las que proyectaron algunas de sus inquietudes calvinistas, como por ejemplo el sentimiento de culpabilidad. La naturaleza y no la sociedad es el nuevo símbolo del mal. El salvaje, el primitivo o el inocente (indio, negro, loco, niño) y no el aristócrata decadente y perverso es la nueva encarnación del malvado. Más que un ataque a una clase dominante o a los últimos vestigios de la superstición, la novela gótica americana es un estudio sobre la corrupción natural del género humano.

De la obra más significativa de Brown, «Wieland o La transformación», todavía inédita en castellano, se ha extraído uno de los fragmentos más estremecedores (capítulo XIX y parte del XX), donde su autor justifica con creces la «extraordinaria capacidad» que le atribuye Lovecraft «para crear una atmósfera que otorga a sus horrores una tremenda vitalidad mientras permanecen sin explicar».

WIELAND O LA TRANSFORMACIÓN[4]

(fragmento)

THEODORE Wieland, sentado en el banquillo, fue llamado a declarar en su defensa. Durante algún tiempo miró en silencio a su alrededor con discreta serenidad. Finalmente habló:

—Es extraño. Soy conocido de mis jueces y mis oyentes. ¿Quién de entre todos vosotros ignora en la actualidad quién es Wieland? ¿Quién no le conoce como marido, padre o amigo? Y, sin embargo, aparezco ante este tribunal como un criminal. Se me acusa de diabólica malicia. ¡Se me imputa el asesinato de mi mujer y de mis hijos!

»Es verdad, yo los maté; perecieron de mi propia mano. Sería innoble que buscara una justificación. ¿Qué es lo que tengo que justificar? Y ¿ante quiénes?

»Vosotros sabéis que están muertos y que fui yo quien les mató. ¿Qué más queréis? ¿Pretendéis arrancarme por la fuerza una confesión de los motivos que me impulsaron a ello? ¿No los habéis descubierto todavía? Me acusáis de malicia; sin embargo, vuestros ojos no están cerrados, ni vuestra razón declina, ni habéis perdido la memoria. Conocéis perfectamente a quien acusáis así. Os son conocidas todas sus costumbres; conocéis el trato dado a su mujer y a sus retoños; os son familiares tanto la firmeza de su integridad como la inmutabilidad de sus principios; ¡y todavía persistís en la acusación! Me habéis traído aquí esposado como un felón. ¡Me consideráis digno de una muerte ignominiosa!

»¿Quiénes eran los que he matado? Mi esposa y los pequeños que me deben la existencia. Esa criatura que, dadas sus cualidades, merece un afecto mayor que el habitual entre personas unidas por afinidades naturales. ¿Creéis que fue la malicia lo que me impulsó a hacerlo? Esconded, pues, vuestros osados rostros al escrutinio de los cielos. Algún día deploraréis vuestra iniquidad o locura; pero ya no habrá expiación posible.

»No creáis que me dirijo a vosotros. Expulsad de vuestros corazones ese detestable engreimiento. Tratadme como a un asesino y arrastradme a una muerte prematura. No haré nada para disipar vuestra ilusión. No proferiré ni una sola palabra para remediar vuestra sanguinaria locura. Pero, probablemente, habrá alguien entre todos vosotros que haya venido de lejos y esté imposibilitado de conocerme por su lejanía. Es a él (o a ellos) a quien referiré lo que he hecho, y por qué lo hice.

»Es innecesario decir que Dios ha sido siempre objeto de mi suprema pasión. He conservado para él mi corazón puro y sin mancha. En todo momento he ansiado conocer su voluntad. He ardido en deseos de probar mi fe y mi obediencia.

»Me he pasado toda la vida buscando la revelación de esa voluntad. Pero ha sido una vida triste porque mi búsqueda fracasó. He rastreado por todas partes un resquicio de luz que me orientara. Y, después de todo, no estaba tan desencaminado; pero no sacaba conclusiones por falta de convicción. La insatisfacción acabó por ocupar todos mis pensamientos. Mis intenciones habían sido puras; mis anhelos, infatigables. Pero hasta muy recientemente no se realizaron del todo estos propósitos, ni se gratificaron plenamente estos deseos.

»Te agradezco, Padre mío, tu generosidad; que no me hayas exigido un sacrificio menor; que me hayas brindado la ocasión de testimoniar mi sumisión a tu voluntad. ¿Te he negado acaso lo que has querido exigirme? Ahora puedo reclamar sin miedo mi recompensa, pues te he entregado el tesoro de mi alma.

»Me encontraba en mi propia casa al anochecer. Mi hermana se había ido a la ciudad, pero se proponía regresar esa misma noche. Aguardando su vuelta, mi mujer y yo demoramos irnos a la cama más allá de la hora acostumbrada; el resto de la familia se retiró sin embargo.

»Mi espíritu estaba sereno y propicio a la contemplación, aunque un tanto receloso por la seguridad de mi hermana. Inexplicables acontecimientos recientes sugerían la existencia de algún peligro; pero, al no dar nuestra imaginación ninguna forma concreta a ese peligro, apenas se alteró nuestra tranquilidad.

»El tiempo pasó y mi hermana no llegaba. Su casa está a poca distancia de la mía y, aunque habíamos convenido que pasaría la noche con nosotros, era posible que, por olvido, o a causa de alguna imprevista emergencia, hubiera regresado a su morada.

»Por consiguiente, me pareció conveniente ir a averiguar la verdad, y fui. En el camino, no pensaba más que en la situación moral en la que me encontraba. Presa de un torrente de fervorosas meditaciones, perdí de vista mi propósito. A veces permanecía inmóvil; otras, extraviaba mi camino y hallaba dificultades en reencontrarlo, recuperándome de mi arrebato contemplativo.

»La progresión de mis pensamientos es fácilmente rastreable. Al principio sentía latir mi corazón con un éxtasis sólo conocido por aquellos cuyo amor conyugal y parental es ilimitado, y cuyos desmesurados deseos rebosan complacencia. No sabría explicar por qué estas emociones, que con tanta frecuencia experimentaba, volvían a presentarse ahora con inusitada fuerza. No era nueva para mí la transición de la sensación de alegría al profundo sentimiento de gratitud. El autor de mi ser era, asimismo, el dispensador de todos los dones que lo embellecían. La correspondencia a que tiene derecho un benefactor así es ilimitada. Mis sentimientos estaban en deuda con su devoción por todo lo que para ellos era valioso. Todas las pasiones que no tengan este origen son infames, todas las alegrías endebles, todas las energías malignas.

»Durante unos instantes mis pensamientos se remontaron por encima de la tierra y de sus habitantes. Tendí mis manos, elevé los ojos al cielo y exclamé: “¡Oh! ¿Por

qué no me admites en tu presencia? Mi mayor felicidad sería conocer tu voluntad y cumplirla. El bienaventurado privilegio de comunicarme directamente contigo y escuchar la audible enunciación de tus deseos. ¿Qué tarea no emprendería yo por ti? ¿Qué privación no toleraría de buena gana para probarte mi amor? Por desgracia te escondes de mi vista: sólo me proporcionas vislumbres de tu excelencia y belleza. ¡Ojalá me enviaras una momentánea emanación de tu gloria! ¡Alguna prueba inequívoca de tu presencia!”.

»En este estado de ánimo entré en casa de mi hermana. Estaba vacía. A duras penas recordaba los motivos que me habían conducido hasta ella. Otras preocupaciones se habían posesionado por completo de mi mente, hasta casi borrar las nociones de espacio y tiempo. Sin embargo refrené estos extravíos y ascendí hasta su cámara.

»No tenía ninguna luz a mano, y la observación externa me convenció de que en la casa no había nadie. Sin embargo no quedé satisfecho con este incompleto examen. Entré en la habitación y, no encontrando al objeto de mi búsqueda, me dispuse a salir.

»La oscuridad exigía algunas precauciones para descender la escalera. Extendí la mano para asir la balaustrada y poder guiar mis movimientos. En ese momento, un indescriptible resplandor apareció súbitamente ante mi vista.

»Estaba ofuscado. Mis órganos estaban paralizados. Mis ojos se cerraron y retiré mi mano de la balaustrada. Un indecible pavor me heló la sangre en las venas y permanecí inmóvil. El resplandor no desaparecía ni disminuía. Era como si una intensa refulgencia me cubriera como un manto.

»Abrí los ojos y comprobé que el fulgor y la luminosidad me rodeaban. Era la atmósfera celestial que flotaba en el ambiente. A primera vista no se veía más que un ardiente flujo; pero, al instante, una voz aguda y penetrante, elevándose por detrás, solicitaba mi atención.

»Volví la cabeza. Me es imposible describir lo que vi. Las palabras difícilmente servirían. Ni el lenguaje ni la escritura encontrarían matices lo suficientemente potentes para describir la velada figura cuyo rostro brillaba ante mí.

»Cuando habló, los acentos de su voz conmovieron mi corazón. “Tus oraciones han sido escuchadas —dijo—. En prueba de tu fe debes entregarme a tu esposa. Es la víctima que he elegido. Hazla venir a esta casa y que muera aquí.” La voz, el rostro y la luz se desvanecieron al mismo tiempo.

»¿Qué es lo que me pedía? ¡Que la sangre de Catherine fuese derramada! ¡Que mi esposa muriera por mis propias manos! Yo, que buscaba una oportunidad para probar mi virtud, poco me esperaba que se me exigiera semejante prueba.

»—¡Mi esposa! —grité—. ¡Oh, Dios mío!, elije cualquier otra víctima. No me conviertas en el verdugo de mi esposa. Mi vida bien poco vale, te la entrego gustoso. Pero perdona, te lo suplico, esa preciosa existencia, o encarga a otro que no sea su marido que cumpla la sangrienta orden.

»Todo fue en vano. La senda estaba marcada. La resolución había sido dictada y

sólo quedaba ejecutarla. Salí precipitadamente de la casa, atravesé con rapidez los campos intermedios, y no me detuve hasta llegar al vestíbulo de mi propia casa.

»Mi esposa había permanecido allí durante mi ausencia, esperando impacientemente mi regreso con algunas noticias sobre mi hermana. No tenía nada que comunicarle. Necesité algún tiempo para recobrar el aliento tras la carrera. Esta circunstancia, junto a la conmoción que me agitaba y al extravío de mis ojos, la alarmaron. Inmediatamente sospechó que algún desastre le había acaecido a su amiga, y su voz era todavía más temblorosa que la mía.

»Aunque guardó silencio, su aspecto revelaba su impaciencia por oír lo que tenía que comunicarle. Finalmente hablé, pero con tanta precipitación que apenas pudo entenderme. Al mismo tiempo cogí su brazo y la obligué a levantarse de la silla.

»—Ven conmigo, rápido; no pierdas un instante —dije—. El tiempo apremia y la orden debe cumplirse. No te detengas. No hagas preguntas. ¡Ven conmigo!

»Mi comportamiento aumentó todavía más su alarma. Sus ojos perseguían los míos, mientras gritaba: “¿Qué pasa? Por el amor de Dios, ¿qué ocurre? ¿Adónde me llevas?”.

»La miré fijamente mientras hablaba. Pensé en sus virtudes; la contemplé como madre de mis hijos y esposa mía. Entonces recordé el propósito para el cual había solicitado su ayuda. Mi corazón vaciló, y comprendí que necesitaría de todas mis fuerzas para culminar el plan. Había un peligro inminente en la más mínima vacilación.

»Aparté mis ojos de ella y, presionándola de nuevo, la llevé hacia la puerta. “Debes venir conmigo, es necesario.”

»Catherine, espantada, se resistió a mis esfuerzos y exclamó:

»—¡Válgame Dios! ¿Qué significa todo esto? ¿Adónde hemos de ir? ¿Qué ha sucedido? ¿Has encontrado a Clara?

»—Sígueme y verás —contesté, haciéndola avanzar a su pesar.

»—¿Qué frenesí te embarga? Algo ha debido ocurrir. ¿Está enferma? ¿La has encontrado?

»—Ven y verás. Sígueme y lo comprobarás por ti misma.

»Todavía protestó y me suplicó que le explicara tan misteriosa conducta. No tuve valor suficiente para contestarla o mirarla a la cara; pero, aferrando su brazo, hice que me siguiera. Ella vaciló, debido más bien a la confusión de su mente que a su reticencia a acompañarme. Gradualmente, la confusión de Catherine se disipó, y me siguió con pasos irresolutos y continuas exclamaciones de sorpresa y de pavor.

»—¿Qué pasa? ¿Adónde me llevas? —no cesaba de interrogarme con vehemencia.

»Me esforcé por no pensar; por mantener mi mente en un estado de turbación que me impidiera oír su voz. Guardé silencio. Tenía prisa por llegar.

»Así llegamos a casa de mi hermana. Catherine, viendo las ventanas sin luz, se sorprendió.

»—¿Por qué venimos aquí? —dijo—. No hay nadie. ¡No pienso entrar!

»No respondí nada; pero, abriendo la puerta, la arrojé al interior del zaguán. Era el lugar asignado para el sacrificio: allí debía morir. Solté su mano y, ciñéndome la frente con las palmas de las manos, hice un esfuerzo soberbio para dominarme.

»Fue en vano; no lo conseguí. Mi ánimo decayó y las fuerzas me abandonaron. Balbuceé una oración pidiendo ayuda al Cielo. De nada valió.

»El miedo me invadió. Vislumbré mi cobardía y la desobediencia de que me hacía culpable, y permanecí rígido y helado como el mármol. De este estado me sacó la voz de mi esposa, que insistía en sus súplicas por que le contara para qué habíamos ido allí, y cuál había sido el hado de mi hermana.

»¿Qué podía responder yo? Tenía la voz rota y era incapaz de expresarme. La observación de estos síntomas reforzó los temores de la mujer; pero tales temores eran erróneos. Lo único que dedujo de mi conducta fue que a Clara le había acontecido algún terrible percance.

»Se retorció las manos y exclamó con angustia: “¡Dime dónde está! ¿Qué ha sido de ella? ¿Está enferma? ¿Muerta? ¿Está en sus aposentos? ¡Déjame ir allá, quiero saberlo todo!”.

»Esta propuesta puso otra vez en funcionamiento mi mente. Quizás tuviera fuerza suficiente para llevar a cabo en otra parte lo que mi desobediente corazón se negaba a ejecutar allí.

»—Ven, pues —le dije—. Subamos.

»—De acuerdo, pero no a oscuras. Antes debemos procurarnos una luz.

»—Corre, pues, y consíguela; pero te ordeno que no te demores. Aguardo tu vuelta.

»Durante su ausencia, caminé a grandes zancadas por el zaguán. El más devastador y tétrico huracán apenas podría dar una idea aproximada del desorden que reinaba en mi mente. No podía omitir el sacrificio y, sin embargo, mis miembros se resistían a ejecutarlo. No tenía alternativas. Era imposible rebelarse contra el mandato divino. La obediencia me convertiría en el verdugo de mi esposa. Mi voluntad era firme, pero mis miembros rechazaban su función.

»Catherine volvió con una luz. La conduje hasta la alcoba de Clara. Miró por todas partes, levantó las cortinas de la cama, pero no vio nada.

»Finalmente volvió sus ojos hacia mí interrogativamente. Ahora la luz le permitía descubrir en mi rostro lo que la oscuridad le había ocultado hasta entonces. Las inquietudes que tenía acerca de mi hermana las transfirió a mí, diciéndome con voz trémula:

»—¡Wieland! ¿No te encuentras bien? ¿Qué tienes? ¿Puedo hacer algo por ti?

»Era de esperar que esas inflexiones de voz y esos ademanes tan persuasivos hicieran tambalear mi resolución. Mis pensamientos cayeron de nuevo en la anarquía. Me tapé los ojos con una mano para no ver a Catherine, y únicamente le respondí con gemidos. Ella cogió entonces mi otra mano entre las suyas y, apretándola contra su

corazón, me habló con esa voz que siempre consiguió inclinar mi voluntad y disipar mis penas.

»—¡Amigo mío! ¡Amigo del alma! Cuéntame la causa de tu aflicción. ¿No soy digna de compartir tus inquietudes? ¿No soy tu esposa?

»Era demasiado. Me deshice de su abrazo y me retiré a un rincón del aposento. Mientras tanto, recuperé una vez más el valor y resolví cumplir con mi deber. Catherine me siguió y renovó sus ardientes súplicas por conocer la causa de mi aflicción.

»Levanté la cabeza y la miré resueltamente. Le susurré algo acerca de la muerte y de los requerimientos de mi deber. Al oír esas palabras retrocedió y me miró con una nueva expresión de angustia. Después de una pausa, juntó sus manos y exclamó:

»—¡Oh, Wieland! ¡Wieland! Dios quiera que me equivoque pero, sin duda, algo debe ir mal. Y a veo, está muy claro: estás perdido… perdido para mí y para ti mismo —al mismo tiempo me miró con la más viva inquietud, esperando que aparecieran nuevos síntomas.

»—¿Perdido? No, conozco perfectamente mi obligación y, gracias a Dios, he superado mi cobardía y puedo cumplirla. ¡Catherine! Compadezco la debilidad de tu naturaleza. Te compadezco pero no puedo ser clemente. Tu vida ha sido reclamada. ¡Debes morir a manos mías!

»Ahora su miedo corría parejo con su congoja.

»—¿Qué quieres decir? ¿Por qué hablas de muerte? Recapacita, Wieland, recapacita; este acceso pasará. ¡Oh! ¿Por qué vendría aquí? ¿Por qué me has arrastrado hasta aquí?

»—Te he traído a esta casa para cumplir un mandato divino. He sido designado tu ejecutor y debo ejecutarte.

»Diciendo esto, la cogí por las muñecas. Ella gritó a voz en cuello e intentó librarse de mi apretón, pero sus esfuerzos fueron inútiles.

»—Wieland, seguro que no quieres decir eso. ¿No soy acaso tu esposa? ¿Querrías tú matarme? No, no lo quieres. Y, sin embargo, lo estoy viendo, ya no eres Wieland. Una horrible e irresistible furia te posee. ¡Sé clemente conmigo! ¡Ayúdame!

»Mientras le quedó aliento, Catherine pidió a gritos ayuda y misericordia. Cuando ya no pudo hablar, sus gestos, sus miradas, solicitaron mi compasión. Mi maldita mano estaba irresoluta y temblorosa. Pretendía que su muerte fuera súbita, que su agonía fuera breve. ¡Ay de mí! Mi corazón era débil, mi resolución mudable. Tres veces aflojé mis manos, y la vida siguió su curso, aunque en medio de terribles sufrimientos. Sus ojos se le salían de las órbitas. Horrorosas contorsiones alteraban ese bello rostro que solía fascinarme tanto, y que tanto reverenciaba.

»—Recibí la orden de matarte, no de atormentarte con el anuncio de tu muerte, multiplicando tus miedos y prolongando tu agonía.

»Macilenta, pálida y exánime, Catherine finalmente desistió de luchar contra su destino. Fue un momento de triunfo. Había logrado vencer la obstinación de las

pasiones humanas: la víctima exigida había sido sacrificada; todo estaba consumado.

»Levanté el cadáver en mis brazos y lo deposité en la cama. Contemplé mi obra con deleite. Mi entusiasmo era tan grande que rompí a reír. Batí palmas y exclamé:

»—¡Está hecho! ¡He cumplido con mi sagrado deber! ¡Te he sacrificado, oh Dios mío, el mejor don que me has dado: mi esposa!

»De esta forma superé durante algún tiempo mi flaqueza. Imaginé que siempre había actuado por encima de mi propio egoísmo, pero era falso. Este arrebato cesó rápidamente. Miré de nuevo a mi esposa. Toda mi alegría se desvaneció, y me pregunté quién podría ser el cadáver que tenía ante mí. Me parecía que no podía ser Catherine. No podía ser la mujer que durante tantos años se había alojado en mi corazón; que había dormido, por las noches, entre mis brazos; que había llevado en sus entrañas, y criado a sus pechos, a los seres que me llamaban padre; a la cual había cuidado con sumo placer y había querido con un cariño siempre nuevo y perennemente en aumento. No, no podía ser la misma.

»¿Dónde estaba su lozanía? Esas cuencas muertas y bañadas en sangre mal recordaban la extática ternura azulada de sus ojos. Esos colores lívidos y esa horrible deformidad en nada se parecían al resplandeciente rubor que el amor solía encender en sus mejillas. ¡Ay de mí! Eran las huellas de la agonía; la muerte había pasado por allí.

»No insistiré en mi atroz y culpable desesperación. El soplo divino que me había sostenido desapareció: ya no era más que un *simple hombre*. Brinqué, golpeé mi cabeza contra la pared, proferí aullidos de terror, deseé con vehemencia la tortura y el dolor. El fuego eterno y los lamentos del infierno eran como lecho de rosas y música celestial en comparación con lo que yo sentía.

»Agradecí a Dios que mi vacilación fuese pasajera y que una vez más se hubiera dignado confiar en mí. Consideraba lo que había hecho como un sacrificio al deber y *estaba tranquilo*. Mi esposa había muerto, pero pensé que, perdida esa humana fuente de consuelo, todavía me quedaban otras. Si ya nunca más podría gozar de los placeres matrimoniales, todavía me quedaban los sentimientos paternales. Cuando el recuerdo de su madre me agobie hasta la desesperación, los miraré a ellos y *seré reconfortado*.

»Mientras estas ideas daban vueltas en mi cabeza, un nuevo fervor se apoderó de mí: me había equivocado. Esos tiernos sentimientos no eran más que un síntoma de mi egoísmo. No me di cuenta de ello, y fueron necesarios un nuevo resplandor y un nuevo mandato para disipar el velo que oscurecía mi percepción.

»De estas reflexiones me sacó un rayo luminoso que penetró en el aposento. Una voz como la que había oído antes pronunció las siguientes palabras:

»—Has obedecido, eso está bien. Pero todavía queda algo por hacer; el sacrificio está incompleto; debes ofrecerme a tus hijos; ¡es necesario que perezcan como su madre!

[…]

»No. No tengo nada más que decir. He terminado con mi historia. Mis motivos

han sido fielmente consignados. Si mis jueces son incapaces de discernir la pureza de mis intenciones, o de dar crédito a la declaración que acabo de hacer, si no entienden que mi acto fue una imposición del Cielo, que la obediencia fue una prueba de verdadera virtud, y la extinción del egoísmo y el error, deben declararme asesino.

Thomas de Quincey

LOS DADOS

(The Dice, 1823)

A primera vista puede parecer extraño encontrar en un libro como éste a un escritor como De Quincey, más conocido por sus ensayos periodísticos, sus autobiográficas «Confesiones de un comedor de opio inglés» y su continuación «Suspiria de Profundis», o sus comentarios a los poetas románticos. Sin embargo, según confesión propia, las únicas novelas que siempre leyó con placer fueron las góticas, y cuando la necesidad le obligó a vivir de la escritura probó fortuna en el género que tan bien conocía, primero con adaptaciones del alemán y luego elaborando una serie de novelas, como «Klosterheim» o «The Avenger», y un considerable número de cuentos donde demuestra su inveterada afición por los temas sobrenaturales.

La vida de Thomas de Quincey (1785-1839), estuvo envuelta en azares y aventuras diversas. Nacido en Manchester en una familia acomodada de comerciantes, a los quince años se fugó del colegio y vagó por Gales hasta llegar a Londres, donde llevó una existencia bohemia que luego relataría en sus célebres «Confesiones». Devuelto a la fuerza a la disciplina escolar, pasó tres años en Oxford estudiando a los clásicos. Fue entonces cuando se aficionó al opio y entabló amistad con algunos poetas como Wordsworth y Coleridge, quien siempre celebraría su «pureza de estilo». En 1821 se estableció en Londres y abrumado por las deudas comenzó una carrera literaria en revistas (principalmente en la «London Magazine»), que proseguiría en Edimburgo a partir de 1828, sobre todo en la «Blackwood’s Magazine» donde vio la luz su célebre ensayo «Del asesinato considerado como una de las bellas artes».

El agotamiento de recursos de que adolecía la novela gótica, ya en su ocaso, y el descuido formal que le era inherente, no cuadraban demasiado con la sensibilidad y la creatividad de este escritor subterráneo, que para Lovecraft no logra alcanzar el rango de especialista por su «falta de conexión» y su «pomposidad erudita». No obstante algunos de sus cuentos góticos son especialmente inquietantes, como el aquí presentado —rigurosamente inédito en nuestra lengua—, «Los dados», que recoge con singular maestría y sentido del humor una típica leyenda alemana sobre el viejo tema del pacto con el diablo.

LOS DADOS[5]

DURANTE más de ciento cincuenta años la familia Schroll había estado instalada en Tanbendorf, siendo generalmente respetada por sus conocimientos y sus refinados modales por encima de lo habitual en su condición. Su actual representante, el baile Elias Schroll, había sido muy aficionado a la literatura en su juventud, pero en los últimos años, por amor a su patria, había regresado a su ciudad natal, donde gozaba de gran crédito y estima.

Durante todo aquel período de ciento cincuenta años la tradición únicamente había consignado a un Schroll que poseyera una dudosa reputación: según afirmaban muchos, había tenido tratos con el demonio. Es cierto que todavía se conservaba en la casa un escritorio colocado contra la pared, que contenía misteriosos manuscritos a él atribuidos, y cuya fecha de construcción, 1630, tallada en el frente, concordaba con su época. Durante cinco generaciones, la llave de ese escritorio había sido transmitida fielmente al hijo mayor, con el solemne encargo de que tuviera el cuidado de que nadie más fuera puesto al corriente de su contenido. Se habían tomado todas las precauciones a fin de protegerlo contra los accidentes o los descuidos: la cerradura era tan complicada que, incluso con la llave adecuada, no podía abrirse sin seguir unas instrucciones especiales; y para mayor seguridad todavía, el actual propietario había añadido un candado primorosamente ejecutado que ofrecía un obstáculo suficiente antes de abordar la cerradura principal.

La curiosidad de toda la familia se centró en vano en ese escritorio. Nadie había conseguido descubrir siquiera parcialmente su contenido a excepción de Rudolph, el único hijo del baile. Él lo *había* conseguido: al menos estaba convencido de que el viejo infolio de cantos dorados y encuadernado en terciopelo negro, que un día había sorprendido a su padre leyendo con ansia, pertenecía al misterioso escritorio; ya que, aunque la puerta no estaba abierta, se encontraba desbloqueada y Elias se había apresurado a cerrar el libro con gran nerviosismo, al mismo tiempo que ordenaba a su hijo que saliera de la habitación en un tono de voz muy poco amable. Este incidente ocurrió cuando Rudolph tendría unos doce años.

Desde entonces el joven había sufrido dos grandes pérdidas con las muertes de su excelente madre y una hermana a la que quería tiernamente. También su padre había padecido intensamente estas aflicciones, resintiéndose tanto su salud como sus ánimos. Cada día se volvía más irritable y sin sentido del humor, y cuando Rudolph abandonó finalmente la escuela y regresó al hogar a los dieciocho años, le sobresaltó encontrarle enormemente alterado, lo mismo física que mentalmente. Había adelgazado y parecía estar consumido por algún conflicto interno. En su opinión, se

encontraba, sin duda alguna, al borde de la tumba, por lo que se dedicó incesantemente a poner en orden sus asuntos y a informar a su sucesor de todas las disposiciones en relación a sus propios intereses. Una tarde, Rudolph llegó súbitamente de una casa vecina y, al pasar delante del escritorio, encontró la puerta abierta de par en par y el interior obviamente vacío. Al volver la cabeza, observó a su padre de pie ante la chimenea en donde ardía un gran fuego, en medio del cual se consumía el viejo libro negro.

Elias suplicó formalmente a su hijo que se retirara, pero Rudolph no pudo dominarse y exclamó:

—Sospecho, señor, que ése es el libro que estaba en el escritorio.

Su padre asintió con visible confusión.

—Bueno, en ese caso, permitidme deciros que me sorprende enormemente que tratéis así a una reliquia familiar que durante más de un siglo ha sido transmitida siempre al hijo mayor.

—Tenéis razón, hijo mío —dijo el padre, tomándole de la mano cariñosamente—. En parte tenéis razón; no existe justificación posible, lo admito; yo mismo he sentido muchos escrúpulos acerca del rumbo que he tomado. Sin embargo, me siento enteramente feliz de haber destruido ese condenado libro. El que lo escribió jamás prosperó; todas las tradiciones están de acuerdo en eso. En tal caso, ¿por qué dejar a los descendientes un desdichado legado de enigmas impíos?

Esta excusa no satisfizo, sin embargo, a Rudolph. Éste sostenía que su padre había atentado contra sus derechos de sucesión, y razonaba tan bien que el propio Elias empezó a comprender que la queja de su hijo no era del todo infundada. Durante todo el día siguiente se comportaron amablemente el uno con el otro, aunque con cierta frialdad. Por la noche, Elias no pudo soportar más y dijo:

—Querido Rudolph, hemos vivido mucho tiempo juntos en perfecta armonía y cordialidad; no empecemos a ponernos malas caras en los pocos días que me quedan de vida.

Rudolph apretó la mano que le ofrecía su padre con filial entusiasmo, y éste continuó diciendo:

—Ahora me propongo comunicaros de viva voz el contenido del libro que he destruido. Lo haré de buena fe y sin reservas, a menos que vos mismo estéis convencido de que debéis renunciar a vuestros derechos a esa información.

Elias vaciló, congratulándose de que su hijo, al parecer, *renunciara* a sus derechos. Pero en eso se equivocaba. Rudolph anhelaba demasiado esa revelación, por lo que urgió firmemente a su padre a que prosiguiera.

Elias titubeó de nuevo y miró a su hijo con profundo amor y lástima, como suplicándole que mudara de opinión y renunciara a su pretensión. Pero, comprendiendo por fin que esto era obviamente imposible, siguió hablando:

—El libro se refiere principalmente a vos; os señala como *el último de nuestra estirpe*. ¿Palidecéis? ¿No habría sido mejor, sin duda, que hubierais decidido no

preocuparos más del asunto?

—No —dijo Rudolph, recobrando su sangre fría—. No, pues todavía queda por ver si la profecía es cierta.

—Lo es; no os quepa la menor duda.

—¿Y es eso lo único que el libro dice respecto a mí?

—No, *no* es eso lo único; hay algo más. Pero tal vez os riáis al oírlo; en estos tiempos nadie cree ya en semejantes historias. De cualquier manera, sea como fuere, el libro continúa diciendo, clara y rotundamente, que el Maligno (¡el Cielo nos proteja!) os hará una oferta encaminada sobre todo a vuestro provecho material.

Rudolph se rió abiertamente y replicó que, a juzgar por el aspecto solemne del libro, hubiera esperado encontrar un contenido más serio.

—Bien, bien, hijo mío —dijo el anciano—, reconozco que no estoy dispuesto a confiar demasiado en esas historias de contratos con el diablo. Pero no debemos reírnos de ellas, sean verdaderas o falsas. En cualquier caso, es suficiente para mí que me convenzáis de que poseéis tanta piedad natural que rechazaréis cualquier fortuna material que podáis conseguir mediante procedimientos impíos.

Elias pareció detenerse al llegar a este punto, pero Rudolph dijo:

—Deseo saber una cosa más: ¿cuál es la naturaleza de esa excelente fortuna que me van a ofrecer? ¿Dice el libro si la aceptaré o no?

—Acerca de la naturaleza de esa excelente fortuna, el escritor no ofrece ninguna explicación; lo único que dice es que, usándola con discreción, podéis convertiros en un hombre importante. En cuanto a la pregunta de si la aceptaréis (¡Dios os guarde, hijo mío, de tan criminal idea!) nada en absoluto se dice. Mejor dicho, parece incluso como si ese tratante en magia negra hubiera sido sorprendido por la muerte al llegar a aquel punto, pues se había detenido a mitad de palabra. ¡Que el Señor se apiade de su alma!

Por poca fe que Rudolph tuviera en las posibilidades de semejante propuesta, no obstante le inquietaba visiblemente el comunicado de su padre, el cual le dijo:

—¿No habría sido mejor que hubieseis dejado que el misterio fuera sepultado conmigo en la tumba?

—No —respondió Rudolph, aunque su inquieta mirada y su semblante agitado demostraban manifiestamente la exactitud de la preocupación de su padre.

La profunda impresión que produjo en la mente de Rudolph esta conversación —la última que tuvo con su padre— se agudizó todavía más a causa del grave suceso que vino a continuación. A mediados de aquella noche le despertaron súbitamente para que acudiera junto a la cabecera de su padre, el cual agonizaba y le llamaba urgentemente.

—¡Hijo mío! —exclamó con una angustiosa expresión de amargura. Luego extendió ambos brazos hacia él en señal de súplica, y con la angustia del esfuerzo expiró.

La ligereza propia de los espíritus juveniles dispersó pronto la melancolía que al

principio se cernió sobre Rudolph. Rodeado de joviales compañeros en la universidad que ahora visitaba, no encontraba acomodo en su pecho para el pesar o la preocupación: su mayor aflicción era la negativa de su tutor a acceder algunas veces a sus demasiado frecuentes y molestas solicitudes de dinero.

Después de residir un año en la universidad, Rudolph se vio envuelto en algunas irregularidades juveniles, en compañía de otros tres, que le reportaron la expulsión. En aquel preciso momento acababa de estallar la Guerra de los Siete Años: dos de sus compañeros, llamados Theiler y Werl, se alistaron en el ejército junto con Rudolph, este último en contra de la voluntad de una joven a la que estaba prometido. No obstante, Charlotte, que así se llamaba, se resignó a este plan cuando vio que sus objeciones de nada servían contra la resolución de Rudolph, y dejó que su amante le describiera con los más lisonjeros colores su propio regreso a sus brazos vistiendo el uniforme de oficial. Pues era tan evidente para él que su notable valor le haría conquistar el rango de teniente en la primera campaña como que no podía caer en el campo de batalla.

Los tres amigos tuvieron la suerte de ser asignados a la misma compañía. Mas en la primera batalla Werl y Theiler cayeron sin vida junto a Rudolph, el primero a causa de una bala de mosquete que le atravesó el corazón y el otro de un cañonazo que le arrancó la cabeza.

Poco después de este suceso, Rudolph regresó a casa. Mas ¿cómo? No con las brillantes condecoraciones de un oficial distinguido, como él esperaba inocentemente, sino como prisionero bajo estrecha vigilancia: en un arrebato de cólera juvenil había sido culpable de insubordinación y rebeldía, en compañía de otros dos.

El consejo de guerra les sentenció a muerte. Los jueces, sin embargo, quedaron tan favorablemente impresionados por su buena conducta durante el confinamiento que, a no dudar, hubieran recomendado incondicionalmente el perdón real, de no ser porque se consideraba necesario dar un escarmiento. No obstante, la sentencia fue mitigada y solamente se iba a fusilar a uno de los tres. Pero ¿a cuál de ellos? Este punto quedaba pendiente hasta el mismo día de la ejecución, en que se decidiría a los dados.

Conforme se acercaba el fatídico día, una oleada de irascible aflicción asaltó a los tres prisioneros. A uno de ellos le inquietaba el llanto de su padre; al segundo, la deplorable situación en la que quedarían su esposa enferma y sus dos hijos. El tercero, que era Rudolph, en el caso de ser el elegido de la suerte, sería emplazado a abandonar no sólo la vida sino también a una joven y radiante prometida, más próxima a su corazón que cualquier otra persona en el mundo.

—¡Ah! —dijo la víspera del día de la decisión final—. ¡Ah! ¡Si al menos pudiera asegurarme un lance favorable de los dados!

Y apenas formulado este deseo, su camarada Werl, a quien había visto caer a su lado en el campo de batalla, entró en su celda.

—Supongo, hermano Schroll, que no esperabais verme.

—No, realmente no lo esperaba —exclamó Rudolph, consternado; pues, de hecho, al día siguiente de la batalla había visto con sus propios ojos a este mismo Werl enterrado en la tumba.

—Sí, sí, es bastante extraño, lo admito; pero hay pocos cirujanos como el de nuestro regimiento. Me ha desenterrado y me ha reanimado, os lo aseguro. Podría pensarse que es un prestidigitador. En realidad, puede hacer muchas cosas que desafío a cualquiera a que las explique; a decir verdad, estoy convencido de que puede realizar imposibles.

—Bueno, por mí dejémosle. Con todo su arte bien poco podría hacer por mí.

—¿Quién sabe, hermano? ¿Quién sabe? En estos momentos se encuentra en la ciudad, y por nuestra vieja amistad le he hablado de vos: me ha prometido un lance afortunado con los dados que os librará de cualquier peligro.

—¡Ay! —dijo el descorazonado Rudolph—, incluso eso me sería muy poco útil.

—¡Vaya! ¿Cómo es eso? —preguntó el otro.

—Porque aunque existieran esos dados (cosa que pongo en duda), jamás me permitiría desviar, mediante la magia negra, la mala suerte a mí destinada hacia la cabeza de alguno de mis camaradas.

—Supongo que eso es lo que llamáis nobleza. Pero disculpadme si considero que en tales casos vuestro primer deber es para con vos mismo.

—Sí, pero tened en cuenta que uno de mis camaradas tiene un anciano padre que mantener y el otro una mujer enferma con dos niños.

—Schroll, Schroll, si os oyera vuestra joven prometida, tengo la impresión de que no se sentiría demasiado halagada. ¿Merece la pobre Charlotte que no dediquéis ni un solo pensamiento a ella ni a su destino? Una joven y adorable criatura, que cifra toda su felicidad en vos, merece (creo yo) vuestra consideración mucho más que un viejo chocho con un pie en la tumba, o que una mujer y dos niños que nada tienen que ver con vos. ¡Ah, cuánto podéis hacer con vuestra Charlotte en el curso de una larga vida! Así pues, ¿habéis resuelto verdaderamente rechazar el camino que os señalo? ¡Cuidado, Schroll! Si desdeñáis mi ofrecimiento y ocurre que os cae en suerte ser la víctima, tened cuidado con los pensamientos de una joven prometida a la que habéis traicionado, tened cuidado, os digo, de que estos pensamientos no se sumen a la amargura de la muerte cuando vayáis a arrodillaros en la duna. No obstante, os lo he advertido, y he descargado mi conciencia. Cuidaos de eso y ¡adiós!

—Quedaos, hermano; una o dos palabras más —dijo Rudolph, poderosamente impresionado por el último discurso y la imagen de felicidad doméstica ante él expuesta, de la que a menudo se había burlado mentalmente, bien fuera solo o en compañía de Charlotte—. Quedaos un momento. No niego, sin duda, desear la vida, si me fuera posible aceptarla como un don celestial, lo cual no es imposible. Lo que no quiero es tener sobre mi conciencia la responsabilidad de ser el causante de la desgracia de otros. No obstante, si el hombre del que habláis lo sabe, tendría mucho gusto en que le preguntárais cuál de los tres será el elegido por la suerte para morir.

Esperad, no le preguntéis nada —dijo Rudolph, suspirando profundamente.

—Ya se lo he preguntado —fue la contestación.

—¡Ah! ¿Lo habéis hecho? *¿Habéis venido acaso a aconsejarme al conocer la respuesta?*

Una lívida palidez que era como un anticipo de la muerte se extendió por el radiante rostro de Rudolph y espesas gotas de sudor se deslizaron por su frente.

—Me voy —exclamó el otro con una sonrisa burlona—. Tardáis mucho en decidiros. Tal vez os vea y os reconozca en el lugar de la ejecución; en ese caso, llevaré conmigo los dados, e incluso entonces no será demasiado tarde para que me hagáis una seña. Pero, os lo advierto, no puedo prometeros mi presencia.

Rudolph levantó la cabeza, que durante los últimos instantes de su alteración había cubierto con las palmas de las manos, dispuesto a ofrecer alguna respuesta. Pero su consejero se había ido ya. Se alegraba y al mismo tiempo lo sentía. Cuanto más pensaba en el hombre y en su aspecto, tanto menos creía en su parecido con el amigo a quien había dejado sepultado en el campo de batalla. Este amigo había sido la imagen misma de la cordialidad afectuosa, disposición de ánimo del todo ausente en su actual consejero. ¡No! El tono desdeñoso e insultante con que había tratado al desgraciado prisionero y la forma poco amable en que le había abandonado, convencieron a Schroll de que su consejero y Werl debían ser dos personas distintas.

En ese preciso momento, como en un estallido de luz, se le ocurrió pensar en el libro negro consumido por el fuego y en su ominoso contenido. ¡Un lance afortunado de los dados! Sí, *ésa* era, pues, la forma en que se había presentado el tentador; y advirtió, sinceramente contento, que no había hecho caso de sus sugerencias.

Pero su estado de ánimo cambió rápidamente cuando su joven prometida entró en la celda poco después, sollozando, y le echó los brazos al cuello. Rudolph le contó la propuesta que le habían hecho y a ella le sorprendió que no hubiera aceptado inmediatamente.

Con el corazón traspasado de dolor, Rudolph objetó que, aunque se viera forzado a abandonarla, una criatura tan encantadora y adorable como ella no podía dejar de tener un destino venturoso. Pero ella protestó vehementemente que sólo él y nadie más podía gozar de su amor.

El sacerdote, que visitó al prisionero inmediatamente después de la partida de su prometida, devolvió un poco la calma a su mente, que la presencia de la joven había alterado.

—¡Bienaventurados los que mueren en el Señor! —dijo el canoso eclesiástico con tanto ardor y devoción que estas simples palabras produjeron el efecto apropiado en la mente del prisionero.

La mañana que siguió a esta agitada noche, la mañana del día fatal, los tres reos se encontraron por vez primera desde su arresto. Su destino común y la larga separación entre ellos contribuyeron a estrechar todavía más los lazos de amistad que antes les habían unido en el campo de batalla. Cada uno de ellos demostraba

aborrecer vivamente el desdichado requisito mediante el cual cualquier lance de los dados que respetase su vida conllevaría la muerte de alguno de sus camaradas. Aunque todos ellos tenían numerosos amigos, no obstante la hermandad que habían puesto a prueba en el fragor de la batalla triunfó en este momento sobre cualquier otra consideración. Cada uno de ellos prefería la muerte antes que librarse de ella a expensas de alguno de sus camaradas.

El respetable sacerdote, que gozaba de la entera confianza de los tres, les sorprendió manifestando en voz alta tan heroica determinación. Sacudiendo la cabeza, advirtió la preocupación que cada uno de ellos sentía por aquellos que habían merecido su atención mientras vivían, los cuales les obligaban a vivir lo más posible.

—¡Confiad en Dios! —dijo—. ¡Resignaos a Él! Él será el único responsable del fallo final; no penséis en atribuir esta facultad a vos mismo o a Sus inanimados instrumentos: los dados. Sólo Él, que ha numerado todos los pelos de vuestra cabeza y sin cuyo permiso ningún gorrión cae al suelo, sólo Él sabe qué es lo mejor para vos.

Los prisioneros asintieron estrechando su mano, abrazándose unos a otros y recibiendo el santo sacramento con la mejor disposición de ánimo. Después de esta ceremonia desayunaron juntos, tan resignados, o mejor dicho, tan gozosos como si la triste y sangrienta mañana que se presentaba ante ellos anunciara alguna alegre festividad.

Sin embargo, cuando se formó el desfile desde la puerta exterior, y a los queridos amigos se les permitió pronunciar sus últimas despedidas, se tambaleó de nuevo la firmeza de sus ánimos bajo el peso de tan triste destino.

—¡Rudolph! —susurró su desesperada prometida en medio del silencio—. ¡Rudolph! ¿Por qué rechazáis la ayuda que os han ofrecido?

Él la conjuró a que no aumentara la amargura de la despedida; y ella, a su vez, le conjuró a él, un poco antes de que se ordenara iniciar la marcha, a que hiciera una seña al desconocido que se había ofrecido a liberarle, si es que podía divisarle entre la multitud.

Las calles y las ventanas estaban repletas de espectadores. Cada uno de los reos, acompañado en sus oraciones por el sacerdote, procuraba en vano librarse de la idea de que tal vez sería él el que no regresaría. La mansión del padre de su prometida le recordó a Schroll la felicidad que perdería para siempre si daba crédito a las palabras de su monitor del día anterior; una extraordinaria palidez le embargó. El sacerdote, que estaba al tanto de las circunstancias de su caso, y por tanto adivinaba el motivo de su repentina agitación, le tomó del brazo y le dijo, con voz potente, que quien confiara en Dios ciertamente vería cumplidas sus *justas* esperanzas… en este mundo, si era voluntad de Dios, y si no, en otro todavía mejor.

Estas palabras eran un consuelo, pero su efecto duró solamente unos segundos. Más allá de la puerta de la ciudad sus ojos se cruzaron con la duna ya levantada: un espectáculo que renovó sus primitivas esperanzas y temores. Echó una mirada apresurada a su alrededor, pero en ninguna parte podía ver a su visitante de la noche

pasada.

Cada vez se aproximaba más el momento de la decisión. Había empezado. Uno de los tres había movido ya el cubilete y tirado el dado: había sacado un seis. El lance fue registrado en medio del solemne silencio de la multitud. Los presentes le miraron con mudas congratulaciones en los ojos, pues tanto este hombre como Rudolph eran objeto de la compasión general: uno, por ser padre y marido; Rudolph, por ser el más joven y el más guapo, y porque se había divulgado su superior educación y conocimientos.

Rudolph era el más joven por partida doble: el más joven en años y el más joven en el servicio; por ambas razones iba a tirar los dados en último lugar. Puede suponerse, por consiguiente, cómo temblaron todos los presentes por el pobre delincuente cuando el segundo de sus camaradas sacó también un seis.

Con el ánimo abatido, Rudolph miró fijamente al desfavorable dado. Entonces, por segunda vez, echó una horrenda mirada a su alrededor, tan desesperada que un violento estremecimiento de condolencia agitó a los espectadores.

—¡No hay ningún liberador —pensó Rudolph— que pueda verme ni oírme! Y si lo hubiera, sería demasiado tarde, pues ya no es posible cambiar el dado.

Diciendo esto, cogió el fatal dado, que su mano apretó convulsivamente, y antes de tirarlo se dio cuenta de que se había partido en dos.

Durante el estremecimiento general de asombro que siguió a este extraño accidente, Rudolph miró otra vez en torno suyo. Un repentino sobresalto y una súbita alegría recorrieron su semblante. Cerca de él, vestido de buhonero, estaba Theiler, el camarada cuya cabeza había arrancado una bala de cañón en el campo de batalla, aunque no presentaba ninguna herida. Rudolph le hizo una seña con el ojo, pues, dado que ahora tenía claro con quién estaba tratando, la espantosa prueba que le esperaba apabullaba sus mejores propósitos.

La delegación militar estaba algo confusa. Como no se había previsto un accidente tan extraño, no tenían a mano un segundo dado. Estaban ya a punto de despachar un mensajero a buscar uno, cuando el buhonero se presentó con el ofrecimiento de suplir la pérdida. El auditor examinó el nuevo dado y se lo entregó al desdichado Rudolph. Éste lo arrojó sobre el tambor y de nuevo salió un seis. El asombro fue general; nada estaba decidido; debían repetirse los lances. Así lo *hicieron* y Weber, el marido de la mujer enferma y padre de dos niños medio desnudos, realizó el lance más bajo.

Inmediatamente se oyó la voz del oficial ordenando a sus hombres que ocuparan sus puestos. Weber, por su parte, se demoró un poco. El abrumador perjuicio infligido a su esposa y a los niños por culpa suya superaba todas sus previsiones. Estrechó rápidamente las manos de sus dos camaradas, ocupó su lugar ágilmente, y se arrodilló. Se oyó una voz de mando ordenando: «Abajo los mosquetes»; al instante, el hombre arrojó el fatal pañuelo con el ademán del que solicita alguna imprevisible merced, y en un abrir y cerrar de ojos, dieciséis balas aliviaron el corazón del pobre

amotinado de su inmensurable carga de angustia.

Rudolph no prestó oídos a las felicitaciones con que les dieron la bienvenida a su regreso a la ciudad. Incluso las caricias de Charlotte difícilmente podían proporcionar algún placer al hombre que creía haber sacrificado a su camarada en connivencia con un demonio.

Las importunidades de Charlotte prevalecieron por encima de todas las objeciones que la arrogancia de su anciano padre insinuó en contra de un yerno que había sido condenado a la pena capital. El matrimonio se celebró, pero en el banquete nupcial, en medio del alboroto festivo, las partes directamente interesadas no estuvieron contentas o tranquilas. Poco después falleció el suegro y su muerte colocó a la joven pareja en una posición de independencia total. Sin embargo, tanto la fortuna de Charlotte como el resto de lo que Rudolph había heredado de su padre, se los tragó rápidamente su ocioso y lujoso tren de vida. Rudolph empezó a maltratar a su esposa. Huyendo de su propia conciencia, se lanzó a toda clase de actividades disolutas; y lo más extraordinario fue que, de manifestar el más violento aborrecimiento por todo aquello que pudiera recordarle el afortunado lance del dado, poco a poco llegó a sentir tan incontrolable pasión por jugar a los dados que pasaba todo el tiempo en compañía de aquellos con los que podía sacar provecho a esta pasión. Era imposible encontrar a alguien que le prestara un chelín. La viuda enferma de Weber y sus dos niños, que Rudolph había mantenido hasta entonces, perdieron su hogar y su sustento, y en poco tiempo el mismo destino se abatió sobre él, su esposa y su hijo.

Demasiado poco habituado al trabajo como para tener alguna posibilidad de mejorar por ese camino, un día recordó que el Instituto Médico acostumbraba a pagar una cantidad a los pobres a cambio de la entrega de sus cuerpos en el momento de fallecer. Rudolph se dirigió a este establecimiento y los estragos que la vida disoluta había ocasionado en su aspecto personal y en su salud indujeron a los responsables a prestar oído a su petición de muy buena gana.

Mas el dinero así obtenido, destinado al sustento de su esposa y de su famélico hijo, lo despilfarró en la mesa de juego. Cuando el último dólar se esfumó, Schroll mordió uno de los dados furiosamente. En ese mismo momento oyó que le susurraban al oído estas palabras: «Tranquilo, hermano, tranquilo; no todos los dados se parten en dos como el de la duna». Rudolph miró a su alrededor con gran nerviosismo, pero no encontró indicios de nadie que pudiera haberle susurrado las palabras.

Profiriendo espantosas imprecaciones contra sí mismo y contra los que habían jugado con él, abandonó la casa de juegos y se dirigió a la miserable buhardilla donde su esposa y su hijo esperaban su regreso y su ayuda. Sin embargo, una vez allí, las pobres criaturas, atormentadas por el hambre y el frío, le apremiaron tan importunamente, que no le quedó otro camino para librarse de la miseria que escapar de aquel lugar. Mas ¿adónde podía ir a esas horas de la noche, dado que su pobreza

absoluta era conocida en todas las cervecerías?

Vagando sin saber adónde ir, llegó finalmente a un camposanto. La luna relucía solemnemente a través de las nubes en calma. Rudolph se estremeció con sólo pensar en su propia existencia. Pasó por encima de las moradas de los difuntos y entró en un panteón para ponerse a cubierto de las ráfagas de viento glacial, que ahora empezaba a soplar con más fuerza que antes. La luna iluminaba de lleno la leyenda dorada inscrita en la pared: *«Bienaventurados los que mueren en el Señor»*.

Schroll cogió una pala que estaba clavada en el suelo y golpeó furiosamente con ella las letras doradas de la inscripción; mas éstas parecían indestructibles. Cuando se disponía a atacarlas con un azadón, una mano le tocó de repente en el hombro diciéndole: «Tranquilo, camarada; todas vuestras penas van a desaparecer». Schroll profirió una estrepitosa exclamación de horror, pues en esas palabras había reconocido la voz de Weber, con el que se topó al volverse.

—¿Qué os sucede? —preguntó Rudolph—. ¿A qué habéis venido?

—A consolaros —replicó el personaje, que ahora adoptó repentinamente la figura y la voz del buhonero con quien Schroll estaba en deuda por el afortunado dado—. Me habéis olvidado y por eso habéis caído en el infortunio. Levantad la mirada y saludad a vuestro necesitado amigo que únicamente viene a haceros feliz de nuevo.

—Si *ése* es vuestro propósito, ¿por qué os presentáis con ese aspecto ante el cual tengo más motivos para estremecerme que ante cualquier otro?

—Porque no debo conceder a ningún hombre el auxilio de mi conversación con demasiadas facilidades. Antes de que mi dado pudiera cambiar vuestra suerte, estaba obligado a proporcionaros ciertas indicaciones a fin de que supierais con quién estabais tratando.

—¿Con quién estoy tratando, pues? —gritó Schroll, abriendo desmesuradamente los ojos y con el pelo de punta.

—Lo sabíais entonces y lo sabéis ahora —dijo el buhonero, riéndose y golpeándole ligeramente en el hombro—. Mas ¿qué es lo que deseáis?

Schroll forcejeó en su interior, mas, superado por su desolada situación, dijo inmediatamente:

—Dados. Me gustaría tener unos dados que me hicieran ganar siempre que quisiera.

—Muy bien. Pero, ante todo, alejaos del resplandor de esa inscripción dorada en la pared, que nada tiene que ver con vos. Aquí tenéis los dados; no permitáis jamás que pasen a otras manos, pues *eso* os traería muchos problemas. Si me necesitáis, encended un fuego cuando suene la última campanada de la medianoche, arrojad a él los dados y soltad una estruendosa carcajada. Se resquebrajarán una o dos veces y a continuación se partirán. Entonces tratad de cogerlos de entre las llamas; mas no dejéis que pase mucho tiempo o estaréis perdido. Y no permitáis que os desanimen las visiones que me veo obligado a enviar por adelantado cada vez que aparezco. Finalmente, evitad elegir un día festivo para esta operación y tened cuidado con la

bendición del sacerdote. Ahora coged los dados.

Schroll cogió los dados con una mano, mientras con la otra se tapaba los ojos. Cuando volvió a mirar, se encontraba otra vez solo.

A continuación abandonó el campo de enterramiento y volvió lo más rápidamente posible a la casa de juegos, donde todavía era visible la luz de las velas. Mas encontró las mayores dificultades para obtener de un «amigo» dinero suficiente que le permitiera hacer la apuesta más baja que autorizaban las reglas del juego. Le fue bastante más fácil persuadir a sus compañeros a que utilizaran los dados que llevaba él consigo. No veían en ellos posibilidad alguna de engaño sino solamente una vulgar superstición, ya que tanto ellos como Schroll podían beneficiarse igualmente de la presunta buena suerte asociada a los dados. Mas lo propio del hechizo era que únicamente el poseedor de los dados podía disfrutar de sus poderes sobrenaturales; y por lo tanto resultó que por la mañana Schroll, embriagado con el dinero de todos los presentes, volvió dando tumbos al hogar, a la buhardilla donde su familia yacía medio congelada y famélica.

De inmediato mejoró su situación aparente. El dinero ganado por Schroll no sólo alcanzó para cubrir sus necesidades inmediatas y más urgentes, sino también para comprar un piso exterior, y aún sobró una cantidad suficiente para hacer una apuesta bastante considerable.

Con esa cantidad, y mejor ataviado, Rudolph acudió a una casa de juegos más elegante y volvió a casa por la noche cargado de oro.

Luego puso él mismo un establecimiento de juegos, y en unas pocas semanas fue tanta la mejora aparente de su familia que la policía empezó a vigilarle estrechamente.

Esta situación le indujo a abandonar la ciudad y a cambiar de residencia continuamente. Además de otras ciudades, frecuentó los diferentes balnearios alemanes. Mas, pese a que sus dados mantenían perseverantemente su suerte, nunca más volvió a acumular dinero. Lo despilfarró todo con la vida disoluta que mantuvieron tanto él como su familia.

Finalmente, en el balneario de…, el asunto empezó a tomar un desafortunado cariz. Una profunda pasión por una joven y bella dama, a la que Rudolph había abordado en vano en bailes, conciertos e incluso en la iglesia, le hizo perder repentinamente el juicio y el rumbo. Una noche, cuando Schroll (que ahora se hacía llamar capitán Von Schrollshausen) esperaba un lance maestro de sus dados, tal vez con el propósito de conquistar a la dama mediante un desbordante despliegue de riqueza y esplendor, de repente aquellos perdieron su virtud y le fallaron sin avisar. Hasta entonces únicamente habían perdido cuando él quiso que perdieran. Mas, en esta ocasión, fallaron en un momento tan crucial que no solamente perdió todo su dinero, sino también una gran suma que había tomado a préstamo.

Echando espumarajos de cólera, Rudolph regresó a casa y preguntó violentamente por su esposa, comprobando que había salido. Examinó con cuidado los dados y le

pareció que no eran los suyos. Una intensa sospecha se apoderó de él. Madame Von Schrollshausen tenía su propio círculo de juegos lo mismo que él. Sin revelar su origen, él le había mostrado ocasionalmente algunas de las prerrogativas atribuidas a sus dados, por lo que ella le había instado ardorosamente a que le dejara usarlos una sola noche. Es cierto que él nunca se separaba de los dados ni siquiera para acostarse. Pero también era posible que ella se los hubiera cambiado mientras dormía. Cuanto más le daba vueltas a esa sospecha, más se fortalecía ésta. De ser apenas posible, se convirtió en probable, y esta probabilidad acabó pareciendo una certeza. Esta certeza fue confirmada plenamente cuando su esposa regresó a casa de un humor excelente y le anunció que esa noche la buena suerte la había colmado. En prueba de ello, arrojó sobre la mesa una considerable cantidad de monedas de oro.

—Ahora —añadió risueña— ya no me importan más vuestros dados; mejor aún, a decir verdad no los cambiaría por los míos.

Confirmadas sus sospechas, Rudolph le pidió los dados cuya propiedad ella le había hurtado. Ella rió y se negó. Él insistió con mayor vehemencia; ella replicó con ardor. Ambas partes se irritaron y, finalmente, en el colmo de su ira, Rudolph agarró un cuchillo y la apuñaló, atravesándole el corazón. Ella profirió un sollozo, se convulsionó por un momento y expiró.

—¡Maldita casualidad! —exclamó él cuando, al examinarlos, comprobó que los dados que ella llevaba en la bolsa no eran los que él creía haber perdido.

Nadie a excepción de Rudolph presenció el asesinato; el niño dormía tranquilo. Pero, accidentalmente, llegó a conocimiento del casero, el cual estaba dispuesto a hacerlo público por la mañana. Rudolph logró, sin embargo, comprar su silencio con suculentas ofertas: se comprometió en esencia a ceder al casero una gran suma de dinero y a casarse con su hija, con la que había mantenido durante bastante tiempo un enredo amoroso clandestino. Conforme a este acuerdo, se notificó públicamente que madame Von Schrollshausen había muerto de un súbito ataque de hipocondría, afección a la que era propensa desde hacía mucho tiempo. Indudablemente hubo quien optó por mostrarse escéptico acerca del asunto, pero nadie estaba interesado lo suficiente en la persona asesinada como para solicitar una investigación legal.

Un hecho que trastornó entonces a Rudolph bastante más que el asesinato de su otrora querida esposa fue la plena confirmación, basada en nuevas experiencias, de que sus dados habían perdido su poder. Pues había estado perdiendo dos días seguidos hasta tal punto que tuvo que huir una noche de niebla. Su niño, al que cada día quería más, se vio obligado a permanecer con su anfitrión, en garantía de su regreso y del cumplimiento de sus promesas.

Rudolph no habría huido de haber tenido la posibilidad de apelar inmediatamente a su enigmático consejero. Pero, a causa de la gran festividad de Pentecostés, que se celebraba al día siguiente, tuvo que retrasar necesariamente la llamada por algún tiempo. Quedándose, no habría tenido más remedio que inventarse varios pretextos para justificar la demora, a fin de mantener su reputación ante sus acreedores; en

tanto que, cuando regresara con una cantidad de dinero suficiente para pagar sus deudas, todas las sospechas serían inmediatamente acalladas.

En la metrópoli de un territorio adyacente, al que acudía tan a menudo que tenía reservado alojamiento permanente, pasó el domingo de Pentecostés impacientemente y decidió que la noche siguiente llamaría a su consejero y conversaría con él. Sin embargo, estaba tan impaciente por no retrasarse que no sintió la menor ansiedad mientras se aproximaba la medianoche. Aunque se encontraba completamente solo en sus aposentos y había dejado a su sirviente en el balneario, mucho antes de la medianoche creyó oír pasos y susurros a su alrededor. La resolución que estaba meditando, que hasta entonces había considerado con indiferencia, acabó por mostrar un aspecto monstruoso. Por otra parte, recordó que a su malvado consejero le había parecido necesario exhortarle a tener valor, y el suyo en aquellos momentos le parecía vacilante.

Sin embargo, no tenía elección. Tal como estaba acordado, por tanto, con la última campanada de las doce, prendió fuego a la madera que tenía cortada y apilada junto al hogar y arrojó los dados a las llamas, a la par que soltaba una estrepitosa carcajada que resonó espantosamente por el desierto vestíbulo y la escalera. Desconcertado y medio sofocado por el humo que acompañaba a las estruendosas llamas, permaneció quieto algunos minutos, cuando de repente todos los objetos circundantes parecieron cambiar y se encontró transportado a la casa de su padre. Este yacía en su lecho de muerte tal y como le había visto por última vez. Tenía en sus labios la misma expresión de súplica y angustia con la que entonces había procurado dirigirse a él. Una vez más extendió los brazos hacia su hijo en señal de piedad y cariño; y una vez más pareció expirar en el acto.

Esta imagen, que hizo surgir en la memoria de Schroll y reavivó con la intensidad de una atroz tortura sus honorables planes y perspectivas en aquel inocente período de su vida, le agitó profundamente. En ese momento los dados se partieron por vez primera y Schroll volvió el rostro hacia las llamas. Por segunda vez el humo sofocó el fuego, revelando una segunda visión. Se vio a sí mismo sentado en su celda el día de la escena en la duna. El sacerdote estaba con él. Por la expresión de su semblante, parecía estar diciendo precisamente: «Bienaventurados los que mueren en el Señor».

Rudolph recordó el estado en que se encontraba entonces, las esperanzas que en él había suscitado el sacerdote, y la sensación que tenía en aquel momento de que todavía le era posible la reconciliación con su padre, o al menos hacerse digno de ella mediante un profundo arrepentimiento. La siguiente fractura de los dados alteró la escena… aunque la sustituyó por otra, de ninguna manera más consoladora. Ahora contemplaba una guarida de ladrones en la que la desventurada viuda de Weber maldecía a sus hijos, los cuales, privados de ayuda, consejo y protección, habían elegido el camino del mal. Al fondo aparecía el sangriento padre de aquellos niños echados a perder, con una mano extendida hacia Schroll en un gesto amenazante y la otra elevada al cielo en señal de acusación contra él.

A la tercera escisión de los dados, surgió a través del humo la figura de su esposa asesinada, que parecía perseguirle de una esquina a otra de la habitación, hasta que finalmente se acercó y tomó asiento junto al fuego; a su lado, como Rudolph pudo observar con horror, su padre ya enterrado y el desdichado Weber se habían desperezado y cuchicheaban y gemían terroríficamente, produciéndole una gran excitación nerviosa.

Después de prolongadas y horrorosas visiones, Rudolph notó que las llamas se debilitaban cada vez más. Se acercó a ellas. Las figuras que se encontraban a su alrededor levantaron sus manos en actitud amenazante. Un momento después se le habría acabado irremisiblemente el tiempo y Rudolph, como había sostenido su falso amigo, ¡estaría perdido! Con el valor propio de la desesperación se precipitó por entre las amenazadoras figuras e intentó coger los incandescentes dados que, nada más tocarlos, se hicieron pedazos con un ruido espantoso, ante el cual las apariciones desaparecieron en masa.

El malvado consejero apareció en esta ocasión vestido de sepulturero y le preguntó con un resoplido:

—¿Qué queréis de mí?

—Recordaros vuestra promesa —respondió Schroll, retrocediendo con temor—. Vuestros dados han perdido su poder.

—¿Por culpa de quién?

Rudolph calló y se tapó los ojos para librarse de las fulminantes miradas del diabólico ser que le contemplaba.

—Vuestros descabellados deseos os indujeron a perseguir a la hermosa doncella hasta la iglesia. Olvidásteis mis palabras: la bendición, contra la que os previne, privó a los dados de su poder; En el futuro, cumplid mejor mis instrucciones.

Dicho esto desapareció, y Schroll encontró tres nuevos dados en el hogar.

Después de semejantes escenas, no era cuestión de pensar en dormir y Rudolph decidió poner a prueba los dados, a ser posible esa misma noche. El baile del hotel de enfrente, al cual había sido invitado, y del que todavía se oían los pasos de los bailarines, parecía ofrecer una ocasión favorable. Acudió allí un poco preocupado, temiendo que algunos de los ruidos procedentes de sus aposentos hubieran llegado a las casas de enfrente. Le alegró comprobar que su miedo era infundado. Todo parecía favorable a *sus* intereses: cuando preguntó con fingida despreocupación por la gran explosión que había tenido lugar hacia la medianoche, nadie admitió haberla oído.

Los dados que había tenido la suerte de encontrar respondían a sus previsiones. En seguida encontró una partida y, al despuntar el nuevo día, había tenido tanta suerte que pudo regresar al balneario a rescatar a su hijo y cumplir con su palabra.

En el balneario conoció a tantas personas como pérdidas había soportado recientemente. Como estaba considerado uno de los caballeros más ricos del lugar, todos aquellos que tenían planes respecto a él a consecuencia de su supuesta riqueza, perdieron de buena gana su dinero en provecho de él para apoyar su propio ardid, de

manera que en un solo mes ganó considerables sumas que le convirtieron en un hombre rico. Amparado en esa reputación y en su viudez, sin duda podría haber tenido ahora más éxito con la joven dama a la que anteriormente había aspirado, ya que a su padre sólo le interesaban los bienes y hubiera pasado por lo alto la moralidad y esa clase de respetabilidad en cualquier candidato a la mano de su hija. Sin embargo, pese a sus generosas ofertas de dinero, Rudolph no pudo librarse del contrato que le ligaba a la hija de su casero, mujer de muy mala reputación. De hecho, se casó con ella seis meses después de la muerte de su primera esposa.

Debido a la ilimitada profusión de dinero con la que su segunda esposa trató de lavar las manchas que empañaban su honor, Rudolph malgastó rápidamente su recién adquirida fortuna. Ardía en deseos de apartarse de ella. Sin embargo, nunca se atrevió a expresárselos por segunda vez a su suegro, pues en la única ocasión en que insinuó semejante intención, aquél había prorrumpido inmediatamente en las más espantosas amenazas. El asesinato de su primera esposa le encadenaba a su segunda. El niño que le había dejado su primera esposa, pese a parecerse mucho a ella tanto en sus rasgos físicos como en su mal carácter, era su único consuelo, si es que su melancólica y perturbada mente le permitía experimentar algún tipo de consuelo.

A fin de proteger a este niño de la maligna influencia de los numerosos malos ejemplos que le rodeaban, se había puesto de acuerdo con un hombre de notable talento para que supervisara su educación dentro de su propia familia. Pero todo se frustró. Madame Von Schrollshausen, cuyo afán de magnificencia y pompa la inducía ávidamente a acogerse a cualquier pretexto para organizar una *fête*, había invitado a un grupo de amigos la noche anterior a la proyectada partida del muchacho. El tiempo que no se empleó en el comedor, lo pasaron en la mesa de juego, dedicados a los dados, de cuyos extraordinarios poderes se estaba aprovechando Rudolph en esos momentos con más celo que de costumbre, habiendo invertido todo el dinero de que disponía en la compra de una finca. Uno de los invitados, disgustado por haber perdido considerables sumas de dinero en una racha ininterrumpida de mala suerte, echó los dados sobre la mesa con tanta fuerza que uno de ellos cayó. Los sirvientes lo buscaron por el suelo y el niño también se agachó en su busca. Al no encontrarlo se levantó y, al hacerlo, perdió el equilibrio y cayó con tanta violencia contra el borde de la estufa que falleció a las pocas horas como consecuencia de la herida sufrida en la cabeza.

El accidente causó una fortísima impresión en el padre. Éste resumió toda su vida desde la primera vez que probó los dados: ellos habían sido los causantes de todos sus infortunios. Más ¿de qué manera podía librarse él de su maldita influencia? Meditando esa cuestión, presa de la más honda congoja, al anochecer Schroll vagó sin rumbo fijo y se paseó por la ciudad. Al llegar a un puente solitario en las afueras, miró hacia abajo desde las almenas a las oscuras profundidades de las aguas, que parecían contemplarle con simpatía e intensa fascinación.

—¡Así sea pues! —exclamó, saltando por encima del pretil. Mas en lugar de

encontrar su tumba en las aguas, se sintió agarrado enérgicamente por un hombre, al cual reconoció por su desdeñosa risa como su malvado consejero.

—No, no, mi viejo amigo —dijo, mientras le llevaba a la orilla—. A todo aquél que entabla una relación conmigo yo le libro de la muerte, incluso a su pesar.

Medio enloquecido por la desesperación, a la mañana siguiente Schroll abandonó silenciosamente la ciudad con una pistola cargada. Por todas partes sonreía la primavera: flores primaverales, brisa primaveral y ruiseñores[6]. Estaban en todas partes, pero no para *él* o para *su* deleite. Un grupo de vendedores ambulantes, que iban de camino a una feria vecina, pasó por delante de él. Uno de ellos, al observar compasivamente su semblante descompuesto, se le acercó y le preguntó en tono simpático qué le ocurría. Schroll oyó claramente decir a otros dos transeúntes: «A fe mía que no me gustaría caminar a solas con un tipo tan mal encarado».

Rudolph lanzó una furiosa mirada a los hombres y de un empujón se libró de su compasivo compañero, dirigiéndose hacia un solitario sendero en el bosque. En el primer lugar apartado que encontró disparó la pistola, y he aquí que el hombre que le había hablado con tanta gentileza yacía a sus pies ensangrentado mientras que él no presentaba ninguna herida. En ese preciso momento, mientras contemplaba semiinconscientemente el rostro del hombre asesinado, sintió que le agarraban por detrás. Le parecía estar ya en manos del verdugo público. Sin embargo, cuando se dio la vuelta, apenas sabía si alegrarse o afligirse al ver a su perverso sugestionador vestido de sepulturero.

—Amigo —dijo el sepulturero—, si no podéis conformaros con esperar a la muerte hasta que yo os la envíe, me veré obligado a acabar por arrastraros a *aquello* de lo que empecé por salvaros: una ejecución pública. Al menos no penséis así, o de lo contrario libraos de mí. Después de la muerte, ciertamente volveréis a ser mío.

—¿Quién ha sido entonces —dijo el desgraciado Rudolph— el asesino de ese pobre viajante?

—¿Quién? ¡Vaya! ¿Quién sino vos mismo? ¿Acaso no fuisteis vos el que disparó la pistola?

—Sí, pero contra mi propia cabeza.

El demonio se rió de tal forma que a Schroll se le puso la carne de gallina.

—Entended esto, amigo: aquellos cuyos destinos están en mis manos no pueden adelantarlo por su propia mediación. Por el momento, retiraos si queréis libraros del cadalso. Para complaceros una vez más, arrojaré un velo sobre este asesinato.

Inmediatamente después el sepulturero se puso a cavar una tumba para el cadáver, mientras Schroll se alejaba de allí, más por escapar de la espantosa presencia que estaba soportando que por eludir el castigo.

Al ver casualmente a un prisionero arrestado en la prisión militar, los pensamientos de Schroll retrocedieron a su propio confinamiento. «¡Cuánto mejor —pensó— hubiera sido para mí mismo y para Charlotte que me hubiera negado entonces a comprar mi vida en semejantes términos y hubiera hecho caso del consejo

de mi buen asesor espiritual!»

Súbitamente se le ocurrió otro pensamiento: iría a buscar al sacerdote y le revelaría su desdichada historia y situación. A su esposa le contó que unos negocios privados exigían su presencia durante unos cuantos días en la ciudad de… Mas no pudo convencerla de que desistiera de acompañarle.

Durante el viaje su principal preocupación era que el sacerdote, ya entrado en años en la memorable escena de la duna, estuviera muerto. Pero nada más entrar en la ciudad le vio caminando por la calle e inmediatamente se sintió más tranquilo de lo que lo había estado en años. El venerable aspecto del anciano le confirmó todavía más en su propósito de revelarle por completo su vida anterior. Únicamente creyó oportuno ocultarle el asesinato de su primera esposa, ya que el hecho, pese a la penitencia que había hecho, era imposible de reparar.

Durante mucho tiempo el piadoso sacerdote se negó a creer en el relato de Schroll. Mas, convencido finalmente de que se trataba de un espíritu herido y no de una mente trastornada, se esforzó en ofrecer todo el consuelo religioso que su carácter filantrópico y su extensa experiencia le aconsejaban como probablemente eficaz. Ocho días de conversación con el sacerdote devolvieron a Schroll las esperanzas en un futuro menos desdichado. Mas el buen hombre le advirtió al despedirse que se alejara de todo lo que, de alguna manera, pudiera contribuir a mantener su impía relación.

Schroll era consciente de que los dados estaban incluidos en esas instrucciones, por lo que decidió firmemente que la primera medida a tomar a su regreso al hogar sería ocultar esos malditos utensilios en un lugar inaccesible, de manera que no pudieran causar perjuicio alguno a su poseedor. Al entrar en la hostería, se encontró con su esposa, que estaba muy animada y se reía pródigamente. Rudolph le preguntó la causa.

—No —dijo ella—. Vos os negasteis a comunicarme vuestros motivos para venir aquí, así como la índole de vuestros asuntos durante la semana pasada. Yo también me reservaré mis misterios. *Lo* de dejarme sola en una posada es una especie de cortesía que el matrimonio suele traer consigo. Mas *eso* de que hayáis viajado hasta aquí con el único propósito de malgastar vuestro tiempo en compañía de un tedioso anciano, permitidme deciros que es un capricho que no parece adecuado al dinero que costará.

—¿Quién os ha contado que he pasado todo el tiempo con un anciano cura? —dijo el asombrado Schroll.

—¿Que quién me lo ha contado? ¡Vaya!, dadme vos a conocer qué asunto os lleváis entre manos con el sacerdote y yo a mi vez os haré saber quién fue el que me lo contó. Sin embargo, os puedo asegurar plenamente que el caballero que me informó es mil veces más apuesto y más interesante que ese viejo chocho que se encuentra al borde de la tumba.

Todos los esfuerzos de madame Von Schrollshausen por incitar la curiosidad de

su marido resultaron inútiles para sonsacarle su secreto. Al día siguiente, de vuelta a casa, lo intentó de nuevo. Mas él rechazó con firmeza todos esos intentos. Una prueba más dura para esa firmeza le estaba reservada en las copiosas facturas que su mujer le presentó a su llegada a casa. Sus gastos en joyas y vestidos habían sido tan abundantes que a Schroll no le quedaba más remedio que vender sin demora la finca que había adquirido recientemente. Su declaración en ese sentido fue muy mal acogida por su esposa.

—¿Vender la finca? —dijo—. ¿Vender el único recurso con el que contaré cuando vos estéis muerto? ¿Por qué razón, me gustaría saberlo, si con un poco de la habitual buena suerte de vuestros dados podríais saldar estas fruslerías? Después de todo no tiene importancia que las facturas sean pagadas hoy o mañana.

Schroll declaró con firmeza que tenía la intención de no volver a jugar nunca más.

—¡No volver a jugar! —exclamó su esposa—. ¡Bah! ¡Haréis que me ruborice! Así pues, ¿es cierto, como se ha dicho, que los escrúpulos de conciencia os han conducido hasta el anciano sacerdote, y que él os ha impuesto como penitencia que os abstengáis del juego? Me lo habían contado, mas yo me negaba a creerlo, ya que en vuestras circunstancias me parecía algo demasiado insensato e irracional.

—¡Querida muchacha! —dijo Schroll—. Considerad…

—¡Considerar! ¿De qué sirve considerar? ¿Qué es lo que hay que considerar? —interrumpió madame Von Schrollshausen. Y, acordándose del alegre caballero que había conocido en la posada, por vez primera le propuso ella misma la separación.

—Muy bien —dijo el marido—, estoy de acuerdo.

—Yo también —dijo su suegro, que se había reunido con ellos en ese momento—. Mas prestad atención: antes que nada me debéis pagar una cantidad suficiente de dinero para el encomiable sustento de mi hija, de otro modo…

En eso llevó aparte a Schroll, y su antigua amenaza de revelar el asesinato desanimó tanto a éste que finalmente aceptó desesperado sus condiciones.

Por tanto, una vez más tenía que poner a prueba los dados, aunque únicamente con el objeto de consumar la separación. Una vez conseguida *ésta*, Schroll estaba decidido a ganarse la vida de cualquier otra forma, incluso de peón. Finalmente reunió la suma estipulada, a excepción de unos pocos centenares de dólares, y buscó algún pozo en desuso para arrojar a él los dados y luego rellenarlo; pues le parecía que ni siquiera un río era un escondite lo suficientemente seguro para semejante fuente de desgracias.

Esa misma noche —una noche que Schroll aguardaba con profunda ansiedad—, cuando iba a obtener el dinero correspondiente a los últimos pagos pendientes que le exigía su suegro, se encontraba extraordinariamente deprimido. Le preocupaba sobre todo el semblante de un forastero que durante varios días seguidos había perdido sumas considerables. El hombre se hacía llamar Stutz, pero tenía un sorprendente parecido con su antiguo camarada Weber, el que había sido ejecutado en la duna, y realmente sólo se diferenciaba de él en que era mucho más joven. Apenas tuvo

tiempo de recuperarse del sobresalto que le ocasionó este espectáculo cuando tuvo lugar otro.

A eso de la medianoche otro hombre, a quien nadie conocía, se acercó a la mesa e interrumpió el juego refiriendo un suceso que, según él, acababa de ocurrir. Cierto hombre, dijo, había hecho un pacto con otra persona a quien llaman el Maligno (¿cómo le llamaríais vos?), y mediante ese pacto había conseguido una racha ininterrumpida de buena suerte en el juego.

—Bien, señor —prosiguió—, aunque no os lo creáis, el otro empezó a arrepentirse de ese pacto; el caballero quería desertar, señor. Lo primero de todo, decidió reunir en secreto una cierta cantidad de dinero. ¡Ah, pobre idiota!, poco sabía con quién estaba tratando. El Maligno, como prefieren llamarle, no es de los que se dejan engañar de esa manera. No, no, mi buen amigo. Comprendí a tiempo —quiero decir que el Maligno comprendió— lo que estaba ocurriendo; y puso a buen recaudo al estafador cuando imaginó que estaba a punto de embolsarse los últimos pagos atrasados de la suma debida.

Ante lo que consideraban una graciosa ficción, el grupo comenzó a reírse tan estrepitosamente que atrajo la atención de madame Von Schrollshausen en la habitación contigua. Le repitieron la historia y quedó encantada con ella, pues reconoció en el relator al alegre caballero que había conocido en la posada. Todos volvieron a reírse, a excepción de dos personas: Stutz y Schroll. El primero había perdido de nuevo todo el dinero que llevaba en la bolsa; y el segundo estaba tan desconcertado por la historia que no pudo evitar el mirar fijamente al forastero, que estaba pendiente de él. Su consternación aumentó cuando se dio cuenta de que el semblante del forastero parecía alterarse a cada momento, y que nada permanecía inmutable en él a excepción de la fría expresión de insensible desdén con la que perseverantemente le miraba.

Finalmente, no pudo soportarlo más y, cuando Stutz volvió a perder una apuesta, advirtió que era demasiado tarde; que el señor Stutz tenía una racha demasiado larga de mala suerte; y que por ese motivo debía aplazar el seguir jugando para otro día. E inmediatamente después se metió los dados en el bolsillo.

—¡Alto! —dijo el desconocido caballero. Y Schroll enmudeció de terror, pues sabía demasiado bien a quién pertenecían aquellos ojos inflamados y aquel espantoso tono de voz.

—¡Alto! Ya me parecía a mí —dijo el desconocido— qué los dados estaban cargados.

Y diciendo esto pidió un martillo y partió uno de ellos.

—¡Veamos! —le dijo a Stutz, ofreciéndole el dado partido, que en verdad parecía cargado con plomo.

—¡Alto, vil impostor! —exclamó el joven, mientras Schroll, presa de la mayor confusión, se disponía a abandonar la habitación; y le arrojó los dados, alcanzándole con uno de ellos en el ojo derecho.

El tumulto aumentó. Llegó la policía y prendió a Stutz, mientras la herida de Schroll tomaba un aspecto peligroso.

Al día siguiente Schroll tenía una fiebre muy alta. Preguntaba reiteradamente por Stutz. Pero éste había sido encerrado en una prisión cercana, al descubrirse que viajaba con falsas credenciales. Inmediatamente confesó ser uno de los hijos del rebelde Weber; que su madre enferma había muerto poco después de la ejecución de su padre, y que tanto él como su hermano, privados de tutores y de cualquier tipo de ayuda, habían tomado un camino equivocado.

Al oír esa declaración, Schroll empeoró rápidamente y reveló a un joven sacerdote su desgraciada historia. A eso de la medianoche mandó llamar otra vez al sacerdote a toda prisa. Al verle, Schroll extendió los brazos horrorizado, rechazando su presencia. Mas antes de que fueran cumplidas sus peticiones, el desdichado expiró en medio de grandes convulsiones.

Por el horror manifestado por Schroll al ver al joven sacerdote, y por el asombro de éste al llegar y comprobar que ya había estado en el cuarto del enfermo, se dedujo que había tomado esa forma con intenciones diabólicas. Los dados y el desconocido caballero desaparecieron al mismo tiempo que su desdichada víctima. Y nunca más fueron vistos.

Walter Scott

LA CÁMARA DE LOS TAPICES

(The Tapestried Chamher, 1829)

Otro ilustre aunque esporádico cultivador del género gótico tardío fue el célebre novelista y poeta escocés Walter Scott (1771-1832), cuyas primeras influencias literarias fueron los románticos alemanes y M. G. Lewis, con quien le unió una fuerte amistad. Aunque a lo largo de su vida se desilusionara paulatinamente con los excesos y desmanes del género, nunca perdería su atracción por el relato de fantasmas (él mismo confesó haber visto una aparición al regresar una noche a su casa) y, aparte del valioso ensayo «Letters on Demonology and Witchcraft», que para H.P.L. constituye todavía «uno de nuestros mejores compendios del saber brujeril en Europa», escribió varios cuentos que pueden ser catalogados como góticos, sin contar con los episodios más o menos sobrenaturales de alguna de sus novelas históricas (es muy conocido su «Historia de Willie el vagabundo», incluido en «Redgauntlet»).

La influencia de Lewis, para el cual colaboró en su juventud contribuyendo a sus «Tales of Wonder» es evidente por ejemplo en «Ivanhoe», donde los trágicos amores del caballero templario sir Brian de Bois-Guilbert y la bella judía Rebeca constituyen, sin ningún género de dudas, un eco de «El monje». El mundo de Walpole, Radcliffe y Lewis reaparece en sus cuentos sobrenaturales, enriquecido generosamente con su aportación de tradiciones y hechos históricos de su país natal, entresacados en su mayoría de la infinidad de baladas fronterizas que recogió oralmente en sus años mozos y que más tarde publicó en varias antologías. El relato que se ha seleccionado, uno de los favoritos de Lovecraft, es una típica «ghost story» salpicada de referencias históricas y tradiciones familiares, aunque excepcionalmente ambientado en Inglaterra y no en la brumosa Escocia de sus antepasados.

LA CÁMARA DE LOS TAPICES[7]

HACIA el final de la Guerra Americana, los oficiales del ejército de lord Cornwallis que se habían rendido en Yorktown, y otros que habían sido hechos prisioneros durante la imprudente y desafortunada controversia, regresaron a su propio país a relatar sus aventuras y a descansar de sus fatigas. Entre ellos había un general llamado Browne, oficial de mérito además de caballero de elevada consideración tanto por su linaje como por sus conocimientos.

Cierto asunto le había llevado a recorrer los condados del oeste, cuando, al finalizar una etapa matutina, se encontró en las cercanías de una pequeña población rural que ofrecía una perspectiva de rara belleza y un carácter particularmente inglés.

La pequeña ciudad, con su majestuosa y vetusta iglesia, cuyo campanario daba testimonio de la devoción en tiempos pasados, se erguía entre pastos y trigales poco extensos, pero limitados y divididos por setos de enormes árboles viejos. Presentaba escasas huellas del moderno progreso. Los alrededores de la plaza no daban a entender ni la soledad de la decadencia ni el bullicio de la novedad. Las casas eran viejas, pero se mantenían en buen estado; y el hermoso riachuelo discurría libremente por la parte izquierda de la ciudad, sin que su cauce fuera contenido por ningún embalse ni bordeado por ningún camino de sirga.

Sobre un suave promontorio, casi a una milla hacia el sur de la ciudad, podían verse, entre una multitud de venerables robles y enmarañados matorrales, los torreones de un castillo, tan antiguo como las guerras de York y Lancaster, pero que parecía haber experimentado importantes alteraciones durante el reinado de Isabel y sus sucesores. No había sido de gran tamaño. Pero, cualquiera que fuera su capacidad en tiempos pasados, en apariencia todavía podía brindar alojamiento entre sus paredes. Al menos ésa fue la deducción que sacó el general Browne al observar el humo que se elevaba risueño de varias de las viejas chimeneas labradas. La tapia del parque se extendía a lo largo del camino unos dos o tres centenares de millas, y, en los diferentes lugares desde dónde se podía vislumbrar el paisaje boscoso, parecía bastante bien surtido. Una tras otra surgían nuevas perspectivas: ora una completa de la fachada del viejo castillo, ora un vislumbre lateral de sus singulares torres. Mientras la fachada abunda en toda la extravagancia de la escuela isabelina, la sencilla y firme solidez de otras partes del edificio parecía indicar que habían sido levantadas más por fines defensivos que por ostentación.

Encantado con los vislumbres parciales del castillo, obtenidos a través de los bosques y los claros que rodeaban a esta antigua fortaleza feudal, nuestro viajero militar estaba determinado a informarse de si merecía la pena acercarse a él, o si

contenía retratos de familia u otros objetos curiosos dignos de ser visitados por un forastero, cuando, abandonando las inmediaciones del parque, atravesó una calle limpia y bien pavimentada y se detuvo a la puerta de una frecuentada taberna.

Antes de encargar caballos para continuar su viaje, el general Browne hizo averiguaciones acerca del propietario del castillo que había atraído su admiración, y le sorprendió, y a la vez le encantó, enterarse de que se trataba de un noble al que llamaremos lord Woodville. ¡Qué suerte! La mayor parte de los recuerdos más antiguos de Browne, tanto del colegio como de la universidad, estaban relacionados con el joven Woodville, el cual, según pudo averiguar tras unas pocas preguntas, era el mismo propietario de esta hermosa heredad. Había sido elevado a la dignidad de par a la muerte de su padre hacía unos pocos meses, y, según se enteró por el dueño de la taberna, finalizado el período de luto, acababa de tomar posesión de su herencia paterna en la jovial estación otoñal, en compañía de un selecto grupo de amigos, con el fin de disfrutar de unos parajes famosos por su caza.

Estas noticias agradaron a nuestro viajero. Frank Woodville había servido a Richard Browne en Eton, y fue su íntimo amigo en Christ Church. Sus placeres y sus obligaciones habían sido los mismos, y el corazón del honrado soldado se alegraba de encontrar a su antiguo amigo en posesión de una residencia tan deliciosa, y de una propiedad enteramente adecuada a la conservación y aumento de su dignidad, como le aseguró el patrón con una inclinación de cabeza y un guiño. Era muy natural, pues, que el viajero, al que nadie obligaba a apresurarse, suspendiera su viaje para visitar a un viejo amigo en tan agradables circunstancias.

Por consiguiente, los caballos de refresco solamente tuvieron que llevar el carruaje del general hasta el castillo de Woodville. Un portero les dejó entrar en un moderno recinto de estilo gótico, en correspondencia con el castillo mismo, y al mismo tiempo tocó una campana para avisar de la presencia de visitantes. Aparentemente, el sonido de la campana había interrumpido la dispersión de los invitados, empeñados en las diversas distracciones matinales, pues, al entrar en el patio del castillo, varios jóvenes ganduleaban vestidos con sus trajes de caza, observando y criticando a los perros que los guardas sujetaban, dispuestos a acompañarles en su pasatiempo. Al apearse el general Browne, el joven lord salió a la puerta de la sala y por un momento contempló, sin reconocerlo, el semblante de su amigo, que la guerra, con sus fatigas y sus heridas, había alterado considerablemente. Pero la incertidumbre sólo duró hasta que el visitante habló; y siguió una acogida tan cordial como la que únicamente podría darse entre aquellos que han pasado juntos días felices en su despreocupada niñez o adolescencia.

—Si me hubiera sido posible formular un deseo, mi querido Browne —dijo lord Woodville—, habría sido teneros aquí a vos, de entre todos los hombres, en esta ocasión que mis amigos hacen bien en considerar como una especie de fiesta. No creáis que no he seguido vuestros pasos durante los años que habéis estado ausente. He rastreado vuestros peligros, vuestros triunfos, vuestros infortunios, y me encantó

comprobar que, tanto en la victoria como en la derrota, el nombre de mi viejo amigo, era siempre distinguido en el aplauso.

El general respondió adecuadamente, felicitando a su amigo por sus nuevas dignidades, así como por la posesión de un lugar y una propiedad tan hermosos.

—No, todavía no habéis visto nada —dijo lord Woodville—, y confío en que no tengáis la intención de dejarnos hasta haberos puesto más al corriente. Es verdad, lo confieso, que mi actual propiedad es bastante grande, pero la vieja mansión, como otras similares, no ofrece tanta capacidad de acomodo como parece sugerir la extensión de los muros exteriores. Sin embargo puedo daros un aposento confortable y anticuado, y me atrevo a suponer que vuestras campañas os habrán enseñado a contentaros con cuartos peores.

El general se encogió de hombros y rió.

—Supongo —dijo— que el peor aposento de vuestro castillo será considerablemente mejor que el barril de tabaco en que me vi obligado a pasar la noche cuando estuve en el monte, como dicen los virginianos, con las tropas ligeras. Allí permanecí, como el mismo Diógenes, tan encantado con aquel abrigo contra los elementos, que en vano intenté llevármelo conmigo a mis siguientes alojamientos. Pero mi comandante en aquella época no cedió a tan lujosa provisión, y tuve que despedirme de mi adorado barril con lágrimas en los ojos.

—Bien, entonces, dado que no os asusta vuestro alojamiento —dijo lord Woodville—, os quedaréis conmigo una semana por lo menos. Disponemos de abundantes armas, perros, cañas de pescar, moscas y todo tipo de medios para la práctica del deporte, tanto en el mar como en la tierra. No contamos con distracciones pero sí con los medios para conseguirlas. Pero, si preferís escopeta y perros de muestra, yo mismo iré con vos a ver si ha mejorado vuestra puntería desde que habéis estado con los indios de las remotas colonias.

El general aceptó de buen grado y en todos sus puntos la propuesta de su amistoso anfitrión. Después de una mañana de ejercicios varoniles, el grupo se congregó para almorzar, lo que permitió a lord Woodville el placer de mostrar sus importantes propiedades a su recuperado amigo, así como recomendarlo a sus huéspedes, la mayoría personas distinguidas. Woodville indujo al general Browne a que contara sus experiencias. Y mientras cada palabra revelaba igualmente al bravo oficial y al hombre sensible que conservaba su juicio sereno en los peligros más inminentes, el grupo empezó a mirar con respeto al soldado, como a alguien que había demostrado poseer una dosis poco corriente de valor personal, ese atributo que, entre todos los demás, todo el mundo desea que le consideren en posesión.

El día transcurrió en el castillo de Woodville como era costumbre en semejantes mansiones. La hospitalidad se mantuvo dentro de los límites del buen orden. La música, en la que el joven lord era todo un experto, siguió a la circulación de la botella. Había naipes y billar a disposición de aquellos que prefiriesen tales distracciones. Pero el ejercicio matinal requería madrugar, por lo que algo después de

las once los huéspedes comenzaron a retirarse a sus aposentos.

El joven lord condujo personalmente a su amigo el general Browne a la cámara que le estaba destinada, la cual, respondiendo a la descripción que aquél hiciera, era confortable aunque anticuada. La cama era del tipo macizo que se usaba a finales del siglo diecisiete, y las cortinas, de seda descolorida, con abundantes adornos de oro deslustrado. Pero, aun así, las sábanas, almohadas y mantas parecieron encantar al militar cuando pensó en su última mansión: el barril. Una impresión de tristeza se desprendía de los tapices que, con sus adornos muy gastados, cubrían las paredes de la pequeña cámara y ondeaban suavemente cuando la brisa otoñal se abría paso a través de la vieja ventana de celosía, la cual golpeteaba cada vez que el aire conseguía entrar. El tocador, con su espejo endoselado con una especie de turbante de seda morada, según la costumbre de principios de siglo, y sus innumerables compartimentos de extrañas formas, previstos para usos que habían quedado obsoletos hacía más de cincuenta años, tenía también un aspecto anticuado y un tanto melancólico. Pero nada resplandecía con tanta alegría e intensidad como los dos velones de cera. Si algo podía rivalizar con ellos, se trataba, sin duda, de los llameantes y chisporroteantes haces de leña de la chimenea, que en seguida transmitían su luz y su calor al confortable aposento, el cual, pese a la antigüedad de su aspecto, no estaba desprovisto de ninguna de las comodidades que las costumbres modernas hacen necesario o deseable.

—Es un aposento anticuado para dormir, general —dijo el joven lord—, pero espero que no encontraréis en él nada que os haga envidiar a vuestro viejo barril de tabaco.

—No soy nada exigente con respecto a mi alojamiento —replicó el general—. Sin embargo, si tuviera que elegir, preferiría con mucho esta cámara a las habitaciones más alegres y más modernas de vuestra mansión. Creedme: cuando considero su aspecto moderno y su venerable antigüedad, y recuerdo que es propiedad de vuestra señoría, pienso que me sentiré mejor aquí que en el mejor hotel que Londres pudiera ofrecerme.

—Confío, sin duda, que os encontraréis tan cómodo como es mi deseo, mi querido general —dijo el joven noble. Y, tras darle las buenas noches a su huésped, le estrechó la mano y se retiró.

El general miró de nuevo a su alrededor y, felicitándose interiormente por su vuelta a la vida pacífica, cuyas comodidades se hacían querer más por el recuerdo de las dificultades y los peligros que últimamente había arrostrado, se desnudó y se dispuso a pasar el resto de la noche lo mejor posible.

Contrariamente a lo que es habitual en este tipo de relatos, dejaremos al general en sus aposentos hasta la mañana siguiente.

El grupo se reunió muy temprano para desayunar, sin que apareciera el general Browne, al parecer el huésped que lord Woodville más deseaba honrar entre todos los que se habían acogido a su hospitalidad. Más de una vez expresó éste su sorpresa por

la ausencia del general, hasta que finalmente envió un sirviente a investigar. El criado volvió con la información de que el general Browne había salido a pasear a una temprana hora de la mañana, desafiando al tiempo, que era brumoso e inclemente.

—Costumbres de soldados —dijo a sus amigos el joven noble—. Muchos de ellos padecen habitualmente de insomnio y no pueden dormir después de la temprana hora en que normalmente sus deberes les obligan a permanecer alerta.

No obstante, la explicación que lord Woodville había ofrecido al grupo le parecía a él mismo escasamente satisfactoria, por lo que aguardó el regreso del general en medio del silencio y el ensimismamiento. Esto sucedía una hora después de que hubiera sonado la campana para el desayuno. Parecía fatigado y febril. Su cabello, cuyo empolvoramiento y arreglo constituían en aquel tiempo algunas de las más importantes ocupaciones diarias de un hombre, y marcaban su elegancia tanto como, en la actualidad, el nudo de la corbata o su ausencia, estaba despeinado, estirado, desprovisto de polvos y húmedo por el rocío. Llevaba puesta la ropa con evidente descuido, cosa notable tratándose de un militar, cuyos auténticos o supuestos deberes incluyen normalmente algún cuidado en el aseo. Igualmente, su aspecto era macilento y cadavérico en un grado peculiar.

—Así que esta mañana os habéis anticipado a nosotros, mi querido general —dijo lord Woodville—. O es que no habéis encontrado el lecho tan de vuestro agrado como yo hubiera deseado y vos parecíais esperar. ¿Cómo habéis descansado la noche pasada?

—¡Oh, excelentemente bien! ¡Extraordinariamente bien! Mejor que en toda mi vida —dijo rápidamente el general Browne con un cierto desconcierto que no le pasó desapercibido a su amigo. Luego, se tomó mesuradamente una taza de té y, haciendo caso omiso o rechazando cualquier otra cosa que se le ofreciera, pareció caer en el ensimismamiento.

—Hoy podréis utilizar la escopeta, general —dijo su amigo y anfitrión. Pero tuvo que repetir dos veces la pregunta antes de recibir esta abrupta contestación:

—No, mi lord. Siento no poder tener el honor de pasar otro día en vuestra compañía; mis caballos de posta están ya encargados y llegarán en seguida.

Todos los presentes mostraron sorpresa, y lord Woodville replicó inmediatamente.

—¿Caballos de posta, mi buen amigo? ¿Para qué los queréis, si prometisteis quedaros conmigo tranquilamente por lo menos una semana?

—Es posible —dijo el general, bastante turbado obviamente— que, por el placer de mi primer encuentro con vuestra señoría, os dijera algo acerca de detenerme aquí algunos días, pero desde entonces he comprobado que eso es del todo imposible.

—¡Qué raro! —contestó el joven noble—. Ayer parecíais libre de compromisos, y no os han podido llamar hoy, pues nuestro correo de la ciudad no ha llegado todavía, por lo que no podéis haber recibido ninguna carta.

El general Browne, sin dar más explicaciones, murmuró algo acerca de un asunto ineludible, e insistió de tal forma en la absoluta necesidad de su partida que silenció

cualquier oposición por parte de su anfitrión, el cual, comprendiendo que su resolución estaba ya tomada, se abstuvo de importunarle más.

—Sin embargo, permitidme por lo menos, mi querido Browne —dijo—, que antes de que os vayáis os muestre el paisaje desde la terraza, ahora que la niebla está a punto de levantarse.

Lord Woodville abrió la ventana de par en par y se inclinó hacia la terraza de la que había hablado. El general le siguió mecánicamente, aunque parecía poco atento a lo que su anfitrión le iba diciendo, mientras le señalaba los diferentes objetos dignos de ser observados en la dilatada y espléndida perspectiva que contemplaban. Así que se pusieron en movimiento hasta que lord Woodville logró su propósito de apartar a su huésped del resto del grupo. Volviéndose entonces hacia él con gran solemnidad, le dijo:

—Richard Browne, mi viejo y muy querido amigo, ahora estamos solos. Os conjuro a que me contestéis por la palabra de un amigo y el honor de un soldado. ¿Cómo pasásteis en realidad la última noche?

—Realmente muy mal, mi lord —contestó el general en el mismo tono solemne—. Tan mal que no correría el riesgo de pasar otra noche parecida, no solamente en las tierras que pertenecen a este castillo, sino en todo el país que se divisa desde este elevado punto de vista.

—Es bastante sorprendente —dijo el joven lord, como hablando para sí—, debe haber algo de cierto en los rumores referentes a ese aposento. Por el amor de Dios, querido amigo —dijo, volviéndose de nuevo al general—, sed sincero conmigo y dadme a conocer los desagradables pormenores que os han acontecido bajo un techo en el que, por voluntad de su dueño, no tendríais que haber encontrado más que comodidades.

El general pareció angustiarse por la petición, y vaciló antes de contestar.

—Mi querido lord —dijo finalmente—, lo que me ocurrió la noche pasada fue de una índole tan peculiar y tan desagradable que difícilmente podría intentar detallarlo a vuestra señoría, si no fuera porque, independientemente de mi deseo de satisfacer cualquier petición vuestra, considero que la sinceridad por mi parte me obliga a daros algunas explicaciones acerca de unas circunstancias igualmente dolorosas y misteriosas. Por lo que estoy a punto de comunicaros, otros podrían considerarme un mentecato y supersticioso necio, cuya imaginación le engaña y le desconcierta. Pero vos me habéis conocido en la infancia y en la juventud, y no sospecharéis de mí que haya adoptado en la madurez los sentimientos y las debilidades de los que me vi libre en mis primeros años.

Tras una pausa, su amigo le replicó:

—No dudo de la veracidad de vuestra declaración, por extraña que pueda parecer —contestó lord Woodville—. Conozco lo suficiente vuestra firmeza de carácter como para sospechar que podáis ser víctima de un engaño, y soy consciente de que vuestro honor y vuestra amistad os disuadirían igualmente de exagerar lo que hayáis podido

presenciar.

—Bien, entonces —dijo el general—, continuaré con mi historia hasta donde pueda, confiando en vuestra imparcialidad, y sintiendo inequívocamente que preferiría enfrentarme a toda una batería que tener que convocar en mi mente los odiosos recuerdos de la noche pasada.

Se detuvo otra vez y luego, dándose cuenta de que lord Woodville permanecía callado y en una actitud alerta, comenzó, no sin evidente desgana, el relato de sus aventuras nocturnas en la Cámara de los Tapices.

—Me desnudé y me metí en la cama tan pronto como vuestra señoría me dejó ayer por la noche. Pero la leña ardía alegremente en la chimenea que había frente a la cama, y el montón de excitantes recuerdos de mi infancia y juventud, recuperados gracias al inesperado placer de haber tropezado con vuestra señoría, me impidió dormirme inmediatamente. Debo decir, sin embargo, que estas reflexiones fueron agradables y placenteras, dándome la sensación de haber cambiado el trabajo, las fatigas y los peligros de mi profesión por los placeres de la vida contemplativa y la compañía de aquellos amistosos y afectuosos lazos que había hecho pedazos a causa de la brusca llamada de la guerra.

»Mientras me rondaban por la mente tan agradables reflexiones, adormeciéndome gradualmente, me despertó de repente un sonido parecido al crujido de un vestido de seda y el golpeteo de un par de zapatos de tacón alto, como si una mujer estuviera paseando por el aposento. Antes de que pudiera correr la cortina para ver de qué se trataba, una mujer pequeña cruzó entre la cama y el *fuego*. Cuando me dio la espalda, pude observar que era una anciana que vestía un anticuado traje de esos que, según creo, las damas llaman de saco; es decir, un tipo de bata, completamente holgada de hechura pero recogida en amplios pliegues en el cuello y los hombros, que llegaba hasta el suelo y terminaba en una especie de cola.

»Encontré la intrusión bastante extraña, pero no abrigué ni por un momento la idea de que lo que había visto fuera otra cosa que el cuerpo mortal de alguna anciana de la servidumbre que tuviera el capricho de vestirse como su abuela y que, habiendo sido tal vez desalojada de su cámara para acomodarme a mí (pues vuestra señoría mencionó que estábais más bien apurado en cuanto a aposentos), hubiera olvidado esa circunstancia y volviera a las doce a su vieja guarida. Bajo esta convicción, me moví en el lecho y tosí un poco para que la intrusa se diera cuenta de mi presencia. La mujer se volvió lentamente ¡válgame Dios!, mi lord, ¡qué semblante mostró ante mí! No era ya cuestión de preguntarse quién sería o si se trataba de un ser vivo. Sobre un rostro que presentaba las rígidas facciones de un cadáver estaban impresas las huellas de las más viles y espantosas pasiones que lo habían animado mientras vivía. Parecía como si el cuerpo de algún criminal atroz hubiera abandonado la tumba, y su alma hubiera sido devuelta del fuego castigador para unirse por algún tiempo con el antiguo cómplice de su culpa. Me incorporé en la cama y, sentándome sobre las palmas de las manos, contemplé a ese horrible espectro. Me pareció que la bruja se

acercaba con veloz zancada al lecho donde yo estaba, y se agachaba, exactamente en la misma posición que yo había adoptado en el colmo de mi espanto, acercando su diabólico semblante a menos de media yarda de mí, con una mueca que parecía anunciar la malicia y la irrisión de un diablo encarnado.

El general Browne hizo una pausa y se enjugó el sudor frío que cubría su frente al recordar su horrible visión.

—Mi lord —dijo—, no soy un cobarde. He arrostrado todos los peligros mortales propios de mi profesión y puedo jactarme verdaderamente de que jamás nadie oyó decir que Richard Browne deshonrara la espada que llevaba. Pero en esas horribles circunstancias, a la vista y posiblemente al alcance de la encarnación de un espíritu maligno, me abandonó la firmeza, toda mi virilidad se derritió como cera en un horno, y sentí que se me erizaba el cabello. Cesó mi flujo de sangre vital y me desmayé presa de un pánico mayor que el que pudiera sufrir cualquier aldeana o un niño de diez años. No puedo recordar cuánto tiempo permanecí en ese estado.

»Pero me despertó el reloj del castillo dando la una, tan fuerte que parecía estar en la misma habitación. Pasó algún tiempo antes de que me atreviera a abrir los ojos, pues temía encontrarme de nuevo con el horrible espectáculo. Cuando, no obstante, me armé de valor y levanté los ojos, el espectro ya no era visible. Mi primera intención fue hacer sonar la campana, despertar a los sirvientes y trasladarme al desván o al henil, a fin de librarme de una segunda visita. Para seros franco, si cambié de parecer no fue por la vergüenza a que iba a exponerme, sino por miedo a que, como el cordón de la campanilla colgaba de la chimenea, al abrirme paso hasta él, pudiera cruzarme otra vez con la diabólica aparición que, suponía, podía estar oculta todavía en algún rincón del aposento.

»No pretenderé describiros la agitación que me atormentó durante el resto de la noche, interrumpiendo mi sueño y provocándome una agotadora vigilia y ese ambiguo estado que constituye un término medio entre ambos. Un sinnúmero de objetos terribles parecían obsesionarme, pero la gran diferencia entre la visión que he descrito y las que le sucedieron estribaba en el hecho de que yo sabía que estas últimas eran producto de mi propia fantasía y mis sobreexcitados nervios.

»Por fin compareció el nuevo día, y me levanté de la cama con el cuerpo enfermo y la mente humillada. Me sentía avergonzado como hombre y como soldado, y más aún al sentir un extremado deseo de huir del aposento encantado, que se imponía, sin embargo, a las demás consideraciones. Así es que, poniéndome la ropa descuidadamente y muy deprisa, huí de la mansión de vuestra señoría buscando al aire libre algún alivio a mi sistema nervioso, trastornado por ese horrible encuentro con una visitante, así debía considerarla, del otro mundo. Vuestra señoría conoce ahora la causa de mi alteración y de mi súbito deseo de abandonar vuestro hospitalario castillo. Confío en que podamos volver a encontrarnos en otros lugares, pero ¡quiera Dios librarme de volver a pasar otra noche bajo este mismo techo!

Por extraño que pudiera parecer el relato, el general lo había contado con tan

profunda convicción que zanjó los habituales comentarios que suelen suscitar semejantes historias. Lord Woodville no le preguntó si estaba seguro de no haber soñado con la aparición, ni le sugirió algunas de las posibilidades que solían estilarse para explicar las apariciones sobrenaturales como insensatas extravagancias de la imaginación o ilusiones de los nervios ópticos. Por el contrario, parecía profundamente impresionado por la veracidad y realismo de lo que había escuchado. Y, tras una considerable pausa, se lamentó, con bastante apariencia de sinceridad, de que su antiguo amigo hubiera sufrido tan severamente en su propia casa.

—Siento más que nadie vuestra aflicción, mi querido Browne —prosiguió—, que es el desgraciado, aunque sumamente inesperado, resultado de un experimento mío. Debéis saber que, por lo menos desde los tiempos de mi padre y mi abuelo, el aposento que os asigné la noche pasada había estado cerrado a causa de rumores acerca de visiones y ruidos sobrenaturales. Cuando, hace unas pocas semanas, tomé posesión de la propiedad, consideré que el castillo no ofrecía suficiente alojamiento para todos mis amigos, por lo que no iba a permitir que los habitantes del mundo invisible retuvieran la posesión de tan confortable alcoba. Por consiguiente, fui yo la causa de que la Cámara de los Tapices, como solemos llamarla, fuera abierta. Y, sin destruir su antiguo aspecto, coloqué un nuevo mobiliario que le confiriera un aire moderno. Sin embargo, como entre los criados prevalecía la opinión de que la habitación estaba profundamente encantada, hecho que también conocían los vecinos y muchos de mis amigos, temí que el nocivo rumor pudiera alcanzar al primer ocupante de la Cámara de los Tapices, por lo que desistí de mi propósito de convertirla en parte útil de la casa. Debo confesar, mi querido Browne, que vuestra llegada ayer, tan agradable para mí por un millar de razones, me pareció la ocasión más propicia de disipar los desagradables rumores atribuidos a la habitación, ya que vuestro valor está fuera de toda duda y además nada conocíais al respecto. No podría, por consiguiente, haber elegido para mi experimento un sujeto más apropiado.

—¡Por vida mía! —dijo el general Browne, un poco a la ligera—. Estoy infinitamente obligado a vuestra señoría; muy especialmente agradecido, de veras. Es probable que recuerde por algún tiempo las consecuencias del experimento, como vuestra señoría gusta de llamarlo.

—Ahora sois injusto, mi querido amigo —dijo lord Woodville—. Debéis meditar por un momento solamente, hasta convenceros de que yo no podía augurar la aflicción a la que desgraciadamente os visteis expuesto. Ayer por la mañana era completamente escéptico con respecto a las apariciones sobrenaturales. Estoy seguro de que si os hubiera contado lo que se decía acerca del aposento, esos mismos rumores os habrían inducido a elegirlo, por voluntad propia, para vuestro alojamiento. Ha sido mi infortunio, tal vez mi error, aunque no puede calificarse como culpa mía, que hayáis sufrido de forma tan extraña.

—¡Y tan extraña! —dijo el general, recobrando su buen humor—. Reconozco que no tengo derecho a enfadarme con vuestra señoría por tratarme como yo mismo lo

hubiera hecho, es decir, como a un hombre de cierta firmeza y valor. Pero veo que acaban de llegar mis caballos de posta, y no debo entretener más a vuestra señoría.

—No, mi viejo amigo —dijo lord Woodville—, ya que no podéis permanecer con nosotros otro día, a lo que verdaderamente ya no puedo urgiros, concededme al menos media hora más. Os solían gustar los cuadros y yo poseo una colección de retratos, algunos de ellos de Van Dyck, que representan al linaje al que anteriormente pertenecieron tanto la propiedad como el castillo. Creo que varios de ellos os parecerán dignos de mérito.

El general Browne aceptó la invitación, aunque un poco a disgusto. Era evidente que no iba a respirar libremente o a gusto hasta haberse alejado del castillo de Woodville. Sin embargo, no podía rechazar la invitación de su amigo, y menos aún en vista de que estaba un poco avergonzado del malhumor que había mostrado a su bienintencionado anfitrión.

Por tanto, el general siguió a lord Woodville a través de varios aposentos hasta una larga galería repleta de cuadros, que aquél fue señalando a su huésped, informándole de los nombres y otras particularidades de los personajes, cuyos retratos aparecían cronológicamente. El general Browne estaba poco interesado en los detalles que estos informes le revelaban, que eran, realmente, similares a los que solían encontrarse en otras galerías de antiguas familias. Había un caballero que arruinó la heredad en la causa real, y una hermosa dama que la había restituido contrayendo matrimonio con un rico Cabezarredonda[8]. También pendía un galán que había corrido grave peligro por escribirse con los exiliados de la corte de St. Germain[9]; otro que había combatido por Guillermo en la Revolución; y un tercero que se había inclinado alternativamente por los *whigs* y los *tories*.

Mientras lord Woodville saturaba con estas palabras los oídos de su huésped, «en contra de su propio parecer», llegaron a la mitad de la galería. Entonces advirtió que el general Browne se había sobresaltado repentinamente, asumiendo una actitud de máxima sorpresa, mezclada con miedo, al fijarse sus ojos súbitamente en el retrato de una anciana dama con vestido de saco, prenda de moda a finales del siglo diecisiete.

—¡Es ella! —exclamó—. La misma figura y los mismos rasgos, aunque su expresión no es tan diabólica como la de la condenada bruja que me vistió la pasada noche.

—Si es así —dijo el joven noble—, no puede caber ya la menor duda acerca de la horrible realidad de vuestra aparición. Es el retrato de una desdichada antepasada mía, de cuyos crímenes recoge la historia de la familia un funesto y espantoso catálogo que guardo en mi caja de caudales. La relación de todos ellos sería demasiado horrible. Baste con decir que en aquel fatal aposento se cometieron incesto y asesinato *contra natura*. Lo restituiré a la soledad a la que lo había consignado el mejor juicio de los que me precedieron. Y nadie, mientras yo pueda evitarlo, será nunca más expuesto a la repetición de los horrores sobrenaturales que fueron capaces de hacer mella en un valor como el vuestro.

De esta manera, los amigos que con tanto júbilo se habían encontrado, partieron en un estado de ánimo bien diferente. Lord Woodville a ordenar que desmantelaran la Cámara de los Tapices y que reforzaran la puerta, y el general Browne a buscar en algún país menos hermoso, y en compañía de algún amigo menos digno, el olvido de la desagradable noche que había pasado en el castillo de Woodville.

Mary W. Shelley

TRANSFORMACIÓN

(The Transformation, 1831)

Entre los innumerables cultivadores de la literatura de terror en la época en que la novela gótica iniciaba su ocaso, Lovecraft destaca a Mary Wollstonecraft Shelley (1797-1851), cuyo padre, el filósofo utópico William Godwin, ya se había aventurado en el género con «Caleb Williams» (1794).

Famosa sobre todo por su inimitable parábola profética «Frankenstein, o el moderno Prometeo», «uno de los clásicos del horror de todos los tiempos» para H.P.L., así como por su fuga y posterior matrimonio con el célebre poeta romántico que le prestó el apellido, Mary W. Shelley fue autora también de otras notables novelas góticas —en especial «The Last Man», acerca de la destrucción del mundo en el siglo XXI por una plaga— y de unos cuantos relatos fantásticos o cuentos maravillosos que poseen igualmente «el sello auténtico del miedo cósmico».

Uno de los más logrados es «Transformación», peculiar versión de otro mito ancestral: el de Fausto. Todo el relato se halla impregnado de la atmósfera y los temas del universo romántico en el que la escritora vivió inmersa. No falta en él ni el héroe fatal byroniano, que se destruye a sí mismo y arrastra en su desgracia a la mujer amada, ni la idealizada y angelical heroína, personificación de la suprema bondad y belleza. Publicado trece años después de su obra maestra indiscutible, este relato es más bien una fábula con moraleja, donde no sólo reaparece el tema del monstruo, y el horror y la repulsión que éste despierta, sino que introduce otro tema no menos fecundo: el del doble, que aquí adquiere connotaciones morales que anticipan obras como «William Wilson», «El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hide» o «El retrato de Dorian Gray».

TRANSFORMACIÓN[10]

De pronto este cuerpo mío se sintió atenazado
Por una dolorosa agonía
Que me forzó a dar comienzo a mi historia;
Y en ese momento me sentí libre.
Desde entonces, en hora incierta
Vuelve a mí esa agonía
Y en tanto no he contado mi historia
El corazón se me abrasa en el pecho.
S. T. COLERIDGE, «Rima del viejo marinero»

HE oído decir que cuando un ser humano tiene una aventura extraña, sobrenatural y nigromántica, por mucho que desee ocultarla, en ciertos períodos se siente devastado, por decirlo así, por un terremoto intelectual que le fuerza a descubrir ante otro ser humano las interioridades más profundas de su espíritu. Yo soy testigo de la verdad que hay en ello. Me juré firmemente a mí mismo no revelar nunca, ante oídos humanos, los horrores a los que me entregué antaño, en un exceso de orgullo diabólico. El santo sacerdote que me oyó en confesión y me reconcilió con la Iglesia ha muerto. Nadie sabe que en cierta ocasión…

¿Por qué no callarme? ¿Por qué contar la historia de aquel impío tentar a la Providencia, de aquella violenta humillación que sufrió mi alma? ¿Por qué? ¡Respondedme, vosotros que sois entendidos en los secretos de la naturaleza humana! Yo sólo sé que esto es así; y a pesar de mi firme resolución —de un orgullo que me domina en demasía—, de la vergüenza, e incluso del miedo de hacerme odioso a mis semejantes, debo hablar.

¡Génova! ¡Mi lugar de nacimiento, orgullosa ciudad que se eleva sobre las azules olas del mar Mediterráneo! ¿Me recuerdas en mi adolescencia, cuando tus acantilados y promontorios, tu cielo despejado y tus alegres viñedos eran todo mi mundo? ¡Tiempos felices! Porque un universo de estrechos límites, por su misma limitación, permite que el joven corazón dé rienda suelta a la imaginación al encadenar nuestras energías físicas, y porque es el único período de nuestras vidas en que inocencia y placer se hallan unidos… No obstante, ¿quién puede volver la vista atrás, hacia la infancia, y no recordar sus tristezas y sus lacerantes temores? Nací con el carácter más imperioso, altanero e indomable que se le haya otorgado jamás a un ser humano. Sólo era capaz de ceder ante mi padre, y él, noble y generoso pero caprichoso y tiránico, impulsó y frenó a la vez la salvaje impetuosidad de mi espíritu, imponiendo la obediencia sin el respeto que hubiesen debido inspirar los motivos que regían sus

órdenes. Llegar a ser un hombre libre e independiente o, mejor dicho, insolente y dominante, era la esperanza y el deseo de mi corazón rebelde.

Mi padre tenía un amigo, un acaudalado noble genovés, que en un tumulto político fue repentinamente condenado al destierro, siendo confiscadas sus propiedades. El marqués de Torella marchó al exilio en solitario. Como mi padre, también él era viudo: tenía una hija, Julieta, casi una niña, que quedó bajo la custodia de mi padre. Yo hubiese sido ciertamente un duro mentor para aquella niña encantadora, pero por mi posición me vi forzado a convertirme en su protector. Toda una serie de incidentes infantiles tendieron a un punto: hacer que Julieta viese en mí un refugio, una roca segura, y yo en ella a una criatura destinada a perecer a causa de la delicada sensibilidad de su naturaleza, a no ser por mi protección y mis cuidados. Crecimos juntos. La rosa que florece en mayo no era más dulce que aquella querida niña. Una belleza radiante emanaba de su rostro. Su aspecto, su aire, su voz —mi corazón llora ahora al pensar en la fidelidad, gentileza, amor y pureza que custodiaba en su interior aquella criatura celestial—… Cuando yo tenía once años y Julieta ocho, un primo mío, mucho mayor que nosotros —nos parecía un hombre— se sintió subyugado por mi compañera de juegos; declaró que era su novia y le pidió que se casara con él. Ella rehusó, pero él insistió atrayéndola hacia sí a pesar de su resistencia. Me abalancé sobre él con el aspecto y las intenciones de un maníaco, y tratando de desenvainar la espada me aferré a su cuello con la feroz resolución de estrangularlo: se vio obligado a pedir auxilio para librarse de mí. Aquella misma noche conduje a Julieta a la capilla de nuestra casa, le hice poner la mano sobre las sagradas reliquias, y perturbé su corazón infantil profanando sus labios de niña con un juramento: el de que sería mía y sólo mía.

Bien, aquellos días quedaron atrás. Torella volvió al cabo de pocos años y llegó a ser más rico y próspero que nunca. Cuando yo tenía diecisiete años mi padre murió. Su magnificencia había rozado la prodigalidad. Torella se alegró de que mi minoría de edad le diera la oportunidad de velar por mi fortuna. Julieta y yo nos habíamos prometido junto al lecho de muerte de mi padre. Torella sería un segundo padre para mí.

Deseaba ver el mundo y se me permitió ese lujo. Fui a Florencia, a Roma, a Nápoles; desde allí me dirigí a Toulon, para alcanzar al fin el objetivo de mis deseos: París. El París de aquel entonces era un tanto violento. El desdichado rey Carlos VI, ora cuerdo, ora loco, ora monarca, ora esclavo abyecto, era el blanco de las burlas de la humanidad. La reina, el Delfín, el duque de Borgoña, alternativamente amigos o enemigos —ya confraternizando en fastuosas fiestas, ya vertiendo sangre en luchas rivales— se mostraban ciegos ante el miserable estado de su país y los peligros que se cernían sobre él, y se entregaban de lleno a disolutos placeres o a altercados salvajes. Mi carácter seguía siendo el mismo. Era arrogante y voluntarioso, me gustaba exhibirme y figurar, y lo primero que hice fue apartar de mí toda forma de control. ¿Quién podía controlarme en París? Mis amigos, jóvenes como yo, se sentían

deseosos de respaldar pasiones que también a ellos les proporcionaban placeres. Se me consideraba apuesto y en posesión de todos los atributos que deben adornar a un caballero. No estaba en relación con ningún grupo político. Poco a poco llegué a ser el favorito de todos: mi vanidad y arrogancia podían perdonarse en alguien tan joven: me convertí en un niño mimado. ¿Quién podría controlarme? No precisamente las cartas y consejos de Torella —sólo la necesidad extrema visitándome bajo la aborrecible forma de un portamonedas vacío—. Pero tenía medios para rellenar ese vacío. Vendí acre tras acre, propiedad tras propiedad. Mi traje, mis joyas, mi caballo y sus arneses no tenían rival en el país elegante y festivo, mientras las tierras de mi herencia pasaban a ser posesión de otros.

El duque de Orleans fue acorralado y asesinado por el duque de Borgoña. El miedo y el terror se apoderaron de todo París. El Delfín y la reina se encerraron bajo llave, y las fiestas y placeres quedaron suspendidos. Llegué a sentirme aburrido ante aquel estado de cosas, y mi corazón empezó a suspirar por la tierra de mi adolescencia. Era casi un mendigo, pero a pesar de ello volvería allá, reclamaría a mi prometida y reconstruiría mi fortuna. Unos pocos golpes de fortuna como mercader me harían rico de nuevo. No obstante, me negaba a volver con aspecto humilde. Mi última decisión fue la de desprenderme de mi última propiedad, cerca de Albaro, por la mitad de su valor, para disponer de dinero. Entonces despaché a toda clase de artífices con tapices y muebles de esplendor real para preparar la última reliquia de mi herencia: mi palacio de Génova. Retrasé no obstante mi propio viaje, avergonzado ante el papel de hijo pródigo que me temía iba a representar. Envié mis caballos por delante. A la que había de ser mi esposa le envié una incomparable jaca española con los arneses centelleando de joyas y oro; por todas partes parecían entretejidas y entrelazadas las iniciales de Julieta y su Guido. Aquel rico presente halló favor ante sus ojos y ante los de su padre. Sin embargo el volver como derrochador declarado, atrayendo sobre mí miradas de impertinente asombro, quizá de desprecio, y el tener que hacer frente en solitario a los reproches y vejámenes de mis conciudadanos, no era una perspectiva halagadora. De modo que, para que actuasen como escudo entré mi persona y la censura general, invité a algunos de mis camaradas más incansables a acompañarme: así fui armado contra el mundo, ocultando una inquietante sensación de miedo y arrepentimiento bajo la bravuconería y el exhibicionismo insolente de mi vanidad satisfecha.

Llegué a Génova. Al pisar el pavimento tomé posesión de nuevo de mi palacio ancestral. Mi orgulloso paso no era intérprete de mi corazón, puesto que tenía la profunda sensación de que, aunque rodeado de toda clase de lujos, yo era un mendigo. Sería declarado abiertamente como tal en cuanto diese el primer paso para reclamar a Julieta. Leía desprecio o piedad en las miradas de todos. Me imaginaba —tan preparada se halla la conciencia para imaginar lo que se merece— que ricos y pobres, jóvenes y viejos, todos me contemplaban con burlona condescendencia. Torella no se acercó a mí. No era raro que mi segundo padre esperase de mí el

comportamiento de un hijo, la deferencia de que fuese yo quien primero le visitase a él. Pero, carcomido y aguijoneado por la conciencia de mis locuras y desmerecimientos, me esforzaba por culpar de todo a los demás. Organizamos orgías nocturnas en el Palacio Carega. Las ruidosas noches en vela daban paso a indolentes mañanas ociosas. A la hora del Avemaría nuestras refinadas personas se exhibían en la vía pública, escarneciendo a los ciudadanos serios y obsequiando con miradas insolentes a las mujeres que se apartaban de nuestro paso. Julieta no estaba entre ellas… No, no, de haber estado allí, la vergüenza me hubiese alejado de ella, si el amor no me hubiese precipitado a sus pies.

Me cansé de todo aquello. De pronto decidí hacerle una visita al marqués. Se encontraba en su villa, una de las muchas que se extienden en el barrio de San Pietro d'Arena. Era el mes de mayo, un mes de mayo en aquel jardín del mundo… Los frutos de los árboles desaparecían entre el verde y denso follaje, los racimos florecían en las vides, los campos se hallaban salpicados de aceitunas caídas, la luciérnaga brillaba en el seto de mirto, el cielo y la tierra se cubrían con una capa de deslumbrante belleza… Torella me recibió con amabilidad, aunque con cierta severidad, pero incluso aquella sombra de disgusto se disipó pronto. Cierto parecido con mi padre, cierto tono y aspecto de ingenuidad juvenil, que aún conservaba a pesar de mis calaveradas, ablandaron el buen corazón del anciano. Mandó llamar a su hija y me presentó como su prometido. La habitación se iluminó con una luz sagrada cuando ella entró. Su mirada era la de un querubín: aquellos grandes ojos cándidos, aquellas mejillas repletas de hoyuelos, aquella boca de infantil dulzura, expresaban la rara unión de la felicidad y el amor. Primero me poseyó la admiración; luego, al pensar *¡es mía!*, me sentí invadido por una orgullosa emoción y mis labios se curvaron con altanero triunfo. No en vano había sido el *enfant gaté* de las bellezas de Francia; conocía bien el arte de complacer el blando corazón de la mujer. Si con los hombres era dominante y altivo, este comportamiento contrastaba fuertemente con mi modo de tratar a las mujeres. Desplegando mil galanterías empecé a cortejar a Julieta, quien, destinada a mí desde la infancia, nunca había admitido la devoción de ningún otro y, aunque acostumbrada a las muestras de admiración, no había sido iniciada en el lenguaje de los enamorados.

Durante algunos días todo fue bien. Torella jamás aludió a mis dispendios y extravagancias; me trataba como a un hijo favorito. Pero llegó el momento en que, al discutir las condiciones de mi unión con su hija, aquel perfecto estado de cosas se cubrió de sombras. En vida de mi padre se había redactado un contrato que yo en realidad había hecho nulo al haber dilapidado el total de la fortuna que debía haber sido compartida por Julieta y por mí. Torella, en consecuencia, decidió darlo por cancelado y propuso otro contrato en el que, aunque nos concedía una fortuna mucho mayor, se especificaban tantas restricciones respecto al modo de disponer de ella que yo, que concebía la independencia únicamente como la libre vía de la que debía disfrutar mi imperiosa voluntad, le reproché con desprecio el que estuviese

aprovechándose de mi situación, y me negué en redondo a aceptar sus condiciones. El anciano trató inútilmente de hacerme razonar. El orgullo herido se convirtió en el tirano de mi pensamiento: le escuché con indignación y le rechacé con desdén.

—¡Julieta, tú eres mía! ¿Acaso no intercambiamos votos de fidelidad en nuestra inocente niñez? ¿Acaso no somos uno a los ojos de Dios? ¿Permitiremos que la frialdad del corazón de tu padre nos separe? Muéstrate generosa, mi amor, muéstrate justa: no retires este don, último tesoro de tu Guido, no retires tus promesas… Desafiemos al mundo y, olvidando los cálculos de la edad, busquemos en nuestro mutuo afecto el refugio de todo mal.

Debo haber sido un íncubo por haber tratado de envenenar con tales artimañas aquel santuario de honestos pensamientos y tierno amor. Su padre era el mejor y el más amable de los hombres, declaró ella tratando de convencerme de que si le obedecíamos todo sería para bien. Aceptaría mi tardía sumisión con cálido afecto, y su generoso perdón seguiría a mi arrepentimiento. ¡Palabras inútiles para ser dirigidas por una hija dócil y cariñosa a un hombre acostumbrado a convertir su voluntad en ley; y a albergar en su corazón a un déspota tan terrible e implacable que no podía someterse a nadie ni a nada, excepto a sus imperiosos deseos! Mi resentimiento creció ante su resistencia; mis locos compañeros estaban deseando echar leña al fuego. Preparamos un plan para raptar a Julieta. Al principio pareció que lo coronaba el éxito. Pero cuando nos hallábamos a medio camino fuimos alcanzados por el torturado padre y su séquito. Hubo lucha, y antes de que la guardia de la ciudad llegase para decidir la victoria a favor de nuestros antagonistas, dos de los servidores de Torella fueron gravemente heridos.

Esta parte de mi historia me pesa muy hondamente. Ahora soy otro hombre y me maldigo a mí mismo al recordarla. Que nadie que escuche este relato pueda sentirse nunca como me sentía yo: un caballo furioso y desbocado por un jinete armado de punzantes espuelas no se hubiese sentido más esclavizado que yo a la violenta tiranía de mi carácter. Un ser diabólico poseía mi alma, azuzándola hasta la locura. Oía la voz de la conciencia dentro de mí, pero si cedía ante ella por breves momentos, era para sentirme a continuación desgarrado por un torbellino —arrastrado por un torrente de rabia desesperada—, juguete de las tempestades engendradas por el orgullo. Fui encarcelado, y a instancias de Torella se me concedió la libertad. De nuevo concebí el plan de secuestrarlos a él y a su hija y conducirlos a Francia; aquel desventurado país, por aquel entonces presa de saqueadores y bandas de soldadesca sin ley, ofrecía un acogedor refugio para un canalla como yo. Nuestras maquinaciones fueron descubiertas. Fui condenado al destierro, y como mis deudas eran ya enormes, lo que quedaba de mis propiedades fue destinado a su pago. Torella me ofreció de nuevo su mediación, requiriendo a cambio mi promesa de que no renovaría mis abortadas intentonas de secuestro respecto a él y su hija. Rechacé con desprecio su ofrecimiento y me sentí como un triunfador al ser expulsado de Génova como un proscrito, solitario y arruinado. Mis amigos habían desaparecido, pues

habían sido obligados a dejar la ciudad unas semanas antes y se hallaban ya en Francia. Estaba solo —sin un solo amigo, sin una espada al cinto ni un ducado de que disponer.

Vagué por la orilla del mar, sintiendo que un torbellino de pasiones poseía y desgarraba mi alma. Era como si un carbón al rojo vivo hubiese sido colocado, ardiente, en mi corazón. Al principio medité sobre lo que *debería hacer*. Me uniría a una banda de saqueadores. ¡Venganza! —aquella palabra me parecía un bálsamo: la abrazaba, la acariciaba, hasta que me mordió como una serpiente—. Entonces solía renegar de nuevo de Génova, despreciando aquel pequeño rincón del mundo. Volvería a París, donde tenía un enjambre de amigos, donde mis servicios serían ansiosamente aceptados; me labraría una fortuna con la espada, y así podría, coronado por el éxito, conseguir que mi mezquino lugar de nacimiento y el falso Torella tuviesen que lamentar y maldecir el día en que me expulsaron, como a un nuevo Coriolanus, fuera de sus muros.

¿Pero iba a volver a París así, a pie, como un mendigo, y presentarme en mi pobreza ante aquellos a quienes antaño había obsequiado suntuosamente? Sólo el pensarlo me llenaba de rencor y amargura. La realidad de mi situación empezó a abrirse paso en mi mente, trayendo como corolario la desesperación. Durante varios meses había estado encarcelado: los horrores de mi mazmorra habían desgarrado mi alma hasta la locura, ensañándose con mi aspecto corporal. Me sentía débil, pálido y con las fuerzas quebradas. Torella había recurrido a mil estratagemas para procurarme algunas comodidades, pero yo las había detectado y rechazado con desprecio, y ahora recogía la cosecha de mi empecinamiento. ¿Qué podía hacer? ¿Humillarme ante el enemigo y suplicar su perdón? ¡Antes morir mil veces! ¡Nunca obtendrían esa victoria! ¡Odio, juré odio eterno! ¿Odio de quién, y hacia quién…? De un desterrado sin rumbo, a un poderoso y noble señor. Yo y mis sentimientos no significaban nada para él: ya había olvidado a una persona tan indigna. ¡Y Julieta…! Su rostro de ángel y sus formas de sílfide brillaban entre las nubes de mi desesperación con vana belleza, porque la había perdido… ¡Gloria y flor del mundo! ¡Otro la llamará suya, esa sonrisa del paraíso bendecirá a otro!

Incluso ahora el corazón me falla cuando recuerdo aquel tumulto de ideas sombrías. Ya decaído casi hasta las lágrimas, ya enloquecido en mi agonía, seguí vagando sin rumbo a lo largo de la rocosa orilla, que a cada paso iba haciéndose más salvaje y desolada. Escarpados precipicios y blanquecinos acantilados bordeaban aquel océano sin mareas; negras cavernas bostezaban mostrando sus fauces; y las estériles aguas rompían contra las carcomidas piedras en un eterno murmullo. Tan pronto veía mi camino interceptado por un abrupto promontorio como por los fragmentos que se desprendían de los acantilados. Caía la tarde cuando, como obedeciendo al conjuro de una varita mágica, se elevó sobre el mar una sombría telaraña de nubes, embotando el cielo hasta entonces azul y ensombreciendo con un estremecimiento las hasta entonces plácidas profundidades. Las nubes adquirieron

formas extrañas, fantásticas, fundiéndose unas con otras como dirigidas por un poderoso encantamiento. Las olas levantaron sus blancas crestas; el trueno murmuró primero y luego rugió a través de la inmensidad de las aguas, que se tiñeron de un profundo color púrpura, salpicado de espuma. El lugar en que me encontraba se elevaba sobre el inmenso océano junto a un abrupto promontorio, hacia el que se dirigió repentinamente un navío, arrastrado por los vientos. Los tripulantes trataban en vano de encauzar de nuevo la nave hacia el mar abierto —el huracán la arrastraba hacia el promontorio rocoso—. ¡Perecerán! ¡Todos los que se hallan a bordo perecerán! ¡Ojalá me hallase yo entre ellos! Y ante mi joven corazón la idea de la muerte se presentó por primera vez teñida de alegría. Era realmente terrible contemplar cómo aquel navío luchaba con el destino. Divisaba con dificultad a los marineros, pero podía oírlos. ¡Pronto terminó todo! Una roca recién cubierta por las enfurecidas olas, y que por tanto no podía ser detectada, se hallaba a la espera de su presa. El estallido de un trueno resonó sobre mi cabeza en el momento en que con un espantoso estruendo, el esquife se precipitó sobre su invisible enemigo. En un brevísimo espacio de tiempo se desintegró en mil pedazos. Yo seguía allí sano y salvo mientras aquellas desgraciadas criaturas luchaban sin ninguna esperanza contra la aniquilación. Me parecía verlas debatirse, no en vano percibía con claridad el clamor de sus gritos, que se elevaba por encima del aullido del oleaje en su estridente agonía. Los oscuros rompientes dispersaron en uno y otro sentido los fragmentos del naufragio: no quedó ni rastro. Yo había contemplado todo aquello presa de una extraña fascinación, hasta que al final me desplomé sobre mis rodillas cubriéndome la cara con las manos… Dirigí de nuevo la vista hacia el mar: algo flotaba hacia la orilla arrastrado por la corriente. Se acercaba más y más. ¿Era aquello una forma humana? Fue haciéndose más perceptible, hasta que al final una poderosa ola, levantando todo el bulto, lo depositó sobre una roca. ¡Un ser humano montado a horcajadas sobre un cofre! ¡Un ser humano! ¿Pero era realmente tal? Seguro que jamás había existido nada igual: un enano contrahecho, con ojos bizqueantes, facciones distorsionadas, y un cuerpo tan deforme que resultaba espantoso contemplarlo. La sangre se me heló en el corazón, que había latido con fuerza ante un ser humano arrebatado de aquel modo a una tumba marina. El enano se levantó del cofre y sacudió sus lacios cabellos, desparramados sobre su odioso rostro.

—¡Por san Belcebú! —exclamó—. Me he sentido realmente acosado —miró a su alrededor y me vio—. ¡Oh, por el diablo, he aquí a otro aliado del Todopoderoso! ¿A quién dirigiste tus plegarias, amigo, más que a mi protector? Pero no recuerdo haberte visto a bordo.

Me aparté horrorizado del monstruo y de su blasfemia. Pero me cuestionó de nuevo y yo murmuré algo como respuesta. De modo que continuó:

—Tu voz se ahoga en este discordante rugido. ¡Qué estruendo el del océano! Los colegiales escapando de su prisión no son tan ruidosos como esas olas, libres para jugar a su antojo. Me molestan. No quiero oír más su intempestivo alboroto.

¡Silencio! ¡Vientos, retroceded, volved a vuestra guarida! ¡Nubes, volad a las antípodas y dejad claro y límpido nuestro cielo!

Mientras hablaba extendió sus largos y esqueléticos brazos, que parecían las patas de una araña, como si quisiera abrazar con ellos todo lo que se extendía ante él. ¿Fue aquello un milagro? Las nubes volaron, se desvanecieron dejando libre el firmamento, que no tardó en extenderse sobre nosotros azul y en calma; los vientos tormentosos fueron sustituidos por una suave brisa del oeste; el mar recobró la calma, la fuerza de las olas fue menguando hasta convertirse en un rumoroso oleaje.

—Me gusta la obediencia, incluso en los estúpidos elementos —dijo el enano—. ¡Pero me gusta mucho más en la indomable mente del hombre! Ha sido una tempestad con todas las de la ley, debes reconocerlo… Y todo obra mía.

Era tentar a la Providencia el seguir hablando con aquel mago. Pero el hombre venera el *Poder* en todas sus formas. El asombro, la curiosidad, y una atenazante fascinación me empujaban hacia él.

—Vamos, no te asustes, amigo —dijo el miserable—. Mi humor es excelente cuando me siento complacido; y hay algo que realmente me complace en tu cuerpo bien proporcionado y en tu bello rostro, aunque pareces un poco disgustado… Has sufrido un naufragio… terrestre… y yo un naufragio marítimo. Quizá yo pueda apaciguar la tempestad de tu mala suerte, del mismo modo que apacigüé la mía. ¿Vamos a ser amigos? —y me tendió la mano; no pude tocarla—. Bien, entonces, seamos compañeros… para el caso es lo mismo. Y ahora, mientras descanso del vapuleo que acabo de soportar, explícame por qué, con ese aspecto joven y galante, te dedicas a vagar solitario y abatido por esta salvaje orilla.

La voz del miserable era hórrida y estridente, y mientras hablaba se contorsionaba de un modo espantoso. No obstante ejercía sobre mí una influencia a la que ya no podía sustraerme, de modo que le conté mi historia. Cuando hube terminado me obsequió con una carcajada larga y sonora: los acantilados se hicieron eco de aquel sonido, y me pareció que el infierno aullaba a mi alrededor.

—¡Oh, tú, primo de Lucifer! —dijo—. El orgullo es la causa de tu caída, y, aunque resplandeciente como el hijo de la Aurora, te dispones a renunciar a tu atractivo aspecto, a tu prometida, y a tu bienestar, antes que someterte a la tiranía del bien. ¡Por mi alma que honro y admiro tu elección! De modo que has huido, dándote por vencido, y te dispones a morir de hambre sobre estas rocas, y a dejar que los pájaros picoteen tus ojos apagados, mientras tu enemigo y tu prometida se complacen en tu ruina. Pienso para mí que el orgullo tiene un extraño parecido con la humildad.

Mientras hablaba, mi corazón sufrió el aguijón de un millar de pensamientos agarrotantes.

—¿Qué piensas que debería hacer? —grité.

—¿Yo…? ¡Oh, nada! Simplemente desmoronarte sobre el suelo y rezar tus últimas oraciones antes de morir. Pero si estuviese en tu lugar, sé muy bien lo que haría.

Me aproxime a él. Sus poderes sobrenaturales lo convertían en un oráculo a mis ojos; y no obstante un escalofrío que no era de este mundo me recorrió de arriba abajo al decir:

—¡Habla! ¡Sé mi maestro! ¿Qué me aconsejas que haga?

—¡Véngate a ti mismo, humilla a tus enemigos, pon tu pie sobre el cuello del anciano y toma posesión de su hija!

—¡Vuelvo mis ojos al Este y al Oeste y no veo medios para hacerlo! Si tuviese oro, podría llevar a cabo cualquier plan… Pero, pobre y solitario, no tengo ningún poder.

El enano había permanecido sentado sobre su cofre mientras escuchaba mi historia. De pronto se puso en pie y pulsó un resorte. ¡El cofre se abrió! Una mina de riquezas, de joyas resplandecientes, oro brillante y pálida plata se escondía en su interior. Un loco deseo de poseer aquel tesoro se apoderó de mí.

—Sin duda —dije—, alguien tan poderoso como tú podría conseguir cualquier cosa.

—No —dijo el monstruo humildemente—. Soy menos omnipotente de lo que parece. Poseo algunas cosas que tú puedes codiciar, pero las daría todas por una pequeña parte, incluso por un préstamo, de lo que tú tienes.

—Mis posesiones están a tu disposición —repliqué con amargura—. Mi pobreza, mi destierro, mi desgracia… Te lo regalo todo.

—¡Bien! Te doy las gracias. Añade una sola cosa a tu regalo y mi tesoro será tuyo.

—Puesto que mi única herencia es nada, ¿qué quieres tener, además de nada?

—Tu atractivo rostro, tus miembros bien formados.

Me estremecí. ¿Acaso aquel monstruo todopoderoso iba a asesinarme? No tenía daga. Había olvidado las plegarias, pero me puse pálido.

—Estoy pidiendo un préstamo, no un regalo —dijo aquella cosa horrenda—. Préstame tu cuerpo durante tres días… tendrás el mío para albergar tu alma durante ese tiempo, y mi cofre como pago cuando termine el plazo. ¿Qué te parece el trato? Sólo tres cortos días.

Se dice que es peligroso mantener conversaciones sacrílegas, y yo tengo buena prueba de ello. Al escribirlo con tranquilidad me parece imposible que yo pudiera prestar oídos a semejante proposición. Pero, a pesar de su fealdad antinatural, había algo ciertamente fascinante en un ser cuya voz podía gobernar la tierra, el aire y el mar. Me sentí vivamente inclinado a acceder, ya que con aquel cofre podría dominar el mundo. Mi única vacilación nacía del temor de que no mantuviese su promesa. En cualquier caso, pensé, no tardaré en morir aquí, sobre estas arenas solitarias, y los miembros que él codicia ya no serán míos: vale la pena correr el riesgo. Y además sabía bien que, según todas las reglas del arte de magia, existían fórmulas y juramentos que ninguno de sus practicantes se atrevía a romper. Ante mis vacilaciones el enano insistió, ya recordándome lo poco que pedía a cambio, ya

desplegando ante mí sus riquezas, hasta que me pareció una locura el rechazar su oferta.

—Así es: coloca tu barca en la corriente del río, y será arrastrada por ella sobre cataratas y saltos de agua; déjate llevar por el salvaje torrente de la pasión, y serás arrastrado por él, sin saber hacia dónde.

Soltó algunas maldiciones mientras yo le conjuraba por lo más sagrado, hasta que vi que aquel poderoso dueño de los elementos temblaba como una hoja de otoño ante mis palabras; y como si su espíritu hablase con reluctancia y por la fuerza dentro de él, al fin, con la voz quebrada, me reveló el maleficio por medio del cual, si intentaba engañarme, se vería obligado a mantener el ominoso trato y restituir el ilícito botín: mi sangre caliente debería mezclarse con la suya tanto para hacer el conjuro como para deshacerlo.

No nos detengamos en este tema sacrílego. Fui persuadido —se cerró el trato—. A la mañana siguiente, cuando la aurora iluminó los guijarros sobre los que había pasado la noche, no pude reconocer mi propia sombra, la sombra que proyectaba mi cuerpo. Sentí que me había convertido en un ser horrendo, y maldije mi credulidad. Pero el cofre estaba allí, a mi lado brillaban el oro y las piedras preciosas por las que había vendido la forma corporal que me había dado la naturaleza. Su vista calmó un poco mis emociones: pronto pasarían aquellos tres días.

Y así fue, los tres días pasaron. El enano me había dejado en reserva una gran cantidad de alimentos. Al principio apenas podía andar, todos mis miembros me parecían extraños y descoyuntados, y en cuanto a mi voz… era la del miserable. Pero guardé silencio, y dirigí mi rostro hacia el sol para no ver mi sombra, y conté las horas, y medité sobre mi futuro comportamiento. Lograr que Torella se postrase a mis pies, poseer a mi Julieta en contra de la voluntad de su padre…, todo aquello mis riquezas podrían conseguirlo sin dificultad. Dormí durante la noche oscura, soñando con la realización de mis deseos. Dos soles se habían puesto ya, y el tercero asomaba por el horizonte. Me sentía agotado, temeroso. ¡Oh, espera, qué terrible puedes ser cuando te alimenta el miedo más que la esperanza! ¡Cómo oprimes el corazón, acelerando sus latidos! ¡Cómo sacudes con tormentos desconocidos nuestro débil mecanismo, ora quebrándolo como un cristal roto, hasta la desintegración, ora dándonos nuevas fuerzas, con las que no podemos *hacer* nada, y así torturándonos con la más espantosa de las sensaciones: la que sufriría un hombre fuerte que no pudiese romper sus grilletes, a pesar de poder doblegarlos con su puño! Lentamente el astro resplandeciente ascendió por el Este; largo tiempo permaneció en el cénit; y aún más lentamente se dirigió hacia el Oeste: alcanzó la línea del horizonte… ¡y se ocultó tras ella! Sus últimos destellos iluminaron las crestas del acantilado, luego grises y oscuras. La estrella de la tarde brilló con fuerza. Pronto estaría de vuelta.

¡Pero no volvió! ¡No volvió, por los Cielos! Y la noche llegó con su interminable pesadez, y cuando ya había recorrido su largo camino el día hizo clarear sus oscuros cabellos, y el sol se elevó sobre la criatura más miserable que jamás maldijera su luz.

Así pasé tres días. Las joyas y el oro… ¡oh, cómo los aborrecí!

Bien, bien, no quiero ennegrecer estas páginas con transportes demoníacos. Terribles en exceso eran mis pensamientos, el tempestuoso tumulto de ideas que inundaba mi alma. Al final de esos días me dormí; no lo había hecho desde aquel tercer crepúsculo. Y soñé que me hallaba a los pies de Julieta, y ella me sonreía, y luego se apartaba alarmada —pues había visto mi transformación—, y luego me sonreía de nuevo, porque su apuesto enamorado seguía arrodillado ante ella. Pero no era yo, era él, el miserable, el enemigo, luciendo mis miembros, hablando con mi voz, conquistándola con mis palabras de amor. Traté de avisarla, pero mi lengua permaneció inmóvil; traté de arrancarla de su lado, pero mis pies habían echado raíces. Me desperté en una especie de agonía. Allí estaban los solitarios precipicios, el mar pantanoso, la tranquila ribera, y el cielo azul dominándolo todo. ¿Qué significaba aquello? ¿Era acaso mi sueño un espejo de la realidad? Inmediatamente me pondría en marcha hacia Génova. ¡Pero había sido desterrado! Solté una carcajada —fue el alarido del enano lo que salió de mis labios—. ¡Yo desterrado! ¡Oh, no, los horrendos miembros que me cubrían no habían sido condenados al destierro! Con ellos podría entrar en mi propia ciudad, en mi ciudad nativa, sin miedo a que se me aplicase la amenazadora pena de muerte.

Emprendí el camino hacia Génova. En cierto modo me había acostumbrado a mis miembros contrahechos; jamás los hubo peor adaptados al movimiento natural y espontáneo; sólo con infinita dificultad pude seguir adelante. Deseaba además evitar todos los villorrios esparcidos aquí y allá a lo largo de la costa porque no quería exhibir mi fealdad. No estaba muy seguro de que, al verme como a un monstruo, los hijos de los lugareños no me apedreasen hasta la muerte: de hecho recibí saludos muy poco amables de los pocos campesinos y mercaderes con los que me crucé al azar. Al caer la noche me aproximé a Génova. El tiempo era tan agradable, la brisa tan dulce y perfumada, que me asaltó la idea de que el marqués y su hija probablemente habrían dejado la ciudad para instalarse en su retiro campestre. Era precisamente de Villa Torella de donde yo había intentado raptar a Julieta; había dedicado muchas horas a inspeccionar aquel lugar y sus inmediaciones, y conocía bien cada pulgada de terreno. La mansión se hallaba magníficamente situada, arropada por los árboles a orillas de un arroyuelo. Al aproximarme comprobé que mis conjeturas eran acertadas, y, lo que es más, que en aquellos momentos se estaba celebrando una alegre y animada fiesta, pues la casa se hallaba iluminada y ráfagas de dulce música flotaban hasta mí mecidas por la brisa. El corazón se me encogió en el pecho. La generosa bondad del corazón de Torella era tal que yo tenía la seguridad de que no se hubiese permitido ninguna manifestación pública de alegría después de mi destierro a no ser por una causa sobre la que no me atrevía a detenerme.

Las gentes del lugar se apiñaban alegremente en los alrededores, haciendo necesario que tratase de ocultarme; y no obstante deseaba ardientemente dirigirme a alguien, o bien oír las conversaciones de los demás, para poder enterarme de lo que

estaba pasando. Al fin, entre los muchos senderos que llevaban a la mansión, encontré uno lo suficientemente oscuro como para velar mi excesiva fealdad… A pesar de ello había quien remoloneaba a su sombra, y pronto me enteré de todo lo que deseaba saber, de todo lo que al principio hizo que mi corazón se paralizara de horror, para hervir luego de indignación. ¡Al día siguiente Julieta iba a ser entregada a su arrepentido, reformado, bienamado Guido! ¡Al día siguiente mi prometida le juraría amor eterno ante el altar a un enemigo infernal! ¡Y aquello era obra mía! ¡Mi maldito orgullo, mi demoníaca violencia y mi perversa egolatría eran la causa de aquel desastre! Porque si yo hubiese actuado como había actuado el miserable que había robado mi forma, si yo me hubiese presentado ante Torella en una actitud a la vez contrita y digna, diciendo: he obrado mal, perdonadme, no merezco que esa criatura angelical sea mía, pero permitidme que la reclame algún día, cuando mi nueva conducta ponga de manifiesto que he abjurado de mis vicios, y que he llegado a ser digno de ella. Partiré a luchar contra los infieles, y cuando haya pagado por mis crímenes expiando el pasado con mi celo religioso, concededme que me llame de nuevo vuestro hijo. Así había hablado el enemigo; y el penitente arrepentido fue recibido como si del hijo pródigo de las Escrituras se tratase: el becerro mejor cebado se sacrificó para él. Y él, siempre por el mismo camino, mostró un arrepentimiento tan hondo y sincero por sus locuras, renunció tan humildemente a todos sus derechos, y se declaró tan ardientemente decidido a recuperarlos por medio de una vida de arrepentimiento y virtud, que rápidamente conquistó al amable anciano, quien le perdonó sin reservas concediéndole a su hermosa hija.

¡Oh, si un ángel del paraíso me hubiese susurrado que era así como debía actuar! Pero ahora, ¿cuál sería la suerte de la inocente Julieta? ¿Permitiría Dios aquella unión obscena? ¿O la impediría por medio de algún prodigio, uniendo el deshonrado nombre de Carega al peor de los crímenes? La boda debía celebrarse al día siguiente al amanecer… No había más que un modo de impedirlo: correr al encuentro de mi enemigo e imponerle por la fuerza el cumplimiento de nuestro acuerdo. Comprendí que aquello sólo podría conseguirlo por medio de un enfrentamiento mortal. No tenía espada —suponiendo, en todo caso, que mis brazos contrahechos hubiesen podido empuñar el arma de un soldado—, pero tenía una daga, y en ella puse toda mi esperanza. No había tiempo para considerar o sopesar debidamente la cuestión: corría el riesgo de morir en el intento pero, además de que mi propio corazón ardía en celos y desesperación, el honor y los más elementales sentimientos humanitarios exigían que yo cayese mordiendo el polvo antes que permitir las maquinaciones del enemigo sin tratar de destruirlas.

Los huéspedes partieron y las luces empezaron a extinguirse; era evidente que los habitantes de la mansión se disponían a descansar. Me escondí entre los árboles… El jardín se quedó desierto…, las verjas estaban cerradas… Dando un rodeo me situé bajo una ventana —¡oh, qué bien conocía aquella ventana!— viendo que la suave luz del crepúsculo iluminaba tenuemente la habitación y que las cortinas estaban medio

descorridas… Allí estaba el templo de la inocencia y la belleza. Su magnificencia se veía atemperada, por decirlo así, por el leve desorden ocasionado al ser habitado, y todos los objetos esparcidos por él daban cuenta del gusto de aquélla que honraba la habitación con su presencia. La vi entrar con paso rápido y ligero, la vi acercarse a la ventana y asomarse a ella descorriendo aún más la cortina. La fresca brisa de la noche jugaba con sus rizos, agitándolos sobre el mármol translúcido de su frente. Uniendo sus manos elevó los ojos al cielo. Oí su voz: «¡Guido, mi querido Guido!», murmuró suavemente, y luego, como desbordada por la plenitud de su propio corazón, se desplomó sobre sus rodillas… Sus ojos adorados, la gracia de su actitud, la radiante satisfacción que iluminaba su rostro… ¡Oh, las palabras resultan vanas! Mi corazón recordará siempre, aunque no pueda describirla, la belleza celestial de aquella hija del amor y de la luz[11].

Oí el paso rápido y firme de alguien que avanzaba por la umbrosa avenida. Pronto divisé a un caballero ricamente ataviado, joven, y, según me pareció, de aspecto atractivo. Me acerqué aún más, tratando de no ser visto. El joven se aproximó hasta detenerse bajo la ventana. Ella se puso en pie, y asomándose de nuevo, lo vio y exclamó… No, al cabo de tanto tiempo no puedo recordar los términos de suave y sentida ternura con que se dirigió a él; en realidad era a mí a quien se dirigía, pero fue él quien replicó en aquella ocasión.

—No me iré —gritó—. En este lugar que te pertenece, por donde tu sombra vaga como un espíritu celestial, pasaré las largas horas que faltan hasta que nos unamos, Julieta, para no separarnos nunca jamás. Pero tú retírate, mi amor. El frío amanecer y la caprichosa brisa traerían la palidez a tus mejillas y la languidez a tus ojos iluminados por el amor. ¡Ah, queridísima! Si pudiese poner mis labios sobre ellos, creo que podría entregarme al descanso.

Y entonces se acercó aún más, hasta el punto de que me pareció que se disponía a escalar la ventana y entrar en su habitación. Yo me hallaba vacilante, pues no quería aterrorizarla, pero ahora ya no era dueño de mí mismo. Me precipité hacia la ventana abalanzándome sobre él, y arrancándolo de allí grité:

—¡Oh, monstruo odioso y repugnante!

No necesito repetir los epítetos con que insulté a una persona hacia la que ahora siento cierta parcialidad. Un grito se escapó de los labios de Julieta. Yo no veía ni oía —sólo *sentía* a mi enemigo, a cuyo cuello me había aferrado, y la empuñadura de mi daga—. Él se debatió defendiéndose violentamente, pero no pudo escapar, y al cabo de unos instantes murmuró abruptamente estas palabras:

—¡Hazlo, destrúyete a ti mismo, destruye este cuerpo! Tú seguirás viviendo. ¡Que tu vida sea larga y alegre!

La daga, que estaba aproximándose a su corazón, se detuvo de modo fulminante al oír esto, y él, notándolo, aprovechó para desligarse de mí y desenvainar su espada, mientras el escándalo en la casa y el volar de las antorchas de una habitación a otra dejaban claro que pronto nos separarían… Y yo… ¡Oh, yo prefería morir con tal de

que él no me sobreviviese, no me importaba! A pesar de mi frenesí, el cálculo dominaba mi mente: yo podía caer y, para que él no sobreviviese, no me importaba el golpe mortal que podía dirigir contra mí mismo. Permanecí inmóvil, por tanto, y vi que el miserable, ante mi vacilación, se disponía a tomar ventaja dirigiendo su espada hacia mí en un rápido movimiento; me abalancé sobre ella dejando que me atravesara, y al mismo tiempo hundí mi daga en su costado en un intento verdaderamente desesperado. Nos desplomamos juntos, rodando el uno sobre el otro, y la marea de sangre que fluía de nuestras respectivas heridas se mezcló sobre la hierba. Ya no vi más, perdí el sentido.

Volví de nuevo a la vida: me encontraba postrado en una cama, débil casi hasta la muerte. Julieta estaba arrodillada junto a mí. ¡Qué extraño! Me invadió la sorpresa, y mis primeras palabras, con la voz quebrada, fueron para pedir un espejo. Estaba tan pálido y demacrado que mi pobre niña vaciló antes de dármelo, según me contó luego. ¡Por los Cielos que pensé de mí mismo que era un joven realmente atractivo cuando contemplé el reflejo de mis propias facciones, de aquellas facciones que conocía tan bien! Confieso que es una debilidad, pero debo admitir que cultivo un afecto considerable por las facciones y los miembros que contemplo cada vez que me miro al espejo; y que tengo más espejos en mi casa y los consulto más a menudo que cualquier belleza en Venecia. Antes de que me condenéis con demasiada severidad, permitidme decir que nadie conoce mejor que yo la valía de su propio cuerpo, ya que probablemente a nadie, excepto a mí mismo, le fue nunca usurpado.

Al principio hablé de modo incoherente del enano y sus crímenes, y le reproché a Julieta que hubiese prestado oído a su amor con demasiada facilidad. Ella creyó que desvariaba, y lo creyó con razón, y aún pasó algún tiempo antes de que yo pudiese admitir que el Guido cuyo arrepentimiento había servido para conquistarla de nuevo era yo mismo; y mientras maldecía amargamente al monstruoso enano, y bendecía la espada que le había privado de la vida, me interrumpía de pronto al oír que ella decía: *¡Amén!*, dándome cuenta de que aquél a quien dirigíamos nuestros vituperios era también yo. Un poco de reflexión me enseñó a callar; un poco de práctica me permitió hablar de aquella noche terrible sin cometer demasiadas torpezas. La herida qué me había infligido a mí mismo no era ninguna broma —tardé mucho en recuperarme— y mientras el generoso y benevolente Torella se sentaba junto a mi cabecera, hablándome con esa sabiduría que incita al arrepentimiento, y mi querida Julieta se desvivía por mí cuidándome con esmero y alegrándome con sus sonrisas, la curación de mi cuerpo y la de mi espíritu siguieron con éxito un curso paralelo. En realidad nunca llegué a recuperar todas mis fuerzas —mis mejillas están pálidas desde entonces y mi persona un poco encorvada—. Julieta a veces se aventura a dirigir amargas alusiones al malvado que causó este cambio, pero yo la beso al momento y le digo que todo fue para bien. Soy el más fiel y amante de los maridos, y de hecho lo soy gracias a esta herida, sin la cual ella nunca hubiese sido mía.

No volví jamás a aquella desierta orilla ni busqué el tesoro del enano, y, no

obstante, cuando medito sobre el pasado, pienso a menudo —y mi confesor se mostró también favorable a esta idea— que debió tratarse de un espíritu del bien más que de un espíritu del mal, enviado por mi ángel guardián para hacerme comprender la locura y la miseria del orgullo. Al final aprendí tan bien aquella lección tan severa, que ahora soy conocido por todos mis amigos y conciudadanos con el sobrenombre de Guido el Cortés.

Edgar Allan Poe

LIGEIA

(Ligeia, 1838)

La presencia de Poe en esta antología no necesita justificación aunque sus relatos (¿todos?) se supongan archiconocidos. Poe (1809-1849) fue el autor predilecto de Lovecraft desde que le descubriera a los ocho años («fue mi caída… vi oscurecerse el firmamento azul de Argos y Sicilia ¡por las emanaciones corrompidas de la tumba!»), y su fidelidad a él se mantuvo siempre por encima de las veleidades de sus gustos literarios. La considerable importancia que tuvo en la vida y en la obra del solitario de Providence ha quedado suficientemente constatada, tanto en las innumerables cartas que de él se conservan, como en su tratado «Supernatural Horror in Literature», en donde le dedica un capítulo entero, o en el ensayo hagiográfico «Homes and Shrines of Poe», que publicó en «The Californian» en el invierno de 1934. No parece casual que ambos padecieran una vida tan sombría, torturada y amarga como su propia obra.

Poe llenó el vacío que dejaron tras de sí los castillos encantados y las invenciones mágicas de los góticos, antes de que los miedos ocultos, junto a la enfermedad, la perversión o la decadencia, se convirtieran en motivos primordiales de la moderna ficción de terror. «Sus espectros adquieren una malignidad convincente —explica H.P.L.— que no posee ninguno de sus predecesores […] Posee un poderoso e innato sentido de lo espectral, lo morboso y lo horrible que imprime en su obra la marca imborrable del genio.» A su vez, está dotado de una fría y minuciosa lógica y una precisión y un rigor casi científicos (no en vano sus cuentos de raciocinio fueron precursores de la hoy tan popular novela policiaca), que acentúa por contraste su macabra visión cósmica y le evita circunloquios inútiles y fantasías gratuitas. Su mayor preocupación es la eficacia del relato ya que su propósito no es seducir sino conmover.

El cuento elegido para esta ocasión es a la vez el preferido de su autor y uno de los favoritos de su incondicional admirador H.P.L Publicado en 1938 en la revista del «American Museum of Science, Literature and the Arts», su protagonista y narrador, como en tantos otros casos, presenta los rasgos físicos y los perfiles psicológicos del propio Poe, mientras que ladi Ligeia es un trasunto de Virginia, la esposa del escritor. En su insidiosa trama se mezcla la creencia en la metempsicosis (la muerta se reencarna en su rival y sucesora Rowena) con una obsesiva historia de amor imposible que culmina en un acto de vampirismo y destrucción mutua de los amantes, consumidos en un mismo fuego en el que el éxtasis y el horror son idénticos. Lovecraft alaba en este cuento su «ingenioso desarrollo»: «el autor

trabaja con un profundo conocimiento analítico de las verdaderas fuentes del terror… comprende cabalmente los mecanismos y la fisiología del miedo… los detalles esenciales que hay que subrayar, las incongruencias y supuestos imprescindibles, preliminares o concomitantes al terror, que hay que elegir, las incidencias y alusiones exactas que hay que hacer resaltar de antemano como símbolos o prefiguraciones de cada paso hacia el espantoso desenlace». Además, «sabe conferir a su prosa un sesgo ricamente poético… que duplica su fuerza». Como en el resto de su obra, marcada por un atormentado tono subjetivo que bucea en los inexplorados abismos del alma, Poe templa el horror con la poesía; a la vez que el escalofrío del miedo quiere brindamos el de la belleza. Una belleza que no encubre el horror sino que se descubre más allá de él.

LIGEIA[12]

Y allí persevera la voluntad, que no muere. Ya que, ¿quién conoce los misterios de la voluntad, con todo su vigor? Porque Dios no es más que una gran voluntad que todo lo impregna por la naturaleza de su propia determinación. El hombre no se entrega a los ángeles, ni por completo a la muerte, excepto a causa de la debilidad de su frágil voluntad.

JOSEPH GLANVILL

PESE a todos mis esfuerzos, no consigo recordar cómo, cuándo, ni tampoco con exactitud dónde conocí a Ligeia. Son muchos los años que han transcurrido desde entonces, y mi memoria está debilitada por los muchos sufrimientos. O, quizá, no soy capaz ahora de recordar esas cosas porque, a decir verdad, la personalidad de mi amada, sus excepcionales conocimientos, el carácter singular, aunque apacible, de su belleza, y la emocionante y cautivadora elocuencia de su voz, grave y musical, se introdujeron en mi corazón con un paso tan regular y, al mismo tiempo, tan sigiloso, que penetraron inadvertidos y de manera inconsciente. Sin embargo creo que la conocí y frecuenté su trato en alguna gran ciudad, antigua y decadente, a las orillas del Rin. En cuanto a su familia…, sin duda la he oído hablar de ella. No es posible dudar que se remonta a épocas pretéritas. ¡Ligeia! ¡Ligeia! Sumergido en estudios capaces, por su misma naturaleza, de embotar, más que ninguna otra cosa, las impresiones del mundo exterior, únicamente esa dulce palabra —Ligeia— consigue traer ante mis ojos la imagen de quien ya no existe. Y ahora, mientras escribo, tengo la repentina impresión de no haber conocido nunca el apellido paterno de quien era mi amiga y prometida y que se convirtió primero en compañera de mis estudios y finalmente en esposa idolatrada. ¿Fue una orden de mi Ligeia, hecha con tono festivo? ¿Fue una prueba de mi fortaleza y afecto renunciar a llevar a cabo investigación alguna sobre ese punto? ¿O fue más bien capricho mío, ofrenda extrañamente romántica en el santuario de la más apasionada devoción? Recuerdo muy confusamente el hecho mismo…, ¿qué tiene de extraordinario que haya olvidado por completo las circunstancias que lo originaron o acompañaron? Y, a decir verdad, si ese espíritu al que se denomina *Amor romántico*, si alguna vez la pálida *Ashtophet* de alas brumosas, originaria del idólatra Egipto, presidió, según dicen, las uniones de mal agüero, no cabe duda alguna de que también estuvo presente en la mía.

Hay un asunto, sin embargo, relacionado con mi amada, en el que no me falla la memoria. Y es la *persona* misma de Ligeia, alta, delgada en cierta manera y, al final de su vida, incluso demacrada. Trataría en vano de describir la majestad, la tranquila

seguridad de sus modales, o la incomprensible ligereza y elasticidad de sus pasos. Llegaba y se marchaba como una sombra. Yo no advertía nunca su presencia en mi estudio —cuya puerta siempre permanecía cerrada— a no ser que me dejara oír la deliciosa música de su voz, dulce y grave, al colocar su mano de mármol sobre mi hombro. En cuanto a la belleza del rostro, jamás doncella alguna la igualó. Tenía el resplandor de un sueño provocado por el opio: una visión etérea y arrebatadora más locamente divina que las fantasías que se cernieron sobre las almas adormecidas de las hijas de Delos. Sin embargo sus facciones no eran del molde regular que se nos ha enseñado falsamente a rendir culto en las obras clásicas de los paganos. «No existe exquisitez en la belleza», dice Bacon, lord Verulan, hablando con acierto sobre todas las formas y géneros de la belleza, «sin algo de extraño en la proporción». Sin embargo, aunque yo advirtiera que las facciones de Ligeia carecían de regularidad clásica, aunque supiera que su encanto era sin duda «exquisito» y sintiera que había algo de «extraño» en toda ella, he tratado en vano de detectar la irregularidad y de concretar mi propia percepción de su «extrañeza». Examiné la curva de su noble y pálida frente, y la encontré sin falta (¡qué fría resulta sin duda esa palabra cuando se aplica a majestad tan divina!), la calidad de su piel semejante al más puro marfil, la imponente amplitud y reposo, la suave prominencia de las zonas por encima de sus sienes; y después sus trenzas, de ondulación natural, negras como ala de cuervo, lustrosas, abundantísimas, alcanzando toda la fuerza del epíteto homérico, ¡del color de los jacintos! Contemplé el delicado perfil de su nariz, y tan sólo en los medallones llenos de gracia de los hebreos había hallado perfección similar: idéntica la suavidad sensual, la misma tendencia apenas perceptible a lo aquilino, las mismas ventanas que manifiestan la presencia de un espíritu libre. Me fijé en la dulce boca. Era aquél, sin duda, el triunfo de todas las perfecciones celestiales: la magnífica curva del breve labio superior; el suave, voluptuoso sueño del inferior; los hoyuelos que jugueteaban y el color que hablaba; los dientes que devolvían, con un brillo casi sorprendente, todos los rayos de luz caídos sobre ellos al sonreír Ligeia con una de sus sonrisas, aunque serenas y plácidas, más exultantemente radiantes que las de cualquier otra persona. Examiné a fondo el dibujo de la barbilla, y también allí encontré la mansedumbre en la firmeza, la suavidad y la majestad, la plenitud y la espiritualidad de los griegos: el contorno que el dios Apolo reveló, aunque fuese en sueños, a Cleomenes, el hijo del ateniense. Y, finalmente, contemplé los grandes ojos de Ligeia.

En el caso de los ojos carecemos de modelos en la remota antigüedad. También podría ser que los de mi amada encerrasen el secreto al que alude lord Verulan. Eran, estoy convencido, mucho más grandes que los ojos normales de nuestra raza. Eran incluso más grandes que los ojos de las gacelas de la tribu que habita en el valle de Nourjahad. Pero sólo de cuando en cuando —en momentos de intensa emoción— esa peculiaridad se hacía realmente perceptible en Ligeia. Y en tales momentos su belleza —o por lo menos así lo captaba mi inflamada imaginación— era la de los seres superiores o ajenos a la tierra: la belleza de las fabulosas huríes de los turcos. El color

de las pupilas era de la más intensa negrura y, muy por encima de ellas, sobresalían pestañas de azabache de extraordinaria longitud. Las cejas, de contorno ligeramente irregular, eran del mismo color. Lo «extraño», sin embargo, que yo encontraba en sus ojos, no provenía ni de la forma, ni del color, ni del esplendor de los rasgos, y hay que achacarlo, en última instancia, a su *expresión*. ¡Ah, palabra carente de significado, detrás de cuya enorme amplitud puramente sonora ocultamos nuestra ignorancia de tantas realidades del espíritu! ¡La expresión de los ojos de Ligeia! ¡Cuánto he meditado sobre ella durante horas sin cuento! ¡Cómo me esforcé, durante toda una noche de mitad de verano, por desentrañarla! ¿Qué era lo que —un algo más profundo que el pozo de Demócrito— se percibía tan dentro de las pupilas de mi amada? ¿Qué era? Me dominaba la pasión por descubrirlo. Aquellos ojos enormes, brillantes, divinos, se convirtieron para mí en las estrellas gemelas de Leda, transformándome en el más devoto de los astrólogos.

Entre las muchas anomalías incomprensibles de la ciencia de la mente no hay otro punto más emocionante que el hecho —jamás advertido en las escuelas, según creo— de que, al esforzarnos por traer a la memoria algo largo tiempo olvidado, con frecuencia nos encontramos *al borde mismo* del recuerdo, sin ser capaces, al final, de alcanzar lo que perseguíamos. Y así, ¡con qué frecuencia, en mi intenso escrutinio de los ojos de Ligeia, he sentido que se acercaba el pleno conocimiento de su expresión —que se acercaba, sin ser aún completamente mío—, para luego acabar perdiéndolo por completo! Y descubrí (extraño misterio, el más extraño de todos), en los objetos más comunes del universo, un círculo de analogías con aquella expresión. Me propongo decir que, con ulterioridad al periodo en que la belleza de Ligeia se incorporó a mi espíritu, para instalarse allí como en un santuario, extraje, de muchas criaturas del mundo material, un sentimiento como el que siempre provocaban en mí sus enormes y luminosos ojos. Aunque no por ello sea más capaz de definirlo, o analizarlo, o incluso de examinarlo con fijeza. Lo reconozco a veces, permítaseme repetirlo, al contemplar una vid que crece con rapidez, al contemplar una polilla, una mariposa, una crisálida, una corriente de agua. Se ha apoderado de mí en el océano; lo he sentido al presenciar la caída de un meteoro. Lo he advertido en las miradas de personas de edad muy avanzada. Y brillan en el cielo una o dos estrellas (especialmente una estrella de sexta magnitud, doble y cambiante, que se encuentra cerca de la estrella mayor de Lira) que, al examinarlas con el telescopio, me han hecho experimentar el mismo sentimiento. También me lo han comunicado determinados sonidos de instrumentos de cuerda y, no infrecuentemente, pasajes de libros. Entre otras muchos casos recuerdo bien las frases halladas en un volumen de Joseph Glanvill, que (quizá simplemente por su singularidad, ¿quién podría decirlo?) nunca dejan de inspirarme ese sentimiento: «Y allí persevera la voluntad, que no muere. Ya que, ¿quién conoce los misterios de la voluntad, con todo su vigor? Porque Dios no es más que una gran voluntad que todo lo impregna por la naturaleza de su propia determinación. Y el hombre no se entrega a los ángeles, ni por completo a la

muerte, excepto a causa de la debilidad de su frágil voluntad».

El paso de los años y la ulterior reflexión me han permitido, a decir verdad, establecer cierta remota conexión entre ese pasaje del moralista inglés y un aspecto del carácter de Ligeia. La *intensidad* en el pensamiento, la acción o la palabra era en ella, posiblemente, el resultado, o por lo menos la demostración, del gigantesco poder de volición que, durante los largos años de nuestra vida en común, no consiguió dar otra prueba más inmediata de su existencia. De todas las mujeres que he conocido, ella, la exteriormente tranquila, la siempre plácida Ligeia, era la más violentamente presa de los tumultuosos buitres de una terrible pasión. Y de aquella pasión yo no podía hacerme una clara idea, excepto mediante la milagrosa profundidad de aquellos ojos que me deleitaban y horrorizaban al mismo tiempo, mediante la melodía casi mágica, la modulación, la claridad y placidez de su voz especialmente grave y mediante la feroz energía (doblemente eficaz por el contraste con su forma de expresión) de las terribles palabras que pronunciaba habitualmente.

He mencionado los conocimientos de Ligeia, y explicaré que eran inmensos, como nunca he encontrado en otra mujer. Dominaba las lenguas clásicas y, hasta donde se extiende mi familiaridad en relación con los modernos idiomas de Europa, nunca pude sorprenderla en el menor error. En realidad, si repaso los temas más admirados, simplemente por ser los más abstrusos de la cacareada erudición de la academia, ¿es que alguna vez descubrí que Ligeia se equivocara? ¡Qué singularmente, con qué intensidad se ha impuesto por sí mismo a mi atención, únicamente en este último periodo, ese rasgo de la personalidad de mi mujer! He dicho que nunca encontré otra mujer con conocimientos como los suyos, pero… ¿dónde está el varón que haya recorrido, y con éxito, *todas* las facetas de la ciencia moral, física y matemática? No advertí entonces lo que ahora percibo con claridad: que los conocimientos de Ligeia eran enormes, asombrosos; tuve, sin embargo, suficiente conciencia de su infinita supremacía para aceptar, con infantil confianza, su dirección dentro del caótico mundo de la investigación metafísica con la que andaba tan ocupado durante los primeros años de nuestro matrimonio. Pero ¡con qué sensación de triunfo, con qué alegría tan intensa, con qué gran parte de todo lo que es etéreo en la esperanza, *sentí*, mientras ella se inclinaba sobre mis temas de estudio, tan poco buscados y aún menos conocidos, aquel delicioso panorama que poco a poco se ampliaba ante mis ojos, en cuya larga, magnífica senda, completamente virgen, podría por fin alcanzar la meta de una sabiduría demasiado divinamente valiosa para no estar prohibida!

¡Cuán intenso, por tanto, tuvo que ser el dolor con que, al cabo de algunos años, presencié cómo mis bien fundadas esperanzas emprendían el vuelo y se alejaban para siempre! Sin Ligeia yo no era más que un niño que camina a tientas al sorprenderle la noche. Su presencia, simplemente sus lecturas, dotaban de viva luminosidad los muchos misterios del trascendentalismo en que estábamos inmersos. Faltas del brillo radiante de sus ojos, las letras, vacilantes y doradas, se apagaron más que el plomo

saturnino. Y muy pronto aquellos ojos brillaron cada vez con menos frecuencia sobre las páginas que yo estudiaba. Ligeia enfermó. Los ojos apasionados ardieron con un fulgor espléndido en demasía; los dedos marfileños adquirieron la cérea tonalidad transparente de la tumba y las venas azules de la noble frente palpitaron impetuosamente con las mareas de la más delicada emoción. Comprendí que Ligeia iba a morir y luché desesperadamente, en el espíritu, con el torvo Azrael. Y los esfuerzos de mi apasionada esposa fueron, para sorpresa mía, aún más enérgicos que los míos. Muchos rasgos de su austera naturaleza me habían llevado a creer que, para ella, la muerte habría llegado sin sus lógicos terrores, pero no fue así. Las palabras son incapaces de transmitir con precisión la ferocidad de la resistencia con que Ligeia luchó contra la Sombra. Yo gemí, lleno de angustia, ante aquel lamentable espectáculo. Hubiera querido consolarla…, hubiera querido razonar, pero en la intensidad de su violento deseo de vida, de vida por encima de todo, tanto consuelos como razones resultaban la más completa de las locuras. Sin embargo sólo al final, entre los más convulsos tormentos de su indomable espíritu, se quebrantó la placidez externa de su comportamiento. Su voz se hizo más dulce, más grave, pero no quisiera detenerme en el terrible significado de las palabras mansamente pronunciadas. La cabeza me daba vueltas mientras escuchaba pretensiones y aspiraciones que la carne mortal nunca conociera antes.

Que Ligeia me amaba no debiera haberlo dudado; y tendría que haber comprendido sin dificultad que, en un pecho como el suyo, el amor nunca se encarnaría en una pasión ordinaria. Pero sólo ante la muerte llegué a captar plenamente la fuerza de su afecto. Durante largas horas, mi mano retenida en la suya, derramó ante mí el contenido de un corazón rebosante cuya más que apasionada devoción llegaba a la idolatría. ¿Qué había hecho yo para merecer la bendición de tales confesiones? ¿Y qué había hecho para que me alcanzara la maldición de ver desaparecer a mi amada en el momento de recibirlas? Pero no soy capaz de extenderme sobre ese tema. Permítaseme decir únicamente que en el abandono de Ligeia a un amor sobrehumano, ¡ay!, que yo no merecía, depositado en un objeto por completo indigno, reconocí finalmente la razón de su anhelo, de su ardiente deseo de conservar la vida que tan rápidamente huía de ella. Es ese violento anhelo, esa apasionada vehemencia con que deseaba la vida lo que no soy capaz de retratar, para lo que carezco de palabras que le den expresión.

En el mediodía anterior a la noche en que se separó de mi lado, llamándome junto a su lecho con gesto perentorio, me pidió que leyera en voz alta unos versos compuestos por ella no muchos días antes, que transcribo a continuación:

¡He aquí una noche de gala
Parte de los solitarios años últimos!
Una multitud de alados ángeles, engalanados
Con velos, y ahogados en lágrimas,

Ocupan un teatro, para ver
Una obra de esperanza y temores,
Mientras la orquesta interpreta a rachas
La música de las esferas.

Mimos, a imagen del Dios de las alturas,
Murmuran y mascullan en voz baja,
Y vuelan de aquí para allá…
Simples marionetas que vienen y van
A las órdenes de vastas criaturas sin forma
Que mueven el decorado en continuo vaivén,
Agitando desde fuera sus alas de cóndor
¡Invisible aflicción!

¡Qué drama variopinto! ¡Estad seguros
De que no será olvidado!
Con su Fantasma siempre perseguido
Por una multitud incapaz de sujetarlo,
A través de un círculo que siempre vuelve
Al mismo punto,
Con mucho de Locura y más de Pecado
Y Horror como núcleo del argumento.

Pero advierte, entre el simulado alboroto,
¡Cómo aparece una forma reptante!
¡Una criatura color de sangre que se introduce
en la soledad escénica!
¡Se agita una y otra vez! Entre mortales angustias
Los mismos se convierten en su alimento,
Y los serafines sollozan ante los colmillos de sabandija
Hundidos en sangre humana.

¡Se apagan las luces! ¡Desaparece todo!
Y sobre cada forma temblorosa,
El telón, paño mortuorio,
Desciende con la violencia de una tormenta,
Y los ángeles pálidos y tristes,
Alzándose, quitándose los velos, afirman
Que la pieza es la tragedia «Hombre»,
Y su héroe el Gusano Conquistador.

—¡Cielo santo! —gritó casi Ligeia, poniéndose en pie y extendiendo los brazos

hacia lo alto con un movimiento espasmódico, cuando terminé de leer aquellas líneas —. ¡Dios mío! ¡Padre celestial! ¿Ha de suceder inevitablemente así? ¿No es posible que ese Conquistador sea vencido alguna vez? ¿No somos parte Tuya? ¿Quién…, quién conoce los misterios de la voluntad con todo su vigor? El hombre no se entrega a los ángeles, *ni por completo a la muerte*, excepto a causa de la debilidad de su frágil voluntad.

Y acto seguido, como si hubiera quedado exhausta por la emoción, bajó los brazos y regresó solemnemente al lecho donde iba a morir. Y mientras dejaba escapar los últimos suspiros, brotaron de sus labios, mezclados con ellos, unos murmullos apenas perceptibles. Acerqué el oído y pude distinguir, de nuevo, las palabras finales del pasaje de Glanvill: *El hombre no se entrega a los ángeles, ni por completo a la muerte, excepto a causa de la debilidad de su frágil voluntad*.

Ligeia murió; y yo, aplastado por el dolor, no pude soportar por más tiempo la solitaria desolación de mi morada en la oscura y deteriorada ciudad junto al Rin. No me faltaba lo que el mundo llama riquezas. Ligeia me había traído muchas más, muchísimas más de las que de ordinario la suerte concede a los mortales. De manera que al cabo de unos meses de cansado vagabundeo sin objeto, adquirí, y arreglé en cierta medida, una abadía, cuyo nombre callaré, en una de las regiones menos cultivadas y frecuentadas de la hermosa Inglaterra. La sombría y triste grandeza del edificio, el aspecto casi salvaje de la finca, los muchos recuerdos melancólicos y tradicionales relacionados con ambos, tenían mucho en común con los sentimientos de completo abandono que me habían llevado a aquella remota región del país, alejada de toda sociedad. Pero si bien el exterior de la abadía, adornado ya con el verdor de la decadencia, sufrió muy pocas alteraciones, me permití, con infantil perversidad, y tal vez con la remota esperanza de aliviar mi dolor, un despliegue de magnificencia más que regia en su interior. Ya incluso en la infancia había adquirido el gusto por extravagancias como aquéllas, que ahora volvían a interesarme, tal vez, por el desequilibrio producido por el sufrimiento. A decir verdad, ¡me doy cuenta de los muchos signos de locura incipiente que podrían haberse descubierto en las espléndidas y fantásticas colgaduras, en las solemnes tallas de Egipto, en las extrañas cornisas y muebles, en los desquiciados dibujos de las alfombras con flecos de oro! Me hallaba completamente esclavizado por el opio, y mis proyectos e instrucciones habían adquirido el color de mis sueños. Pero no me detendré a describir con detalle tantas cosas absurdas. Permítaseme hablar tan sólo de un aposento, maldito para siempre, adonde, en un momento de enajenación mental, llevé desde el altar como mi esposa —como sucesora de la inolvidable Ligeia— a lady Rowena Trevanion, de Tremaine, de rubios cabellos y ojos azules.

En este momento tengo ante mi vista todos los componentes arquitectónicos y decorativos de esa cámara nupcial. ¿Qué se había hecho del honor de la altiva familia de la novia, cuando sus miembros, empujados por la sed del oro, permitieron que hija y doncella tan querida cruzara el umbral de un aposento así engalanado? Ya he dicho

que recuerdo con precisión todos los detalles de la cámara, aunque en temas de gran trascendencia sea lamentable mi tendencia al olvido y aunque en el fantástico despliegue de aquella estancia no hubiera sistema ni orden alguno que facilitara el trabajo de la memoria. El aposento, situado en un elevado torreón de la almenada abadía, tenía forma pentagonal y era de amplias dimensiones. Toda la cara sur del pentágono estaba ocupada por la única ventana, una inmensa lámina de cristal de Venecia, de tonalidad plomiza, de manera que los rayos, tanto del sol como de la luna, al atravesarla, arrojaran un resplandor cadavérico sobre los objetos situados en el interior de la cámara. Sobre la parte superior de la gigantesca ventana se extendían las entrecruzadas ramas de una enredadera centenaria que trepaba por los macizos muros del torreón. El techo, de madera de roble de aspecto melancólico, era excesivamente alto, abovedado, y estaba minuciosamente decorado con las más extrañas y grotescas muestras de un estilo semigótico y semiduídrico. Del centro mismo de la melancólica bóveda colgaba, sujeto por una sola cadena de oro de largos eslabones, un incensario del mismo metal, sarraceno por su estilo, con muchas perforaciones dispuestas de tal manera que por ellas entrara y saliera retorciéndose, como dotada de vitalidad reptilesca, una continua sucesión de fuegos multicolores.

En distintos lugares se hallaban colocadas varias otomanas y candelabros de oro de diseño oriental; y también estaba el lecho —el lecho nupcial—, de estilo indio y escasa altura, relieves de ébano macizo y un dosel semejante a un paño mortuorio. En cada una de las esquinas del aposento se alzaba un gigantesco sarcófago de granito negro, de las tumbas de los reyes en Luxor, con las antiquísimas tapas cubiertas de inmemoriales figuras talladas. Pero las colgaduras de la cámara, desgraciadamente, constituían la mayor fantasía de todas. Los nobles muros, de gigantesca altura —desproporcionados incluso—, estaban cubiertos, desde el techo hasta el suelo, formando vastos pliegues, por tapices pesados y de aspecto imponente, confeccionados con el mismo tejido utilizado para las alfombras, las otomanas y el lecho de ébano, e igualmente presente en el dosel y en las espléndidas volutas de las cortinas que cubrían parcialmente la ventana. Aquel tejido era el paño de oro más lujoso que pueda imaginarse, salpicado, a intervalos irregulares, con figuras de arabesco, de unos treinta centímetros de diámetro, bordadas sobre el paño en líneas del negro más intenso. Pero esas figuras participaban de la verdadera naturaleza del arabesco únicamente cuando se contemplaban desde un determinado punto de vista. Mediante una técnica que en la actualidad ya resulta corriente y que de hecho se puede rastrear hasta un remoto periodo de la antigüedad, se las había dotado de apariencia cambiante. Para alguien que entrara en el aposento presentaban la apariencia de simples monstruosidades; pero si se avanzaba un poco, esa apariencia desaparecía de manera gradual; y paso a paso, en razón de sus movimientos, el visitante se veía rodeado por una interminable sucesión de las espantosas formas que pertenecen a las creencias supersticiosas de los normandos, o que se yerguen durante las culpables cabezadas de los monjes. El fantasmagórico efecto se veía grandemente

realzado por la introducción artificial de una continua corriente de aire por detrás de los tapices, lo que proporcionaba una horrorosa e intranquilizadora animación a todo el conjunto.

En un aposento así —en una cámara nupcial como ésa— pasé, con la señora de Tremaine, las impías horas del primer mes de nuestro matrimonio; y las pasé con muy poca preocupación. Que mi esposa temía mi estado de ánimo ferozmente taciturno, que me rehuía y que sentía por mí muy poco afecto, yo no podía por menos de advertirlo; pero eso me producía más placer que otra cosa. Yo la aborrecía con un odio más propio de un demonio que de un hombre. Mi memoria volvía la vista atrás (¡con qué intenso pesar!) en busca de Ligeia, la bienamada, la augusta, la hermosa, la sepultada. Me deleitaba con el recuerdo de su pureza, de su sabiduría, de su personalidad egregia y espiritual, de su amor apasionado e idólatra. Fue entonces cuando mi alma ardió completa y libremente con un fuego más intenso que todos los suyos. En el entusiasmo producido por mis sueños de opio (puesto que de ordinario me encontraba aherrojado por las cadenas de la droga), pronunciaba su nombre en voz alta en el silencio de la noche, o entre los protegidos refugios de los valles durante el día, como si, por medio del violento deseo, de la solemne pasión, del ardor incesante que me ligaba a la desaparecida, pudiera devolverla al camino terrenal por ella abandonado (¿tal vez para siempre?).

Hacia el comienzo del segundo mes de matrimonio, lady Rowena se vio atacada por una repentina enfermedad de la que fue recuperándose muy lentamente. La fiebre que la consumía dificultaba su descanso nocturno; y en su perturbado estado de semisueño, hablaba de sonidos y de movimientos, dentro y por los alrededores del aposento en el torreón, para los que yo no encontré otro origen que los trastornos de su imaginación o, quizá, la fantasmagórica influencia de la misma cámara. Pero se produjo la convalecencia y lady Rowena recuperó finalmente la salud. Sin embargo fue muy breve el periodo que transcurrió antes de que un segundo trastorno más violento la retuviera de nuevo en el lecho del dolor; y a raíz de este ataque, su organismo, nunca demasiado vigoroso, jamás se repuso por completo. A partir de entonces sus enfermedades fueron de naturaleza alarmante y de periodicidad aún más alarmante, sin responder en absoluto ni a la ciencia ni a los desvelos de sus médicos. Al empeorar la enfermedad crónica que, al parecer, se había apoderado de su organismo con una tenacidad que resultaba imposible erradicar por medios humanos, no pude por menos de advertir un similar empeoramiento en su irritabilidad nerviosa y su excitabilidad ante miedos triviales. De nuevo hablaba, ahora con más frecuencia y pertinacia, de los sonidos —de los leves sonidos— y de los extraños movimientos entre los tapices a que ya había aludido anteriormente.

Una noche, durante los últimos días de septiembre, llamó mi atención sobre aquel angustioso tema con más insistencia que de ordinario. Acababa de despertar de un inquieto sueño, durante el cual yo había estado contemplando, con entremezclados sentimientos de ansiedad y de vago terror, la expresión de su demacrado semblante.

Yo permanecía sentado junto al lecho de ébano, en una de las otomanas de la India. Lady Rowena se incorporó en parte y habló, en un ardiente susurro, de sonidos que ella oía *en aquel momento*, pero que yo no oía, y de movimientos que ella veía pero que yo no era capaz de advertir. El viento corría apresurado por detrás de las colgaduras, y quise demostrarle (aunque, permítaseme confesarlo, no lo creyera por completo) que aquellos sonidos casi inarticulados y aquellas variaciones tan sutiles de las figuras sobre los muros eran únicamente el efecto natural del habitual discurrir del viento. Pero una palidez mortal, que se extendió por su rostro, me hizo ver que cualquier esfuerzo para tranquilizarla resultaría inútil. Parecía estar desmayándose, y no había ningún sirviente al alcance de la voz. Recordé dónde estaba una jarra de vino ligero que sus médicos le habían recetado, y me apresuré a cruzar el aposento para acercársela. Pero, al cruzar bajo la luz del incensario, dos hechos de sorprendente naturaleza atrajeron mi atención. Sentí que un objeto palpable aunque invisible había pasado de prisa junto a mí; y vi que, sobre la alfombra dorada, en el centro mismo de la intensa luz que despedía el incensario, se dibujaba una sombra —una leve sombra indefinida de angélico aspecto— que no tenía más consistencia que la sombra de una sombra. Pero yo estaba dominado por la excitación de una inmoderada dosis de opio, y di muy poca importancia a aquellas cosas y no hablé de ellas con Rowena. Al encontrar el vino, volví a cruzar el aposento, llené una copa y la acerqué a los labios de la enferma, quien para entonces se había repuesto en parte y recogió con las manos el recipiente, mientras yo me dejaba caer en la otomana que tenía más cerca, con los ojos clavados en su persona. Fue entonces cuando advertí con claridad el sonido de unas suaves pisadas sobre la alfombra, cerca del lecho; y un instante después, mientras Rowena alzaba el vino hasta sus labios, vi, o tal vez soñé que veía, caer dentro de la copa, como procedente de algún invisible manantial en el aire del aposento, tres o cuatro grandes gotas de un líquido brillante y del color de los rubíes. Si yo lo vi realmente, no pasó lo mismo con Rowena, porque bebió el vino sin la menor vacilación, y yo me abstuve de mencionarle unos hechos que, después de todo, pensé, podían haber sido producto de una viva imaginación, enfermizamente exacerbada por el terror de mi esposa, el opio y la avanzada hora de la noche.

No puedo ocultarme, sin embargo, que, inmediatamente después de que cayeran en la copa las gotas de color rubí, se produjo un rápido empeoramiento en la enfermedad de mi mujer, de manera que, tres noches más tarde, las manos de sus servidores la prepararon para la tumba y, durante la cuarta, me quedé a solas, con su cuerpo amortajado, en el extraño aposento en donde la había recibido por esposa. Fantásticas visiones, hijas del opio, revoloteaban como sombras delante de mis ojos. Yo contemplaba con intranquilidad los sarcófagos en las esquinas de la cámara, las figuras de las colgaduras en continuo movimiento y el retorcerse de los fuegos multicolores en el incensario que colgaba sobre mi cabeza. Luego mis ojos se fijaron, mientras recordaba las circunstancias de una noche anterior, en el punto situado bajo el incensario donde había visto los tenues vestigios de la sombra. No estaban allí, sin

embargo, con lo que, más tranquilizado, volví la mirada hacia la pálida y rígida figura que descansaba sobre el lecho. En seguida me vinieron a la memoria mil recuerdos de Ligeia y, acto seguido, volvió a mi pecho, con la turbulenta violencia de una inundación, el indecible dolor con que la había contemplado así amortajada. La noche siguió su curso; y, con el corazón lleno de la amarga nostalgia por la mujer supremamente amada, permanecí con la vista fija en el cuerpo de Rowena.

Pudo ser a medianoche, tal vez antes, o incluso después, porque no estaba pendiente del paso de las horas, cuando un sollozo, leve, dulce, pero perfectamente claro, me sacó de mis ensueños. *Sentí* que procedía del lecho de ébano, del lecho mortuorio. Escuché dominado por un terror supersticioso, pero el sonido no se repitió. Me esforcé por captar el menor movimiento del cuerpo, pero no advertí ni el más insignificante. Y sin embargo no podía haberme engañado. *Había* oído el ruido, aunque hubiese sido muy débil, y me desperté por completo. Con resolución y perseverancia mantuve los ojos fijos en el cuerpo. Pasaron muchos minutos antes de que sucediera algo que ayudara a esclarecer aquel misterio. Finalmente se hizo evidente que una leve sombra de color, muy débil, apenas perceptible, se había extendido por las mejillas de Rowena y también por las diminutas venas de los hundidos párpados. Dominado por un horror y asombro indecibles, para los que el lenguaje de los mortales carece de expresión adecuada, sentí que mi corazón dejaba de latir y que una completa rigidez dominaba mis extremidades. A la larga, sin embargo, el sentimiento del deber logró que recuperase el dominio de mí mismo. Era preciso reconocer que nos habíamos precipitado en nuestros preparativos: Rowena seguía con vida. Había que tomar medidas inmediatamente; sin embargo el torreón quedaba totalmente aislado de la parte de la abadía ocupada por la servidumbre —no había nadie al alcance de la voz—, y yo no disponía de medios para solicitar su ayuda excepto ausentarme del aposento durante muchos minutos, cosa que no me atrevía a hacer. De manera que me esforcé a solas por devolver el espíritu todavía presente al mundo de los vivos. Al cabo de unos instantes quedó claro, sin embargo, que se había producido una recaída; el color desapareció de mejillas y párpados, dejando una palidez más intensa incluso que la del mármol; los labios se arrugaron y encogieron en la horrorosa expresión de la muerte; una humedad y frialdad pegajosas y repulsivas se extendieron rápidamente por la superficie del cuerpo; y se produjo de inmediato la marcada rigidez habitual. Me dejé caer con un estremecimiento en la otomana que había abandonado con tanto sobresalto, y de nuevo me entregué a los apasionados ensueños que tenían como centro a Ligeia.

Transcurrió así una hora hasta que (¿podía ser posible?) por segunda vez llegó a mis oídos un sonido casi imperceptible, procedente de la zona del lecho. Escuché sobrecogido de horror. El sonido se repitió: era un suspiro. Abalanzándome sobre el cadáver, vi —con toda claridad— cómo temblaban sus labios. Un minuto después se abrieron, dejando al descubierto una brillante hilera de dientes nacarados. El asombro forcejeó entonces en mi pecho con el profundo temor que hasta entonces había

reinado allí solitario. Sentí que se me nublaba la visión, que mi razón desvariaba; sólo con un violento esfuerzo logré a la larga calmarme lo suficiente para emprender la tarea que el deber me señalaba una vez más. Volvía a haber algo de color en la frente y en las mejillas y garganta de Rowena; una perceptible tibieza se extendía por todo el cuerpo; incluso el corazón latía levemente. Mi esposa *vivía*, y con redoblado ardor me consagré de nuevo a la tarea de reanimarla. Froté y mojé sus sienes y sus manos y recurrí a todos los medios que la experiencia, y unas lecturas médicas nada despreciables, me sugirieron. Pero todo fue en vano. De repente el color desapareció, cesó el pulso, los labios recobraron el gesto de la muerte y, un instante después, el cuerpo entero recobró la helada frialdad, la intensa palidez, la prominencia ósea y todas las otras repugnantes peculiaridades de quien ha sido ya, durante muchos días, ocupante de la tumba.

Y de nuevo me abandoné a las visiones de Ligeia…, y otra vez (¿cómo maravillarse de que me estremezca al escribirlo?), *otra vez* llegó a mis oídos un leve sollozo procedente del lecho de ébano. Pero ¿por qué detallar minuciosamente los indecibles horrores de aquella noche? ¿Por qué detenerme a relatar cómo, una y otra vez, hasta cerca ya del momento del gris amanecer, se repitió aquel odioso drama de la reanimación; cómo cada terrorífica recaída desembocaba en una muerte siempre más definitiva y en apariencia más irrecuperable; cómo cada agonía presentaba todo el aspecto de una lucha contra algún enemigo invisible; y cómo cada contienda concluía con no sé qué extraño cambio en la apariencia del cadáver? Permítaseme apresurar el desenlace.

Había transcurrido ya la mayor parte de la terrible noche cuando, una vez más, la que había estado muerta se agitó de nuevo, y esta vez de manera más vigorosa que nunca, aunque resurgía de un estado de descomposición más llamativo que ninguno de las anteriores. Hacía tiempo que había renunciado a esforzarme o moverme, y permanecía rígidamente inmóvil en la otomana, presa indefensa de un torbellino de violentas emociones, de las que el extremo temor era quizá la menos terrible, la menos debilitante. El cadáver, repito, se agitó, y con mayor vigor que nunca. Los colores de la vida se extendieron con insólita energía por sus facciones, las extremidades se distendieron y, con la excepción de los párpados que aún seguían pesadamente unidos y de las vendas y ropajes de la tumba que aún imponían su carácter sepulcral a la figura, podría haber soñado que Rowena había sacudido por completo las cadenas de la Muerte. Pero aunque ni siquiera entonces aceptara por completo esa idea, tuve que prescindir por completo de mis dudas cuando, levantándose del lecho, tambaleante, con pasos inciertos, los ojos cerrados y el comportamiento de alguien desconcertado en medio de un sueño, la criatura amortajada avanzó audazmente hasta el centro de la cámara.

Yo no temblé ni me moví, porque una multitud de imposibles ideas, conectadas con el aire, con la estatura, con los gestos de la figura, al cruzar atropelladamente mi cerebro, me dejaron paralizado, me helaron, petrificándome. No me moví, pero

contemplé fijamente aquella aparición. Un desorden enloquecedor reinaba en mis pensamientos, un tumulto imposible de apaciguar. ¿Podía ser, efectivamente, Rowena quien tenía delante? ¿Cabía aceptar que fuese Rowena…, lady Rowena Trevanion de Tremaine, de cabellos de oro y ojos azules? ¿Por qué, *por qué* tendría que dudarlo? Las vendas ocultaban la boca…, luego ¿por qué no tendría que ser la boca de la señora de Tremaine cuando estaba llena de vida? Y las mejillas —donde brillaban de nuevo las rosas como en el mediodía de su vida—; sí, tenían que ser sin duda las delicadas mejillas de la señora de Tremaine en el esplendor de la juventud. Y la barbilla, con sus hoyuelos, tan llena de salud, ¿podía no ser la suya? Pero *¿acaso había crecido durante la enfermedad*? ¿Qué indecible locura no se apoderó de mí ante aquel pensamiento? ¡De un salto me coloqué a sus pies! Rehuyendo el contacto conmigo, libró su cabeza de la horrible mortaja que la aprisionaba y al aflojarla apareció, iluminada por la luz del aposento, una espesa cabellera, extraordinariamente larga y descuidada ¡*más oscura que las negras alas de los cuervos a medianoche*! Y en seguida la figura erguida ante mí abrió lentamente *los ojos*. «¡Ahora, por fin», grité, «no me equivoco, no puedo equivocarme, tengo ante mí los enormes ojos, los ojos negros, enigmáticos, de mi amor perdido, de mi dama, de lady Ligeia!»

Nathaniel Hawthorne

EL RETRATO DE EDWARD RANDOLPH

(Edward Randolph's Portrait, 1838)

Otra escuela americana de lo sobrenatural, caracterizada, según Lovecraft, por la «tradición de los valores morales, la moderación afable y la suave y pausada fantasía más o menos teñida de extravagancia», estuvo encabezada por Nathaniel Hawthorne (1804-1864), en quien «no encontramos la violencia, la osadía, el tremendo colorido, el intenso sentido dramático, la malignidad cósmica y el arte impersonal e indiviso de Poe».

Descendiente de una familia de alcurnia de Salem, que contó entre sus miembros con uno de los jueces más sanguinarios de la tristemente célebre caza de brujas, la rígida educación materna que tuvo que soportar como consecuencia de la temprana muerte de su padre, y un accidente que le obligó a guardar reposo, tal vez expliquen su carácter retraído y melancólico y su acusada insociabilidad. A su vuelta de la universidad, donde fue condiscípulo de Longfellow y de Franklin Pierce (futuro presidente de la nación), Hawthorne se recluyó en su ciudad natal donde comenzó a escribir en los ratos libres que le permitían sus diversos cargos burocráticos (desde aduanero hasta cónsul en Liverpool, designado personalmente por Pierce tras su triunfo electoral). El fracaso de su primera novela «Fanshawe», de temática gótica, y de su colección de «Cuentos dos veces contados» no le desanimó. A la vez que se interesaba por el «trascendentalismo», descubierto a través de Emerson, su pluma no conoció el descanso: aumentó en dos ocasiones su mencionada serie de cuentos y publicó nuevas colecciones («Mosses from an Old Mause» o «The Snow Image and Other Thrice-Told Tales») así como sendas novelas («La letra escarlata» y «La casa de las siete buhardillas») que le proporcionaron gran notoriedad.

Si Poe mostró su preferencia por los cuentos de Hawthorne («pertenecen a la más elevada esfera del arte»), para Lovecraft lo más acabado y artístico de todo el material sobrenatural de este autor es la famosa y exquisitamente elaborada novela «La casa de las siete buhardillas», aunque reconoce que muchos de sus relatos breves «denotan un notable grado de preternaturalidad en la atmósfera o en los incidentes». Entre todos ellos cabe destacar «El retrato de Edward Randolph», que, aparte de los «momentos diabólicos» a que hace alusión H.P.L., presenta todos los rasgos distintivos de su depurado estilo: su ambigüedad poética que le entronca con la modernidad, su rico lenguaje simbólico propicio a la alegoría, su ritmo morosamente explicativo, su prolijidad y colorismo en la descripción de ambientes, su dramatismo un poco ingenuo y conmovedor y sus puritanas preocupaciones moralizantes, fiel reflejo de un espíritu atormentado en el que todavía resuenan los

ecos de las leyendas y tradiciones de Nueva Inglaterra sobre aquelarres, exorcismos, pactos con el diablo o brujas quemadas en la hoguera.

EL RETRATO DE EDWARD RANDOLPH[13]

EL anciano y legendario huésped de la antigua casa del Gobierno Provincial permaneció en mi memoria desde mitad del verano hasta enero. En una noche ociosa del invierno pasado, seguro de encontrarle en el rincón más acogedor del bar, decidí hacerle otra visita, con la esperanza de que serviría bien a mi país si arrancaba del olvido algún hecho histórico hasta entonces desconocido. La noche era fría y húmeda, además de contar con la violencia de un viento que casi alcanzaba las proporciones de galerna y que soplaba a lo largo de la calle Washington logrando que las luces de gas llamearan y parpadearan dentro de las lámparas. Mientras apresuraba el paso, ocupé la imaginación comparando el aspecto actual de la calle con el que probablemente presentaba cuando los gobernadores británicos se hospedaban en la mansión a la que ahora me dirigía. En aquellos tiempos eran pocos los edificios de ladrillo, hasta que una sucesión de fuegos destructores barrió por dos veces las casas y almacenes de madera de los barrios más poblados de la ciudad. Por entonces los edificios se alzaban aislados e independientes y no, como ahora, mezclando sus recintos en hileras conectadas entre sí, con unas fachadas aburridamente idénticas, por lo que cada casa poseía sus propias facciones, como si les hubiera dado forma el gusto personal del propietario, y el conjunto ofrecía una pintoresca irregularidad, cuya ausencia apenas se ve compensada por la belleza que pueda ofrecernos nuestra arquitectura moderna. Semejante escena, débilmente iluminada por los rayos, aquí y allá, de una vela de sebo, vislumbrados a través de desperdigadas ventanas de reducidas dimensiones, produciría un marcado contraste con la calle tal como ahora la contemplaba, con las luces de gas iluminando brillantemente toda su extensión de esquina a esquina, encendidas también dentro de las tiendas y arrojando su claridad de mediodía a través de enormes cristaleras.

Pero el cielo, negro y bajo, presentaba sin duda, cuando alcé los ojos hacia él, el mismo rostro que cuando fruncía el entrecejo sobre los habitantes de la Nueva Inglaterra anterior a la Revolución. Las ráfagas invernales lanzaban los mismos aullidos que resultaban familiares a sus oídos, y la Vieja Iglesia del Sur aún apuntaba con su antiguo chapitel hacia la oscuridad, perdido entre la tierra y el cielo; y al pasar yo, su reloj, que había advertido a tantas generaciones sobre la brevedad de la vida, me ofreció lenta y pesadamente las mismas consideraciones morales que nadie tenía en cuenta. «No son más que las siete», pensé. «Las leyendas de mi viejo amigo apenas bastarán para matar el tiempo hasta la hora de acostarse.»

Después de atravesar el estrecho arco, crucé el patio, cuyas reducidas dimensiones ponía de manifiesto la luz de una linterna situada sobre el pórtico del antiguo Gobierno Provincial. Al entrar en el bar encontré, como esperaba, al anciano traficante de tradiciones sentado junto a un excelente fuego de antracita mientras

lanzaba nubes de humo procedentes de un grueso cigarro puro. Me reconoció con evidente placer, dado que mi calidad —poco frecuente— de oyente repleto de paciencia me convierte sin remedio en el favorito de todas las ancianas señoras y caballeros con propensiones narrativas. Después de acercar una silla al fuego, pedí al hostelero que nos sirviera a ambos un ponche de whisky, que nos fue rápidamente preparado, muy caliente y humeante, con una rodaja de limón en el fondo del vaso, una capa de oporto de color rojo oscuro en la superficie y todo ello rociado de nuez moscada. Mientras entrechocábamos nuestros vasos en un brindis, mi legendario amigo se me presentó como el señor Bela Tiffany; y yo me alegré de la rareza de aquel nombre, porque añadía una especie de singularidad a su imagen y personalidad. La bebida sirvió para que al anciano caballero se le desatara la memoria, lo que produjo una enorme cantidad de cuentos, tradiciones, anécdotas de difuntos famosos y rasgos de antiguas costumbres, algunas tan infantiles como una nana, mientras otras, en cambio, podrían haber interesado al más exigente de los historiadores. Nada me impresionó tanto como la narración de lo sucedido con un misterioso cuadro ennegrecido por el tiempo que colgaba en uno de los aposentos del Gobierno Provincial, exactamente encima de donde estábamos entonces sentados. Lo que sigue es una versión de los hechos que no desmerece de las que el lector pueda obtener de cualquier otra fuente, aunque, ciertamente, tiene un matiz novelesco que ronda casi lo fantástico.

En uno de los salones del Gobierno Provincial se conservaba desde tiempo atrás un cuadro antiguo, con un marco tan negro como el ébano, y el lienzo mismo tan oscurecido por los años, la humedad y el humo, que no se discernía ni una sola pincelada del trabajo del pintor. El tiempo había arrojado sobre él un velo impenetrable, dejando a la tradición, la fábula y la conjetura la tarea de explicar lo que allí había estado representado en otro tiempo. Durante el mandato de muchos sucesivos gobernadores había permanecido colgado, por derecho establecido e incontestable, sobre la repisa de la chimenea de una determinada habitación; y aún conservaba ese sitio cuando el vicegobernador Hutchinson se hizo cargo de la administración de la Provincia al marcharse sir Francis Bernard.

Una tarde el vicegobernador tenía recostada la cabeza contra el tallado respaldo de su majestuoso sillón mientras examinaba pensativamente la negra vaciedad del cuadro. No era desde luego momento para semejante inactiva contemplación, dado que asuntos de la máxima importancia requerían que la suprema autoridad de la provincia tomara una decisión: menos de una hora antes Hutchinson había sido informado de la llegada de una flota británica que transportaba tres regimientos enviados desde Halifax para evitar la insubordinación del pueblo. Esas tropas esperaban su autorización para ocupar la fortaleza de Castle William y la ciudad misma. Sin embargo, en lugar de estampar su firma en la orden oficial, el vicegobernador examinaba con tanta meticulosidad la negrura del lienzo que su actitud llamó la atención de los dos jóvenes que lo acompañaban. Uno, vestido con

uniforme militar de cuero de búfalo, era su pariente Francis Lincoln, el comandante de Castle William; la otra, sentada en un taburete bajo junto a su sillón, era Alice Vane, su sobrina favorita.

La muchacha, completamente vestida de blanco, era una criatura pálida y etérea que, aun natural de Nueva Inglaterra, se había educado en el extranjero, y no sólo parecía una forastera procedente de otro clima, sino casi un ser venido de otro mundo. Durante varios años, hasta quedarse huérfana, había vivido con su padre en Italia, y había adquirido allí un gusto y hasta un entusiasmo por la escultura y la pintura que ahora pocas veces tenía la oportunidad de satisfacer en las moradas casi desprovistas de decoración de la alta burguesía colonial. Se decía que las tempranas producciones de su lápiz ponían de manifiesto un talento nada despreciable, aunque, quizá, el ambiente poco propicio de Nueva Inglaterra había agarrotado su mano y apagado los brillantes colores de su fantasía. Pero al observar la fijeza de la mirada de su tío, que parecía querer atravesar la bruma de los años en busca del asunto del cuadro, sintió que se despertaba su curiosidad.

—¿Acaso se sabe, querido tío —preguntó—, qué representaba en otro tiempo ese viejo cuadro? Tal vez, si se le hiciera de nuevo visible, resultaría ser la obra maestra de algún gran artista, porque, si no es así, ¿por qué ocupa desde hace tanto tiempo lugar tan destacado?

Como su tío, contrariamente a su costumbre habitual (porque estaba siempre tan atento a los cambios de humor y a los caprichos de Alice como si fuese su hija más amada), no respondió de inmediato, el joven capitán de Castle William tomó sobre sus hombros esa tarea.

—Ese viejo y oscuro rectángulo de lienzo, mi bella prima —dijo—, ha sido una joya familiar del Gobierno Provincial desde hace muchos años. Sobre el pintor nada puedo decirte; pero si la mitad de las historias que se cuentan sobre el cuadro son verdad, ninguno de los grandes maestros italianos pintó jamás una obra tan maravillosa como la que tienes delante.

El capitán Lincoln procedió acto seguido a relatar algunas de las extrañas fábulas y fantasías en relación con aquel viejo cuadro que, dada la imposibilidad de refutarlas ocularmente, se habían convertido en artículos de fe popular. Una de las más extravagantes, y al mismo tiempo de las más acreditadas, afirmaba tratarse de un retrato auténtico y directo del Maligno, realizado en un aquelarre cerca de Salem; y que su marcado y terrible parecido había sido confirmado durante el juicio público, celebrado en aquella ciudad, por varios de los magos y brujas confesos y convictos. Se afirmaba igualmente que un espíritu, o demonio, familiar residía tras de la negrura del cuadro y se había manifestado, en ocasiones de pública calamidad, a más de uno de los gobernadores designados por el rey de Inglaterra. Shirley, por ejemplo, habría presenciado tan ominosa aparición en la víspera de la vergonzosa y sangrienta derrota al general Abercrombie bajo los muros de Ticonderoga. Muchos de los criados del Gobierno Provincial habían tenido vislumbres de un rostro que los contemplaba

amenazados desde lo alto de la pared muy de mañana, o al anochecer, o a altas horas de la noche, mientras atizaban el fuego que brillaba con luz tenue en el hogar de la chimenea; si bien, cuando alguien había tenido la audacia de iluminar el cuadro con una tea, volvía a mostrarse tan oscuro e indistinguible como siempre. El bostoniano de más edad recordaba todavía que su padre, en cuya época el cuadro no estaba aún perdido por completo, lo había contemplado una vez pero nunca quiso responder a las preguntas sobre cuál era el rostro allí representado. En relación con todas esas historias resultaba notable que en la parte superior del marco quedaran algunos fragmentos de seda negra, indicando que antiguamente un velo ocultó el lienzo antes de que la oscuridad del tiempo lograra esconderlo de manera aún más eficaz. Pero, a fin de cuentas, lo más singular de todo el asunto era que un elevado número de pomposos gobernadores de Massachusetts hubieran permitido que el oscurecido cuadro permaneciera en el salón de gala del Gobierno Provincial.

—Algunas de esas fábulas son realmente horribles —observó Alice Vane, que en unas ocasiones se había estremecido, y sonreído en otras, mientras hablaba su primo —. Casi merecería la pena retirar la superficie negra que lo cubre, dado que el verdadero cuadro difícilmente será tan formidable como los que pinta la imaginación en lugar suyo.

—Pero ¿sería posible —preguntó su primo— devolver a este cuadro tan oscuro sus antiguos colores?

—Esas técnicas se conocen en Italia —dijo Alice.

El vicegobernador había salido de su abstracción y escuchaba con una sonrisa la conversación entre sus dos jóvenes parientes. Sin embargo apareció un algo peculiar en su tono de voz cuando se decidió a explicar el misterio.

—Lamento mucho, Alice, destruir tu fe en esas leyendas que tanto te gustan —señaló—; pero mis investigaciones de anticuario me permitieron conocer hace tiempo el asunto de ese cuadro, si es que se le puede llamar así, y que ya no es más visible, ni lo será nunca, que el rostro del hombre que representó en otro tiempo y que lleva muchos años enterrado. Ese lienzo era el retrato de Edward Randolph, el fundador de esta mansión, persona famosa en la historia de Nueva Inglaterra.

—¿De aquel Edward Randolph —exclamó el capitán Lincoln— que obtuvo la abrogación de la primera carta provincial, con la que nuestros antepasados disfrutaban de privilegios casi democráticos? ¿De quién se considera archienemigo de Nueva Inglaterra y cuya memoria aún despierta odios por haber sido el destructor de nuestras libertades?

—Ese mismo Randolph —respondió Hutchinson, removiéndose incómodo en el asiento— a quien el destino hizo paladear la amargura del odio popular.

—En nuestros anales se recoge —prosiguió el capitán de Castle William— que la maldición del pueblo le siguió por dondequiera que fue y logró que el mal estuviera presente en todos los ulteriores acontecimientos de su vida, reflejándose incluso en las circunstancias de su muerte. Dicen también que el sufrimiento interior provocado

por aquella maldición fue abriéndose camino hacia el exterior y llegó a hacerse visible en el semblante de aquel desgraciado, por lo que resultaba un espectáculo horrible para quienes lo miraban. Si es así, y si ese cuadro representaba realmente su aspecto, fue una bendición que llegara a ocultarlo una nube de negrura.

—Esas tradiciones carecen de fundamento para alguien que ha probado, como es mi caso, cuán poca verdad histórica subyace en su fondo —dijo el vicegobernador—. Por lo que se refiere a la vida y personalidad de Edward Randolph, se ha dado excesivo valor al doctor Cotton Mather, que (he de decirlo aunque parte de su sangre corra por mis venas) llenó nuestra primera historia de cuentos de viejas, tan fantásticos y extravagantes como los de Grecia o Roma.

—Y sin embargo —susurró Alice Vane—, ¿acaso no es posible que esas fábulas contengan una enseñanza moral? Y si el semblante de ese cuadro es tan espantoso, debe de haber, pienso yo, alguna razón para su larga permanencia en un salón del Gobierno Provincial. Cuando los gobernantes se olvidan de sus responsabilidades, no está de más que se les recuerde el terrible peso de la maldición de un pueblo.

El vicegobernador miró fijamente a su sobrina unos momentos, como si sus juveniles fantasías hubieran despertado en su propio pecho algún sentimiento que todos sus principios y su filosofía política no pudieran controlar por completo. Sabía, efectivamente, que Alice, a pesar de haberse educado en el extranjero, conservaba los afectos naturales de una muchacha de Nueva Inglaterra.

—Un poco de calma, chiquilla impetuosa —exclamó finalmente Hutchinson, con tono más brusco del que utilizaba nunca para dirigirse a la amable Alice—. Los reproches de un rey son más temibles que el clamor de una multitud enfurecida y mal aconsejada. Capitán Lincoln, está decidido. Las tropas regias ocuparán la fortaleza de Castle William. Los dos regimientos restantes se alojarán en la ciudad o acamparán en terrenos comunales. Ha llegado la hora, después de años de tumultos y casi de rebelión, de que el Gobierno de su Majestad cuente con un muro de fortaleza a su alrededor.

—Confíe usted, señor…, confíe aún por algún tiempo en la lealtad del pueblo —dijo el capitán Lincoln—; no les enseñe que pueden llegar a mantener con los soldados británicos otro lazos que los de la hermandad, como cuando lucharon codo con codo en la guerra contra los franceses. No convierta las calles de su ciudad natal en un campamento. Piénselo dos veces antes de entregar la vieja fortaleza, la llave de la provincia, a otros defensores que los verdaderos hijos de Nueva Inglaterra.

—Amigo mío, está decidido —repitió Hutchinson, levantándose de su asiento—. Esta noche estará con nosotros un oficial británico para recibir las necesarias instrucciones acerca de la distribución de las tropas. También será necesaria tu presencia. Id con Dios hasta entonces.

Con esas palabras el vicegobernador abandonó precipitadamente el aposento, mientras Alice y su primo le seguían más despacio, cuchicheando entre sí y deteniéndose en una ocasión para volver a contemplar el misterioso cuadro. El

capitán de Castle William pensaba que el semblante y el porte de la muchacha podrían haber pertenecido a uno de esos espíritus fabulosos —hadas o criaturas de una mitología aún más antigua— que en ocasiones se inmiscuyen en los asuntos de los mortales, en parte por capricho, pero también sensibles a su bienestar y sufrimiento. Mientras el capitán sostenía la puerta para que pasara, Alice hizo un gesto en dirección al cuadro y sonrió.

—¡Manifiéstate, Forma oscura y maligna! —exclamó—. ¡Ha llegado tu hora!

Por la noche el vicegobernador Hutchinson se hallaba en el mismo salón donde había tenido lugar la escena anterior, rodeado de varias personas congregadas en razón de sus diferentes intereses. Allí se encontraban los concejales de Boston, sencillos y patriarcales padres de la patria, excelentes representantes de los antiguos fundadores puritanos, cuya severa fortaleza había dejado una marca tan profunda en el carácter de Nueva Inglaterra. En contraste con ellos se advertía la presencia de dos miembros del Consejo Real, lujosamente vestidos con sus pelucas blancas, chalecos bordados y otras magnificencias de la época, y haciendo un despliegue hasta cierto punto ostentoso del ceremonial característico de la corte. También se hallaba presente un comandante del ejército británico, en espera de las órdenes del vicegobernador para el desembarco de las tropas, que aún seguían a bordo de los buques de transporte. El capitán de Castle William se encontraba junto al sillón de Hutchinson con los brazos cruzados, mirando con gesto más bien altivo al oficial británico que pronto iba a sustituirle en el mando. Sobre una mesa, en el centro del salón, se había colocado un candelabro de varios brazos que arrojaba el resplandor de media docena de velas de cera sobre un documento preparado al parecer para la firma del vicegobernador.

Envuelta en parte en los voluminosos pliegues de una de las cortinas de las ventanas, que llegaban desde el techo hasta el suelo, se veía la tela blanca de un vestido de mujer. Quizá parezca extraño que Alice Vane se encontrara allí en aquel momento, pero había algo tan infantil, tan caprichoso en su singular carácter, tan ajeno a las reglas ordinarias, que su presencia no sorprendió a los pocos que repararon en ella. Mientras tanto el representante de los concejales estaba dirigiendo al vicegobernador una larga y solemne protesta contra la recepción de las tropas británicas en la ciudad.

—Y si Su Señoría —concluyó aquel anciano excelente aunque un tanto monótono — considera oportuno persistir en la idea de traer a las tranquilas calles de nuestra ciudad a esos espadachines y mosqueteros mercenarios, que no caiga sobre nuestras cabezas la responsabilidad. Piense, Excelencia, mientras aún hay tiempo, que si se derrama una gota de sangre, esa sangre será una mancha eterna sobre la memoria de Su Señoría. Su Excelencia ha escrito, con docta pluma, sobre las hazañas de nuestros antepasados, lo cual hace aún más deseable que se le mencione honrosamente, como verdadero patriota y gobernante justo, cuando sus acciones se escriban en la historia.

—No soy insensible, mi buen amigo, al natural deseo de que en los anales de mi

país se me valore positivamente —replicó Hutchinson, transformando su impaciencia en cortesía—, ni conozco otro método más adecuado de alcanzar esa meta que rechazar el pasajero espíritu de discordia que, le ruego me perdone, parece haberse apoderado de hombres de más edad que yo. ¿Quieren ustedes que espere a que la plebe saquee el Gobierno Provincial, como hicieron con mi mansión particular? Créame, señor, quizá llegue el momento en que se alegre usted de recurrir a la protección de ese estandarte del Rey que ahora le resulta tan desagradable tener que izar.

—Así es —dijo el comandante británico, que esperaba impaciente las órdenes del vicegobernador—. Los demagogos de esta provincia han despertado al diablo y ahora no son capaces de calmarlo. Pero nosotros lo exorcizaremos, en nombre de Dios y del Rey.

—¡Si tiene usted tratos con el diablo, preste atención a sus garras! —respondió el capitán de Castle William, irritado por la pulla contra sus compatriotas.

—No permita, se lo ruego, mi joven amigo —dijo el venerable concejal—, que domine sus palabras un espíritu maligno. Lucharemos contra el opresor mediante la oración y el ayuno, como habrían hecho nuestros antepasados. Y también, como ellos, aceptaremos la suerte que una sabia Providencia pueda enviarnos…, siempre después de hacer por nuestra parte todos los esfuerzos posibles para rectificarla.

—¡Y ahí vuelven a asomar las garras del diablo! —murmuró Hutchinson, que entendía bien la naturaleza de la sumisión puritana—. Vamos a despachar esta cuestión en el acto. Cuando haya un centinela en cada esquina, y un piquete de guardia delante del ayuntamiento, los caballeros leales a la Corona podrán aventurarse a salir a la calle. ¿Qué me importan las protestas del populacho en esta remota provincia del reino? ¡El Rey es mi señor e Inglaterra mi país! ¡Sostenido por su brazo armado, me mantendré firme ante la chusma, desafiándola!

Hutchinson tomó la pluma y estaba ya a punto de estampar su firma en el documento colocado sobre la mesa cuando el capitán de Castle William le puso una mano en el hombro. La libertad de aquel gesto, tan contrario al respeto ceremonioso que se consideraba por entonces debido al rango y a la autoridad, despertó la sorpresa general y de nadie más que del mismo vicegobernador. Al alzar la vista enojado, advirtió que su joven pariente señalaba con la mano la pared opuesta. Los ojos de Hutchinson siguieron la dirección indicada; y vio lo que hasta entonces le había pasado inadvertido: un velo de seda negra suspendido delante del misterioso cuadro, de manera que lo ocultaba por completo. Sus pensamientos volvieron de inmediato a la escena de la tarde anterior; y, sorprendido, desconcertado por emociones confusas, pero advirtiendo que su sobrina no podía ser del todo ajena a aquel fenómeno, la llamó, alzando mucho la voz.

—¡Alice! ¡Ven aquí, Alice!

Nada más pronunciadas esas palabras, Alice Vane salió como deslizándose del lugar que ocupaba y, tapándose los ojos con una mano, apartó con la otra el velo

negro que ocultaba el retrato. Todos los presentes dejaron escapar una exclamación de sorpresa, que en la voz del vicegobernador se mezcló con un sentimiento de horror.

—¡Cielo santo —dijo, con un murmullo interior apenas audible, más dirigido a sí mismo que a quienes le rodeaban—, si el espíritu de Edward Randolph apareciera entre nosotros desde el lugar del tormento, su rostro no podría reflejar mejor los horrores del infierno!

—Por alguna razón sin duda acertada —dijo el anciano concejal con tono solemne—, la Divina Providencia ha disipado el velo de los años que durante tanto tiempo ocultó esa terrible efigie. ¡Ningún ser vivo había visto hasta hoy lo que ahora contemplamos!

Dentro del antiguo marco, que tan poco antes encerraba aún un negro desierto de lienzo, aparecía ahora un cuadro visible, todavía oscuro, es cierto, en sus tonalidades y sombras, pero provisto de notable relieve. Se trataba del busto de un caballero con un traje lujoso, pero muy pasado de moda, de terciopelo bordado, con ancha gorguera y barba, y tocado con un sombrero cuya ala le oscurecía la frente. Por debajo de aquella sombra los ojos tenían un brillo peculiar que casi los dotaba de vida. Todo el retrato se destacaba del fondo con tanta claridad que parecía una persona contemplando desde la pared a los asombrados y atemorizados espectadores. La expresión del rostro, si es posible describirla con palabras, era la de un miserable sorprendido en algún odioso delito y expuesto al odio implacable y a las risas y al mordaz desprecio de una multitud que lo rodeara. Estaba presente la voluntad de desafío, vencida y aplastada por el peso insoportable de la ignominia. Los sufrimientos del alma habían aflorado en la expresión. Parecía como si el cuadro, mientras permanecía oculto bajo un velo de inacabables años, hubiera seguido adquiriendo una mayor profundidad y dramatismo en la expresión y que, ahora, al mostrarse de nuevo, arrojase sus malignos presagios sobre la hora presente. Si cabe dar crédito a la extravagante leyenda, tal era el retrato de Edward Randolph una vez que la maldición de un pueblo causó estragos en su persona.

—¡Ese horrible rostro…, me volvería loco! —dijo Hutchinson, que parecía fascinado por la contemplación del cuadro.

—¡Date entonces por advertido! —susurró Alice—. Randolph pisoteó los derechos de un pueblo. ¡Contempla su castigo y evita un delito como el suyo!

El vicegobernador llegó a temblar un instante, pero recurriendo a su energía —que no era, sin embargo, su rasgo más destacado— luchó para superar la fascinación que le producía la expresión de Randolph.

—¿Has traído aquí tu arte pictórico —exclamó, riendo amargamente mientras se volvía hacia Alice—, tu espíritu italiano de intriga, tus trucos escenográficos, con la esperanza de influir en los consejos de gobernantes y en los asuntos de las naciones con semejantes artificios? ¡Mira bien lo que hago!

—Deténgase un momento —intervino el concejal mientras Hutchinson empuñaba

de nuevo la pluma—: ¡porque si jamás mortal alguno recibió una advertencia de un alma atormentada, Su Señoría es ese hombre!

—¡Atrás! —respondió Hutchinson con gran violencia—. Aunque ese absurdo cuadro exclamara «¡No lo hagas!», no lograría conmoverme.

Lanzando una mueca de desafío al rostro representado (que dio la impresión, en aquel momento, de intensificar el horror de su mirada, tan llena de maldad y sufrimiento), el vicegobernador garrapateó sobre el papel, con rasgos tales qué denunciaban aquella iniciativa como un acto de desesperación, el nombre de Thomas Hutchinson. Acto seguido, según cuentan, se estremeció, como si con aquella firma hubiera renunciado a su salvación.

—Ya está hecho —dijo, llevándose una mano a la frente.

—Que el Cielo perdone esta acción —dijo Alice Vane con un suave acento de tristeza, semejante a la voz de un espíritu benéfico que se alejara revoloteando.

Al llegar la mañana corría por la casa como un susurro ahogado, que sin embargo se extendió después por la ciudad, la historia de que el misterioso cuadro había salido de la pared para hablar cara a cara con el vicegobernador Hutchinson. Pero si semejante milagro se había producido, no había dejado tras sí la menor traza, porque dentro del antiguo marco era imposible discernir nada salvo el impenetrable velo que había cubierto el lienzo desde tiempo inmemorial. Si era cierto que la figura había dado un paso al frente; al romper el día había vuelto a desaparecer, como un fantasma, escondiéndose tras la oscuridad de un siglo. Probablemente la verdad era que la ciencia secreta de Alice para restaurar los colores del cuadro había conseguido tan sólo un rejuvenecimiento pasajero. Pero quienes, durante aquel breve intervalo, contemplaron el espantoso rostro de Edward Randolph, no desearon disponer de una segunda oportunidad, e incluso más adelante temblaban al recordar la escena, como si de hecho un espíritu maligno hubiese aparecido visiblemente entre ellos. En cuanto a Hutchinson, cuando, del otro lado del océano, se acercaba la hora de su muerte, jadeó falto de aliento, quejándose de que le asfixiaba la sangre de la matanza de Boston; y Francis Lincoln, el antiguo capitán de Castle William, que se hallaba junto a su lecho, advirtió en su mirada enloquecida un parecido con la de Edward Randolph. ¿Acaso su alma atormentada sintió, en aquella hora temible, el peso tremendo de la maldición de un pueblo?

Al término de aquella milagrosa leyenda pregunté a mi acompañante si el cuadro aún seguía colgado en el aposento situado sobre nuestras cabezas; pero el señor Tiffany me informó de que había sido retirado hacía ya largo tiempo y que se le suponía escondido en algún rincón a trasmano del museo de Nueva Inglaterra. Tal vez algún curioso anticuario llegue a tropezarse allí con él y, gracias a la ayuda del señor Howorth, experto en limpieza de cuadros, pueda aportar una prueba no innecesaria sobre la autenticidad de los hechos aquí recogidos. Mientras el señor Tiffany me narraba esta historia, en el exterior fue formándose una tormenta que, al desatarse con sonora violencia sobre las regiones superiores del antiguo Gobierno

Provincial, dio la impresión de que, en los pisos altos, todos los viejos gobernadores y próceres ilustres se habían desmandado mientras el señor Bela Tiffany parloteaba debajo acerca de ellos. Con el paso de las generaciones, cuando muchas personas han vivido y muerto en una casa antigua, el silbar del viento en las grietas y los chasquidos de sus vigas y paredes se asemejan extrañamente a los tonos de la voz humana, o a carcajadas estruendosas, o al ruido de pasos muy recios atravesando cámaras desiertas. Es como si revivieran los ecos de medio siglo. Tales eran los fantasmales *sonidos* que rugían y murmuraban en nuestros oídos cuando me despedí de quienes componían el círculo en torno al hogar del antiguo Gobierno Provincial y, lanzándome escaleras abajo, me abrí camino hacia casa luchando con una tormenta de nieve arrastrada por el viento.

Fitz-James O'Brien

¿QUÉ FUE ESO?

(What was it?, 1859)

Uno de los primeros y casi desconocidos discípulos de Poe, cuya prometedora obra inicial quedó truncada a causa de su prematura muerte, fue el irlandés nacionalizado norteamericano Michael Fitz-James DeCourcy O'Brien (1828-1862). De gustos refinados y costumbres bohemias, el llamado «Poe celta» dilapidó en un par de años la herencia de sus antepasados y tuvo que emigrar a Estados Unidos en 1851 a probar fortuna, instalándose en Nueva York, donde pronto vivió de su pluma escribiendo de todo: poemas, críticas, obras teatrales, y sobre todo artículos y cuentos, que se publicaron con gran éxito en las mejores revistas de la época (en 1858 apareció en la «Atlantic Magazine» su primer relato de importancia, «The Diamond Lens», notable antecedente de la ciencia-ficción), proporcionándole una celebridad pareja a la de Poe o Hawthorne.

Su espíritu inquieto y aventurero le llevó a alistarse en el ejército de la Unión durante la guerra de secesión americana, alcanzando el grado de capitán en un brillante aunque efímero historial que culminó súbitamente en Cumberland (Virginia), donde falleció en abril de 1862 a consecuencia de un tratamiento médico inadecuado a las graves heridas padecidas en la batalla de Bloomery Gap. Su muerte —como apunta Lovecraft— «nos ha privado sin duda de algunos relatos magistrales de terror, aunque su genio no posee, propiamente, esa titánica calidad que caracteriza a Poe o a Hawthorne».

Su celebérrimo «¿Qué fue eso?» constituye «el primer relato bien pergeñado sobre un ser tangible pero invisible» y fue el prototipo de obras tan memorables como «El Horla» de Maupassant, «El maldito engendro» de Bierce o «El hombre invisible» de Wells. El mismo Lovecraft lo debió de tener muy en cuenta cuando le revisó y reescribió a Sonia Green su cuento «Horror at Martin's Beach» que finalmente publicaría «Weird Tales» a finales de 1923 firmado por su mujer y retitulado «El monstruo invisible».

¿QUÉ FUE ESO?[14]

SIENTO grandes escrúpulos, lo confieso, al abordar la extraña narración que estoy a punto de relatar. Los acontecimientos que me propongo detallar son de una índole tan singular que estoy completamente seguro de suscitar desacostumbradas dosis de incredulidad y desprecio. Las acepto de antemano. Confío en tener el suficiente valor literario para afrontar el escepticismo. Tras madura reflexión, he decidido narrar, de la manera más sencilla y sincera que me sea posible, ciertos hechos misteriosos que pude observar el pasado mes de julio, y que no tienen precedentes en los anales de la física.

Vivo en Nueva York, en el número… de la calle Veintiséis. En cierto modo es una casa un tanto singular. Ha gozado en los dos últimos años de la fama de estar habitada por espíritus. Se trata de un enorme e impresionante edificio, rodeado de lo que antaño fuera jardín, pero que ahora no es más que un espacio verde destinado a tender al sol la colada. La seca taza de lo que fue una fuente, y unos pocos frutales descuidados y sin podar, denotan que el lugar fue en otros tiempos un agradable y sombreado refugio, lleno de flores y frutos y del suave murmullo de las aguas.

La casa es muy amplia. Un vestíbulo de majestuosas proporciones conduce a una amplia escalera de caracol, y las demás habitaciones son, igualmente, de impresionantes dimensiones. Fue construida hace unos quince o veinte años por el Sr. A., conocido hombre de negocios de Nueva York, que cinco años atrás sembró el pánico en el mundo de las finanzas a causa de un formidable fraude bancario. Como todos saben, el Sr. A. escapó a Europa y poco después murió de un ataque al corazón. Tan pronto como la noticia de su fallecimiento llegó a este país y fue debidamente verificada, corrió el rumor por la calle Veintiséis de que la casa número… estaba encantada.

La viuda del anterior propietario fue legalmente desposeída de la propiedad, la cual desde entonces fue únicamente habitada por un guarda y su mujer, puestos allí por el agente inmobiliario a cuyas manos había pasado para su alquiler o venta. El matrimonio declaró sentirse perturbado por ruidos sobrenaturales. Las puertas se abrían solas. El escaso mobiliario disperso aún en las diferentes habitaciones era apilado durante la noche por manos desconocidas. Pies invisibles subían y bajaban la escalera en pleno día, acompañados del crujir de vestidos de seda igualmente invisibles, y del deslizar de imperceptibles manos a lo largo de la imponente balaustrada. El guarda y su mujer afirmaron no querer vivir más tiempo en aquel lugar. El agente inmobiliario se rió, los despidió y puso a otros en su puesto. Los ruidos y las manifestaciones sobrenaturales continuaron. La historia se difundió por el vecindario, y la casa permaneció desocupada durante tres años. Varias personas trataron de alquilarla. Pero, de una forma u otra, antes de cerrar el trato se enteraban

de los desagradables rumores y rehusaban concluir la operación.

Así estaban las cosas cuando mi patrona, que en aquel tiempo dirigía una casa de huéspedes en Bleecker Street y deseaba trasladarse más al centro de la ciudad, concibió la audaz idea de alquilar el número… de la calle Veintiséis. Como quiera que sus huéspedes éramos personas más bien animosas y sensatas, nos expuso su plan, sin omitir lo que había oído acerca de las características fantasmagóricas del edificio adonde deseaba que nos trasladásemos. A excepción de dos personas timoratas —un capitán de barco y un diputado californiano, que nos notificaron de inmediato su marcha— los restantes huéspedes de la Sra. Moffat declaramos que la acompañaríamos en su caballeresca incursión en el reino de los espíritus.

La mudanza se llevó a cabo en el mes de mayo, y quedamos todos encantados con nuestra nueva residencia. La zona de la calle Veintiséis donde estaba situada nuestra casa, entre la Séptima y Octava Avenida, es uno de los lugares más agradables de Nueva York. Los jardines traseros de las casas, que casi descienden hasta el Hudson, forman en verano una verdadera avenida cubierta de vegetación. El aire es puro y estimulante, dado que llega directamente de las colinas de Weehawken a través del río. Incluso el descuidado jardín que rodea la casa, aunque en los días de colada muestre demasiados tendederos, ofrece no obstante un poco de césped que contemplar y un fresco refugio en las noches veraniegas donde fumarse un cigarro en la oscuridad observando los destellos de las luciérnagas entre la crecida hierba.

Por supuesto, nada más instalarnos en el número… de la calle Veintiséis empezamos a esperar la aparición de los fantasmas. Aguardábamos su llegada con auténtica impaciencia. Nuestras conversaciones en la mesa versaban sobre lo sobrenatural. Uno de los huéspedes, que había adquirido para su propio deleite *El lado oscuro de la naturaleza* de la Sra. Crowe[15], fue considerado enemigo público número uno del resto de la casa por no haber comprado veinte ejemplares más. El pobre llevó una vida tristísima mientras leía ese libro. Establecióse una red de espionaje en torno suyo. Si tenía la imprudencia de dejar el libro por un instante y abandonar su habitación, nos apoderábamos inmediatamente de él y lo leíamos en voz alta en lugares secretos ante un auditorio selecto. No tardé en convertirme en un personaje importante cuando se descubrió que estaba bastante versado en el campo de lo sobrenatural, y que en una ocasión había escrito un cuento cuyo protagonista era un fantasma. Si por casualidad crujía una mesa o un panel del zócalo de madera cuando estábamos reunidos en el amplio salón, inmediatamente hacíase el silencio, y todos esperábamos oír un rechinar de cadenas y ver una figura espectral.

Después de un mes de tensión psicológica, nos vimos obligados a admitir de mala gana que no había sucedido nada que pareciese ni remotamente fuera de lo normal. En cierta ocasión, el mayordomo negro aseveró que una noche su vela había sido apagada de un soplo por un ser invisible mientras se desnudaba. Pero como yo había descubierto más de una vez a este caballero de color en un estado en el que una vela debía parecerle doble, supuse que, habiéndose excedido aún más en sus libaciones,

podía haberse invertido el fenómeno y ahora no veía ninguna vela donde tenía que haber percibido una.

Así estaban las cosas cuando tuvo lugar un incidente tan espantoso e inexplicable que mi razón vacila con sólo recordarlo. Fue el diez de julio. Terminada la cena acudí al jardín con mi amigo el doctor Hammond para fumar mi acostumbrada pipa vespertina. Aparte de cierta afinidad intelectual entre el doctor y yo, nos unía el mismo vicio. Ambos fumábamos opio. Cada uno de nosotros conocía el secreto del otro y lo respetaba. Compartíamos esa maravillosa expansión del pensamiento, esa prodigiosa agudización de las facultades perceptivas, esa ilimitada sensación de existir que nos da la impresión de estar en íntimo contacto con el universo entero. En resumen, esa inimaginable dicha espiritual, que no cambiaría por un trono, pero que deseo, amable lector, que nunca jamás experimentes.

Aquellas horas de éxtasis proporcionado por el opio, que el doctor y yo pasábamos juntos en secreto, estaban reguladas con precisión científica. No fumábamos irreflexivamente aquella droga paradisíaca, abandonando nuestros sueños al azar, sino que dirigíamos con cuidado nuestra conversación por los más luminosos y tranquilos cauces del pensamiento. Hablábamos de Oriente, procurando imaginar la magia de sus deslumbrantes paisajes. Comentábamos a los poetas más sensuales, aquellos que describían una vida saludable, rebosante de pasión, dichosa de poseer juventud, fuerza y belleza. Si hablábamos de *La tempestad* de Shakespeare, nos concentrábamos en Ariel, evitando a Calibán. Al igual que los güebros[16], volvíamos nuestras miradas a Oriente, y sólo contemplábamos el aspecto risueño del universo.

El hábil colorido de nuestros pensamientos determinaba un tono adecuado a nuestras ulteriores visiones. Los esplendores de la mágica Arabia teñían nuestros sueños. Recorríamos esa angosta franja de verdor con paso majestuoso y porte real. El croar de la *rana arbórea* al aferrarse a la corteza del áspero ciruelo nos parecía música celestial. Casas, paredes y calles se desvanecían como nubes de verano, y paisajes de indescriptible belleza se extendían ante nosotros. Era aquélla una camaradería desbordante. Disfrutábamos más intensamente de aquellas inmensas delicias porque, aun en los momentos de mayor éxtasis, éramos conscientes de nuestra mutua presencia. Nuestros placeres, aunque individuales, eran sin embargo gemelos; vibraban y crecían en exacta armonía.

Durante la velada en cuestión, el diez de julio, el doctor y yo nos dejamos llevar por insólitas especulaciones metafísicas. Encendimos nuestras largas pipas de espuma de mar, repletas de exquisito tabaco turco, en medio del cual ardía una diminuta bola negra de opio que, como la nuez del cuento de hadas, encerraba en sus estrechos límites maravillas fuera del alcance de los reyes. Mientras conversábamos, paseamos de un lado para otro. Una extraña perversidad dominaba el curso de nuestros pensamientos. No solían fluir éstos por los luminosos cauces por los que tratábamos de encauzarlos. Por alguna inexplicable razón, se desviaban continuamente por oscuros y solitarios derroteros, donde las tinieblas habían sentado sus reales. En vano

nos lanzábamos a las costas de Oriente, según la vieja costumbre, y evocábamos sus alegres bazares, el esplendor de la época de Harún, los harenes y los palacios dorados. Negros *ifrits*[17] surgían incesantemente de las profundidades de nuestra plática, y crecían, como aquel que el pescador libró de la vasija de cobre[18], hasta oscurecer cuanto brillaba ante nuestros ojos. Insensiblemente cedimos a la fuerza oculta que nos dominaba, dejándonos llevar por sombrías especulaciones. Llevábamos algún tiempo hablando de la tendencia al misticismo del espíritu humano y de la afición casi universal por lo atroz, cuando Hammond me dijo repentinamente:

—¿Qué es, a tu juicio, lo más terrorífico que existe?

La pregunta me desconcertó. Sabía que había muchas cosas espantosas. Tropezar con un cadáver en la oscuridad. O contemplar, como me sucedió a mí en cierta ocasión, a una mujer arrastrada por un abrupto y rápido río, agitando frenéticamente los brazos, con el rostro descompuesto, y lanzando chillidos que le partían a uno el corazón, en tanto que los espectadores permanecíamos paralizados de terror, desde una ventana a sesenta pies de altura, incapaces de hacer el más mínimo esfuerzo por salvarla, observando en silencio, no obstante, el último y supremo estertor de su agonía y su consiguiente desaparición bajo las aguas. Los restos de un naufragio, sin vida aparente a bordo, flotando indiferentemente en medio del océano, constituyen un espectáculo terrible, pues sugieren un terror descomunal de proporciones desconocidas. Pero aquella noche por vez primera se me ocurrió pensar que tenía que haber una suprema y primordial encarnación del miedo, un terror soberano ante el cual todos los demás deben rendirse. ¿Cuál podría ser? ¿A qué cúmulo de circunstancias podía deber su existencia?

—Te confieso, Hammond —respondí a mi amigo—, que hasta ahora nunca he considerado esa cuestión. Presiento que debe haber algo más terrible que todo lo demás. Sin embargo, me resulta imposible definirlo, siquiera vagamente.

—A mí me ocurre algo parecido, Harry —contestó—. Presiento que soy capaz de experimentar un terror mayor que todo lo que la mente humana puede concebir; algo que combine, en espantosa y sobrenatural amalgama, elementos tenidos hasta ahora por incompatibles. El clamor de voces en *Wieland*[19], novelar de Brockden Brown, es algo terrible. Lo mismo que la descripción del Morador del Umbral en *Zanoni*, de Bulwer. Pero —añadió, agitando la cabeza melancólicamente— hay algo más horrible aún que todo eso.

—Escucha, Hammond —repliqué yo—, abandonemos este tipo de conversación, ¡por el amor de Dios!

—No sé lo que me pasa esta noche —me respondió—, pero por mi mente pasan toda clase de pensamientos misteriosos y espantosos. Me parece que esta noche podría escribir un cuento como los de Hoffmann, si poseyera al menos un estilo literario.

—Bueno, si vamos a ponernos hoffmanescos en nuestra charla, me voy a la cama. El opio y las pesadillas no deben mezclarse nunca. ¡Qué sofoco! Buenas noches,

Hammond.

—Buenas noches, Harry. Que tengas sueños agradables.

—Y tú, pájaro de mal agüero, que sueñes con *ifrits*, gules y brujos.

Nos separamos y cada uno buscó su cámara respectiva. Me desvestí con presteza y me metí en la cama, cogiendo, como de costumbre, un libro para leer un poco antes de dormirme. Abrí el volumen apenas hube apoyado la cabeza en la almohada, pero en seguida lo arrojé al otro extremo de la habitación. Era la *Historia de los monstruos*, de Goudon, una curiosa obra francesa que me habían enviado recientemente de París, pero que, dado el estado de ánimo en que me encontraba, era la compañía menos indicada. Decidí dormirme sin más; de modo que, bajando el gas hasta dejar solamente un resplandor azulado en lo alto del tubo, me dispuse a descansar.

La habitación estaba completamente a oscuras. La débil llama que todavía permanecía encendida apenas alumbraba a una distancia de tres pulgadas en torno a la lámpara. Desesperadamente me tapé los ojos con un brazo, como para librarme incluso de la oscuridad, y traté de no pensar en nada. Todo fue inútil. Los malditos temas que Hammond había tratado en el jardín no cesaban de agitarse en mi cerebro. Luché contra ellos. Erigí murallas mentales, traté de poner en blanco mi mente a fin de mantenerlos alejados, pero seguían agolpándose sobre mí. Mientras yacía como un cadáver, con la esperanza de que una completa inactividad física aceleraría mi reposo mental, ocurrió un espantoso incidente. Algo pareció caer del techo sobre mi pecho y un instante después sentí que dos manos huesudas rodeaban mi garganta, intentando estrangularme.

No soy cobarde y además poseo una considerable fuerza física. Lo imprevisto del ataque, en lugar de aturdirme, templó al máximo mis nervios. Mi cuerpo reaccionó instintivamente antes de que mi cerebro tuviera tiempo de percatarse del horror de la situación. Inmediatamente rodeé con mis musculosos brazos a la criatura y la apreté contra mi pecho con toda la fuerza de la desesperación. En pocos segundos las huesudas manos que se aferraban a mi garganta aflojaron su presa y volví a respirar libremente. Comenzó entonces una lucha atroz. Inmerso en la más profunda oscuridad, ignorando por completo la naturaleza de aquello que me había atacado tan repentinamente, sentí que la presa se me escapaba de las manos, aprovechando, según me pareció, su completa desnudez. Unos dientes afilados me mordían en los hombros, el cuello y el pecho, teniendo que protegerme la garganta, a cada momento, de un par de vigorosas y ágiles manos, que no lograba apresar ni con los mayores esfuerzos. Ante tal cúmulo de circunstancias, tenía que emplear toda la fuerza, la destreza y el valor de que disponía.

Finalmente, después de una silenciosa, encarnizada y agotadora lucha, logré abatir a mi asaltante a costa de una serie de esfuerzos increíbles. Una vez que lo tuve inmovilizado, con mi rodilla sobre lo que consideré debía ser su pecho, comprendí que había vencido. Descansé unos instantes para tomar aliento. Oía jadear en la

oscuridad a la criatura que tenía debajo y sentía los violentos latidos de su corazón. Por lo visto estaba tan exhausta como yo; eso fue un alivio. En ese momento recordé que antes de acostarme solía guardar bajo la almohada un pañuelo grande de seda amarilla. Inmediatamente lo busqué a tientas: allí estaba. En pocos segundos até de cualquier forma los brazos de aquella criatura.

Me sentía entonces bastante seguro. No tenía más que avivar el gas y, una vez visto quién era mi asaltante nocturno, despertar a toda la casa. Confesaré que un cierto orgullo me movió a no dar la alarma antes: quería realizar la captura yo solo, sin ayuda de nadie.

Sin soltar la presa ni un instante, me deslicé de la cama al suelo, arrastrando conmigo a mi cautivo. Sólo tenía que dar unos pasos para alcanzar la lámpara de gas. Los di con la mayor cautela, sujetando con fuerza a aquella criatura como en un torno de banco. Finalmente, el diminuto punto de luz azulada que me indicaba la posición de la lámpara de gas quedó al alcance de mi mano. Rápido como un rayo, solté una mano de la presa y abrí todo el gas. Seguidamente, me volví para contemplar a mi prisionero.

No me es posible siquiera intentar definir la sensación que experimenté después de haber abierto el gas. Supongo que debí gritar de terror, pues en menos de un minuto se congregaron en mi habitación todos los huéspedes de la casa. Aún me estremezco al pensar en aquel terrible momento. *¡No vi nada!* Tenía, sí, un brazo firmemente aferrado en torno a una forma corpórea que respiraba y jadeaba, y con la otra mano apretaba con todas mis fuerzas una garganta tan cálida y, en apariencia, tan carnal como la mía; y, a pesar de aquella sustancia viva apresada entre mis brazos, de aquel cuerpo apretado contra el mío ¡no percibí absolutamente nada al brillante resplandor de la llama de gas! Ni siquiera una silueta, ni una sombra.

Aún ahora no acierto a comprender la situación en la que me encontraba. No puedo recordar por completo el asombroso incidente. En vano trata la imaginación de explicarse aquella atroz paradoja.

Aquello respiraba. Notaba su cálido aliento en mis mejillas. Se debatía con ferocidad. Tenía manos: me habían agarrado. Su piel era tersa como la mía. Aquel ser estaba ahí, apretado contra mí, firme como una piedra, y sin embargo ¡completamente invisible!

Me sorprende que no me desmayara o perdiera la razón en el acto. Algún milagroso instinto debió sostenerme, porque, en lugar de aflojar mi presión en torno a aquel terrible enigma, el horror que sentí en aquel momento pareció darme nuevas fuerzas, y estreché mi presa con tanto vigor que sentí estremecerse de angustia a aquel ser.

En aquel preciso momento, Hammond entró en mi habitación al frente del resto de los huéspedes. Apenas vio mi rostro —que, supongo, debía presentar un aspecto espantoso— se precipitó hacia mí gritando:

—¡Cielo santo, Harry! ¿Qué ha pasado?

—¡Hammond, Hammond! —exclamé—. Ven aquí. ¡Ah, es terrible! He sido atacado en mi cama por algo que tengo sujeto pero no puedo ver. ¡No puedo verlo!

Sobrecogido sin duda por el horror no fingido que se leía en mi rostro, Hammond dio dos pasos hacia delante con expresión anhelante y confusa. El resto de los visitantes prorrumpió en una risa entre dientes, perfectamente audible. Aquella risa contenida me puso furioso. ¡Reírse de un ser humano en mi situación! Era la peor de las crueldades. *Hoy* puedo comprender que el espectáculo de un hombre luchando violentamente contra, al parecer, el vacío, y pidiendo ayuda para protegerse de una visión, pudiera parecer ridículo. Pero en *aquel momento* fue tanta mi rabia contra aquel infame grupo de burlones que, si hubiera podido, les habría golpeado a todos allí mismo.

—¡Hammond, Hammond! —grité de nuevo con desesperación—. ¡Por el amor de Dios, ven en seguida! No puedo sujetar… esta cosa por mucho más tiempo. Me está venciendo. ¡Socorro! ¡Ayúdame!

—Harry —susurró Hammond acercándose a mí—. Has fumado demasiado opio.

—Te juro, Hammond, que no se trata de una alucinación —respondí, también en voz baja—. ¿No ves cómo sacude todo mi cuerpo de tanto como se agita? Si no me crees, convéncete por ti mismo. ¡Tócala!

Hammond avanzó y puso su mano en el lugar que yo le indiqué. Un insensato grito de horror brotó de sus labios. ¡Lo había palpado!

Al momento descubrió en algún rincón de mi habitación un trozo largo de cuerda y en seguida lo enrolló y lo ató en torno al cuerpo del ser invisible que yo sujetaba entre mis brazos.

—Harry —dijo con voz ronca y temblorosa, pues, aunque conservaba su presencia de ánimo, estaba profundamente emocionado—. Harry, ahora ya está segura. Puedes soltarla si estás cansado, viejo amigo. Esta Cosa está inmovilizada.

Me encontraba completamente extenuado y abandoné gustoso mi presa.

Hammond sostenía los cabos de la cuerda con que había atado al ser invisible y los enrolló alrededor de su mano. Ante él podía contemplar, como si se sostuviera por sí misma, una cuerda entrelazada y apretada alrededor de un espacio vacío. Nunca he visto un hombre tan completamente afectado por el miedo. Sin embargo, su rostro expresaba todo el valor y la determinación que yo sabía que poseía. Sus labios, aunque pálidos, estaban firmemente apretados, y a simple vista se podía percibir que, aunque presa del miedo, no estaba intimidado.

La confusión que se produjo entre los demás huéspedes de la casa que fueron testigos de aquella extraordinaria escena entre Hammond y yo, que contemplaron la pantomima de atar a esa Cosa que forcejeaba y me vieron casi desplomarme de agotamiento físico una vez terminada mi tarea de carcelero, así como el terror que se apoderó de ellos al ver todo eso, son imposibles de describir. Los más débiles huyeron de la habitación. Los pocos que se quedaron, se agruparon cerca de la puerta y no pudimos convencerles para que se aproximaran a Hammond y a su Carga. Por

encima de su terror afloraba la incredulidad. No tenían el valor de cerciorarse por sí mismos y, sin embargo, dudaban. Fue inútil que rogase a algunos de ellos que se acercaran y se convencieran por el tacto de la presencia en aquella habitación de un ser vivo e invisible. Eran escépticos pero no se atrevían a desengañarse. Se preguntaban cómo era posible que un cuerpo sólido, vivo y dotado de respiración fuera invisible. He aquí mi respuesta: hice una señal a Hammond y ambos, venciendo nuestra tremenda repugnancia a tocar aquella criatura invisible, la levantamos del suelo, atada como estaba, y la llevamos a mi cama. Pesaba poco más o menos como un chico de catorce años.

—Ahora, amigos míos —dije, mientras Hammond y yo sosteníamos a la criatura en alto sobre la cama—, puedo darles una prueba evidente de que se trata de un cuerpo sólido y pesado que, sin embargo, no pueden ustedes ver. Tengan la bondad de observar con atención la superficie de la cama.

Me asombraba mi propio valor al tratar aquel extraño suceso con tanta serenidad, pero me había sobrepuesto al terror inicial y experimentaba una especie de orgullo científico que dominaba cualquier otro sentimiento.

Los ojos de los presentes se posaron inmediatamente en la cama. A una señal dada, Hammond y yo dejamos caer a la criatura. Se oyó el ruido sordo de un cuerpo pesado al caer sobre una masa blanda. Los maderos de la cama crujieron. Una profunda depresión quedó claramente marcada sobre la almohada y el colchón. Los testigos de aquella escena lanzaron un débil grito y huyeron precipitadamente de la habitación. Hammond y yo nos quedamos solos con nuestro Misterio.

Durante algún tiempo permanecimos en silencio, escuchando la débil e irregular respiración de la criatura tendida en la cama, y observando cómo removía la ropa de cama mientras luchaba vanamente por librarse de las ataduras. Luego Hammond tomó la palabra.

—Harry, esto es espantoso.

—Sí, espantoso.

—Pero no inexplicable.

—¿Que no es inexplicable? ¿Qué quieres decir? No ha ocurrido nada parecido desde el origen del mundo. No sé qué pensar, Hammond. ¡Dios quiera que no haya enloquecido y que no sea esto una fantasía insensata!

—Razonemos un poco, Henry. Tenemos aquí un cuerpo sólido que podemos tocar pero no ver. El hecho es tan insólito que nos llena de terror. Sin embargo, ¿acaso no existen fenómenos similares? Tomemos un pedazo de cristal puro. Es tangible y transparente. Una cierta impureza en su composición química es lo único que impide que sea enteramente transparente, hasta el punto de tornarse del todo invisible. En realidad no es *teóricamente imposible* fabricar un cristal que no refleje ni siquiera un rayo de luz, un cristal tan puro y homogéneo en sus átomos que los rayos solares lo atraviesen como pasan a través del aire, es decir, refractados pero no reflejados. No vemos el aire y, sin embargo, lo sentimos.

—Todo eso está muy bien, Hammond, pero se trata de sustancias inanimadas. El cristal no respira y el aire tampoco. *Esta* cosa tiene un corazón que late, una voluntad que la mueve, pulmones que funcionan, que aspiran y respiran.

—Te olvidas de los fenómenos de que tanto hemos oído hablar últimamente —respondió el doctor gravemente—. En las reuniones llamadas «espiritistas», manos invisibles han sido tendidas a las personas sentadas en torno a la mesa; manos cálidas, carnales, en las que parecía palpitar la vida.

—¿Cómo? ¿Crees tú, entonces, que esta cosa es…?

—Ignoro lo que pueda ser —fue la solemne respuesta—. Pero, el cielo lo permita, con tu ayuda la investigaré a fondo.

Velamos juntos toda la noche, fumando sin parar, a la cabecera de aquel ser sobrenatural que no cesó de agitarse y de jadear hasta quedar, al parecer, extenuado. Luego, según pudimos deducir por su débil y regular respiración, se quedó dormido.

A la mañana siguiente toda la casa estaba en movimiento. Los huéspedes se congregaron en el umbral de mi habitación: Hammond y yo nos habíamos convertido en celebridades. Tuvimos que contestar a miles de preguntas acerca del estado de nuestro extraordinario prisionero, pero nadie salvo nosotros consintió en poner los pies en el cuarto.

La criatura estaba despierta. Era evidente por la manera convulsiva con que agitaba las ropas de cama en su esfuerzo por liberarse. Era verdaderamente horrendo contemplar las muestras indirectas de aquellas terribles contorsiones y aquellos angustiosos forcejeos invisibles.

Hammond y yo habíamos estrujado nuestros cerebros durante esa larga noche a fin de encontrar algún medio que nos permitiese averiguar la forma y el aspecto general de aquel Enigma. Por lo que pudimos deducir pasando nuestras manos a lo largo de la criatura, sus contornos y rasgos eran humanos. Tenía boca, una cabeza lisa y redonda sin pelo, una nariz que, empero, sobresalía apenas de las mejillas, y manos y pies como los de un muchacho. Al principio pensamos colocar aquél ser sobre una superficie lisa y trazar su contorno con tiza, del mismo modo que los zapateros trazan el contorno de un pie. Pero desechamos este plan por insuficiente. Un dibujo de esa clase no nos proporcionaría ni la más ligera idea acerca de su conformación.

Me asaltó una idea feliz. Sacaríamos un molde en escayola. Con ello obtendríamos su figura exacta, y satisfaríamos todos nuestros deseos. Pero ¿cómo hacerlo? Los movimientos de la criatura impedirían el modelado de la envoltura plástica y desvirtuarían el molde. Tuve otra idea. ¿Por qué no cloroformizarla? Tenía órganos respiratorios, era evidente por sus resoplidos. Una vez insensibilizada, podríamos hacer con ella lo que quisiéramos.

Mandamos llamar al doctor X, y cuando aquel respetable médico se hubo repuesto de su primer estupor, él mismo procedió a administrar el cloroformo. Tres minutos después pudimos quitar las ligaduras del cuerpo de aquella criatura, y un modelista se dedicó afanosamente a cubrir su invisible figura con arcilla húmeda.

Cinco minutos más tarde teníamos un molde, y antes de la noche, una tosca reproducción del Misterio. Tenía forma humana; deforme, grotesca y horrible, pero al fin y al cabo humana. Era pequeño: no sobrepasaba los cuatro pies y algunas pulgadas[20], y sus miembros revelaban un desarrollo muscular sin parangón. Su rostro superaba en fealdad a todo cuanto yo había visto hasta entonces. Ni Gustave Doré, ni Callot, ni Tony Johannot concibieron nunca algo tan horrible. En una de las ilustraciones de este último para *Un voyage où il vous plaira* [21], hay un rostro que puede dar una idea aproximada del semblante de esta criatura, aun sin igualarlo. Era la fisonomía que yo hubiera imaginado para un gul. Parecía capaz de alimentarse de carne humana.

Una vez satisfecha nuestra curiosidad, y después de haber exigido a los demás huéspedes que guardaran el secreto, se planteó la cuestión de qué haríamos con nuestro Enigma. Era imposible conservar en casa algo tan horroroso, pero no se podía siquiera pensar en dejar suelto por el mundo un ser tan espantoso. Confieso que hubiera votado gustosamente por la destrucción de esa criatura. Pero ¿quién asumiría la responsabilidad? ¿Quién se encargaría de la ejecución de ese horrible remedo de ser humano? Día tras día discutimos seriamente la cuestión. Todos los huéspedes abandonaron la casa. La señora Moffat estaba desesperada y nos amenazó a Hammond y a mí con denunciarnos si no hacíamos desaparecer aquella Abominación. Nuestra respuesta fue:

—Nos iremos si ése es su deseo, pero nos negamos a llevarnos con nosotros a esa criatura. Hágala desaparecer usted, si lo desea. Apareció en su casa. Queda bajo su responsabilidad.

Naturalmente no hubo respuesta. La señora Moffat no logró encontrar a nadie que, por compasión o interés, osara acercarse al Misterio.

Lo más extraño de todo este asunto era que ignorábamos por completo cómo se alimentaba habitualmente aquella criatura. Pusimos ante ella todos los alimentos que se nos ocurrió, pero nunca los tocó. Resultaba espantoso estar junto a ella, día tras día, viendo agitarse las sábanas, oyendo su difícil respiración y sabiendo que se estaba muriendo de hambre.

Pasaron diez, doce, quince días y todavía continuaba viviendo. Sin embargo, los latidos de su corazón se debilitaban día a día y ya casi se habían detenido. Era evidente que la criatura se estaba muriendo por falta de alimento. Mientras duró aquella terrible lucha agónica me sentí fatal. No podía dormir. Por muy horrible que fuera aquella criatura, era penoso pensar en los tormentos que estaba sufriendo.

Finalmente murió. Una mañana Hammond y yo la encontramos fría y rígida sobre la cama. Su corazón había dejado de latir, y sus pulmones de respirar. Nos apresuramos a enterrarla en el jardín. Fue un extraño entierro arrojar aquel cadáver invisible a la húmeda fosa. Doné el molde de su cuerpo al doctor X, que lo conserva todavía en su museo de la calle Décima.

He escrito este relato del suceso más insólito del que he tenido conocimiento,

porque estoy a punto de emprender un largo viaje del que nunca regresare.

Erckmann-Chatrian

LA OREJA DE LA LECHUZA

(L'oreille de la chouette, 1860)

En el continente europeo la huella de Hoffmann, cuya obra, según Lovecraft, «evoca más lo grotesco que lo terrible» (de ahí su ausencia en esta antología), no sólo hay que buscarla en su país de origen sino especialmente en Francia, donde el cuento fantástico se erige en género autónomo alrededor de 1830 bajo la influencia del escritor alemán, pese a que tanto Cazotte como Nodier lo habían practicado con éxito antes de que se difundieran los textos de aquél.

El más fiel discípulo de Hoffmann en Francia fue Erckmann-Chatrian, seudónimo conjunto de Emile Erckmann (1822-1899) y Aléxandre Chatrian (1826-1890), pareja de escritores alsacianos que colaboraron juntos durante cuarenta años, alcanzando gran popularidad con una serie de novelas históricas y costumbristas sobre su tierra natal. No obstante, lo mejor de su talento se encuentra en sus barrocos y delirantes «Contes fantastiques» impregnados de un cierto encanto vagamente arcaico. Menos brillantemente dotados que su maestro, llevaron sin embargo mucho más lejos que él su preocupación por el detalle y la acentuación de los aspectos más pintorescos, tremendos o caricaturescos de sus personajes. Cultivaron asimismo un tipo de humor negro que a la vez que divertía desconcertaba, y utilizaron todo tipo de ingeniosos efectos dramáticos, a veces un poco groseros y excesivos pero siempre eficaces, «a pesar de su tendencia a las explicaciones naturales y a los prodigios científicos», precisa Lovecraft.

Uno de estos prodigios científicos —una trompetilla microacústica que, aplicada al oído, permite escuchar «el brotar de las aguas termales a profundidades inconmensurables» o «la efervescencia de las lavas incandescentes»— está en la base del cuento incluido en esta selección. Como en las restantes fantasías espectrales de ambos autores, en él se puede apreciar su habilidad «para crear una estremecedora atmósfera nocturna» así como su predilección por los «misterios ocultos».

LA OREJA DE LA LECHUZA[22]

EL 29 de julio de 1835 Kasper Boeck, pastor de la pequeña aldea de Hirchwiller, con su amplio sombrero de fieltro echado hacia atrás, su alforja de arpillera sobre los riñones y su enorme perro de leonado pelaje pegado a sus talones, se presentó a eso de las nueve de la noche en casa del burgomaestre Pétrus Mauerer, que acababa de cenar y se tomaba una copa de kirsch para facilitar su digestión.

Alto, enjuto, guasón, y con el labio superior cubierto por un considerable bigote gris, este burgomaestre había servido en el ejército del archiduque Carlos y gobernaba la aldea a dedo y con la vara, como suele decirse.

—Señor burgomaestre… —exclamó el pastor un poco inquieto.

Mas Pétrus Mauerer, sin dejarle terminar, le dijo, frunciendo el ceño:

—Kasper Boeck, empieza por quitarte el sombrero, haz salir a tu perro de la habitación, y luego háblame clara e inteligiblemente, sin farfullar, para que pueda comprenderte.

El burgomaestre, de pie cerca de la mesa, apuró tranquilamente su copa y se chupó el grueso bigote con indiferencia.

Kasper hizo salir de la habitación a su perro y volvió con el sombrero quitado.

—Y bien —dijo Pétrus al verle callado—, ¿qué ocurre?

—Lo que ocurre es que el *espíritu* ha vuelto a aparecer en las ruinas de Geierstein.

—¡Ah! Ya me lo figuraba yo… ¿Lo has visto bien?

—Muy bien, señor burgomaestre.

—¿No cerraste los ojos?

—No, señor burgomaestre… Había un hermoso claro de luna.

—¿Y qué aspecto tiene?

—El de un hombrecillo.

—¡Está bien!

Y, volviéndose hacia una puerta con cristales que había a la izquierda, gritó:

—¡Kate!

Una vieja criada entreabrió la puerta.

—¿Señor?

—Salgo a dar un paseo… por la ladera… Espérame hasta las diez…

—Sí, señor.

Entonces el viejo soldado, descolgando un fusil de detrás de la puerta, comprobó su fulminante y se lo puso en bandolera. Luego, se dirigió a Kasper Boeck con estas palabras:

—Avisa al guarda rural que se reúna conmigo en el bosquecillo de acebos. Tu *espíritu* debe de ser algún merodeador… Pero s: es un zorro, te haré con él un

magnífico gorro con orejeras.

El señor Pétrus Mauerer y su humilde servidor Kasper se pusieron en marcha. El tiempo era magnífico, con innumerables estrellas. Mientras el pastor se disponía a llamar a la puerta del guarda rural, el burgomaestre penetró en un bosquecillo de saúcos que serpenteaba por detrás de la vieja iglesia. Dos minutos después, Kasper y Hans Goerner, con su sable a la cadera, se reunieron a toda prisa con el señor Pétrus en el bosque de acebos. Los tres juntos se pusieron en camino en dirección a las ruinas de Geierstein.

Estas ruinas, situadas a veinte minutos de la aldea, parecen bastante insignificantes: se trata de algunos decrépitos lienzos de muralla, de cuatro a seis pies de altura, que se extienden en medio de los brezales. Los arqueólogos los llaman acueductos de Seranus, campamento romano de Holderlock, o vestigios de Teodorico, según su fantasía. La única cosa verdaderamente notable de esas ruinas es la escalera de una cisterna tallada en la roca.

Contrariamente a las escaleras de caracol, en lugar de círculos concéntricos que se van estrechando poco a poco, la espiral de ésta se va ensanchando conforme desciende, de manera que el fondo del pozo es tres veces más ancho que la abertura. ¿Fue un capricho arquitectónico, o cualquier otra razón, lo que determinó esta extraña construcción? ¡Poco importa! Lo cierto es que en la cisterna se produce un vago zumbido similar al que puede escucharse cuando uno se aplica una concha en la oreja, y que desde ella se pueden percibir los pasos de los transeúntes en la grava, el soplo del viento, el murmullo de las hojas, e incluso palabras lejanas de los que pasan al pie de la ladera.

Nuestros tres personajes subieron, pues, por el sendero, entre los viñedos y los huertos de Hirchwiller.

—No veo nada —dijo el burgomaestre, levantando la cabeza en son de burla.

—Yo tampoco —repitió el guarda rural, en el mismo tono.

—Está en el hueco —murmuró el pastor.

—Ya veremos…, ya veremos… —prosiguió el burgomaestre.

Al cabo de un cuarto de hora llegaron a la abertura de la cisterna. Como ya he dicho, la noche era clara, límpida y estaba perfectamente en calma. La luna perfilaba, hasta donde se perdía la vista, uno de esos paisajes nocturnos de contornos azulados, salpicados de árboles raquíticos, cuyas sombras parecen trazadas con lápiz negro. Los brezos y las retamas en flor perfumaban el aire con su aroma un poco áspero, y las ranas de una charca vecina cantaban su basta cantinela, entrecortada de silencios. Mas todos esos detalles escapaban a la atención de nuestros buenos campesinos, que no soñaban más que con echar mano al *espíritu*.

Cuando llegaron a la escalera, se detuvieron los tres y prestaron oídos; luego miraron en la oscuridad… Nada aparecía…, nada se movía.

—¡Demonios! —dijo el burgomaestre—. Nos hemos olvidado de coger un cabo de vela… Desciende, Kasper, tú conoces el camino mejor que yo…, te sigo.

Ante esa proposición, el pastor retrocedió bruscamente. Si de él hubiese dependido, el pobre hombre se habría dado a la fuga; su lamentable aspecto hizo reír a carcajadas al burgomaestre.

—Bueno, Hans, ya que Kasper no quiere descender, muéstrame tú el camino —le dijo al guarda rural.

—Pero, señor burgomaestre —respondió éste—, usted sabe que faltan algunos escalones, nos arriesgamos a rompernos la crisma.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Eso digo yo, ¿qué hacemos?

—Envía a tu perro —contestó Petrus.

El pastor silbó a su perro, le señaló la escalera y lo azuzó… Mas el animal, como las personas, no quería arriesgarse.

En ese momento se le ocurrió al guarda rural una idea luminosa.

—¡Eh!, señor burgomaestre —dijo—, ¿por qué no dispara el fusil ahí dentro?

—A fe mía —exclamó el otro— que tienes razón… Por lo menos veremos claro.

Y sin vacilar, el valiente hombre se acercó a la escalera, encarando su fusil.

Mas, por el fenómeno acústico que antes he señalado, el *espíritu*, el merodeador, el individuo que efectivamente se encontraba en la cisterna, lo había oído todo. La idea de recibir un disparo de fusil no pareció agradarle, pues, con voz aguda y penetrante, gritó:

—¡Alto! No disparen… ¡Ya subo!

Entonces los tres funcionarios se miraron, riéndose por lo bajo, y el burgomaestre, inclinándose de nuevo sobre la abertura, exclamó con rudeza:

—Apresúrate, tunante, o disparo… ¡Apresúrate!

A continuación montó su fusil, cuyo tic-tac pareció apresurar la ascensión del misterioso personaje: se oyeron rodar algunas piedras. Sin embargo, todavía hubo que esperar un minuto para verle aparecer, ya que la cisterna tenía sesenta pies de profundidad.

¿Qué hacía ese hombre en medio de semejantes tinieblas? ¡Debía ser algún gran criminal! Eso pensaban al menos Pétrus y sus acólitos.

Finalmente, una vaga forma se destacó de las sombras. Después, lentamente…, progresivamente, un hombrecillo de unos cuatro pies y medio a lo sumo, flaco, harapiento, con el rostro reseco y amarillento como un viejo boj de Nuremberg, de mirada resplandeciente como una urraca, los cabellos rojizos, en desorden, marchitos como brezos agostados, despechugado, con la ropa a jirones, salió gritando:

—¿Con qué derecho vienen a perturbar mis estudios, miserables?

Este grandioso apostrofe apenas cuadraba con su vestimenta y su fisonomía. Por eso el burgomaestre le replicó indignado:

—Procura mostrarte más decoroso, maldito bribón, o empiezo a propinarte una paliza.

—¡Una paliza! —dijo el hombrecillo, estremecido de ira, alzándose delante de las

narices del burgomaestre.

—Sí —contestó el otro, que, pese a todo, no dejaba de admirar el valor del pigmeo—, a no ser que respondas de manera satisfactoria a las preguntas que voy a hacerte. Soy el burgomaestre de Hirchwiller; estos son el guarda rural, el pastor y su perro; somos más fuertes que tú…, no seas insensato, dime por las buenas quién eres, qué estás haciendo aquí y por qué no te atreves a salir en pleno día… Luego decidiremos lo que haremos contigo.

—Eso no le incumbe —respondió el hombrecillo con la voz quebrada—. No le responderé.

—En ese caso, ¡adelante!, ¡en marcha! —dijo el burgomaestre, cogiéndole por el cogote con mano firme—. Pasarás la noche en prisión.

El hombrecillo forcejeó como una marta, e incluso intentó morderles. Y cuando el perro le husmeaba ya las pantorrillas, completamente agotado, dijo, no sin cierta nobleza:

—Suélteme, señor, me rindo a la fuerza…, ¡le sigo!

El burgomaestre, que no carecía de buenos modales, se calmó a su vez.

—¿Me lo prometes? —dijo.

—¡Se lo prometo!

—Está bien…, ve delante.

Y así fue como capturó el burgomaestre, en la noche del 29 de julio de 1835, a un hombrecillo pelirrojo que salió de la caverna de Geierstein.

Al llegar a Hirchwiller, el guarda rural corrió a buscar la llave de la prisión y el vagabundo fue encerrado con dos vueltas, sin olvidar el cerrojo exterior y el candado. Después se fueron todos a descansar, y Pétrus Mauerer soñó hasta medianoche con esta singular aventura.

Al día siguiente, a eso de las nueve, Hans Goerner, el guarda rural, que había recibido la orden de llevar al prisionero a la Casa Consistorial para someterle a un nuevo interrogatorio, se personó en la prisión con cuatro vigorosos mozos, los cuales abrieron la puerta, curiosos por contemplar aquel fuego fatuo. Mas cuál no sería su sorpresa cuando lo encontraron colgado de su corbata en la rejilla del tragaluz. Algunos dicen que todavía forcejeaba…, otros, que estaba ya rígido… Sea como fuere, corrieron a casa de Pétrus Mauerer para prevenirle del hecho, y lo cierto es que, cuando éste llegó, el hombrecillo había exhalado el último suspiro.

El juez de paz y el médico de Hirchwiller levantaron acta de la catástrofe. Luego, enterraron al desconocido en un campo de alfalfa, y no hubo más que hablar.

Unas tres semanas después de estos sucesos, me dirigía a visitar a Pétrus Mauerer, del que resulta que soy el pariente más próximo y, por consiguiente, el heredero. Por esta circunstancia nos unía una relación íntima. Comimos juntos, hablando de asuntos banales, hasta que el burgomaestre me contó la historia precedente, tal y como la acabo de relatar.

—Es extraño, primo —le dije—…, verdaderamente extraño… Y ¿no tenéis

ningún otro dato de ese desconocido?

—Ninguno.

—¿No habéis encontrado nada que os diera una pista acerca de sus intenciones?

—Absolutamente nada, Christian.

—Mas, a propósito, ¿qué podía estar haciendo en la cisterna?… ¿De qué vivía?

El burgomaestre se encogió de hombros, llenó nuestros vasos y me respondió:

—A tu salud, primo.

—A la vuestra.

Durante algunos instantes permanecimos en silencio… Me resultaba imposible admitir este brusco final de la aventura… Y a mi pesar pensé con melancolía en el triste destino de ciertos hombres que aparecen y desaparecen en este mundo, como la hierba de los campos, sin dejar el menor recuerdo ni el menor pesar.

—Primo —proseguí yo—, ¿cuánto puede haber de aquí a las ruinas de Geierstein?

—Veinte minutos a lo sumo… ¿Por qué?

—Me gustaría verlas.

—Como sabes, hoy tenemos reunión del consejo municipal y no puedo acompañarte.

—¡Oh!, no os preocupéis, las encontraré yo solo.

—No, el guarda rural te mostrará el camino; no tiene nada mejor que hacer.

Y mi valeroso primo golpeó el vaso llamando a la sirvienta.

—Kate, vete a buscar a Hans Goerner… Que se dé prisa…, hace dos horas que debo partir.

La sirvienta se retiró y el guarda rural apenas tardó en venir.

Recibió la orden de conducirme hasta las ruinas.

Mientras el burgomaestre se dirigía solemnemente a la sala de reuniones del consejo municipal, nosotros ascendimos la ladera. Hans Goerner me indicaba con la mano los vestigios del acueducto. En aquel momento, las crestas rocosas de la meseta, los remotos contornos azulados de Hundsrück, las tristes murallas decrépitas, cubiertas de sombría hiedra, el tañido de la campana de Hirchwiller convocando a los notables al consejo, el jadeo del guarda rural agarrándose a la maleza… cobraron a mis ojos un aspecto triste y severo, del que no había podido darme cuenta hasta entonces: era la historia de ese pobre ahorcado, que había dejado su rastro en el horizonte.

La escalera de la cisterna me pareció muy curiosa y su espiral elegante. Las erizadas zarzas en las grietas de cada escalón, el aspecto desierto de los alrededores, todo armonizaba con mi tristeza. Descendimos y pronto únicamente el punto luminoso de la abertura, que parecía estrecharse cada vez más y tomar la forma de una estrella de puntas curvas, nos enviaba su pálida luz.

Cuando alcanzamos el fondo de la cisterna, la vista era soberbia con todos los escalones iluminados por debajo, recortándose sus sombras con una maravillosa

regularidad. Entonces escuché el zumbido del que me había hablado Petrus: ¡la inmensa caracola de granito tenía tantos ecos como piedras!

—¿Ha bajado alguien aquí después del hombrecillo? —pregunté al guarda rural.

—No, señor…, los campesinos tienen miedo…, se imaginan que se aparece el ahorcado.

—¿Y tú?

—Yo… no soy curioso.

—Pero ¿y el juez de paz?… Su deber era…

—¡Eh! ¿Qué vendría a hacer en la *Oreja de la lechuza?*

—¿Se le llama a eso la *Oreja de la lechuza?*

—Sí.

—Aproximadamente es eso —dije, levantando la mirada—. Esta bóveda invertida se asemeja bastante al pabellón auditivo externo; la parte inferior de los escalones representa la caja del tímpano; y los recodos de la escalera, el caracol, el laberinto y el vestíbulo de la oreja. Ésa es, pues, la causa del murmullo que oímos: estamos en el fondo de una colosal oreja.

—Es muy posible —dijo Hans Goerner, que parecía no comprender en absoluto mis observaciones.

Subimos de nuevo y cuando ya había salvado los primeros escalones, sentí que algo se rompía bajo mi pie. Descendí para ver lo que podía ser y divisé, al mismo tiempo, un objeto blanco frente a mí… Era una hoja de papel arrancada… En cuanto al objeto duro que se había triturado, reconocí una especie de vasija de cerámica vidriada.

—¡Oh! —me dije—. Esto podría esclarecernos la historia del burgomaestre.

Y me reuní con Hans Goerner, que me esperaba ya junto al brocal del pozo.

—¿Adónde queréis ir ahora, señor? —exclamó.

—En primer lugar sentémonos un rato…; luego ya veremos.

Me senté encima de una piedra grande, mientras el guarda rural recorría con la mirada los alrededores de la aldea, a fin de descubrir merodeadores en el jardín, si es que los había.

Examiné cuidadosamente el jarrón de cerámica, del que no quedaba más que un pedazo… Este trozo tenía forma de embudo, revestido de pelusa en su interior… Me fue del todo imposible adivinar su utilidad. Luego leí el fragmento de carta, que presentaba un tipo de escritura muy corriente y muy apretada… La transcribo aquí textualmente… El fragmento parece ser continuación de un trozo de papel, que he buscado inútilmente en los alrededores de la ruina.

«Mi trompetilla *microacústica* posee, pues, la doble ventaja de multiplicar sin límites la intensidad de los sonidos y de poder introducirse en la oreja, cosa que en modo alguno es molesta para el observador. No os creeríais, mi querido maestro, el encanto que se experimenta al percibir esos mil ruidos imperceptibles que en los

hermosos días del verano se confunden con un inmenso zumbido… La abeja tiene su canto como el ruiseñor, la avispa es la curruca del musgo, la cigarra es la alondra de los prados…, la cresa es el reyezuelo… No hay más que un suspiro, mas ¡qué melodioso es!

»Desde el punto de vista del sentimiento, este descubrimiento que nos hace compartir la vida universal, sobrepasa en importancia a todo lo que yo podría añadir.

»Después de tantos sufrimientos, privaciones y dificultades, ¡qué felicidad recoger al fin el premio a nuestros esfuerzos! ¡Con qué entusiasmo se eleva el alma hacia el divino hacedor de esos mundos microscópicos, cuya magnificencia nos ha sido revelada! ¿Qué importancia tienen, entonces, esas horas de angustia, de hambre, de menosprecio, que antaño nos abrumaban? Ninguna, señor, ¡ninguna!… Lágrimas de gratitud bañan nuestros ojos. Uno está orgulloso de haber adquirido, mediante el sufrimiento, nuevos gozos para la humanidad y haber contribuido a su moralización. Mas, por muy grandes y admirables que sean estos primeros resultados de mi trompetilla *microacústica*, sus ventajas no se reducen únicamente a eso. Existen otras más positivas, en cierto modo más materiales, que se manifiestan en cifras. Lo mismo que el telescopio nos permite descubrir miríadas de mundos, girando armoniosamente en el infinito…, mi trompetilla *microacústica* aumenta el sentido del oído más allá de los límites de lo posible. Así pues, señor, no me detendré en la circulación de la sangre y de los humores en los cuerpos animados: vos los oís correr con el ímpetu de las cataratas, los percibís con una nitidez que os horroriza; la menor irregularidad en el pulso, el más ligero obstáculo os afecta y os produce el efecto de una roca contra la que vienen a estrellarse las olas de un torrente.

»Se trata, sin duda, de una inmensa conquista de cara al desarrollo de nuestros conocimientos fisiológicos y patológicos, mas no insisto en este punto. Aplicando la oreja contra el suelo, señor, podéis oír brotar las aguas termales a profundidades inconmensurables…, ¡podéis imaginar el caudal, las corrientes, los obstáculos!

»¿Queréis ir más lejos? Descended a una bóveda subterránea cuyo desarrollo sea suficiente para recoger una cantidad considerable de sonidos; ¡escuchad entonces la noche, cuando todos duermen, cuando nada perturba los ruidos interiores de nuestro globo!

»Señor, lo único que me es posible deciros en este momento, pues en medio de mi profunda miseria sólo me quedan unos pocos instantes de lucidez para realizar observaciones geológicas, lo único que puedo afirmaros es que la efervescencia de las lavas incandescentes, el resplandor de las sustancias en ebullición es algo espantoso y a la vez sublime, que no puede compararse más que a la impresión del astrónomo cuando sondea con su anteojo las profundidades sin límites del espacio.

»Sin embargo, os debo confesar que estas impresiones necesitan todavía ser estudiadas y clasificadas con un orden metódico, para extraer de ellas conclusiones definitivas. Además, tan pronto como os hayáis dignado, mi querido y digno señor, mandarme a Neustadt la pequeña cantidad que os solicito a fin de atender mis

primeras necesidades, veremos de ponernos de acuerdo, con objeto de establecer tres grandes observatorios suburbanos, uno en el valle de Catania, otro en Islandia, y el tercero en uno de los valles de Capac-Uren, de Songay, o de Cayembé-Uren, los más profundos de las Cordilleras, y por consiguiente…»

Aquí se interrumpía la carta.

Presa del estupor, me quedé de una pieza. ¿Acababa de leer las ocurrencias de un loco… o eran más bien las inspiraciones confirmadas de un hombre de genio? ¿Qué decir? ¿Qué pensar? Así que ese hombre…, ese miserable que vivía en el fondo de una madriguera como si fuera un zorro…, muriéndose de hambre…, ¡había sido tal vez uno de esos elegidos que el Ser Supremo envía a la Tierra para instruir a las generaciones futuras!

¡Y se había ahorcado de asco, de desesperación! Nadie había respondido a su súplica, cuando sólo pedía un pedazo de pan a cambio de su descubrimiento. Era horrible.

Permanecí allí pensativo… mucho tiempo…, muchísimo tiempo…, dando gracias al cielo por haber limitado mi inteligencia a las vulgares minucias de la vida cotidiana…, por no haber querido hacer de mí un hombre superior a la mayoría de los mártires. Por fin, el guarda rural, viéndome con la mirada fija y la boca abierta, se arriesgó a tocarme en el hombro.

—Señor Christian —me dijo—, vayámonos…, se hace tarde… El señor burgomaestre debe haber regresado ya del consejo.

—¡Ah!, es verdad —exclamé, arrugando el papel—. ¡En marcha!

Volvimos a descender la ladera.

Mi digno primo me recibió, con cara sonriente, en el umbral de su casa.

—Y bien…, Christian… ¿Has descubierto algo acerca de ese imbécil que se ahorcó?

—No.

—Me lo figuraba… Sería algún loco escapado de Stéfansfeld, o de cualquier otra parte… A fe mía… hizo bien en colgarse… Es lo más sencillo… cuando uno no sirve para nada.

Al día siguiente me fui de Hirchwiller. Jamás regresaré.

Sheridan Le Fanu

EL PACTO DE SIR DOMINICK

(Sir Dominick's Bargain, 1872)

La paulatina transformación de la novela gótica en la moderna «ghost story» fue llevada a cabo a lo largo del siglo XIX *por un grupo de escritores británicos como Bulwer-Lytton, Wilkie Collins, Le Fanu, Conan Doyle o Stevenson, que, para Lovecraft, representan una «tradición romántica, semigótica y cuasimoral» a la que «pertenecen claramente aquellos relatos de horror contemporáneos que, centrados en el suceso más que en los detalles ambientales, apuntan más al intelecto que a una tensión maligna o a una verosimilitud psicológica». Si todos ellos desempeñaron un papel primordial en este profundo cambio, el mayor mérito corresponde al irlandés Joseph Sheridan Le Fanu (1814-1873), considerado casi unánimemente Como el máximo exponente de la «ghost story» victoriana.*

Sobrino-nieto del dramaturgo Richard Brinsley Sheridan por parte de madre, y descendiente de emigrantes hugonotes por vía paterna, Le Fanu fue educado en el célebre Trinity College de su Dublín natal, como Maturin antes que él y más tarde Bram Stoker, completando la famosa trilogía de maestros irlandeses de lo macabro. El éxito de sus baladas irlandesas le hizo abandonar sus estudios de leyes y abrazar la carrera literaria, empezando como colaborador de la «Dublin University Magazine», revista de la que llegaría a ser director y finalmente propietario. Sus mejores novelas, como «La casa junto al cementerio» o «El tío Silas», publicadas por entregas en la mencionada revista, combinan el melodrama con el suspense y el misterio, a la manera de Wilkie Collins. Sin embargo, la inmensa popularidad de estas novelas detectivescas no le impidió dar rienda suelta a su obsesión por lo sobrenatural en una serie de relatos terroríficos, como «Carmilla», «Té verde», «El vigilante» o «El fantasma de Madam Crowl», que iniciaron la boga victoriana por la «ghost story», continuada luego por sus insignes paisanas Rhoda Broughton (sobrina suya), Amelia Edwards y Charlotte Riddell, y culminada a principios de este siglo por su mejor discípulo: M. R. James.

«El pacto de sir Dominick», que en 1872 le publicó Dickens en su revista «All the Year Round», es un típico cuento de tema fáustico enriquecido por el sello personal de Le Fanu: la estructuración interna del relato, la acumulación de efectos y el imprevisible horror del desenlace. Al igual que en el resto de su obra, lo más destacable es la habilidad del autor para elaborar un mundo aparentemente consistente y seguro, que luego va socavando poco a poco, ensombreciéndolo con veladas amenazas, hasta conseguir que el horror subjetivo del protagonista se confunda con el objetivo de la situación en sí misma y no quede otra alternativa sino

la muerte.

EL PACTO DE SIR DOMINICK[23]

(Una leyenda de Dunoran)

A principios de otoño del año 1838, los negocios me llevaron al sur de Irlanda. El tiempo era delicioso y tanto el paisaje como la gente eran nuevas para mí. Después de enviar mi equipaje en la diligencia al cuidado de un criado, alquilé un práctico rocín en la casa de postas y, con la curiosidad propia de un explorador, comencé sin prisas un viaje a caballo, a razón de veinticinco millas diarias, por apartados caminos, hasta mi lugar de destino. Esta pintoresca ruta me llevó a través de pantanos y colinas, planicies y castillos en ruinas, y más de un río sinuoso.

Había iniciado tarde mi partida y, después de haber recorrido un poco más de la mitad de mi jornada, pensé hacer un alto en el primer lugar que me pareciera oportuno, proporcionando descanso y alimento a mi caballo, y atendiendo igualmente a las necesidades de su jinete.

Eran casi las cuatro cuando la senda, ascendiendo una gradual pendiente, me condujo hasta un pasadizo que atravesaba un desfiladero, entre las abruptas estribaciones de una cadena de montañas a mi izquierda y una colina que se elevaba sombría e inesperada a mi derecha. Debajo de mí yacía una pequeña aldea de techos de paja, oculta por una larga hilera de gigantescas hayas, a través de cuyas ramas las modestas chimeneas arrojaban su enrarecido humo de turba. A mi izquierda se extendía en varias millas, ascendiendo la cadena montañosa que he mencionado, un parque en estado salvaje, cuyo césped estaba salpicado de helechos y rocas erosionadas y manchadas de liquen. Este parque estaba medio cubierto por un bosque poco poblado, que se espesaba por detrás y más allá de la pequeña aldea a la que me estaba acercando, revistiendo la desigual pendiente de sus laderas de un hermoso y a veces descolorido follaje.

Según descendía, el camino serpenteaba ligeramente, dejando a su izquierda la tapia gris del parque, hecha de piedras sueltas y cubierta de hiedra, para luego atravesar un vado poco profundo. Al acercarme a la aldea vislumbré, a través de los claros del bosque, la larga fachada de una vieja casa en ruinas, situada entre los árboles, a mitad de camino de la pintoresca ladera.

La soledad y la melancolía de estas ruinas picaron mi curiosidad, y cuando llegué a la tosca taberna de paja, de cuyo dintel colgaba un cartel de san Columbkill, con sus hábitos, su mitra y su báculo, después de ocuparme de mi caballo y procurarme una abundante comida a base de tocino y huevos, volví a acordarme del parque poblado de árboles y de la casa en ruinas, y decidí pasear durante una media hora entre sus selváticas soledades.

El nombre del lugar, descubrí, era Dunoran. Junto al portón de entrada, una escalera conducía al jardín, y por ella comencé a deambular con melancólica fruición en dirección a la derruida mansión.

Un largo camino cubierto de hierba, con muchas curvas y recovecos, conducía a la vieja mansión, a la sombra de los árboles.

Al aproximarse a la casa, el camino bordeaba un escarpado cañón, cubierto de avellanos, robles enanos y espinos. La silenciosa casa, con su puerta-zaguán abierta de par en par, miraba hacia este sombrío barranco, cuyo borde posterior estaba coronado de gigantescos bosques. Arboles enormes rodeaban la casa y sus desiertos patios y caballerizas.

Entré y eché una ojeada por corredores cubiertos de ortigas y otras malas hierbas, entre habitaciones con los techos podridos, que a veces mostraban sus desgastadas vigas negras, por donde trepaban zarcillos de hiedra. Las altas paredes de podridos enlucidos estaban manchadas de moho, y en algunas habitaciones los restos de los deteriorados revestimientos de madera se balanceaban de un lado para otro. Las ventanas, casi todas sin marco, estaban también cubiertas de hiedra, y las cornejas revoloteaban alrededor de las altas chimeneas, mientras los grajos sostenían su incesante graznido desde los enormes árboles que sobresalían en sombrías masas por encima de la hondonada.

Al atravesar estos lúgubres corredores, sólo pude echar una ojeada a algunas de las habitaciones, pues la casa casi no tenía techo y en el centro no quedaba ya solado, circunstancias todas ellas que impedían una exploración más a fondo. Empecé a preguntarme por qué se había permitido el deterioro de una casa tan grande, en medio de un paisaje tan pintoresco. Imaginé las reuniones que hace mucho tiempo habría congregado, y pensé que a medianoche podría remedar cualquier episodio de las juergas de Redgauntlet[24].

La escalera principal era de roble y había resistido asombrosamente el paso del tiempo. Me senté en el escalón más bajo, meditando distraídamente acerca de la transitoriedad de todas las cosas que hay bajo el sol.

A excepción del ronco y lejano rumor de los grajos, apenas audible desde donde yo estaba sentado, ningún sonido rompía el profundo silencio del lugar. Con anterioridad, raramente había experimentado semejante sensación de soledad. El viento estaba en calma; no se oía siquiera el crujido de una hoja marchita. El calor era sofocante. Los corpulentos árboles que rodeaban el edificio lo ensombrecían, añadiendo un matiz de misterio a la ya melancólica escena.

En ese estado de ánimo escuché, con desagradable sorpresa, una voz cercana a mí, que hablaba fatigosamente y se mofaba, imaginé, repitiendo estas palabras: «Alimento para gusanos, muerto y podrido; Dios por encima de todo».

En la pared, de bastante espesor en aquel lugar, había una pequeña ventana que había sido tapiada, y en lo más profundo del oscuro nicho resultante vi a un hombre de facciones angulosas, sentado con los pies colgando. Tenía sus penetrantes ojos

clavados en mí y sonreía cínicamente; y, antes de que me recobrase por completo de mi sorpresa, repitió el siguiente dístico:

Si con dinero la muerte comprarse pudiera,
Vivirían los ricos y los pobres morirían.

—En sus tiempos, señor —prosiguió—, Dunoran House era una gran mansión, y los Sarsfield unos grandes señores. Sir Dominick Sarsfield fue el último de su estirpe. Perdió la vida a no más de seis pies de donde se encuentra usted sentado.

Mientras así hablaba, descendió al suelo de un pequeño salto. Su rostro era moreno, sus facciones angulosas, era un poco jorobado, y llevaba en la mano un bastón con cuyo extremo señalaba una mancha de moho en el enlucido de la pared.

—¿Le preocupa esa mancha, señor? —preguntó.

—Sí —le contesté, levantándome y mirándole, como si, curiosamente, previera que iba a escuchar algo que merecía la pena.

—Está a siete u ocho pies del suelo, señor, y nunca adivinaría lo que es.

—Probablemente no —dije—. A menos que sea una mancha de humedad.

—No es tan favorable como todo eso, señor —respondió con la misma sonrisa cínica y un movimiento de cabeza, sin dejar de señalar la mancha con su bastón.

»Es una salpicadura de sesos y sangre. Sucedió hace unos cien años, y nunca desaparecerá mientras permanezca la pared.

—¿Fue asesinado tal vez?

—Peor que eso, señor —respondió.

—¿Se mató él mismo, entonces?

—Peor que eso, ¡que esta cruz nos proteja de todo mal! Yo soy más viejo de lo que parece, señor. ¿A que no adivina qué edad tengo?

—Bueno, yo diría que alrededor de cincuenta y cinco años.

Se rió, tomó una pizca de rapé, y dijo:

—Tengo eso, señoría, y algo más. Cumplí los setenta la pasada Candelaria. No pensaría usted eso al verme.

—Palabra que no; incluso me cuesta creerlo. Sin embargo, ¿recuerdas la muerte de sir Dominick Sarsfield? —dije, echando un vistazo a la ominosa mancha de la pared.

—No, señor, eso ocurrió mucho antes de que yo naciera. Pero mi abuelo fue mayordomo en esta casa hace mucho tiempo, y más de una vez le of contar cómo murió sir Dominick. Desde que eso sucedió, esta gran mansión no ha tenido amo. Quedó al cuidado de dos sirvientes, uno de ellos mi tía. Hasta que cumplí los nueve años permanecí aquí con ella; luego, ella abandonó el puesto para irse a Dublín. Desde entonces dejaron que la casa decayera. El viento desmanteló el techo, la lluvia pudrió las vigas y, poco a poco, en un plazo de sesenta años, se convirtió en lo que usted está viendo ahora. Pero yo le tengo todavía afecto, por los viejos tiempos; y

nunca paso por aquí sin echarle una ojeada. No creo que vuelva a ver muchas más veces este lugar, pues en breve estaré bajo tierra.

—Sobrevivirás a los más jóvenes —dije.

Y, abandonando tan trivial tema de conversación, proseguí:

—No me extraña que te guste este lugar; es hermoso con todos esos árboles grandiosos.

—Me gustaría que viera usted la cosecha cuando las nueces están maduras. Son las nueces más fragantes de toda Irlanda, según creo —replicó, mostrando su práctico sentido de lo pintoresco—. Llenará sus bolsillos con sólo buscar alrededor de usted.

—Esos bosques son extraordinarios —observé—. No he visto ningún otro en Irlanda que me parezca tan hermoso.

—Señoría, los bosques que ahora le circundan no son ni sombra de lo que fueron. Todas las montañas de por aquí estaban cubiertas de bosques cuando mi padre era muchacho, y Murroa Wood era el mayor de todos ellos. Estaba poblado de robles principalmente, los cuales fueron talados hasta dejarlo tan raso como un camino. Ni uno solo de los que quedan aquí se puede comparar con aquéllos. ¿Por qué camino vino su señoría? ¿De Limerick?

—No. Vine de Killaloe.

—Bueno, entonces ha tenido usted que pasar por el terreno que ocupaba en otros tiempos Murroa Wood. Descendería por Lisnavourra, la escarpada cima de una colina a una milla por encima de esta aldea. Cerca de allí estuvo Murroa Wood y allí fue donde sir Dominick Sarsfield vio por vez primera al diablo, ¡el Señor nos proteja de todo mal!, lo que resultó ser un mal encuentro para él.

Había llegado a interesarme por la aventura ocurrida en aquel mismo escenario que tan gratamente me había impresionado, y rogué a mi nueva amistad, el pequeño jorobado, que me contara la historia completa. Tan pronto como volvimos a sentarnos, habló así:

—Cuando llegó aquí sir Dominick, Dunoran House era una propiedad espléndida. Continuamente se celebraban grandes fiestas, banquetes y bailes, al son del violín, y había alojamiento gratuito para todos los gaiteros de los alrededores, siendo bien recibido todo aquel que quisiera venir. Había vino en pipas para los invitados de categoría, y bastante whisky irlandés como para prender fuego a una ciudad entera, y, para los niños y los sirvientes como yo, cerveza y sidra suficientes para poner a flote toda una armada. Esto duró casi un mes, hasta que el tiempo cambió y la lluvia echó a perder el césped donde se celebraban las gigas matinales, y la llegada de la feria de Allybally Killudeen les obligó a abandonar sus diversiones y atender a los cerdos.

»Pero sir Dominick solamente estaba empezando cuando ellos se marcharon. No hubo forma de deshacerse de su dinero y de sus posesiones que él no probara: entre la bebida, el juego de dados, las carreras de caballos, los naipes y todas esas cosas, no pasaron muchos años sin que sus propiedades contrajeran grandes deudas y sir Dominick se viera en apuros. Mientras pudo, mostró al mundo una apariencia

resuelta. Luego vendió sus perros y la mayor parte de sus caballos, y anunció que sé iba de viaje a Francia, y cosas por el estilo. Y se fue de aquí por algún tiempo, y durante dos o tres años nadie oyó por estos parajes noticias o habladurías acerca de él. Hasta que, por fin, una noche, sin que nadie se lo esperase, se oyeron unos golpes en la ventana de la cocina. Eran más de las diez, y el anciano mayordomo Connor Hanlon, mi abuelo, estaba sentado frente al fuego, calentándose las espinillas. Esa noche soplaba en las montañas un fuerte viento del este, que silbaba entre las copas de los árboles y resonaba a través de las largas chimeneas.

(El narrador miró el cañón más cercano, visible desde su asiento.)

»Mi abuelo —prosiguió— no estaba completamente seguro de los golpes en la ventana, pero se levantó. Entonces vio el rostro de su amo.

»Se alegró de verle sano y salvo, pues había pasado mucho tiempo sin tener noticias de él. Pero también lo sintió, pues el lugar estaba muy cambiado y sólo él y el viejo Juggy Broadrick estaban a cargo de la casa, más un hombre en los establos. Daba pena verle regresar a sus posesiones en estas circunstancias.

»Estrechó la mano de Con y le dijo:

»—He venido a decirte algo. Dejé mi caballo en el establo, al cuidado de Dick; puedo necesitarlo de nuevo antes de mañana, o tal vez nunca lo necesite.

»Después de decir esto, entró en la cocina, cogió un taburete y se sentó a calentarse al fuego.

»—Connor, siéntate frente a mí, y escucha lo que voy a contarte; no temas decirme lo que piensas.

»Habló todo el tiempo sin dejar de mirar al fuego, con las manos extendidas hacia él, y parecía cansado.

»—¿Por qué había de tener miedo, señor Dominick? —dijo mi abuelo—. Usted ha sido un buen amo para mí, y lo mismo su padre, que en paz descanse. Le diré la verdad y desafiaré al diablo; haría eso por cualquier Sarsfield de Dunoran, y más todavía por usted, tengo mis buenas razones.

»—¡Estoy perdido, Con! —dijo sir Dominick.

»—¡Dios no lo quiera! —contestó mi abuelo.

»—Ya no lo puedo evitar —dijo sir Dominick—. Mi última guinea se ha esfumado, y la vieja mansión la seguirá. Debo venderla y, no sé por qué, he venido aquí como un fantasma a echar una última ojeada antes de volver de nuevo a las sombras.

»Después le dijo a mi abuelo que, si se enteraba de su muerte, se asegurara de entregar a su primo Pat Sarsfield, de Dublín, el cofre de roble que había en su gabinete privado, así como la espada y la pistola que su abuelo había llevado en Aughrim, y dos o tres insignificancias por el estilo.

»Y le dijo:

»—Con, se dice que si el diablo te entrega dinero de noche, no encontrarás por la mañana más que un montón de guijarros, astillas y cáscaras de nuez. Pero aunque

pensara que no juega limpio, estaría dispuesto a hacer un trato con él esta misma noche.

»—¡El Señor no lo permita! —dijo mi abuelo, levantándose de golpe y santiguándose.

»—Se dice que el país está lleno de hombres que reclutan soldados para el rey de Francia. Si tropiezo con alguno de ellos, no debería rehusar su ofrecimiento. ¡Qué diferentes son las cosas ahora! ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que el capitán Waller y yo nos batimos por la joya en New Castle?

»—Seis años, señor Dominick, y usted le rompió el fémur de un balazo al primer disparo.

»—Así fue, Con —dijo—, y en vez de eso desearía que él me hubiese atravesado el corazón a mí. ¿Hay whisky en la casa?

»Mi abuelo sacó whisky de la alacena, y el amo se sirvió un poco en la copa y bebió.

»—Voy a salir a echarle una ojeada a mi caballo —dijo, poniéndose en pie. Mientras cogía la capa de montar, había temor en sus ojos, como si sus pensamientos ocultaran algo perverso.

»—No me llevaría apenas tiempo ir yo mismo al establo y echarle una ojeada a su caballo —dijo mi abuelo.

»—No voy a ir al establo —dijo sir Dominick—. Más vale que te lo cuente, pues me figuro que ya te has enterado de todo. Voy a atravesar el parque de los ciervos; si regreso, nos volveremos a ver dentro de una hora. Pero, de cualquier forma, es mejor que no me sigas, pues si lo haces te dispararé, lo que constituiría un fatal desenlace para nuestra amistad.

»Y dicho esto, bajó al corredor en donde ahora nos encontramos, abrió la puerta que hay al final del mismo, y salió al exterior. Había luna y el viento era helado. Mi abuelo le vio correr hacia la tapia del parque; luego entró y cerró la puerta, presa de una gran aflicción.

»Cuando llegó al centro del parque de los ciervos, sir Dominick se paró a pensar, pues al abandonar la casa no había tomado una decisión todavía, y el whisky no le había aclarado las ideas, solamente le había dado valor.

»No sentía el viento helado, ni tenía miedo a la muerte, ni pensaba en otra cosa que no fuera la vergüenza y el declive de su antigua familia.

»Y decidió que, si no le ocurría nada mejor, tan pronto como llegara a Murroa Wood se ahorcaría con su corbata de una rama de uno de los robles.

»Era una noche muy clara; de vez en cuando alguna nube cubría la luna; pero, aparte de eso, había casi tanta claridad como de día.

»Sir Dominick fue derecho al bosque de Murroa. Cada paso que daba le parecía tres veces más largo, y en muy poco tiempo se encontró frente a los gigantescos robles cuyas raíces se entrelazaban, y cuyas ramas se extendían por encima de la cabeza como las vigas de un tejado sin cubrir, brillando a través de ellas la luna, y

proyectando sus tupidas y deformadas sombras sobre el terreno, tan negro como mis zapatos.

»Para entonces se había calmado un poco y había aflojado la marcha, pensando que sería preferible alistarse en el ejército del rey francés y probar fortuna, pues sabía que un hombre podía quitarse la vida en cualquier momento, mas le desconcertaría la posibilidad de volver a atentar contra ella cada vez que quisiera.

»Nada más tomar la decisión de no suicidarse, oyó pasos resonando por la tierra firme, bajo los árboles, y en seguida vio ante él a un distinguido caballero que salía a su encuentro.

»Era un joven apuesto como él mismo, que llevaba un sombrero de tres picos con una cinta dorada alrededor, como la que llevan los policías en sus capotes, y el mismo uniforme que los oficiales franceses usaban en aquellos tiempos.

»El caballero se detuvo frente a sir Dominick y éste hizo otro tanto.

»Los dos caballeros se descubrieron uno ante el otro, y el desconocido inició la conversación.

»—Estoy reclutando gente —dijo— para mi soberano y, como podrás comprobar, mi dinero no se convierte en guijarros, astillas y cáscaras de nuez de la noche a la mañana.

»Al mismo tiempo sacó una gran bolsa repleta de oro.

»En el momento en que alcanzó a ver al caballero, sir Dominick formó su propia opinión acerca de él. Y al oír aquellas palabras sintió que se le erizaba el cabello.

»—No temas —dijo—, el dinero no te quemará. Si se confirma que es oro genuino, y estás de acuerdo, estoy dispuesto a hacer un trato contigo. Será el último día de febrero. Me pondré a tu servicio durante siete días y al final de este plazo tú me servirás a mí. Vendré a buscarte cuando hayan pasado los siete días y el reloj señale el paso de febrero a marzo. El primer día de marzo te vendrás conmigo, o nunca más habrá trato. Comprobarás que no soy peor amo que criado. Tengo mis propios gustos y dispongo de todos los placeres y bellezas de este mundo. El trato es válido desde este momento hasta la medianoche del último día mencionado del año… —le dijo el año, era fácil de calcular, pero lo olvidé—. Y si prefieres esperar —añadió— ocho meses y veintiocho días antes de firmar el pacto por escrito, puedes hacerlo, siempre que te reúnas aquí conmigo. Pero entre tanto no puedo hacer mucho por ti. Y si no lo firmas entonces, todo lo que obtengas de mí hasta ese momento se esfumará y volverás a tu situación de esta noche, dispuesto a colgarte del primer árbol que encuentres.

»Cuando todo acabó, sir Dominick prefirió esperar y regresó a la mansión con una gran bolsa llena de dinero, casi tan rotunda como su sombrero.

»Mi abuelo se alegró, no le quepa a usted la menor duda, al ver regresar tan pronto al amo, sano y salvo. El caballero se encerró de un portazo en la cocina y arrojó sobre la mesa la bolsa de dinero. Se mantuvo erguido y alzó sus hombros como si se quitara un peso de encima. Mientras contemplaba la bolsa, mi abuelo le miró,

ora a él, ora a aquélla, y viceversa. Sir Dominick estaba blanco como el papel.

»—No sé, Con, lo que hay dentro —dijo—. Es la carga más pesada que he llevado en toda mi vida.

»No parecía atreverse a abrir la bolsa. En su lugar, ordenó a mi abuelo que preparara un formidable fuego de turba y leña. Después, la abrió por fin y efectivamente estaba llena de guineas de oro, tan brillantes y nuevas como si las acabaran de acuñar en ese mismo momento.

»Sir Dominick dispuso que mi abuelo se sentara al alcance de su mano mientras él contaba las guineas de la bolsa.

»Cuando terminó de contar, estaba ya a punto de amanecer. Sir Dominick le pidió a mi abuelo que jurara no decir una sola palabra del asunto. Y el secreto se mantuvo durante mucho tiempo después.

»Cuando casi habían pasado los ocho meses y veintiocho días, sir Dominick volvió a la casa muy preocupado, dudando sobre lo que debería hacer. Nadie se había enterado del asunto salvo mi abuelo, que en realidad no sabía ni la mitad de lo que había ocurrido.

»Mientras llegaba el día señalado, a finales de octubre, sir Dominick estaba cada vez más preocupado.

»En una ocasión decidió no hablar más del asunto, ni de las personas con las que se encontró en el bosque de Murroa. Más tarde, al pensar en sus deudas, su ánimo desfalleció, no sabiendo qué hacer. Tan sólo una semana después del día señalado, todo empezó a irle mal. Un hombre le escribió desde Londres reclamándole que se había equivocado de acreedor al pagar sus tres mil libras y por tanto debía volver a pagarlas. Otro le exigía una deuda de la que nunca había tenido noticias. Y un tercero, de Dublín, se negaba a pagar una enorme factura de la que sir Dominick no podía encontrar el recibo por ninguna parte. Y así sucesivamente, con otras cincuenta cosas igual de desagradables.

»Cuando llegó la noche del veintiocho de octubre, estaba a punto de perder el juicio a causa de las demandas que por todas partes arreciaban contra él. Para enfrentarse a ellas no contaba más que con la ayuda del espantoso amigo del que tuvo que fiarse aquella noche en el bosque de robles de allá abajo.

»Así es que no tuvo más remedio que concluir el asunto que había iniciado y, sobre la misma hora en que fue allá por última vez, se desprendió del pequeño crucifijo que llevaba alrededor del cuello, pues era católico y tenía su biblia y su fragmento de la verdadera cruz, que guardaba en un cofre, ya que desde que aceptó dinero del Maligno su espanto iba en aumento y había buscado todo cuanto pudiera protegerle del poder del diablo. Pero esa noche, desesperado, no se atrevía a llevarlos consigo. Así es que se los entregó en mano a mi abuelo, sin decir palabra pero más blanco que el papel. Luego cogió su sombrero y su espada y, pidiéndole a mi abuelo que se los guardara, se marchó a ver qué sacaba en limpio.

»Hacía una noche tranquila y la luna, aunque no tan resplandeciente como la

primera vez, brillaba sobre los brezos y las rocas, y más abajo en el solitario bosque de robles.

»Según se acercaba a él, su corazón latía intensamente. No se oía ni un ruido, ni siquiera el lejano ladrido de algún perro de la aldea. No existía lugar más solitario en muchas millas a la redonda, y, si no fuera por sus deudas y sus pérdidas, que casi le estaban volviendo loco, sir Dominick habría regresado, a pesar de los temores por su alma y sus esperanzas en el paraíso, y todo lo que su ángel de la guarda le susurraba al oído; y, llamando a su clérigo, se habría confesado y habría cumplido la penitencia impuesta; y en adelante cambiaría de costumbres y llevaría una vida mejor, pues estaba muy asustado del trato que había hecho.

»Despacio y en silencio, sir Dominick siguió avanzando hasta encontrarse una vez más bajo las enormes ramas de los robles. Cuando penetró un poco en el bosque, se detuvo cerca de donde la otra vez encontró al espíritu maligno y miró en torno suyo. Sentía en cada uno de sus miembros un frío mortal, y le aseguro que no se sintió mucho mejor cuando vio aparecer al mismo hombre detrás de un árbol que tenía casi al alcance de la mano.

»—Habrás comprobado que el dinero que te di es bueno —dijo— aunque insuficiente. No importa, tendrás bastante e incluso ahorrarás. Me ocuparé de tu suerte y te daré una muestra cada vez que pueda serte útil. Cuando quieras verme, no tienes más que venir aquí y recordar mi rostro y desear mi presencia. Al final del año no deberás ni un chelín, y nunca te faltará el naipe adecuado, el lance más certero, o el caballo ganador. ¿Te place?

»Al joven caballero le temblaba la voz y se le había erizado el cabello, pero pronunció una o dos palabras para indicar que estaba de acuerdo. Dicho eso, el Maligno le pasó una aguja y le ordenó que le entregara tres gotas de sangre de su brazo. Las recogió en la cáscara de una bellota y le dio una pluma, rogándole que escribiera con ella las palabras que él repetía, y que sir Dominick no entendía, en dos finos trozos de pergamino. Se quedó con uno de ellos y el otro lo acercó al brazo de sir Dominick, en el mismo lugar donde se había extraído la sangre, y lo frotó contra la herida. ¡Y eso es tan cierto como que usted está ahora aquí sentado!

»Sir Dominick regresó a casa. Estaba aterrorizado, y no era para menos. Pero al poco tiempo empezó a tranquilizarse. De todos modos, muy pronto se vio libre de deudas; el dinero le llovía de todas partes, haciéndole cada vez más rico; cualquier asunto que llevara entre manos prosperaba; aunque nunca apostaba ni jugaba a las cartas, ganaba; y, con todo, no había un solo indigente en toda la propiedad que no fuera más feliz que sir Dominick.

»Así es que volvió a adoptar sus antiguas costumbres, pues cuando hay dinero vuelve a haber de todo. La formidable mansión volvió a llenarse de perros y caballos, vino en abundancia, estupendas reuniones y grandes fiestas y diversiones. Alguien mencionó que sir Dominick pensaba contraer matrimonio, aunque muchos otros lo negaron. Pero, de cualquier forma, había algo que le preocupaba más de lo corriente,

y así, una noche, sin que nadie lo supiera, se marchó al solitario bosque de robles. Tal vez hubiera algo —pensaba mi abuelo— que le preocupara en relación con una joven y bella dama, de la que estaba celoso y locamente enamorado. Pero no era más que una conjetura.

»Cuando sir Dominick penetró esta vez en el bosque, su temor fue en aumento más que nunca. Estaba a punto de volverse y abandonar el lugar, cuando vio, cerca de él, al caballero sentado en una piedra enorme bajo uno de los árboles. En lugar del aspecto de joven y elegante caballero, de galones dorados y espléndidas vestiduras, con que se le había aparecido la otra vez, ahora vestía harapos, su tamaño parecía ser el doble, su rostro estaba tiznado de hollín, y sostenía entre las rodillas un enorme y mortífero martillo de acero, tan pesado como cincuenta, con un mango de una yarda de largo. Había tanta oscuridad debajo del árbol, que durante algún tiempo no le pudo ver con claridad.

»Al levantarse parecía espantosamente alto. Lo que ocurrió entre ellos en aquella conversación nunca lo supo mi abuelo. Pero a partir de entonces el humor de sir Dominick cambió; ya no reía por nada y casi no hablaba con nadie. Lo único evidente era que cada vez se encontraba peor y más sombrío. Y fuera lo que fuese, aquella cosa se presentaba ante él espontáneamente, quisiéralo o no; a veces en una forma, a veces en otra, pero siempre en lugares solitarios; y en ocasiones le acompañaba cuando cabalgaba solo hacia casa por las noches. Hasta que, por fin, se desanimó y llamó a un sacerdote.

»El sacerdote estuvo mucho tiempo con él, y, cuando oyó toda la historia, mandó buscar al obispo. Al día siguiente llegó el obispo, dándole a sir Dominick un buen consejo. Le dijo que debía dejar de jugar a los dados, de jurar y de beber, y abandonar las malas compañías, y llevar una vida virtuosa y sensata hasta que pasaran siete años del pacto; y que, si el diablo no venía por él al sonar las doce la primera mañana del mes de marzo, podía estar seguro de haberse librado del trato. No quedaban más que ocho o diez meses para que se cumplieran los siete años, y sir Dominick vivió todo ese tiempo, según el consejo del obispo, con el mismo rigor que si estuviera “recluido”.

»Puede usted suponer que se sentía bastante mal cuando llegó la mañana del veintiocho de febrero.

»El sacerdote acudió a su cita, y sir Dominick y su reverencia estuvieron juntos en la habitación que ve usted allí, y juntos elevaron sus preces hasta que sonaron las doce. Más de una hora después, no había ni rastro de perturbaciones, ni nadie se les había acercado. El sacerdote pasó aquella noche en esta casa, en la habitación contigua a la de sir Dominick, y todo transcurrió lo más agradablemente posible. Cuando acabó la noche, ambos se dieron la mano y se besaron como dos camaradas después de haber ganado una batalla.

»Así es que sir Dominick, después de tanto encierro y tantas oraciones, pensó que también podría pasar una agradable velada. Envió invitaciones a media docena de

caballeros de la vecindad para cenar con él, y su reverencia se quedó también. Tomaron un estupendo tazón de ponche y vino sin parar, y hubo juramentos, dados, naipes, guineas cambiando de mano, canciones y cuentos que a nadie sentaría bien escuchar. El sacerdote se escabulló al ver el rumbo que estaban tomando los acontecimientos, y poco antes de que sonaran las doce, sir Dominick, sentado a la cabecera de la mesa, juró que "éste es el mejor primero de marzo que he pasado en compañía de mis amigos".

»—Hoy no es primero de marzo —dijo el señor Hiffernan de Ballyvoreen. Era un erudito y siempre tenía un almanaque al alcance de la mano.

»—¿Qué día es, pues? —dijo sir Dominick, levantándose de golpe y dejando caer el cucharón en el tazón, mirándole de arriba abajo como si fuera un monstruo de dos cabezas.

»—Es veintinueve de febrero; estamos en un año bisiesto —dijo. Y mientras hablaban sonaron las doce. Mi abuelo, que estaba medio adormecido en una silla junto al fuego, abrió los ojos y vio a un tipo bajo y fornido, con una capa encima y largos cabellos negros que le sobresalían por debajo del sombrero, de pie allí mismo, donde puede usted ver un poco de luz iluminando la pared.

(Mi amigo el jorobado me señaló con su bastón una pequeña mancha de luz roja crepuscular que disipaba las profundas sombras del paraje.)

»—Dile a tu amo —dijo con voz espantosa, parecida al gruñido de una bestia— que he acudido a nuestra cita, y que le espero abajo ahora mismo.

»Mi abuelo subió por esos mismos escalones en los que está usted sentado ahora.

»—Dile que no puedo bajar todavía —dijo sir Dominick, volviendo a la habitación con sus invitados.

»—Por el amor de Dios, caballeros —les dijo con el rostro empapado de sudor frío—, ¿querría alguno de ustedes saltar por la ventana y traer aquí al sacerdote?

»Se miraron unos a otros y nadie sabía qué hacer. Entre tanto mi abuelo subió otra vez y dijo temblando:

»—Señor, dice que si usted no baja, subirá él.

»—No lo entiendo, caballeros, veré qué significa todo esto —dijo sir Dominick, tratando de poner buena cara, y abandonó la habitación como un hombre que se abre paso entre una multitud sabiendo que al final le espera la horca. Bajó las escaleras, y dos o tres caballeros se asomaron a la barandilla para verle. Mi abuelo, que caminaba seis u ocho pasos delante de él, vio cómo el desconocido se adelantó a recibir a sir Dominick, le abrazó y le puso cara a la pared. A todo esto, la puerta de la sala se abrió de golpe, las velas se apagaron y, a causa del viento, las cenizas de la chimenea se esparcieron por el suelo y se amontonaron a sus pies.

»Los caballeros bajaron corriendo. La puerta de la sala seguía golpeando. Algunos subieron apresuradamente y otros bajaron con velas. Todo se había terminado para sir Dominick. Levantaron el cuerpo y lo colocaron de espaldas contra la pared; pero no quedaba en él ni un soplo de vida. Estaba ya frío y rígido.

»Aquella noche Pat Donovan subía tarde a la mansión. Después de atravesar en su carruaje el pequeño arroyo en dirección a la casa, a unos cincuenta pasos más allá, su perro, que iba al lado, se volvió de repente, saltó la tapia, y lanzó un aullido que se oyó en una milla a la redonda. Al instante pasaron de largo dos hombres que venían en silencio de la casa, uno de ellos bajo y fornido, y el otro, en todo semejante a sir Dominick. Pero había escasa luz bajo los árboles donde se encontraba, y únicamente le parecieron sombras. Al pasar a su lado no pudo oír el ruido de sus pasos, por lo que retrocedió hasta la tapia asustado. Cuando llegó a la casa la encontró en desorden, y el cuerpo del amo, con la cabeza hecha pedazos, yacía exactamente en *aquel lugar*.

El narrador se puso en pie y señaló con la puntera de su bastón el emplazamiento exacto del cuerpo. Al mirar yo, la sombra se intensificó y la mancha roja desapareció de la pared. El sol se acababa de poner por detrás de la lejana colina de New Castle, dejando la encantada escena a oscuras.

El narrador y yo partimos, no sin antes desearnos mutuamente nuestros mejores votos, y que yo le diera un «consejo» que no parecía inoportuno.

Había anochecido y la luna estaba en lo alto. Cuando llegué a la aldea, volví a montar mi caballo y contemplé por última vez el escenario de la terrible leyenda de Dunoran.

Rudyard Kipling

EL «RICKSHAW» FANTASMA

(The Phantom Rickshaw, 1888)

Dentro de la vasta obra narrativa de Joseph Rudyard Kipling (1865-1956), ampliamente difundida a raíz de que se le concediera el Premio Nobel en 1907, probablemente lo mejor resida en sus numerosos cuentos, entre los que no faltan algunos del género espectral, de tanta tradición en las islas británicas. Casi todos ellos formaron parte de la serie de cuentos primerizos acerca de la vida y costumbres de la India, que escribió en sus años mozos de aprendizaje literario a su regreso al país que le vio nacer. Lo fantástico surge en ellos del enfrentamiento de dos mundos tan opuestos y de tradiciones y presupuestos éticos tan diferentes: lo que Louis Vax llama «culminación natural de una tensión insoportable».

«El "rickshaw" fantasma», incluido por vez primera en la colección de relatos «Wee Willie Winkie», combina astutamente el cuento de fantasmas Victoriano con el relato psicológico moderno. La acertada síntesis de pasado y futuro es lo que le confiere al cuento, pese a los «omnipresentes manierismos» que Lovecraft le recrimina sin menoscabo de su maestría, ese tono tan convincente que bascula sutilmente entre la interpretación patológica (alucinaciones y obsesiones de un maníaco) y la meramente fantástica. El fantasma que en él nos propone Kipling es bien diferente de los habituales. No solamente se aparece a plena luz del día, con total desprecio a todas las normas clásicas, sino que presenta un aspecto insólito: es el espectro recompuesto de un objeto destrozado, mucho más terrorífico e inquietante que cualquier otra aparición humana a la que estábamos acostumbrados.

EL «RICKSHAW» FANTASMA[25]

Que las pesadillas no perturben mi sueño
Ni me moleste el Poder de las Tinieblas.
«Himno de vísperas»

UNA de las pocas ventajas de la India sobre Inglaterra es la gran facilidad que se tiene para conocer gente. Al cabo de cinco años de servicio todo el mundo mantiene relaciones directas o indirectas con doscientos o trescientos civiles de la propia provincia, con la oficialidad de diez o doce regimientos y baterías, y con otras mil quinientas personas que no pertenecen a la casta oficial. Al cabo de diez años se trata al doble de personas, y al cabo de veinte se conoce o se sabe algo acerca de todos los ingleses del Imperio y cualquier persona en esa situación puede viajar por todas partes sin pagar facturas de hotel.

Los trotamundos que consideran la hospitalidad como un derecho inalienable han conseguido embotar, incluso durante los años que abarca mi memoria, esa generosidad, pero, a pesar de todo, hoy en día, quien pertenezca al círculo íntimo y no sea ni un atrabiliario ni una oveja negra, tiene abiertas todas las puertas y nuestro pequeño mundo se muestra con él cordial y acogedor.

Rickett de Jamartha se alojó en casa de Polder de Jumaon hace unos quince años. Su intención era pasar dos noches, pero tuvo un ataque de fiebres reumáticas y durante seis semanas desorganizó la servidumbre de Polder, interrumpió su trabajo y casi se murió en su dormitorio. En la actualidad Polder se comporta como si estuviera en deuda con Rickett para toda la eternidad y todos los años manda a sus hijos una caja de regalos y juguetes. En todas partes sucede lo mismo. Los hombres que no se molestan en ocultar la consideración de borrico incompetente que les mereces y las mujeres que te ponen de vuelta y media e interpretan mal los entretenimientos de tu mujer trabajarán por ti hasta caer exhaustos si enfermas o tienes dificultades graves.

Heatherlegh, el médico, atendía, además de su consultorio habitual, una especie de hospital privado: sus amigos lo describían como un refugio hecho con cajas sueltas y destinado a Incurables, pero en realidad se trataba de un taller de reparación para embarcaciones dañadas por el temporal. En la India el tiempo es con frecuencia sofocante, y dado que el número de ladrillos es siempre el mismo[26], y que la única libertad que se permite es la de hacer horas extraordinarias sin que nadie lo agradezca, a veces los hombres se derrumban y son presa de una confusión comparable con la de las metáforas de este párrafo.

Heatherlegh es el médico más encantador que ha existido nunca, y la receta invariable para todos sus pacientes es: «Estáte quieto, camina despacio y no te

excites». Asegura que mueren más hombres por exceso de trabajo de lo que justifica la importancia de este mundo. Heatherlegh sostiene que el exceso de trabajo acabó con Pansay, que murió cuando era paciente suyo hace aproximadamente tres años, y tiene derecho, como es lógico, a hablar con autoridad y a reírse de mi teoría, según la cual Pansay tenía una grieta en la cabeza y por ahí se le metió un poquito del Mundo de las Sombras y lo empujó a la muerte. «Pansay perdió el control» dice Heatherlegh, «después del estímulo que le supusieron unas largas vacaciones en Inglaterra. Quizá se portó como un canalla con la señora Keith-Wessington, no lo sé. Mi idea es que el trabajo relacionado con el Acuerdo Katabundi le agotó, y que se dedicó a dar vueltas a las cosas y concedió demasiada importancia a un ordinario coqueteo a bordo de un barco. Es cierto que estaba prometido con la señorita Mannering e igualmente cierto que ella rompió el compromiso. A continuación tuvo un enfriamiento que le produjo fiebre y a partir de ahí se desarrollaron todas esas tonterías acerca de fantasmas. El exceso de trabajo inició la enfermedad, la mantuvo en marcha y acabó matándole, pobre diablo. Apúntaselo al sistema que utiliza a un hombre para hacer el trabajo de dos y medio».

Yo no acepto la teoría de Heatherlegh. Debo explicar que a veces, cuando estaba lo bastante cerca para que pudieran llamarme, hacía compañía a Pansay si el médico tenía que marcharse a ver a algún enfermo. Y aquel hombre conseguía entristecerme a conciencia describiendo, en voz baja y tranquila, la procesión que pasaba constantemente por el pie de su cama. Tenía un dominio del lenguaje característico de los enfermos. Cuando se puso mejor le aconsejé que escribiera todo el asunto de cabo a rabo, sabiendo que la tinta serviría para aclararle la mente.

Tenía fiebre alta mientras escribía, y el estilo melodramático que adoptó no sirvió para calmarle. Dos meses después lo declararon apto para el servicio, pero, a pesar de que lo necesitaban urgentemente para ayudar a una comisión falta de personal a superar un déficit, prefirió abandonar este mundo, declarando al final que le acosaban las brujas. Conseguí su manuscrito antes de que muriera, y ésta es su versión del asunto, fechada en 1885, exactamente tal como él la escribió:

El médico me dice que necesito descanso y un cambio de aires. Es probable que consiga las dos cosas bastante pronto: el descanso que no interrumpen ni el mensajero de guerrera roja ni el cañonazo del mediodía, y un cambio de aires más definitivo que el que pueda proporcionarme cualquier vapor con rumbo a Inglaterra. Mientras tanto estoy decidido a seguir donde me encuentro y, en claro desafío a las órdenes del médico, sincerarme con todo el mundo. Podrán ustedes saber por sí mismos la naturaleza exacta de mi enfermedad y también podrán juzgar sobre si, en este triste mundo, se ha atormentado nunca a algún hombre nacido de mujer más que a mí.

Hablando ya como pueda hacerlo un criminal sentenciado antes de que el suelo del patíbulo ceda bajo sus pies, diré que mi historia, por extraña y monstruosamente improbable que pueda parecer, exige por lo menos atención. No creo en absoluto que llegue alguna vez a dársele crédito. Hace dos meses yo mismo habría rechazado

como loco o borracho al hombre que se hubiera atrevido a contarme algo parecido. Hace dos meses yo era el hombre más feliz de la India. Hoy no existe otro más desgraciado desde Peshawar hasta la costa. Mi médico y yo somos los únicos que sabemos lo que ha sucedido. Su explicación es que mi cerebro, mi digestión y mi vista se hallan todos ligeramente afectados, y son la causa de mis frecuentes y persistentes «alucinaciones». ¡Menudas alucinaciones! Yo le llamo estúpido, pero él me sigue atendiendo con la misma sonrisa infatigable, la misma amabilidad profesional, las mismas patillas pelirrojas cuidadosamente recortadas, hasta que empiezo a sospechar que soy un enfermo desagradecido y con muy mal genio. Pero ustedes mismos podrán sacar sus conclusiones.

Hace tres años tuve la suerte —la mala suerte— de viajar en barco desde Gravesend hasta Bombay, de regreso de un largo permiso, con una tal Agnes Keith Wessington, esposa de un oficial destinado en la zona de Bombay. No necesitan ustedes especial información sobre qué clase de mujer era. Les bastará saber que, antes de la conclusión del viaje, estábamos desesperada y locamente enamorados. Bien sabe Dios que ahora me hallo en condiciones de reconocerlo sin el más mínimo asomo de vanidad. En cuestiones de este tipo siempre hay uno que da y otro que recibe. Desde el primer día de nuestra malhadada relación, supe que la pasión de Agnes era un sentimiento más fuerte, más dominante y —si se me permite utilizar la expresión— más puro que el mío. No sé si ella advirtió por entonces este extremo. Más adelante tan amarga evidencia se nos impuso a ambos.

Al llegar a Bombay en primavera se separaron nuestros caminos, y tuvieron que transcurrir tres o cuatro meses para que volviéramos a encontrarnos, cuando mi permiso y su amor nos llevaron a los dos a Simla. Allí pasamos juntos la estación; y allí mi fuego de paja se consumió hasta extinguirse sin pena ni gloria a medida que el año tocaba a su fin. No pretendo excusarme ni disculparme. La señora Wessington había renunciado a mucho por mí y se hallaba dispuesta a renunciar a todo. En agosto de 1882 supo de mis labios que estaba harto de su presencia, que me aburría su compañía y que el sonido de su voz me resultaba odioso. Noventa y nueve mujeres de cada cien se habrían cansado de mí al mismo tiempo que yo me cansaba de ellas; setenta y cinco se habrían vengado en seguida mediante activos y llamativos coqueteos con otros hombres. Pero la señora Wessington fue la excepción. Ni mi aversión abiertamente manifestada ni las hirientes crueldades con que adorné nuestras entrevistas tuvieron el menor efecto sobre ella.

—¡Jack, cariño! —era su eterna exclamación de reloj de cuco—. Estoy segura de que todo esto es un error…, un espantoso error; y volveremos a ser buenos amigos algún día. *Por favor*, cariño, perdóname.

Yo era el ofensor y lo sabía bien. Ese conocimiento transformó mi compasión en resistencia pasiva primero y, a la larga, en odio despiadado: el mismo instinto, supongo, que lleva a una persona a aplastar salvajemente a una araña a la que ha dejado ya medio muerta. Y con este odio en mi pecho llegó a su fin el verano de

1882.

Al año siguiente nos encontramos de nuevo en Simla: ella con la misma monótona expresión y los mismos tímidos intentos de reconciliación, y yo aborreciéndola con todas las fibras de mi ser. En varias ocasiones no pude evitar encontrarme a solas con ella, y en cada ocasión sus palabras fueron exactamente las mismas. Siempre la absurda queja de que todo era un «error» y también la esperanza de que volviéramos «a ser amigos». Yo podría haberme dado cuenta, si me hubiese molestado en mirar, que sólo esa esperanza la mantenía con vida. Su palidez y delgadez iban en aumento de mes en mes. Al menos estarán ustedes de acuerdo conmigo en que semejante conducta habría bastado para desesperar a cualquiera. Estaba injustificada; era infantil e impropia de una mujer. Mantengo que en gran parte la culpa era suya. Y sin embargo, a veces, durante las melancólicas vigilias nocturnas en que me domina la fiebre, he empezado a pensar que quizá podría haber sido un poco más amable con ella. Pero eso sí que sería engañarse. No podía seguir fingiendo que la amaba cuando no era cierto, ¿no les parece? Habría sido injusto para los dos.

El año pasado volvimos a vernos…, en los mismos términos que anteriormente. Las mismas enojosas súplicas y las mismas bruscas respuestas de mis labios. Por fin sería capaz de hacerle ver hasta qué punto eran completamente equivocados y vanos sus intentos de reanudar nuestra anterior relación. A medida que avanzaba el verano nos fuimos separando más, quiero decir que a Agnes le resultaba más difícil verme, porque yo tenía otros intereses, más absorbentes, a los que atender. Cuando reflexiono tranquilamente sobre ello en mi habitación de enfermo, el verano de 1884 me parece una confusa pesadilla en la que luz y sombra se mezclaran fantásticamente: mi interés por la pequeña Kitty Mannering; mis esperanzas, dudas y temores; nuestros largos paseos a caballo; mi temblorosa declaración; su respuesta; y de cuando en cuando la visión pasajera de un rostro muy pálido en un *rickshaw* empujado por criados vestidos de blanco y negro que en otro tiempo yo buscaba con tanto interés; el agitarse de la mano enguantada de la señora Wessington; y, cuando se encontraba a solas conmigo, lo que sucedía muy pocas veces, la fastidiosa monotonía de sus súplicas. Yo me había enamorado de Kitty Mannering; la quería de verdad, con todo el corazón, y con mi amor por ella crecía el aborrecimiento que Agnes me inspiraba. En agostó Kitty y yo nos prometimos. Al día siguiente me tropecé con aquellos malditos *jhampanies* con traje de urraca detrás de Jakko y, empujado por un pasajero sentimiento de compasión, me detuve para contárselo todo a la señora Wessington, aunque descubrí que ya estaba enterada.

—He oído que te has prometido, cariño —luego, sin un momento de pausa—, estoy segura de que es todo un error…, un terrible error. Algún día volveremos a ser tan buenos amigos como antes, Jack.

Mi respuesta, que habría hecho palidecer incluso a un hombre, cayó sobre aquella pobre moribunda como un latigazo.

—¡Por favor, Jack, perdóname! No era mi intención molestarte; ¡pero es verdad, es verdad!

Y la señora Wessington se derrumbó por completo. Yo me alejé para permitirle que terminara su paseo en paz, sintiendo, aunque sólo durante breves momentos, que me había comportado como un perfecto canalla. Al mirar atrás vi que Agnes había hecho girar su *rickshaw* en redondo con el propósito, supongo, de alcanzarme.

La escena y el lugar quedaron fotografiados en mi memoria. El cielo barrido por la lluvia (estábamos al final de la estación húmeda), los pinos empapados y sucios, el camino embarrado y las escarpadas colinas hendidas por las explosiones de los barrenos formaban un melancólico fondo sobre el qué los uniformes blancos y negros de los *jhampanies*, el *rickshaw* de color amarillo y la rubia cabeza inclinada hacia delante de la señora Wessington se destacaban con claridad. Agnes llevaba un pañuelo en la mano izquierda y se recostaba, exhausta, en los almohadones del *rickshaw*. Hice girar a mi caballo por un camino cercano al embalse Sanjowlie y, literalmente, salí corriendo. Una vez me pareció que alguien repetía mi nombre débilmente. Pero pudo ser mi imaginación. No me paré a comprobarlo. Diez minutos después me tropecé con Kitty a caballo; y el placer que me produjo dar un largo paseo con ella hizo que olvidara por completo la conversación con Agnes.

Una semana después murió, y el terrible peso de su existencia desapareció de mi vida. Terminadas las vacaciones, volví a mi trabajo habitual completamente feliz. Antes de que transcurrieran tres meses había olvidado todo lo relativo a la señora Wessington, con la excepción de que, a veces, alguna de sus antiguas cartas, encontrada al azar, me recordaba desagradablemente nuestra relación de otros tiempos. Para enero había desenterrado lo que quedaba de nuestra correspondencia entre mis desordenadas pertenencias y lo había quemado. A principios de abril del año en curso, 1885, me hallaba una vez más en Simla —una Simla semidesierta—, entregado por completo a mis conversaciones amorosas y a mis paseos con Kitty. Estaba ya decidido que nos casaríamos a finales de junio. No les sorprenderá a ustedes, enamorado de Kitty como estaba, mi afirmación, nada exagerada, de que, en aquel momento, era el hombre más feliz de la India.

Catorce deliciosos días transcurrieron sin que advirtiera apenas el paso de las horas. Después, al plantearme qué era lo adecuado en el caso de dos personas en nuestra situación, hice ver a Kitty cómo un anillo de compromiso era el signo exterior y visible de su calidad de futura esposa; y también que tenía que presentarse de inmediato en la tienda de Hamilton con el fin de que le tomaran medidas para hacerle uno. Hasta ese momento, les doy mi palabra, nos habíamos olvidado por completo de un asunto tan trivial. De acuerdo con esa decisión nos presentamos en el establecimiento de Hamilton el 15 de abril de 1885. No se olviden de que —a pesar de lo que diga mi médico— yo disfrutaba por entonces de excelente salud, perfecto equilibrio mental y *absoluta* tranquilidad de espíritu. Kitty y yo entramos juntos en la tienda y allí, sin preocuparme por la manera habitual de proceder, le tomé medida a

Kitty para el anillo en presencia del dependiente, divertido con el espectáculo. La sortija tenía un zafiro con dos brillantes. Luego bajamos por la pendiente que lleva al puente Combermere y a la tienda de Peliti.

Mientras mi caballo avanzaba cautelosamente sobre el suelo de trozos de esquisto y Kitty reía y charlaba a mi lado —mientras todo Simla, es decir, las personas que ya habían llegado de la llanura, estaban reunidas en torno a la sala de lectura y el porche de Peliti—, me di cuenta de que alguien, al parecer desde muy lejos, me estaba llamando por mi nombre de pila. Tuve la impresión de que ya había oído antes aquella voz, pero sin precisar de inmediato ni cuándo ni dónde. En el breve espacio de tiempo que tardamos en recorrer el camino desde la tienda de Hamilton hasta el primer travesaño del puente Combermere ya se me había ocurrido el nombre de media docena de personas que podían haber cometido semejante incorrección, terminando por decidir que habría sido un zumbido en mis oídos. Justo enfrente de la tienda de Peliti mi mirada se detuvo sobre cuatro *jhampanies* con uniforme de urracas, tirando de un *rickshaw* amarillo, alquilado por poco precio en el mercado. Al instante mi imaginación volvió al verano anterior y a la señora Wessington con un sentimiento de irritación y desagrado. ¿No bastaba con que aquella mujer estuviera muerta y enterrada, sin que tuvieran que reaparecer sus criados vestidos de blanco y negro para estropear aquel día tan feliz? Pensé en seguida que haría una visita a quien los tuviera ahora a su servicio para pedirle como favor personal que les cambiara el uniforme. Estaba dispuesto a contratarlos yo y, si fuese necesario, a pagarles para que se desprendieran de aquella ropa. Es imposible describir aquí el flujo de desagradables recuerdos que me evocó su presencia.

—Kitty —exclamé—, ¡ya han vuelto a aparecer los *jhampanies* de la pobre señora Wessington! Me pregunto para quién trabajan ahora.

Kitty había tenido algún trato con Agnes el verano anterior y siempre manifestó interés por ella y su precaria salud.

—¿Cómo? ¿Dónde? —preguntó—. No los veo por ninguna parte.

Y mientras hablaba, su caballo, al evitar una mula muy cargada, se colocó delante del *rickshaw* en marcha. Apenas había tenido tiempo de dejar escapar una frase de advertencia cuando, ante mi indecible horror, caballo y amazona *atravesaron* criados y vehículo como si no fuesen más que aire.

—¿Qué sucede? —exclamó Kitty—; ¿por qué me has gritado de esa manera tan absurda, Jack? Aunque esté prometida no quiero que se entere todo el universo. Había muchísimo sitio entre la mula y el porche; y si es que piensas que no sé montar…, ¡mira!

Con lo que la obstinada Kitty, irguiendo mucho la preciosa cabecita, se dirigió al galope hacia el quiosco de música, convencida, como me explicó después, de que la seguiría al instante. ¿Qué era lo que sucedía? Nada, desde luego. Una de dos: yo estaba loco o borracho, o Simla llena de demonios. Tiré de las riendas de mi impaciente jaca y di media vuelta. El *rickshaw* también había girado y lo tenía de

frente a muy poca distancia, junto al pretil izquierdo del puente Combermere.

—¡Jack, Jack, cariño! (Esta vez no hubo posibilidad de error acerca de las palabras: atravesaron mi cerebro como si me las hubieran gritado al oído.) Estoy convencida de que es un terrible error. *Haz el favor* de perdonarme, Jack, y volvamos a ser amigos.

Habían abatido la capota del *rickshaw* y dentro, tan seguro como espero y rezo de día para que llegue la muerte que me espanta por las noches, se hallaba la señora Keith-Wessington, pañuelo en mano y rubia cabeza inclinada sobre el pecho.

Ignoto el tiempo que permanecí inmóvil. Sólo volví de mi abstracción cuando mi criado sujetó al caballo por la brida y me preguntó si estaba enfermo. De lo horrible a lo vulgar no hay más que un paso. Me dejé caer del caballo y corrí, a punto de desmayarme, hasta Peliti para pedir una copa de aguardiente de cerezas. Dentro dos o tres parejas se hallaban reunidas en torno a las mesas de café para comentar las habladurías del momento. Sus frases triviales me resultaron más reconfortantes que los consuelos de la religión. Me incorporé de inmediato a la conversación y parloteé, reí y gasté bromas con un rostro (cuando alcancé a verlo de reojo en el espejo) tan pálido y exangüe como el de un cadáver. Tres o cuatro hombres se dieron cuenta de mi situación y, atribuyéndolo sin duda a los resultados de mis excesos en la bebida, se esforzaron caritativamente por apartarme del resto de los presentes. Pero yo me negué a ello. Quería estar acompañado por personas como yo, como el niño que entra en el comedor donde están cenando las personas mayores después de asustarse en la oscuridad. Debía de llevar hablando unos diez minutos aproximadamente, aunque a mí me pareciera una eternidad, cuando oí en el exterior la cristalina voz de Kitty preguntando por mí. Un minuto después había entrado en la tienda, dispuesta a reñirme por haber faltado tan señaladamente a mis deberes. Algo que vio en mi cara le hizo detenerse.

—Pero, ¡Jack! —exclamó—, ¿qué has estado haciendo? ¿Qué *ha* sucedido? ¿Estás enfermo?

Al facilitarme Kitty la mentira con sus palabras, se me ocurrió decir que el sol había podido conmigo. Eran casi las cinco de una nubosa tarde de abril, y el sol había brillado por su ausencia durante todo el día. Advertí mi error tan pronto como las palabras salieron de mi boca; traté de arreglarlo; volví a meter la pata sin remedio y seguí a Kitty cuando abandonó la tienda enfadadísima, entre las sonrisas de mis conocidos. Di alguna excusa (no recuerdo cuál) pretextando que no me sentía bien, y me dirigí al trote a mi hotel, dejando que Kitty terminara sola el paseo.

Una vez en mi cuarto me senté y traté de pensar con calma. Allí estaba yo, Theobald Jack Pansay, un culto funcionario bengalí en el año de gracia de 1885, presumiblemente cuerdo, sin duda en buen estado de salud, huyendo aterrorizado de la compañía de mi prometida por la aparición de una mujer que llevaba ocho meses muerta y enterrada. Ésos eran los hechos ante los que no cabía cerrar los ojos. Nada más ajeno a mis pensamientos que el recuerdo de la señora Wessington mientras

Kitty y yo salíamos de la tienda de Hamilton. Nada más corriente y vulgar que el trozo de muro frente a Peliti a plena luz del día. La calle, llena de gente; y, sin embargo, fíjense bien, en contra de cualquier ley de probabilidades, en flagrante contradicción con el orden de la naturaleza, se me había aparecido un rostro salido de la tumba.

El caballo árabe de Kitty había *atravesado* el *rickshaw*, de manera que mi primera esperanza de que alguna mujer increíblemente parecida a la señora Wessington hubiera alquilado el vehículo y los criados con sus viejos uniformes se había esfumado. Una y otra vez di vueltas a aquellos pensamientos, para terminar en cada ocasión desconcertado y desesperado. La voz resultaba tan inexplicable como la aparición. En el primer momento tuve la descabellada idea de sincerarme con Kitty; de suplicarle que se casara conmigo inmediatamente, para desafiar entre sus brazos a la fantasmal ocupante del *rickshaw*. «Después de todo», razoné conmigo mismo, «la presencia del *rickshaw* basta para probar que se trata de una ilusión. Es posible ver fantasmas de hombres y mujeres, pero en ningún caso de culis y vehículos. Todo ello era completamente absurdo. ¿Quién había oído hablar nunca del fantasma de un indio de las montañas?

A la mañana siguiente mandé a Kitty una contrita nota suplicándole que perdonara mi extraña conducta de la tarde anterior. Mi Divinidad estaba aún muy enfadada, y tuve que disculparme en persona. Le expliqué, con una soltura nacida de preparar durante toda la noche aquella mentira, que había sido presa repentina de palpitaciones, resultado de una indigestión. Esa solución eminentemente práctica surtió efecto; y Kitty y yo salimos ya aquella tarde a la calle con la sombra de mi primera mentira entre los dos.

Lo único que le apetecía era un paseo a caballo alrededor de Jakko. Como aún tenía los nervios algo alterados, protesté débilmente contra ese proyecto, y sugerí la colina del Observatorio, Jutogh, la carretera Boileaugunge: cualquier cosa excepto el paseo por Jakko. Kitty se enfadó y lo consideró un agravio personal, por lo que cedí ante el temor de provocar un nuevo malentendido, y nos pusimos en camino hacia Chota Simla. Hicimos al paso gran parte del camino y, de acuerdo con nuestra costumbre, galopamos kilómetro y medio por detrás del Convento hasta el trozo de camino llano junto al embalse Sanjowlie. Los malditos caballos parecían volar, y mi corazón latía cada vez más deprisa a medida que ascendíamos. Yo no había hecho más que pensar en la señora Wessington durante toda la tarde y cada centímetro de la carretera de Jakko era testigo de nuestros antiguos paseos y conversaciones. Las rocas estaban llenas de recuerdos; los pinos los cantaban en voz alta por encima de nuestras cabezas; los torrentes alimentados por la lluvia se reían a escondidas de aquella vergonzosa historia; y en mis oídos el viento salmodiaba a voz en grito mis iniquidades.

Como adecuado momento culminante, en medio del llano al que se da el nombre de Ladies’ Mile me esperaba el Horror. No había ningún otro *rickshaw* a la vista —

sólo los cuatro *jhampanies* de negro y blanco, el cochecito amarillo y la rubia cabeza de la mujer que lo ocupaba—, ¡todo aparentemente igual a como los había dejado ocho meses y quince días antes! Por un momento imaginé que Kitty *tenía* que ver lo que yo veía, tan grande era nuestra compenetración en todo. Pero lo que dijo acto seguido me sacó del error:

—¡No se ve un alma! ¡Ven, Jack, vamos a echar una carrera hasta los edificios del embalse!

Su ágil caballo árabe salió disparado, con el mío siguiéndole muy de cerca, y en ese orden descendimos de las colinas. Al cabo de medio minuto nos encontrábamos a cincuenta metros *del rickshaw*. Tiré de las riendas de mi montura y me retrasé un poco. El *rickshaw* estaba exactamente en medio del camino; y una vez más el caballo de Kitty lo atravesó, seguido por el mío.

»—¡Jack, cariño! Perdóname, por favor —la voz llegó hasta mis oídos acompañada de un gemido; luego hizo una pausa y continuó—: ¡Es todo un error, un espantoso error!

Espoleé a mi caballo como un poseso. Cuando volví la cabeza hacia las obras del embalse, los uniformes negros y blancos seguían esperando —pacientemente— bajo la gris ladera, y el viento me trajo un eco burlón de las palabras que acababa de escuchar. Kitty me tomó el pelo por mi silencio durante el resto del paseo, porque hasta entonces había estado hablando por los codos sin ton ni son. Después me hubiera sido imposible charlar con naturalidad, y desde Sanjowlie hasta la iglesia guardé prudentemente silencio.

Aquella noche cenaba con los Mannering, y tenía el tiempo justo para volver a casa y vestirme. De camino hacia Elysium Hill, mientras caía la tarde, escuché por casualidad la conversación de dos individuos.

—Era bien curioso —decía uno— que hubiese desaparecido por completo todo rastro. Ya sabes que mi esposa sentía un afecto desproporcionado por esa mujer (nunca entendí por qué) y quería que le consiguiera su viejo *rickshaw* junto con los criados, costara lo que costase. Un capricho más bien morboso, me parece a mí. ¿Querrás creer que el individuo que se lo alquilaba me ha dicho que los cuatro criados (todos hermanos) murieron del cólera camino de Hardwar, pobres diablos, y que él mismo rompió el *rickshaw*? Me dijo que nunca volvía a usar el *rickshaw* de una *memsahib* muerta. Trae mala suerte. Una idea curiosa, ¿no te parece? ¡Imagínate a la pobrecita señora Wessington trayéndole mala suerte a alguien que no fuese ella misma!

Reí en voz alta al oír aquella última frase; y la carcajada me lastimó mientras salía de mis labios. ¡De manera que *había* fantasmas de *rickshaws* después de todo y empleos fantasmales en el otro mundo! ¿Cuánto pagaba la señora Wessington a sus criados? ¿Cuántas horas trabajaban? ¿Adónde iban?

Y en respuesta visible a mi última pregunta vi aquella Cosa infernal que me bloqueaba el camino en el crepúsculo. Los muertos viajan muy deprisa, y utilizan

atajos que no conocen los criados corrientes. Reí por segunda vez, pero interrumpí la risa bruscamente, porque tuve miedo de estar volviéndome loco. Hasta cierto punto debía estarlo ya, porque recuerdo que detuve el caballo junto al *rickshaw* y di cortésmente las buenas noches a la señora Wessington. Me dio una respuesta que ya conocía demasiado bien. La escuché hasta el final y repliqué que todo aquello ya lo había oído antes, pero que me encantaría oír cualquier otra cosa que tuviera que añadir. Algún espíritu maligno más fuerte que yo debió apoderarse de mí en aquella ocasión, porque tengo un vago recuerdo de que hablé durante cinco minutos de los temas del momento con la Cosa que tenía delante.

—Más loco que una cabra, pobre diablo…, o borracho. Max, trata de conseguir que se vuelva a casa.

¡Sin duda no era aquélla la voz de la señora Wessington! Los dos individuos me habían oído hablar con el vacío y habían vuelto para ocuparse de mí. Se mostraron muy amables y comprensivos y de sus palabras concluí que me juzgaban completamente borracho. Les di las gracias sin saber muy bien lo que decía, me dirigí al galope hacia mi hotel, me vestí para cenar y llegué a casa de los Mannering con diez minutos de retraso. Invoqué la oscuridad de la noche para disculparme y sufrí los reproches de Kitty por aquella tardanza impropia de un enamorado. Acto seguido me senté a la mesa.

La conversación se había generalizado ya y, aprovechándome de ello, estaba obsequiando a mi prometida con algunas frases cariñosas cuando me di cuenta de que al otro extremo de la mesa un individuo de corta estatura y patillas rojas estaba describiendo, con gran lujo de detalles, su encuentro de aquella tarde con un desconocido completamente loco.

Unas cuantas frases bastaron para convencerme de que contaba el incidente por mí protagonizado media hora antes. A mitad de la historia miró a su alrededor en busca de aplauso, como hacen los narradores profesionales, pero se desinfló inmediatamente al tropezarse conmigo. Hubo un momento de embarazoso silencio, y el individuo de las patillas rojas balbució que «había olvidado el resto», sacrificando así una reputación de excelente narrador que había ido consiguiendo a lo largo de seis veranos. Le bendije desde el fondo de mi corazón, y… seguí con el pescado.

A su debido tiempo la cena concluyó; y con auténtico dolor me separé de Kitty, tan seguro de que Aquello me esperaba en la calle como de mi propia existencia. El individuo de patillas pelirrojas, que me había sido presentado como el doctor Heatherlegh de Simla, se ofreció a hacerme compañía mientras siguiéramos el mismo camino y acepté su ofrecimiento con verdadera gratitud.

Mi instinto no me había engañado. El *rickshaw* me esperaba en el Malí y —lo que me pareció una burla demoniaca de nuestras costumbres— con un farol encendido. El individuo de las patillas pelirrojas entró en materia al instante, lo que demostraba que había estado pensando en ello durante toda la cena.

—Dígame, Pansay, ¿qué demonios le pasaba esta tarde en Elysium Road? —lo

repentino de la pregunta me arrancó la respuesta antes de darme cuenta de lo que hacía.

—¡Eso! —dije, señalando al *rickshaw*.

—*Eso* puede ser delírium trémens o pueden ser sus ojos, por lo que a mí se me alcanza. Pero usted no bebe. Eso al menos lo he comprobado durante la cena, de manera que no puede ser delírium trémens. No hay nada en absoluto donde usted señala, aunque sí es cierto que está usted sudando y temblando de miedo como un *pony* asustado. Concluyo, por consiguiente, que se trata de los ojos. Y yo debo estar en condiciones de entender todo lo relacionado con ellos. Venga conmigo a casa, que está en la parte baja de Blessington Road.

Con gran alegría por mi parte, el *rickshaw*, en lugar de esperarnos, mantuvo una ventaja permanente de veinte metros, y ello tanto si íbamos al paso como si trotábamos o llegábamos al medio galope. Y en el curso de aquel largo paseo nocturno le expliqué a mi acompañante casi todo lo que les he contado a ustedes.

—Bueno; me ha echado a perder una de las mejores historias que recuerdo —dijo —, pero se lo perdono por los malos ratos que ha pasado. Ahora venga a mi casa y haga lo que yo le diga; y cuando le haya curado, mi joven amigo, aprenda la lección y manténgase lejos de las mujeres y de los alimentos indigestos hasta el fin de sus días.

El *rickshaw* seguía delante a la misma distancia; y mi amigo de patillas pelirrojas parecía disfrutar mucho al explicarle yo dónde se encontraba en cada momento.

»—Los ojos, Pansay…, todo ojos, cerebro y estómago. Y el más importante de los tres es el estómago. Tiene usted un cerebro demasiado vanidoso, un estómago demasiado pequeño y unos ojos terriblemente enfermos. Ponga su estómago en orden y lo demás vendrá por añadidura. Y todo eso se traduce en francés por píldoras para el hígado. A partir de este momento queda usted bajo mi responsabilidad en cuestiones médicas. Es usted un fenómeno demasiado interesante para dejarlo escapar.

Por entonces estábamos muy metidos en la oscuridad de Blessington Road, y el *rickshaw* se detuvo en seco bajo una escarpadura de esquisto cubierta de pinos que sobresalía por encima del camino. Yo también me detuve, de manera instintiva, explicando la razón. Heatherlegh soltó un juramento.

—Si cree usted que voy a pasar una noche fría en esta ladera por una ilusión del estómago, del cerebro y “del ojo…, ¡cielo santo! ¿Qué es eso?

Oímos un sordo estampido, una cegadora polvareda delante de nosotros, un chasquido, el ruido de ramas desgarradas, y algo así como diez metros de la pared de la escarpadura —pinos, maleza y todo— cayeron sobre el camino, cegándolo por completo. Los árboles desenraizados se balancearon y tambalearon un momento como gigantes borrachos en la oscuridad, y luego se derrumbaron entre sus congéneres con un ruido ensordecedor. Nuestros dos caballos permanecieron inmóviles, sudando de miedo. Tan pronto como disminuyó el ruido de la tierra y de las piedras caídas, mi acompañante murmuró:

—«Hay más cosas en el cielo y en la tierra»… Vamos a casa, Pansay, y demos gracias a Dios. Me hace mucha falta un trago.

Retrocedimos para dar la vuelta por Church Ridge y llegamos a casa del doctor Heatherlegh poco después de medianoche.

Casi inmediatamente puso en marcha mi tratamiento, y por espacio de una semana nunca me perdió de vista. Durante aquellos días fueron muchas las veces en que bendije la buena suerte que me había puesto en contacto con el mejor y más amable médico de Simla. Día a día mi estado de ánimo mejoró y fui serenándome. También día a día fui sintiéndome más inclinado a aceptar la teoría de Heatherlegh sobre la «ilusión espectral», que implicaba a ojos, cerebro y estómago. Escribí a Kitty, diciéndole que una ligera torcedura, consecuencia de una caída del caballo, me obligaba a permanecer en casa unos cuantos días, y que me habría repuesto antes de que tuviera tiempo de lamentar mi ausencia.

El tratamiento de Heatherlegh era simple hasta cierto punto. Consistía en píldoras para el hígado, baños con agua fría y mucho ejercicio, que había de realizar al anochecer y con las primeras luces del día, porque, como él hacía notar prudentemente: «Una persona con una torcedura de tobillo no anda quince kilómetros diarios, y su joven prometida podría extrañarse si le viera».

Al cabo de una semana, después de muchos exámenes de pupilas y pulso y estrictas recomendaciones en cuanto a régimen de alimentos y paseos a pie, Heatherlegh me despidió con la misma brusquedad con que me había tomado a su cargo. Ésta fue su bendición de despedida:

—Doy fe de su curación mental, y eso es lo mismo que decir que he curado casi todos sus trastornos orgánicos. Así que llévese sus cosas de aquí lo antes que pueda y apresúrese a hacerle el amor a la señorita Kitty.

Yo quise expresarle mi agradecimiento por su amabilidad, pero me interrumpió bruscamente.

No crea que he hecho eso porque le tengo aprecio. Deduzco que se ha portado usted cómo un canalla a lo largo de todo este asunto. Pero, de todas formas, es usted un fenómeno, y tan extraño en su calidad de fenómeno como de canalla. ¡No! —deteniéndome por segunda vez—; ni una rupia, por favor. Salga a ver si encuentra esa alucinación relacionada con los ojos, el cerebro y el estómago. Le daré diez mil rupias cada vez que la vea.

Media hora después me hallaba en el salón de los Mannering con Kitty, borracho con el licor de mi nueva felicidad y la seguridad de que nunca más me perturbaría la horrible presencia del *rickshaw*. Convencido de mi fortaleza recién recobrada, propuse que saliéramos inmediatamente de paseo y, a ser posible, por los alrededores de Jakko.

Nunca me había sentido tan bien, tan lleno de vitalidad y de puro y simple vigor como en aquella tarde del 30 de abril. Kitty estaba encantada con mi cambio de aspecto y me felicitó por ello con una franqueza y espontaneidad encantadoras y muy

características de ella. Salimos juntos de casa de los Mannering, charlando y riendo, y, como en los viejos tiempos, recorrimos a medio galope la carretera de Chota Simla.

Yo estaba deseoso de alcanzar el embalse Sanjowlie para dar doble fuerza a mi seguridad. Los caballos se esforzaban al máximo, pero la impaciencia hacía que me pareciesen demasiado lentos. Kitty estaba asombrada ante tanta exuberancia.

—¿Qué te sucede, Jack? —exclamó al fin—. Te comportas como un niño. ¿Qué estás haciendo?

Nos hallábamos inmediatamente debajo del Convento, y por puro entusiasmo hacía que mi caballo diera corvetas y corcovos de un lado a otro del camino al rozarle con la curva de la fusta.

—¿Qué estoy haciendo? —respondí—; nada, cariño. Se trata precisamente de eso. Si durante una semana no hubieras hecho otra cosa que estar tumbada, tendrías tantas ganas de alborotar como yo.

Cantando y murmurando en tu festiva alegría,
gozoso de sentirte vivo;
Dueño de la Naturaleza, Dueño de la Tierra visible,
Dueño de los cinco sentidos.

Apenas había terminado de decir aquellos versos cuando doblamos la esquina del Convento, y unos metros después podía verse ya todo el camino hasta Sanjowlie. A mitad del trecho llano de la carretera se hallaban los uniformes negros y blancos, el *rickshaw* amarillo y la señora Keith Wessington. Tiré de las riendas, miré, me froté los ojos y, según creo, dije algo. No recuerdo nada más hasta que me encontré caído boca abajo en el suelo, con Kitty arrodillada a mi lado y llorando.

—¿Se ha ido? —jadeé, con lo que Kitty redobló sus amargos sollozos.

—¿El qué, cariño? ¿Qué significa todo esto? Tiene que haber un error en algún sitio, Jack. Un terrible error —sus últimas palabras me pusieron en pie…, loco…, loco de atar por el momento.

—Sí, *hay* un error en algún sitio —repetí—, un terrible error. Ven a verlo.

Tengo un confuso recuerdo de que arrastré a Kitty agarrándola por la muñeca hasta donde estaba el *rickshaw* con su ocupante y le imploré por el amor del cielo que hablara con ella; que le dijera que nos habíamos prometido; que ni la Muerte ni el Infierno podían destruir el vínculo que nos unía, y sólo Kitty sabe qué otras muchas cosas parecidas. Una y otra vez supliqué apasionadamente al Horror sentado en el *rickshaw* que diera testimonio de todo lo que yo había dicho y que me librara de una tortura que estaba acabando conmigo. Mientras hablaba supongo que le conté a Kitty mis antiguas relaciones con la señora Wessington, porque vi que escuchaba atentamente, pálida y con ojos encendidos.

—Muchas gracias, señor Pansay —dijo—; eso es más que suficiente. *Syce ghora láo*.

Los criados, tan impasibles como lo son siempre los orientales, se habían acercado después de capturar de nuevo a los caballos; y al saltar Kitty sobre su silla de montar, sujeté la montura por la brida, rogándole que me escuchara hasta el final y me perdonara. La respuesta que recibí fue un golpe de su fusta que me cruzó el rostro desde la boca hasta el ojo, y una palabra o dos de despedida que ni siquiera ahora soy capaz de escribir. De manera que concluí, acertadamente, que Kitty lo sabía todo y volví tambaleándome junto al *rickshaw*. Sangraba por el corte en la cara, y el golpe de la fusta me había producido también una moradura. Había perdido la dignidad. Justo entonces Heatherlegh, que debía seguirnos desde lejos, se acercó al galope.

—Doctor —dije, señalándome la cara—, aquí está la firma de la señorita Mannering a mi orden de licenciamiento, y… le agradeceré el envío de las diez mil rupias lo antes posible y siempre de acuerdo con su conveniencia.

El rostro de Heatherlegh logró hacerme reír a pesar de lo terrible de mi desgracia.

—Estoy dispuesto a arriesgar mi reputación profesional… —empezó.

—No sea estúpido —susurré—. He perdido toda esperanza de felicidad y lo mejor que puede hacer usted es llevarme a casa.

Mientras hablaba el *rickshaw* desapareció. Luego perdí toda conciencia de lo que estaba sucediendo. La cumbre de Jakko pareció levantarse y moverse como una nube y caerme encima.

Siete días después (el 7 de mayo, más exactamente) me encontré tumbado en la habitación de Heatherlegh tan sin fuerzas como un niño de pecho. El doctor me vigilaba atentamente mientras fingía trabajar en su escritorio. Sus primeras palabras no resultaron tranquilizadoras; pero yo estaba demasiado agotado para que me afectaran mucho.

—La señorita Kitty le ha devuelto sus cartas. Ustedes, los jóvenes, se escriben mucho. También tengo aquí un paquete que parece contener un anillo, y se ha recibido una jugosa nota de papá Mannering que me he tomado la libertad de leer y quemar. El buen señor no está muy satisfecho con usted.

—¿Y Kitty? —pregunté con voz apagada.

—Todavía más enfadada que su padre a juzgar por sus palabras. Lo que me hace suponer que debió usted dejar escapar algunos extraños recuerdos momentos antes de que yo los alcanzara. Dice que un hombre que se hubiera comportado como usted lo hizo con la señora Wessington debería quitarse la vida por pura compasión hacia los de su especie. Es una fierecilla impetuosa esa novia suya. También está convencida de que sufría usted de delírium trémens cuando se pelearon en la carretera de Jakko. Dice que prefiere morirse a volverle a hablar.

Dejé escapar un gemido y me volví del otro lado.

—De manera que tiene usted que elegir, amigo mío. Hay que romper el compromiso matrimonial pero los Mannering no quieren ensañarse. ¿Damos como causa el delírium trémens o los ataques epilépticos? Siento no poder ofrecerle una posibilidad mejor, a no ser que prefiera usted la locura hereditaria. Dé su

consentimiento y les diré que se trata de los ataques. Todo Simla está al tanto de la escena en Ladies' Mile. ¡Vamos! Le doy cinco minutos para pensarlo.

Durante esos cinco minutos creo que exploré detenidamente los más espantosos círculos del infierno que se permite recorrer a un hombre mientras está en la tierra. Y al mismo tiempo me contemplé mientras avanzaba titubeando por los oscuros laberintos de la duda, el dolor y la más absoluta desesperación. Me preguntaba, como Heatherlegh debía de preguntárselo, por qué horrible alternativa me decidiría. Al cabo de unos instantes me escuché responder con una voz que apenas reconocí:

—Son condenadamente quisquillosos en cuestiones de moralidad por esta zona. Déles la epilepsia, Heatherlegh, y todo mi cariño. Y ahora déjeme dormir un poco más.

Entonces mis dos mitades se reunieron y fui sólo yo (medio loco y acosado por los demonios) quien dio vueltas en la cama rastreando paso a paso la historia del último mes.

—Pero estoy en Simla —me repetía una y otra vez—. Yo, Jack Pansay, estoy en Simla y aquí no hay fantasmas. Es muy poco razonable por parte de esa mujer fingir que los hay. ¿Por qué no me deja en paz? Nunca le hice el menor daño. Podía haber sido yo exactamente igual que ella. Aunque yo nunca hubiera vuelto aposta para matarla. ¿Por qué no me puede dejar en paz? ¿En paz y feliz?

Eran las doce del mediodía cuando desperté por primera vez; y el sol estaba ya cerca del horizonte cuando volví a dormirme: a dormir como duerme en el potro el criminal torturado, demasiado exhausto ya para seguir sintiendo el dolor.

Al día siguiente no pude levantármele la cama. Heatherlegh me dijo por la mañana que había recibido la respuesta del señor Mannering y que, gracias a sus buenos oficios (los de Heatherlegh), la historia de mi enfermedad se había difundido a todo lo largo y ancho de Simla y todo el mundo me compadecía sinceramente.

—Y eso es más de lo que usted se merece —terminó amablemente—, aunque Dios sabe que ha tenido que soportar pruebas francamente duras. Pero no importa; todavía lograremos curarlo aunque sea usted un fenómeno de especial perversidad.

Me opuse firmemente a ser curado.

—Ya se ha portado usted demasiado bien, amigo mío —le dije—; y no me parece necesario causarle más molestias.

En lo más hondo de mi corazón sabía que nada de lo que Heatherlegh pudiera hacer aligeraría la carga que había caído sobre mis hombros.

Al mismo tiempo que hacía ese descubrimiento me sentí presa de una impotente rebelión sin esperanza contra el exorbitante precio que se me hacía pagar. Había docenas de hombres tan culpables como yo cuyo castigo se reservaba al menos para otro mundo; y me parecía amarga y cruelmente injusto que se me hubiera escogido a mí solo para un destino tan espantoso. Ese estado de ánimo cedía en ocasiones el sitio a otro en el que me parecía que el *rickshaw* y yo éramos las únicas realidades en un mundo de sombras: Kitty era un fantasma; Mannering, Heatherlegh y todos los demás

hombres y mujeres que conocía eran igualmente fantasmas; e incluso las grandes colinas grises no eran más que vanas sombras imaginadas para torturarme. De un estado de ánimo a otro di vueltas en la cama durante una fatigosa semana; mi organismo se recuperaba día a día, hasta que el espejo del dormitorio me dijo que había vuelto a la vida cotidiana y era una vez más como los demás hombres. Sorprendentemente, mi rostro no mostraba señal alguna de los combates que había tenido que librar. Estaba pálido, desde luego, pero tan inexpresivo y vulgar como siempre. Yo esperaba que se produjera alguna alteración permanente, alguna prueba palpable de la enfermedad que me devoraba. Pero no encontré nada.

El 15 de mayo abandoné la casa de Heatherlegh a las once de la mañana; y mi instinto de soltero me llevó al Club. Allí descubrí que todos conocían mi historia tal como el médico la había contado y se mostraban, aunque desmañadamente, anormalmente amables y atentos. Sin embargo, comprendí que para el resto de mi vida me encontraría entre mis compañeros pero sin ser uno de ellos; y envidié con amargura a los culis que reían abajo en la calle. Comí en el Club, y a las cuatro paseé sin rumbo por el Malí con la vaga esperanza de tropezarme con Kitty. Cerca del quiosco de la música los uniformes blancos y negros se reunieron conmigo y oí a mi lado la vieja súplica de la señora Wessington. La había estado esperando desde que saliera a la calle y sólo me sorprendió que tardara tanto en aparecer. El *rickshaw* fantasma y yo recorrimos juntos en silencio la carretera de Chota Simla. Cerca del mercado Kitty y un hombre a caballo nos alcanzaron y adelantaron. A juzgar por la atención que me prestó yo podría haber sido un perro sin amo. Ni siquiera me hizo el cumplido de avivar el paso, aunque podría haber utilizado lo lluvioso de la tarde como excusa.

De manera que Kitty y su acompañante, y yo y mi fantasmal amante nos arrastramos alrededor de Jakko en parejas. El agua formaba arroyos en la carretera; los pinos chorreaban como canalones sobre las rocas de debajo y el aire estaba lleno de una lluvia fina que calaba hasta los huesos. Dos o tres veces me sorprendí diciéndome casi en voz alta: «Soy Jack Pansay de permiso en Simla…, ¡*en Simla*! La Simla ordinaria de todos los días. No debo olvidarlo…, no debo olvidarlo». Luego me esforzaba por recordar algunas de las habladurías que había oído en el Club: los precios de los caballos de Fulano de Tal…, cualquier cosa que, de hecho, estuviese relacionada con el mundo angloindio de todos los días que tan bien conocía. Incluso me repetí deprisa la tabla de multiplicar para asegurarme por completo de que no estaba perdiendo la razón. Aquello me reconfortó mucho y debió impedirme oír a la señora Wessington durante algún tiempo.

Una vez más ascendí cansadamente la pendiente del Convento hasta llegar al trecho llano del camino. Allí Kitty y su acompañante iniciaron un medio galope y yo me quedé solo con la señora Wessington.

—Agnes —dije—, ¿me haces el favor de recoger la capota y decirme qué significa todo esto?

La capota cayó hacia atrás sin el menor ruido, y me encontré cara a cara con mi difunta y sepultada amante. Llevaba el mismo vestido de la última vez que la había visto con vida y también el mismo pañuelito en la mano derecha y el mismo tarjetero en la izquierda. (¡Una mujer ocho meses muerta con un tarjetero!) Tuve que concentrarme en la tabla de multiplicar y apoyarme con las dos manos en el pretil de piedra de la carretera para convencerme de que aquello al menos era real.

—Agnes —repetí—, por el amor de Dios, dime lo que significa todo esto.

La señora Wessington se inclinó hacia adelante, con su rápida y curiosa manera de torcer la cabeza y se puso a hablar.

Si mi historia no hubiera sobrepasado ya de manera tan desaforada los límites de la credibilidad humana, tendría que pedirles disculpas en este momento. Como sé que nadie —no; ni siquiera Kitty, para quien se escribe esto como una especie de justificación de mi conducta— me creerá, seguiré adelante. La señora Wessington habló y yo la acompañé desde la carretera Sanjowlie hasta la curva por debajo de la casa del comandante en jefe, como podría haber acompañado el *rickshaw* de cualquier mujer viva, absortos ambos en la conversación. La segunda y más angustiosa de las alternativas de mi enfermedad se había apoderado repentinamente de mí y, como el Príncipe del poema de Tennyson, «Parecía moverme en un mundo de fantasmas». Se había celebrado una fiesta al aire libre en casa del comandante en jefe, y los dos nos unimos a la multitud de invitados que volvían a sus casas. Tal como yo los veía, *ellos* me parecían las sombras —impalpables sombras fantásticas— que cortaban el *rickshaw* de la señora Wessington para adelantarlo. No puedo contar lo que nos dijimos en el curso de aquella extraña entrevista; más bien no me atrevo a hacerlo. El comentario de Heatherlegh sería una breve carcajada y la observación de que «había coqueteado con una quimera producida por el síndrome de cerebro, ojo y estómago». Fue una experiencia espantosa y, sin embargo, de alguna manera indefinible maravillosamente entrañable. ¿Sería posible, me pregunté, que tuviera que cortejar por segunda vez en esta vida a la mujer a la que había matado con mi indiferencia y crueldad?

Me encontré con Kitty en el camino de vuelta a casa, una sombra más entre las sombras.

Si tratase de describir todos los incidentes de la siguiente quincena por su debido orden mi historia nunca llegaría a su fin y sólo lograría agotar la paciencia de quienes me siguen. Mañana y tarde el *rickshaw* fantasmal y yo deambulamos juntos por Simla. Dondequiera que iba me seguían los cuatro uniformes blancos y negros, haciéndome compañía desde mi hotel y de vuelta a él. Los encontraba en el teatro, entre la multitud de *jhampanies* que gritaban; junto al porche del Club después de una larga velada jugando al whist; en el Baile de Cumpleaños, esperando pacientemente mi reaparición; y a plena luz del día cuando iba de visita. Si se exceptúa que no arrojaba sombra, el *rickshaw* era desde todo punto de vista tan real como cualquier otro de madera y hierro. Más de una vez, de hecho, tuve que contenerme para no

impedir a algún enérgico caballista amigo mío que saltara por encima. Más de una vez he recorrido el Malí absorto en mi conversación con la señora Wessington, ante el indecible asombro de los viandantes.

Cuando aún no había transcurrido una semana supe que la teoría de los «ataques» había sido desechada en favor de la locura. Yo no introduje, sin embargo, ningún cambio en mi modo de vida. Hice visitas, monté a caballo y cené fuera con la misma libertad de siempre. Me apasionaba el trato con mis iguales como nunca me había sucedido antes; ansiaba mezclarme con las realidades de la vida; y al mismo tiempo me sentía vagamente desgraciado cuando llevaba mucho tiempo separado de mi fantasmal compañera. Sería casi imposible describir mis diferentes estados de ánimo desde el 15 de mayo hasta el día de hoy.

La presencia del *rickshaw* me llenaba alternativamente de horror, temor ciego, una oscura satisfacción y la más completa desesperación. No me atrevía a marcharme de Simla, aunque sabía que seguir aquí me estaba matando. Sabía igualmente que mi destino era morir lentamente un poco cada día. Mi única preocupación era acabar con mi penitencia lo más discretamente posible. De vez en cuando me dominaba el deseo de ver a Kitty, y he contemplado sus escandalosos coqueteos con mi sucesor —mis sucesores, para hablar con más precisión— con divertido interés. La señorita Mannering quedaba ya tan fuera de mi vida como yo de la suya. De día paseaba con la señora Wessington casi con alegría. Por la noche suplicaba al cielo que me dejara volver al mundo tal como lo había conocido anteriormente. Por encima de todos esos estados de ánimo flotaba la paralizadora sensación de asombro ante el hecho de que lo visible y lo invisible se mezclaran de manera tan extraña para perseguir en este mundo a un pobre desgraciado hasta acabar con él.

27 *de agosto*. Heatherlegh me ha atendido infatigablemente; y sólo ayer me dijo que debería presentar una instancia para que me concedan un permiso por enfermedad. ¡Una instancia para escapar a la compañía de un fantasma! ¡Una petición para que el Gobierno me permita amablemente librarme de cinco fantasmas y de un *rickshaw* incorpóreo por medio de un viaje a Inglaterra! La propuesta de Heatherlegh me ha producido un ataque de risa al borde del histerismo. Le he dicho que voy a esperar el fin en Simla tranquilamente; y estoy seguro de que no se halla muy lejano. Créanme cuando les digo que lo temo más de lo que palabra alguna es capaz de expresar; y que me torturo todas las noches con mil suposiciones acerca de las circunstancias de mi muerte.

¿Moriré decentemente en la cama y como debe hacerlo un caballero inglés o me será arrancada el alma durante un último paseo por el Malí con el fin de que ocupe para siempre su sitio al lado de mi horrible fantasma? ¿Volveré a mi antigua y perdida devoción en el otro mundo o me reuniré con Agnes aborreciéndola y encadenado a ella por toda la eternidad? ¿Tendremos que rondar por el escenario de nuestras vidas hasta el fin del Tiempo? A medida que se acerca el día de mi muerte, el intenso horror

que toda carne mortal siente hacia los espíritus escapados del otro lado de la tumba se hace cada vez más intenso. Es una cosa terrible hundirse en el mundo de los muertos cuando apenas se ha gastado la primera parte de la vida. Pero aún es mil veces más terrible esperar, como lo hago yo entre ustedes, no sé qué inimaginable horror. Apiádense de mí, compadézcanse al menos de mi «alucinación», ya que sé que nunca creerán lo que aquí he escrito. Y, sin embargo, si alguna vez un hombre se ha visto arrastrado a la muerte por los Poderes de las Tinieblas, ese hombre soy yo.

Y también es de justicia que se compadezcan de ella. Porque si alguna vez una mujer murió a manos de un hombre, mis manos están manchadas con la sangre de la señora Wessington. Y la última parte de mi castigo pende ahora sobre mi cabeza.

Guy de Maupassant

¿QUIÉN SABE?

(Qui sait?, 1890)

No es de extrañar que un maestro del relato corto como Maupassant, de tan variado espectro temático, haya sido tentado alguna vez por el género terrorífico. Lo singular es la índole misma de esta opción, inseparable de su alma enferma, que, apartándose de escuelas y clichés preestablecidos, propone un estilo propio, naturalista diríamos, en el que el terror no es algo inventado, sino más bien el reflejo de una desgarradora vivencia del escritor. El miedo, la angustia, las alucinaciones de todo tipo: en suma, todas y cada una de las obsesiones que aparecen recurrentemente en sus cuentos le pertenecen. Son fantasmas de su mente que trata de conjurar, se diría, al describirlos casi clínicamente.

Nacido en Normandía, Henri René Albert Guy de Maupassant (1850-1893) estudió derecho en París, participó en la guerra franco-prusiana y durante un tiempo fue funcionario, primero del ministerio de Marina y luego del de Instrucción Pública. Influenciado por Flaubert, quien le animó a escribir sus primeros cuentos, su entrada en el círculo de Zola le decidió por la carrera literaria, con la que pronto obtendría un fulgurante éxito, truncado prematuramente a los cuarenta y un años por unos trastornos mentales, de origen sifilítico, que, tras atroces padecimientos, le llevaron a la demencia. Internado finalmente en un manicomio, falleció dos años después en medio de terribles convulsiones, similares a las que relató en sus cuentos fantásticos con tanta sinceridad como desesperación.

Una personalidad así era difícil que se le escapara a Lovecraft, pese a que sus lecturas en lenguas no germánicas debieron escasear más de lo que él mismo solía reconocer. A su entender los cuentos de horror de Maupassant «poseen el más vivo interés e intensidad, y sugieren con fuerza maravillosa la inminencia de indecibles terrores y el acoso implacable… de espantosos y terribles representantes de las negruras exteriores». «¿Quién sabe?» fue el último que escribió, si no el mejor. Apareció en el «Echo» de París en abril de 1890, pocos meses antes de que el agravamiento de su dolencia le anunciara la tan temida amenaza de una próxima locura. El título, repetido reiteradamente a lo largo del texto a modo de cantinela, resume la angustia y el terror ante los misterios de la vida que atenazan al protagonista, un «solitario por temperamento y por costumbres», víctima de un delirio paranoico mucho más sobrecogedor que cualquier horror procedente del más allá.

¿QUIÉN SABE?[27]

I

¡DIOS mío! ¡Dios mío! ¡Al fin voy a escribir lo que me ha ocurrido! Pero ¿podré? ¿Me atreveré? ¡Es tan extraño, tan inexplicable, tan incomprensible, tan excesivo!

Si no estuviera seguro de lo que he visto, seguro de que no ha habido en mis razonamientos ningún fallo, ningún error en mis comprobaciones, ninguna laguna en la inflexible sucesión de mis observaciones, me creería un simple alucinado, juguete de una extraña visión. Después de todo, ¿quién sabe?

Estoy ahora en una casa de reposo; pero he ingresado voluntariamente, por prudencia, ¡por miedo! Una sola persona conoce mi historia. El médico de aquí. Voy a escribirla. No sé muy bien por qué. Para librarme de ella, pues la siento como una intolerable pesadilla.

Hela aquí.

He sido siempre un solitario, un soñador, una especie de filósofo retirado, benévolo, contento con poco, sin acritud contra los hombres ni rencor contra el cielo. He vivido solo, siempre, como consecuencia de una especie de malestar que me inspira la presencia de otros. ¿Cómo explicarlo? No podría. No me niego a ver gente, a conversar, a cenar con los amigos; pero cuando los siento cerca de mí durante un buen rato, incluso los más íntimos me cansan, me fatigan, me enervan, y experimento un deseo creciente, agobiante, de que se vayan o de irme yo, de estar solo.

Este deseo es más que una obligación, es una necesidad irresistible. Y si la presencia de las personas con quienes me encuentro se prolongase, si me obligaran, no ya a escuchar, sino a seguir oyendo sus conversaciones, me sucedería, sin duda, algún percance. ¿Cuál? ¡Ah! ¿Quién sabe? ¿Acaso un simple síncope? ¡Sí! ¡Probablemente!

Me agrada tanto estar solo, que ni siquiera puedo soportar la cercanía de otros seres durmiendo bajo mi mismo techo; no puedo vivir en París porque sería una perpetua agonía. Muero anímicamente, y también me atormenta el cuerpo y los nervios esa inmensa muchedumbre que bulle, que vive a mi alrededor, incluso cuando duerme. ¡Ah! El sueño de los demás me resulta aún más penoso que sus palabras. Y nunca puedo descansar cuando adivino, cuando siento, detrás de una pared, existencias interrumpidas por esos regulares eclipses de la razón.

¿Por qué soy así? ¿Quién sabe? Tal vez la causa sea muy simple: me cansa muy pronto todo lo que no me ocurre a mí. Y existe mucha gente en mi mismo caso.

Somos dos razas distintas sobre la tierra. Los que necesitan de los demás, a

quienes los demás distraen, entretienen, descansan, y a los que la soledad abruma, agota y anonada, como la ascensión de un terrible glaciar o la travesía del desierto; y aquellos a quienes, por el contrario, los demás cansan, aburren, fastidian y lastiman, en tanto que el aislamiento les calma, sirve de cura de reposo a la independencia y la fantasía de sus pensamientos.

En suma, se trata de un fenómeno psíquico normal. Unos están dotados para vivir hacia afuera, otros para vivir hacia adentro. En cuanto a mí, pronto se me agota la atención externa y, cuando alcanza su límite, experimento en todo mi cuerpo y en todo mi intelecto un malestar intolerable.

De ahí mi apego constante a los objetos inanimados, que cobran para mí la importancia de los seres vivos, y la transformación de mi casa en un mundo aparte donde llevo una vida solitaria y activa, rodeado de cosas, muebles, recuerdos de familia, tan estimables para mí como los rostros humanos. La había llenado poco a poco, la había engalanado, y dentro me sentía contento, satisfecho, tan feliz como entre los brazos de una mujer amable cuyas habituales caricias se hubieran convertido en una apacible y dulce necesidad.

Había hecho construir esa casa en un hermoso jardín que la aislaba de los caminos, y a las afueras de una ciudad donde podía encontrar, llegado el caso, los recursos de la sociedad que, de vez en cuando, necesitaba. Todos mis criados dormían en un edificio alejado, detrás del huerto, rodeado por una tapia alta. El oscuro amparo de las noches, en el silencio de mi morada perdida, oculta, cubierta por el follaje de árboles enormes, me era tan relajante y tan agradable, que solía demorarme varias horas antes de acostarme para prolongar ese goce por más tiempo.

Aquel día habían representado *Sigurd*[28] en el teatro de la ciudad. Era la primera vez que escuchaba ese hermoso drama mágico-musical y me había producido un vivo placer.

Regresaba a pie, con paso alegre, la cabeza llena de frases sonoras, y la mirada poblada de lindas visiones. Estaba muy oscuro, tan oscuro que apenas distinguía la carretera principal, y estuve a punto, varias veces, de caer a la cuneta. Desde el fielato hasta mi casa hay cerca de un kilómetro, tal vez algo más, unos veinte minutos de marcha lenta. Era la una de la madrugada, la una o la una y media; el cielo se había aclarado un poco y había aparecido media luna, la triste medialuna del cuarto menguante. La medialuna del cuarto creciente, que sale a las cuatro o las cinco de la tarde, es clara, alegre, salpicada de plata; pero la que sale después de medianoche es rojiza, lúgubre, inquietante; es la verdadera luna del aquelarre. Todos los noctámbulos han debido hacer esta observación. La primera, aunque sea delgada como un hilo, arroja una luz exigua que alegra los corazones y proyecta en el suelo nítidas sombras; la otra difunde apenas un resplandor mortecino, tan tenue que casi no hace sombra.

Divisé a lo lejos la masa oscura de un jardín, y no sé de dónde me vino una especie de malestar ante la idea de entrar en él. Aflojé el paso. Hacía muy buena

noche. El numeroso grupo de árboles semejaba una tumba en donde mi casa estuviera sepultada.

Abrí la verja y penetré en la larga avenida de sicómoros que, arqueada en bóveda como un túnel, conducía a la vivienda, atravesando los macizos opacos y bordeando el césped que los arriates de flores moteaban, bajo las tenues tinieblas, de manchas ovaladas de matices indistintos.

Al acercarme a la casa me embargó una extraña inquietud. Me detuve. No se oía nada. No corría entre las hojas ni un soplo de aire. «¿Qué me ocurre, entonces?», pensé. Hacía diez años que regresaba de esa manera sin que jamás me hubiera pasado por la cabeza la más mínima inquietud. No tenía miedo. Jamás he sentido miedo de noche. La visión de un hombre, de un merodeador, de un ladrón, me habría puesto furioso y hubiera saltado sobre él sin vacilar. Iba armado, además. Tenía mi revólver. Pero no lo saqué, pues quería resistirme a ese temeroso influjo que brotaba en mí.

¿Qué era? ¿Un presentimiento? ¿El misterioso presentimiento que se apodera de los hombres cuando se trata de ver lo inexplicable? ¡Puede ser! ¿Quién sabe?

A medida que avanzaba, sentía escalofríos por la piel, y cuando estuve frente al muro de mi vasta morada, con los postigos cerrados, sentí que tendría que esperar unos minutos antes de abrir la puerta y entrar. Entonces, me senté en un banco, bajo las ventanas de mi salón. Allí permanecí un poco tembloroso, la cabeza apoyada contra la pared, absorto en las sombras del follaje. Durante esos primeros momentos no observé nada insólito a mi alrededor. Me zumbaban un poco los oídos, pero eso me sucede a menudo. A veces me parece que oigo pasar trenes, que oigo repicar campanas, que oigo multitudes desplazándose.

Pero pronto los zumbidos se hicieron más claros, más precisos, más reconocibles. Me había equivocado. No era el habitual latido de mis arterias lo que introducía estos rumores en mis oídos, sino un ruido muy especial, aunque muy confuso, que procedía, sin duda alguna, del interior de la casa. A través del muro percibía ese ruido continuo, más que un ruido una inquietud, un vago desplazamiento de un montón de cosas, como si estuvieran agitando, desplazando, arrastrando suavemente todos mis muebles.

¡Oh! Durante un buen rato todavía dudé de la fidelidad de mis oídos. Pero, al pegar la oreja a un postigo para mejor percibir esa extraña perturbación, llegué al convencimiento de que algo anormal e incomprensible ocurría en el interior. No tenía miedo, pero estaba…, ¿cómo expresarlo?…, despavorido de asombro. No amartillé el revólver… presintiendo que sería inútil. Aguardé.

Esperé mucho tiempo sin poder decidirme a nada, con la mente lúcida pero loco de ansiedad. Esperé, de pie, sin dejar de escuchar el ruido, que aumentaba, que, por momentos, alcanzaba una intensidad excesiva, que parecía convertirse en un estruendo de impaciencia, de ira, de misterioso tumulto.

Más tarde, súbitamente avergonzado de mi cobardía, cogí el manojo de llaves, seleccioné la que necesitaba, la metí en la cerradura, la giré dos veces, y, empujando

la puerta con todas mis fuerzas, hice que el batiente chocara contra el tabique.

El golpe sonó como una detonación de fusil, y a ese ruido de explosión respondió toda la casa con un formidable tumulto. Fue tan súbito, tan terrible, tan ensordecedor, que retrocedí algunos pasos y, aun sintiéndolo inútil, saqué el revólver de su funda.

Seguí esperando un poco. Percibía ahora un extraordinario ruido de pisadas en los peldaños de la escalera, en los entarimados, en las alfombras; pisadas, no de zapatos, sino de muletas, muletas de madera y también de hierro, que retumbaban como platillos. Y he aquí que de pronto vi en el umbral de la puerta un sillón, mi alto sillón de lectura, que salía traqueteando. Se fue por el jardín. Lo siguieron otros, los del salón, después los bajos divanes, arrastrándose como cocodrilos sobre sus cortas patas, luego todas las sillas, brincando como cabras, y por fin los pequeños escabeles, correteando como conejos.

¡Oh! ¡Qué emoción! Me escondí en un macizo y permanecí allí acurrucado, contemplando ese desfile de muebles. Todos iban saliendo, uno tras otros, con rapidez o lentitud según su tamaño y peso. Mi piano, mi gran piano de cola, pasó a mi lado con un galope de caballo desbocado y un rumor de música en los flancos. Los objetos más pequeños, los cepillos, la cristalería, las copas, en los que el claro de luna prendía fosforescencias de luciérnagas, se deslizaban por la arena como hormigas. Las telas reptaban, se desplegaban en charcos a la manera de los pulpos marinos. Vi aparecer mi escritorio, una curiosa pieza del siglo pasado, que contenía todas las cartas que he recibido, toda mi historia sentimental, ¡la vieja historia que tanto me ha hecho sufrir! Y dentro iban también fotografías.

De pronto ya no tuve miedo, me abalancé sobre el escritorio y lo atrapé como se atrapa a un ladrón, como se atrapa a una mujer que huye. Pero llevaba una marcha irresistible y, pese a mis esfuerzos, pese a mi enfado, no conseguí siquiera que aflojara el paso. Como me resistía desesperadamente a esa fuerza espantosa, caí al suelo en mi lucha con ella. Entonces me arrolló, me arrastró por la arena, y los muebles que lo seguían comenzaron a avanzar sobre mí, pisoteando mis piernas y lastimándolas. Luego, cuando lo solté, los demás pasaron sobre mi cuerpo como una carga de caballería sobre un jinete caído.

Por fin, loco de espanto, pude arrastrarme fuera de la gran avenida y ocultarme de nuevo entre los árboles, viendo desaparecer los objetos más ínfimos, los más pequeños, los más modestos, los más ignorados por mí, que hasta entonces me habían pertenecido.

Después escuché a lo lejos en mi morada, ahora retumbante como una casa vacía, un formidable ruido de puertas que se cerraban. Sus portazos resonaron en toda la casa, de arriba abajo, hasta que la del vestíbulo, que yo mismo, insensato, había abierto facilitando esta salida, se cerró por fin la última.

Huí también yo, corriendo hacia la ciudad, y sólo recobré mi sangre fría en las calles, al encontrarme con gente rezagada. Fui a llamar a la puerta de un hotel donde me conocían. Me había sacudido la ropa con las manos para quitarme el polvo, y

conté que había perdido mi manojo de llaves, que incluía también la del huerto, donde dormían mis criados en una casa apartada, detrás de la tapia que protegía mis frutales y mis verduras de la visita de merodeadores.

Me metí en la cama que me dieron, tapándome hasta los ojos. Pero no pude dormir, y esperé a que se hiciera de día escuchando los latidos de mi corazón. Había ordenado que, en cuanto amaneciese, avisaran a mis criados, y mi ayuda de cámara golpeó la puerta de mi habitación a las siete de la mañana.

Su rostro parecía trastornado.

—Esta noche ha ocurrido una gran desgracia, señor —dijo.

—¿Qué ha pasado?

—Han robado todo el mobiliario del señor, todo, todo, hasta los objetos más pequeños.

La noticia me alegró. ¿Por qué? ¿Quién sabe? Me sentía seguro de mí mismo, capaz de disimular, de no revelar a nadie lo que había visto, de ocultarlo, de enterrarlo en mi conciencia como un espantoso secreto.

—Entonces —contesté— serán las mismas personas que me robaron las llaves. Hay que avisar inmediatamente a la policía. En unos instantes me levanto y me reúno con vosotros.

La investigación duró cinco meses. No se descubrió nada, no se encontró ni el más insignificante de mis objetos, ni el más leve rastro de los ladrones.

¡Claro! Si hubiera contado lo que sabía… Si lo hubiera contado… me habrían encerrado a mí; no a los ladrones sino al hombre que había visto semejante cosa.

¡Oh! Supe callar. Pero no amueblé mi casa. Era inútil. Hubiera vuelto a pasar lo mismo. No quise regresar a casa. Y no regresé. No la volví a ver.

Me vine a París, a un hotel, y consulté a los médicos el estado de mis nervios, que me preocupaba bastante desde aquella deplorable noche.

Me aconsejaron que viajara. Y seguí el consejo.

II

Empecé por una excursión a Italia. El sol me sentó bien. Durante seis meses vagué de Génova a Venecia, de Venecia a Florencia, de Florencia a Roma, de Roma a Nápoles. Luego recorrí Sicilia, tierra admirable por su naturaleza y sus monumentos, reliquias dejadas por los griegos y los normandos. Pasé a África, atravesé pacíficamente ese gran desierto amarillo y tranquilo, por donde vagan camellos, gacelas y árabes vagabundos, y en cuyo aire ligero y transparente no flota obsesión alguna, ni de noche ni de día.

Regresé a Francia por Marsella y, pese a la alegría provenzal, me entristeció la menguada claridad del cielo. De vuelta al continente, sentí la extraña impresión de un

enfermo que se cree curado y a quien un dolor sordo advierte que el foco del mal no se ha extinguido todavía.

Luego volví a París. Al cabo de un mes me aburría. Era otoño y quise emprender, antes del invierno, una excursión a través de Normandía, que no conocía.

Empecé, naturalmente, por Ruán y durante ocho días vagué distraído, encantado, entusiasmado por esa ciudad medieval, por ese sorprendente museo de extraordinarios monumentos góticos.

Una tarde, a eso de las cuatro, al meterme por una calle inverosímil por la que corre un arroyo negro como la tinta, llamado «Agua de Robec», mi atención, absorta en la fisonomía insólita y antigua de las casas, fue atraída de repente por la visión de una serie de tiendas de antigüedades que se sucedían de puerta en puerta.

¡Ah! Habían elegido bien su emplazamiento esos sórdidos traficantes de antiguallas, en aquel fantástico callejón, sobre aquella siniestra corriente, bajo aquellos tejados puntiagudos de tejas de pizarra donde todavía chirriaban las veletas del pasado.

Al fondo de los oscuros comercios se amontonaban arcones tallados, loza de Ruán, de Nevers, de Moustiers, estatuas pintadas, otras de roble, cristos, vírgenes, santos, ornamentos de iglesia, casullas, capas pluviales, hasta vasos sagrados y un viejo tabernáculo de madera dorada del que Dios se había ido. ¡Oh, qué singulares antros en aquellos edificios altos y amplios, llenos, de los sótanos a los desvanes, de objetos de todo tipo, cuya existencia parecía agotada, que sobrevivían a sus poseedores naturales, a su siglo, a su época, a sus modas, para ser comprados como curiosidades por las nuevas generaciones!

Mi afición por las bagatelas se despertó en esa ciudad de anticuarios. Iba de tienda en tienda, atravesando de dos zancadas los puentes de tablas podridas, tendidas sobre la nauseabunda corriente del «Agua de Robec».

¡Misericordia! ¡Qué conmoción! Uno de mis más hermosos armarios apareció al borde de una bóveda atestada de objetos, que parecía la entrada a las catacumbas de un cementerio de muebles antiguos. Me acerqué temblando, tanto que no me atrevía a tocarlo. Alargué la mano, vacilé. Era, no obstante, el mío: un armario Luis XIII único, reconocible para todo aquel que lo hubiera visto una sola vez. De pronto, mirando un poco más lejos, en las más sombrías profundidades de esa galería, divisé tres de mis sillones tapizados de *petit-point*, y luego, más lejos todavía, mis dos mesas Enrique II, tan raras que hasta de París venían a verlas.

¡Imagínense! ¡Imagínense mi estado de ánimo!

Avancé anonadado, agonizante de emoción, pero avancé, porque soy valiente, avancé como un caballero de la oscura Edad Media al penetrar en una mansión embrujada. Encontré a cada paso todo lo que me había pertenecido, mis arañas, mis libros, mis cuadros, mis telas, mis armas, todo, salvo el escritorio lleno de cartas, que no vi.

Continué descendiendo a oscuras galerías, para volver a subir después a los pisos

superiores. Estaba solo. Llamé. Nadie respondió. Me encontraba solo; no había nadie en aquella casa, vasta y tortuosa como un laberinto.

Llegó la noche y tuve que sentarme, en medio de la oscuridad, en una de mis sillas, pues no quería irme. De vez en cuando gritaba: «¡Hola! ¡Hola! ¿Hay alguien?».

Llevaba allí posiblemente más de una hora cuando oí pasos, pasos ligeros, lentos, no sé dónde. A punto estuve de huir; pero me mantuve firme, llamé de nuevo y divisé un resplandor en la cámara contigua.

—¿Quién está ahí? —dijo una voz.

Respondí:

—Un comprador.

Me replicaron:

—Es muy tarde para entrar así en una tienda.

Insistí:

—Hace más de una hora que espero.

—Puede usted volver mañana.

—Mañana habré abandonado Ruán.

No me atreví a avanzar y él no se acercaba. Seguía viendo el resplandor de su luz iluminando un tapiz en el que dos ángeles sobrevolaban los cadáveres de un campo de batalla. También me pertenecía.

—Y bien, ¿no viene usted? —dije.

—Le estoy esperando —respondió él.

Me levanté y fui hacia él.

En el centro de una vasta habitación había un hombre muy bajo y muy gordo, como un fenómeno, un repelente fenómeno.

Tenía una barba rala, de pelos desiguales, escasos y amarillentos, y ¡ni un cabello en la cabeza! ¿Ni un cabello? Como sostenía la vela elevada todo lo que le daba su brazo para poder verme, su cráneo parecía una bola de billar en medio de aquella vasta cámara atestada de muebles viejos. Tenía el rostro arrugado y abotargado, los ojos imperceptibles.

Le pregunté por el precio de tres sillas que me pertenecían, y pagué en el acto una cuantiosa suma, dando simplemente el número de habitación del hotel. Debían entregármelas al día siguiente antes de las nueve.

Después salí. El hombre me acompañó hasta la puerta con gran cortesía.

Me dirigí en seguida a la comisaría de policía y referí el robo de mis muebles y mi reciente descubrimiento.

El comisario acto seguido pidió informes por telégrafo al juzgado que había instruido las diligencias de ese robo, rogándome que aguardase la respuesta. Una hora después llegó ésta, plenamente satisfactoria para mí.

—Haré arrestar a ese hombre y le interrogaré de inmediato —me dijo—, pues podría haber concebido alguna sospecha y haber hecho desaparecer sus pertenencias. Hágame el favor de irse a cenar y vuelva dentro de dos horas; tendré aquí al hombre y

le someteré en su presencia a un nuevo interrogatorio.

—Con mucho gusto, señor. Se lo agradezco de todo corazón.

Fui a cenar a mi hotel y comí mejor de lo que había imaginado. Estaba bastante contento a pesar de todo. Lo habíamos atrapado.

Dos horas más tarde volví a ver al funcionario de policía, que me estaba esperando.

—¡Pues bien, señor! —dijo al verme—. No hemos encontrado a su hombre. Mis agentes no han podido echarle el guante.

—¡Ah!

Me sentía desfallecer.

—Pero… ¿dieron ustedes con la casa? —pregunté.

—Ya lo creo. Incluso la tendremos bajo vigilancia hasta que vuelva. Pues el hombre ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Desaparecido. Suele pasar las noches en casa de una vecina, también chamarilera, una especie de bruja, la viuda Bidoin. Esta noche no le ha visto y no puede darnos ningún dato sobre él. Habrá que esperar a mañana.

Me fui. ¡Ah, qué siniestras, inquietantes y embrujadas me parecieron las calles de Ruán!

Dormí muy mal, con pesadillas que interrumpían mi sueño.

Como no quería parecer demasiado inquieto o apresurado, esperé hasta las diez de la mañana, al día siguiente, para ir a la policía.

El comerciante no había vuelto a dar señales de vida. Su tienda continuaba cerrada.

El comisario me dijo:

—Hice todos los trámites necesarios. El juzgado está al tanto del asunto; iremos juntos a esa tienda y la haremos abrir; usted me señalará todo lo que le pertenezca.

Una berlina nos condujo allá. Unos cuantos agentes y un cerrajero esperaban a la puerta de la tienda, la cual fue abierta.

Una vez dentro no vi ni mi armario, ni mis sillones, ni mis mesas, ni nada, nada de cuanto había amueblado mi casa, nada de nada, mientras que la noche anterior no podía dar un paso sin encontrarme con alguno de mis objetos personales.

El comisario jefe, sorprendido, me miró al principio con desconfianza.

—¡Dios mío! —le dije—. La desaparición de esos muebles coincide extrañamente con la del comerciante.

Sonrió.

—¡Es cierto! Hizo usted mal ayer al comprar y pagar objetos de su propiedad. Eso le puso en guardia.

Proseguí:

—Lo que me parece incomprensible es que el lugar que ayer ocupaban mis muebles esté ahora ocupado por otros.

—¡Oh! —respondió el comisario—. Tuvo toda la noche, y sin duda cómplices. Esta casa debe comunicarse con sus contiguas. No tema, señor, me ocuparé de este asunto con mucho empeño. El bandido no se nos escapará por mucho tiempo, ya que vigilamos su guarida.

¡Ah, cómo latía mi pobre corazón!

Permanecí quince días en Ruán. El hombre no volvió a aparecer. ¡Pardiez! ¡Pardiez! ¿Quién hubiera podido poner en un aprieto o sorprender a ese hombre?

El decimosexto día, por la mañana, recibí de mi jardinero, guarda de mi casa saqueada y vaciada, la extraña carta que a continuación recojo:

> «Señor:
>
> »Tengo el honor de informar al señor que, la noche pasada, ha ocurrido algo que nadie entiende, y la policía menos todavía. Todos los muebles han vuelto, todos sin excepción, hasta los objetos más pequeños. La casa está ahora como estaba la víspera del robo. Es como para volverse loco. Eso sucedió la noche del viernes al sábado. Los caminos están llenos de baches como si hubieran arrastrado todo desde la valla hasta la puerta. Lo mismo había ocurrido el día de la desaparición.
>
> »Esperamos al señor, de quien soy el más humilde servidor,
>
> Philippe Raudin.»

¡Ah, no! ¡Claro que no! ¡De ninguna manera! ¡Nunca volveré allí!

Mostré la carta al comisario de Ruán.

—Es una restitución muy hábil —dijo—. Hagámonos los tontos. Pescaremos a ese hombre uno de estos días.

Pero no le han pescado. No. Nunca lo pescarán. Y tengo miedo de él ahora, como si se tratara de una bestia feroz que me persiguiera.

¡Imposible de encontrar! ¡No podrán encontrar a ese monstruo del cráneo como bola de billar! Jamás le cogerán. No volverá a su casa. ¡Qué puede importarle! Sólo yo soy capaz de encontrarle, y no quiero.

¡No quiero! ¡No! ¡No lo quiero!

Y aunque volviera, aunque entrara en la tienda, ¿quién podría probar que mis muebles estuvieron allí? En su contra no hay más que mi testimonio; y me doy perfecta cuenta que empieza a parecer sospechoso.

¡Ah! ¡De ninguna manera! Aquella existencia ya no era posible. No podía guardar el secreto de lo que había visto. No podía seguir viviendo como todo el mundo, bajo el temor de que tales cosas se repitieran.

Vine a ver al médico que dirige esta casa de reposo y se lo conté todo.

Tras haberme interrogado un buen rato, me dijo:

—¿Accedería usted, señor, a permanecer aquí por algún tiempo?

—Encantado, señor.

—¿Dispone usted de medios?

—Sí, señor.

—¿Quiere usted un pabellón aislado?

—Sí, señor.

—¿Desea usted recibir amigos?

—No, señor, no, a nadie. El hombre de Ruán podría atreverse a perseguirme para vengarse.

Y estoy solo, completamente solo, desde hace tres meses. Estoy más o menos tranquilo. Sólo tengo un temor… Que el anticuario se vuelva loco… y lo traigan a este manicomio… Ni las propias cárceles resultan seguras.

F. Marion Crawford

LA LITERA DE ARRIBA

(The Upper Berth, 1890?)

Lovecraft opina que «gran parte de la mejor literatura de horror americana procede de plumas no dedicadas exclusivamente a este género». Y para demostrarlo cita a Henry James y su conocida «Vuelta de tuerca» o al doctor Oliver Holmes y su «histórica» «Elsie Venner». Un tercer ejemplo lo constituye Francis Marión Crawford (1854-1909), nacido en Italia de padres americanos «expatriados» y educado en Harvard, Heidelberg y Roma. Aunque residió gran parte de su vida en Sorrento, Crawford fue un viajero infatigable que trasladó a sus novelas los ambientes y costumbres de las tierras que visitó, creando un tipo de literatura cosmopolita de corte romántico que estuvo en boga a finales del siglo pasado.

Menos conocida es su faceta de ocasional cuentista aficionado a lo sobrenatural. Pero lo cierto es que escribió varios relatos de horror de notable calidad, como «Porque la sangre es vida», «La sonrisa muerta», «La calavera aullante», y en especial su obra maestra indiscutible «La litera de arriba», muy elogiada por Lovecraft («uno de los relatos de horror más tremendos de toda la literatura»), el cual se lamentó por haberla descubierto tardíamente («recibí un profundo y auténtico mazazo») y quiso enmendar su error ampliando considerablemente el párrafo dedicado a su compatriota en «Supernatural Horror in Literature».

LA LITERA DE ARRIBA[29]

I

ALGUIEN pidió cigarros. Llevábamos mucho tiempo hablando y la conversación empezaba a languidecer. El humo del tabaco se había posado en los pesados cortinajes, el vino se había introducido en aquellos cerebros propensos a ponerse pesados, y era ya completamente evidente que, a menos que alguien hiciera algo para despertar nuestros oprimidos espíritus, la reunión llegaría pronto a su término, y nosotros, los huéspedes, nos iríamos rápidamente a la cama, y la mayoría, por supuesto, a dormir. Nadie había dicho nada extraordinario; es posible que nadie tuviera nada extraordinario que decir. Jones nos había dado todos los detalles acerca de su última aventura cinegética en Yorkshire. El señor Tompkins, de Boston, había explicado con meticulosa profusión los principios laborales cuya adecuada y cuidadosa aplicación no solamente había permitido que el Ferrocarril de Atchison, Topeka y Santa Fe extendiera su radio de acción, aumentara su influencia administrativa y transportara ganado sin matarlo de hambre hasta el día de su entrega concreta, sino que durante años había conseguido también engañar a aquellos viajeros que compraban su billete en la falaz creencia de que la susodicha corporación era realmente capaz de transportar vidas humanas sin destruirlas. El *signore* Tómbola había procurado persuadirnos, con argumentos que no tuvimos ningún problema en rebatir, de que la unidad de este país en nada se parecía a los modernos torpedos, cuidadosamente planeados, construidos con toda la habilidad de los mejores arsenales europeos, pero destinados, una vez construidos, a ser dirigidos por manos débiles e indudablemente a explotar sin ser vistos ni oídos, en el ilimitado derroche del caos político.

No es necesario entrar en más detalles. La conversación había tomado un cariz que habría aburrido a Prometeo en su roca, habría aturdido a Tántalo, y habría inducido a Ixión a buscar alivio en los sencillos aunque instructivos diálogos de *Herr* Ollendorf, antes que seguir soportando nuestra charla. Habíamos estado sentados ante una mesa durante horas; estábamos aburridos, cansados, y nadie mostraba señales de querer irse.

Alguien pidió cigarros. Todos miramos instintivamente a la persona que había hablado. Brisbane era un hombre de unos treinta y cinco años, notable por aquellos talentos personales que atraen sobre todo la atención de los hombres. Era un hombre robusto. Las proporciones externas de su figura no presentaban nada extraordinario a simple vista, aunque su tamaño estaba por encima de la media. Superaba ligeramente los seis pies de altura y sus hombros eran moderadamente anchos. No parecía

corpulento pero, por otra parte, no era, desde luego, delgado. Su pequeña cabeza estaba sostenida por un cuello robusto y vigoroso; sus anchas y musculosas manos parecían poseer la peculiar destreza de partir nueces sin la ayuda del habitual cascanueces; y, visto de perfil, nadie podía dejar de notar la extraordinaria longitud de sus brazos ni la insólita robustez de su pecho. Era uno de esos hombres de aspecto engañoso, como suele decirse; o sea, que aunque parecía extremadamente fuerte, en realidad era mucho más fuerte de lo que aparentaba. De sus facciones tengo poco que decir. Su cabeza es pequeña, su cabello ralo, sus ojos azules, su nariz grande, lleva un pequeño bigote y su mandíbula es cuadrada. Todo el mundo conoce a Brisbane, y cuando pidió un cigarro, le miraron todos.

—Es muy extraño —dijo Brisbane.

Todo el mundo dejó de hablar. La voz de Brisbane no era potente, pero poseía la singular cualidad de penetrar en la conversación general, cortándola como un cuchillo. Todo el mundo escuchaba. Brisbane, al darse cuenta de que había atraído la atención general, encendió su cigarro con gran parsimonia.

—Es muy extraño —continuó— lo que ocurre con los fantasmas. La gente siempre está preguntando si alguien ha visto un fantasma. Yo lo he visto.

—¡Tonterías!

—¿Usted?

—¿Habla usted en serio, Brisbane?

—¡Vaya!, ¡un hombre de su inteligencia!

Un coro de exclamaciones acogió la singular afirmación de Brisbane. Todos pidieron cigarros y Stubbs, el mayordomo, apareció súbitamente, nadie sabía de dónde, con una nueva botella de champán seco. La situación estaba salvada; Brisbane iba a contar una historia.

—Soy un viejo marino —dijo Brisbane— y, como he tenido que cruzar el Atlántico muy a menudo, tengo mis preferencias, como la mayoría de los hombres. He visto a un hombre esperar tres cuartos de hora en un bar de Broadway a un vehículo concreto que quería tomar. Creo que el encargado del bar consiguió al menos un tercio de sus beneficios a costa de las pretensiones de este hombre. Tengo la costumbre de esperar determinados barcos cuando me veo obligado a cruzar esa charca de patos. Tal vez sea un prejuicio, pero nunca di por mal empleado el precio de mi pasaje excepto una vez. Lo recuerdo muy bien; era una cálida mañana de junio, y los aduaneros, que vagaban a la espera de un vapor a punto de salir de una cuarentena, ofrecían un aspecto particularmente confuso y pensativo. No llevaba mucho equipaje; nunca lo he llevado. Me mezclé con la muchedumbre de pasajeros, maleteros, y oficiosos individuos con chaquetas azules y botones de latón, que parecían brotar como setas de la cubierta de un vapor atracado para imponer sus innecesarios servicios a los pasajeros solitarios. A menudo he reparado con cierto interés en la espontánea evolución de estos tipos. No están allí cuando uno llega; cinco minutos después que el piloto ha gritado «¡Adelante!», ellos, o al menos sus

chaquetas azules con botones de latón, han desaparecido por completo de la cubierta y de la meseta del portalón como si hubieran sido consignados a ese pañol que la tradición atribuye unánimemente a Davy Jones[30]. Pero, en el momento de partir, allí están, bien afeitados, con sus chaquetas azules, ansiosos de gratificaciones. Me apresuré a subir a bordo. El *Kamtschatka* era uno de mis barcos favoritos. Digo era, porque categóricamente ya no lo es. No puedo concebir atractivo alguno que me induzca a hacer otro viaje en él. Sí, ya sé lo que van ustedes a decirme. Es extraordinariamente hábil con el viento en popa, tiene suficiente inclinación en la proa para mantenerse seco, y la mayoría de sus camarotes son dobles. Tiene muchas ventajas, pero no me volveré a embarcar en él. Perdónenme la digresión. Subí a bordo. Llamé a un camarero, cuya enrojecida nariz y rojizas patillas me eran familiares.

—Ciento cinco, cubierta inferior —dije yo, con el peculiar tono práctico de alguien para el cual cruzar el Atlántico no tiene mayor importancia que tomarse un whisky en el céntrico «Delmonico's».

El camarero cogió mi maleta, mi gabán y mi manta de viaje. Nunca olvidaré la expresión de su rostro. No es que palideciera. Los más eminentes teólogos sostienen que ni siquiera los milagros pueden cambiar el curso de la naturaleza. No vacilo al afirmar que no había palidecido; pero, por su expresión, estimé que estaba a punto de llorar, de estornudar, o de dejar caer mi maleta. Y como ésta contenía dos botellas de un muy excelente coñac añejo que me había regalado para el viaje mi viejo amigo Snigginson van Pickyns, me asusté en extremo. Pero el camarero no hizo ninguna de esas cosas.

—¡Vaya!, que me condene si… —dijo en voz baja, y me mostró el camino.

Mientras me conducía a las dependencias inferiores, supuse que mi Hermes estaba un poco achispado, pero no dije nada y le seguí. El ciento cinco se encontraba del lado del puerto, completamente a popa. El camarote inferior, como la mayoría de los del *Kamtschatka*, era doble. Había bastante espacio para los habituales aparatos sanitarios, calculados para transmitir una impresión de lujo a la mente de un indio norteamericano; y para los habituales e inútiles anaqueles de madera marrón, en los cuales es más fácil colgar un paraguas de gran tamaño que un vulgar cepillo de dientes. Sobre el poco seductor colchón estaban cuidadosamente dobladas esas mantas que un gran humorista moderno ha comparado apropiadamente con los bizcochos de trigo sarraceno. El problema de las toallas quedaba enteramente en manos de la imaginación. Las garrafas de cristal estaban llenas de un líquido transparente ligeramente teñido de marrón, el cual despedía un olor menos vago, aunque no más agradable, como una remota reminiscencia del mareo producido por la grasienta maquinaria. Unas cortinas de color apagado tapaban a medias la litera de arriba. El caliginoso sol de junio iluminaba débilmente el desolado y reducido espacio. ¡Uf! ¡Cómo odié aquel camarote!

El camarero depositó mis cosas y me miró, como si quisiera irse…,

probablemente en busca de más pasajeros y más propinas. Siempre es conveniente empezar por ganarse el aprecio de esos funcionarios, y en consecuencia le di unas cuentas monedas.

—Procuraré en lo que pueda que tenga usted un viaje cómodo —observó, mientras se guardaba las monedas en el bolsillo.

Sin embargo, había en su voz una indecisa entonación que me sorprendió. Posiblemente había subido su nivel de propinas y no estaba satisfecho; aunque me inclinaba más a pensar que, como él mismo lo expresara, era «un gran bebedor». No obstante estaba yo equivocado y fui injusto con el hombre.

II

Nada especialmente digno de mención sucedió aquel día. Abandonamos el muelle puntualmente, y fue muy agradable iniciar la marcha, pues el tiempo era cálido y sofocante y el movimiento del vapor producía una brisa refrescante. Todo el mundo sabe cómo es el primer día de navegación. La gente pasea por las cubiertas mirándose unos a otros, y de vez en cuando se encuentran a conocidos que ignoraban que estuvieran a bordo. Existe la acostumbrada incertidumbre acerca de si la comida será buena, mala o regular, hasta que las dos primeras comidas nos sacan definitivamente de dudas. Existe la acostumbrada incertidumbre acerca del tiempo, hasta que el barco pasa Fire Island. Las mesas están repletas al principio, y luego se vacían de repente. Los pálidos pasajeros se levantan de un salto de sus asientos y se precipitan hacia la puerta, y los navegantes más experimentados respiran más libremente mientras sus mareados vecinos pasan corriendo por su lado, dejándoles más espacio y un ilimitado dominio sobre el tarro de la mostaza.

Una travesía del Atlántico es muy parecida a otra, y los que lo cruzamos muy a menudo no hacemos el viaje por el placer de la novedad. Efectivamente, las ballenas y los icebergs son siempre objetos dignos de interés, pero, después de todo, una ballena es muy parecida a otra ballena, y rara vez puede verse un iceberg de cerca. Para la mayoría de nosotros el momento más agradable del día a bordo de un vapor oceánico es cuando hemos dado nuestro último paseo por cubierta, hemos fumado nuestro último cigarro y, habiendo conseguido cansarnos, nos disponemos a acostarnos con la conciencia tranquila. Aquella primera noche de travesía me sentía especialmente perezoso y me retiré al camarote más pronto de lo que suelo hacerlo. Al entrar quedé asombrado de ver que iba a tener compañía. Había una maleta muy parecida a la mía en la esquina opuesta, y en la litera de arriba habían depositado una manta, cuidadosamente plegada, un bastón y un paraguas. Esperaba estar solo y sufrí una decepción; pero me pregunté quién sería mi compañero de camarote, y decidí echarle una ojeada.

Poco después de haberme metido en la cama, entró. Era, por lo que pude ver, un hombre muy alto, muy delgado, muy pálido, con el pelo rufo así como las patillas, y ojos grises descoloridos. Había en sus maneras, pensé, algo que resultaba ambiguo; era la clase de hombre que puede verse en Wall Street, sin que pueda decirse con precisión lo que está haciendo allí; la clase de hombre que frecuenta el Café Anglais, siempre parece estar solo y únicamente bebe champán; también puede vérsele en las carreras de caballos, pero siempre parecerá no estar haciendo nada. Un poco exagerado en el vestir…, un poco excéntrico. Suele haber tres o cuatro ejemplares de esta especie en todos los vapores oceánicos. Decidí no molestarme en conocerle, y me dispuse a dormir, prometiéndome estudiar sus costumbres a fin de evitarle. Si él se levantaba temprano, yo me levantaría tarde; si él se acostaba tarde, yo me acostaría temprano. No deseaba conocerle. Si alguna vez han conocido a uno de esos tipos sabrán que están siempre dejándose ver. ¡Pobre hombre! No tenía que haberme tomado la molestia de llegar a todas aquellas resoluciones con respecto a él, pues nunca más volví a verle después de aquella primera noche en el camarote ciento cinco.

Dormía profundamente cuando de repente me despertó un fuerte ruido. A juzgar por el sonido, mi compañero de camarote debió de saltar al suelo desde la litera de arriba. Le oí manipular el picaporte y el cerrojo de la puerta, la cual se abrió casi inmediatamente, y luego oí sus pasos al alejarse corriendo por el pasillo, dejando la puerta abierta tras él. El barco se balanceaba un poco y esperé oírle tropezar o caer, pero seguía corriendo como si en ello le fuera la vida. La puerta giraba sobre sus goznes con el movimiento del navío, y el ruido me molestaba. Me levanté y la cerré, volviendo a tientas a mi litera en medio de la oscuridad. De nuevo me dormí; pero no tengo ni idea del tiempo que estuve durmiendo.

Cuando me desperté era todavía noche cerrada, pero experimenté una desagradable sensación de frío y me pareció que el aire estaba húmedo. Ya conocen ustedes el peculiar olor de una cabina que ha sido rociada con agua de mar. Me tapé lo mejor que pude y volví a dormitar, concibiendo las reclamaciones que iba a formular al día siguiente, y escogiendo los epítetos más contundentes del vocabulario. Podía oír a mi compañero de camarote dando vueltas en la litera de arriba. Probablemente había vuelto mientras yo estaba durmiendo. En cierta ocasión me pareció oírle gemir y pensé que estaría mareado. Esto resulta especialmente desagradable cuando uno está debajo. Sin embargo eché una cabezada y me dormí hasta primeras horas de la mañana.

El barco se balanceaba mucho más que la noche anterior, y la grisácea claridad que entraba por la portilla cambiaba de matiz con cada movimiento, según que, por efecto de la inclinación del barco, la abertura enfilara hacia mar adentro o hacia el cielo. Hacía mucho frío…, inexplicable en pleno mes de junio. Volví la cabeza y miré en dirección a la portilla, viendo con sorpresa que estaba completamente abierta y enganchada por detrás al mamparo. Creo que solté un taco en voz alta. Luego me

levanté y la cerré. Mientras regresaba eché una ojeada a la litera de arriba. Las cortinas estaban echadas; probablemente mi compañero de travesía había sentido frío como yo.

Me sorprendió haber dormido tanto. El camarote era incómodo, aunque, por extraño que parezca, no noté el olor a humedad que tanto me había fastidiado durante la noche. Mi compañero de camarote todavía dormía; era una excelente ocasión para eludirle, de modo que me vestí en seguida y fui a cubierta. El día era cálido y nuboso, y el agua olía a petróleo. Eran las siete en punto…; mucho más tarde de lo que había imaginado. Me encontré con el médico de a bordo, que estaba inhalando su primera bocanada de aire mañanero. Era un joven del oeste de Irlanda, un tipo enorme, de pelo negro y ojos azules, con propensión a la gordura; su aspecto despreocupado y saludable resultaba bastante atractivo.

—Excelente mañana —observé, a modo de presentación.

—Bueno —dijo él, mirándome con marcado interés—, es una excelente mañana, y a la vez no lo es. No creo que tenga mucho de mañana.

—Bueno, no…, no es tan excelente —dije yo.

—Hace lo que yo llamo un tiempo cargado —replicó el médico.

—Anoche me pareció que hacía mucho frío —observé yo—. Sin embargo, cuando miré esta mañana descubrí que la portilla estaba abierta de par en par. No me di cuenta cuando me acosté. Y el camarote estaba también húmedo.

—¡Húmedo! —dijo—. ¿En qué camarote se aloja?

—En el ciento cinco.

Con gran sorpresa por mi parte, el médico se sobresaltó visiblemente y me miró con fijeza.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¡Oh!, nada —contestó—. Sólo que todo el mundo se ha quejado de ese camarote en los tres últimos viajes.

—Yo también me quejaré —dije—. Desde luego, no ha sido debidamente ventilado. ¡Es una vergüenza!

—No creo que eso pueda remediarse —contestó el médico—. Creo que hay algo…, bueno, no tengo por qué asustar a los pasajeros.

—No debe tener usted miedo de asustarme —repliqué—. Puedo soportar bastante bien la humedad. Si cojo un fuerte resfriado iré a verle.

Le ofrecí un cigarro y él lo tomó, examinándolo con desconfianza.

—No lo decía, precisamente, por la humedad —observó—. Sin embargo, creo que se desenvolverá usted muy bien. ¿Tiene compañero de camarote?

—Sí; un tipo diabólico que se larga a medianoche dejando la puerta abierta.

El médico volvió a mirarme con curiosidad. Luego encendió el cigarro y pareció reflexionar.

—Y… ¿regresó? —me preguntó poco después.

—Sí. Yo estaba dormido, pero me desperté y le oí moverse. Luego sentí frío y me

volví a dormir. Esta mañana encontré la portilla abierta.

—Escuche —dijo el médico con gran calma—, me trae sin cuidado este barco. Su reputación me importa un comino. Voy a decirle lo que haré. Dispongo aquí cerca de un aposento bastante amplio. Lo compartiré con usted, aunque no le conozca de nada.

La proposición me sorprendió bastante. No podía imaginar la razón por la que se tomaba un interés tan repentino por mi bienestar. Sin embargo, me pareció extraña su forma de hablar del barco.

—Es usted muy amable, doctor —dije—. Pero, realmente, creo más bien que la cabina podría ventilarse, o limpiarse, o algo por el estilo. ¿Por qué no le importa el barco?

—En nuestra profesión no somos supersticiosos, señor —replicó el médico—, pero el mar cambia a las personas. No quiero preocuparle ni asustarle, pero si sigue mi consejo se instalará conmigo. Preferiría verle caer por la borda —añadió sinceramente— que enterarme de que usted o cualquier otro hombre iba a dormir en el camarote ciento cinco.

—¡Válgame Dios! ¿Por qué? —pregunté.

—Porque en los tres últimos viajes las personas que allí durmieron saltaron realmente por la borda —contestó gravemente.

La noticia era alarmante y sumamente desagradable, lo confieso. Miré fijamente al médico para comprobar si estaba burlándose de mí, pero parecía hablar completamente en serio. Le agradecí calurosamente su ofrecimiento, pero le dije que intentaría ser la excepción a la regla según la cual todos los que dormían en aquel camarote saltaban por la borda. No añadió nada más, pero dio a entender, con la misma seriedad de antes, que, sin necesidad de enfadarnos, probablemente reconsideraría yo su proposición. Poco después fuimos a desayunar al comedor, donde sólo se había congregado un número insignificante de pasajeros. Noté que uno o dos oficiales de los que desayunaban con nosotros parecían muy serios. Después del desayuno fui a mi camarote para coger un libro. No se oía nada. Probablemente mi compañero de camarote seguía durmiendo todavía.

Al salir me encontré con un camarero al que habían encargado buscarme. Me susurró que el capitán quería verme, y a continuación se escabulló por el pasillo como si deseara eludir cualquier tipo de pregunta. Fui a la cabina del capitán y le encontré esperándome.

—Caballero —dijo—, quiero pedirle un favor.

Respondí que haría cualquier cosa por complacerle.

—Su compañero de camarote ha desaparecido —dijo—. Sabemos que anoche se retiró temprano. ¿Notó usted algo raro en su comportamiento?

La pregunta vino a confirmar los temores que el médico me había expresado media hora antes, dejándome desconcertado.

—¿No querrá usted decir que ha saltado por la borda? —pregunté.

—Me temo que sí —contestó el capitán.

—Ésta sí que es buena… —empecé.

—¿Por qué? —me preguntó.

—Es el cuarto, ¿no? —expliqué.

En respuesta a otra pregunta del capitán, le expliqué, sin mencionar al médico, que había oído historias referentes al camarote ciento cinco. Pareció enfadarse mucho al enterarse de que yo conocía la historia. Le conté lo que había ocurrido durante la noche.

—Lo que usted dice —replicó— coincide casi exactamente con lo que me contaron los compañeros de camarote de dos de los otros tres desaparecidos. Saltaron de la litera y se fueron corriendo por el pasillo. Dos de ellos fueron vistos por el vigía saltando por la borda. Paramos las máquinas y arriamos varias lanchas, pero no les encontramos. Nadie, sin embargo, vio ni oyó al hombre que desapareció anoche…, si es que realmente desapareció. El camarero, que posiblemente es un individuo supersticioso y esperaba que ocurriera algo anormal, fue a buscarle esta mañana y encontró su litera vacía, aunque su ropa no estaba allí, tal como la había dejado. El camarero era la única persona a bordo que le conocía de vista, y ha estado buscándole por todas partes. ¡Ha desaparecido! Ahora, caballero, le rogaría que no mencione lo sucedido a ningún pasajero; no quiero que el barco adquiera una mala reputación, pues nada amenaza tanto a un transatlántico como las historias de suicidios. Puede usted elegir entre todas las cabinas de los oficiales, incluida la mía, la que más le guste, para el resto del pasaje. ¿No le parece un trato justo?

—Mucho —le dije—. Se lo agradezco. Pero ya que ahora estoy solo y dispongo de todo el camarote, prefiero no moverme. Si el camarero retira las cosas del infortunado pasajero, preferiría quedarme donde estoy. No diré nada del asunto, y creo poder prometerle que no seguiré los pasos de mi compañero de camarote.

El capitán intentó disuadirme de mi propósito, pero yo prefería tener un camarote para mí solo que ser el compinche de cualquier oficial a bordo. No sé si obré con sensatez, pero si hubiese seguido su consejo no tendría nada más que contar. Seguiría existiendo la desagradable coincidencia de varios suicidios producidos entre personas que habían dormido en la misma cabina; pero eso sería todo.

Sin embargo, aquello no fue, de ningún modo, el final del caso. Decidí obstinadamente no dejarme impresionar por semejantes historias, e incluso llegué a discutir la cuestión con el capitán. Le dije que había algo raro en el camarote. Era demasiado húmedo. La noche pasada alguien había dejado abierta la portilla. Tal vez mi compañero de camarote estaba ya enfermo al subir a bordo y empeoró al acostarse. Incluso era posible que estuviera ahora escondido en algún lugar del barco, y que apareciera más tarde. Tendrían que airear la cabina y ocuparse de la portilla. Si el capitán me lo permitiese, yo mismo me encargaría de comprobar lo que había que hacer inmediatamente.

—Por supuesto, tiene usted derecho a quedarse donde está si así lo desea —replicó con cierta petulancia—, Pero me gustaría que se fuera y me diese su

conformidad para clausurar el camarote.

No nos pusimos de acuerdo y dejé al capitán, después de prometerle que guardaría silencio en lo concerniente a la desaparición de mi compañero. Éste no había hecho amistades a bordo y, por tanto, no fue echado de menos a lo largo del día. Al atardecer encontré otra vez al médico, el cual me preguntó si había cambiado de opinión. Le dije que no.

—Entonces, en breve lo hará —dijo muy seriamente.

III

Por la noche jugamos al whist y me acosté tarde. Ahora puedo confesar que experimenté una desagradable sensación al entrar en mi camarote. No pude evitar el pensar en el hombre alto que había visto la noche anterior, que ahora estaría muerto, ahogado, arrojado al oleaje doscientas o trescientas millas a popa. Su rostro surgió ante mí muy nítidamente mientras me desvestía, e incluso llegué a descorrer las cortinas de la litera de arriba, como para persuadirme a mí mismo de que realmente se había ido. También eché el cerrojo a la puerta del camarote. De pronto me di cuenta de que la portilla estaba abierta y sujeta al mamparo. Era más de lo que podía soportar. Me puse el batín apresuradamente y fui a buscar a Robert, el camarero de mi pasaje. Estaba muy enfadado, lo recuerdo, y cuando le encontré, le arrastré bruscamente hasta la puerta del ciento cinco, y le empujé hacia la abierta portilla.

—¿Qué demonios pretendes, bribón, dejando esta portilla abierta todas las noches? ¿No sabes que es contrario al reglamento? ¿Ignoras que si el barco escora, y empieza a entrar agua, ni diez hombres podrían cerrarla? ¡Daré parte al capitán, granuja, por poner en peligro el barco!

Estaba sumamente furioso. El hombre tembló y palideció, empezando luego a cerrar la plancha circular de vidrio con sus pesados herrajes de latón.

—¿Por qué no me contestas? —le dije bruscamente.

—Por raro que parezca, señor —titubeó Robert—, no hay nadie a bordo que pueda mantener cerrada esta portilla por las noches. Puede intentarlo usted mismo, señor. No pienso seguir más tiempo a bordo de este buque; desde luego que no. Pero si yo fuera usted, señor, me quitaría de en medio y me iría a dormir con el cirujano, o a cualquier otra parte. Mire, señor: ¿no le parece que el cierre está bien asegurado? Intente moverlo, señor, aunque no sea más que una pulgada.

Examiné la portilla y comprobé que estaba perfectamente ajustada.

—Bien, señor —continuó Robert triunfalmente—, apuesto mi reputación de camarero de primera a que antes de media hora se volverá a abrir. Y quedará sujeta al mamparo, señor, eso es lo espantoso, ¡sujeta al mamparo!

Examiné los tornillos y las tuercas de mariposa que en ellos se enroscaban.

—Si la encuentro abierta por la noche, Robert, te daré un soberano. Es imposible. Puedes irte.

—¿Ha dicho un soberano, señor? Muy bien, señor. Gracias, señor. Buenas noches, señor. Le deseo un agradable descanso, señor, y toda clase de sueños encantadores, señor.

Robert se escabulló del camarote, encantado de verse libre. Pensé, por supuesto, que intentaba justificar su negligencia con una absurda historia, tratando de asustarme; pero no le creí. El resultado fue que obtuvo su soberano y yo pasé una noche particularmente desagradable.

Me acosté, y cinco minutos después de haberme envuelto en las mantas, el inexorable Robert apagó la vela que normalmente ardía tras el deslustrado panel de vidrio, cerca de la puerta. Permanecí completamente inmóvil en la oscuridad, tratando de dormir; pero pronto comprobé que me era imposible. El enfado con el camarero me había complacido, y la distracción había desvanecido la desagradable sensación que había experimentado al principio, cuando pensé en el hombre ahogado que había sido mi compañero de camarote. Pero ya no tenía sueño y permanecí despierto algún tiempo, mirando de vez en cuando a la portilla, la cual podía ver prácticamente desde donde me encontraba, pareciéndome, en la oscuridad, un plato de sopa débilmente iluminado, suspendido en medio de la negrura. Creo que debí estar allí tendido casi una hora y, si mal no recuerdo, empezaba a dormirme cuando me despertó una corriente de aire frío y la nítida sensación como de espuma de mar salpicándome la cara. Me puse en pie de un salto sin tener en cuenta, en la oscuridad, el balanceo del barco, y al instante fui arrojado violentamente, a través del camarote, contra el sofá que había bajo la portilla. Sin embargo me recuperé inmediatamente y me puse de rodillas encima del sofá. La portilla estaba otra vez abierta de par en par y sujeta al mamparo.

Ahora se trataba de hechos innegables. Cuando me levanté estaba completamente despierto y, en todo caso, de estar todavía adormilado, la caída me habría despabilado. Además, me lastimé gravemente codos y rodillas, y a la mañana siguiente las heridas estaban ahí para atestiguar el hecho, si lo hubiera puesto en duda. La portilla estaba abierta de par en par y sujeta al mamparo. Era algo tan inexplicable que recuerdo haber sentido al descubrirlo más bien asombro que miedo. Inmediatamente volví a cerrar la tapa y enrosqué las tuercas con todas mis fuerzas. El camarote estaba muy oscuro. Calculé que seguramente la portilla habría sido abierta una hora después de que Robert la cerrara en mi presencia, y decidí vigilar si de nuevo la abrían. Aquellos goznes de latón eran muy pesados y de ningún modo fáciles de mover; no podía creer que todos ellos se hubiesen desatornillado por la sacudida de la hélice. A través del grueso cristal me puse a contemplar la alternancia de vetas blancas y grises que la espuma de mar formaba bajo el costado del barco. Debí permanecer allí como un cuarto de hora.

De pronto oí claramente algo que se movía detrás de mí en una de las literas y un

momento después, cuando me volví instintivamente a mirar —aunque nada podía verse, por supuesto, en medio de aquella oscuridad— oí un gemido muy débil. Atravesé a toda velocidad el camarote y descorrí las cortinas de la litera de arriba, esperando que mis manos descubrirían si había alguien allí. En efecto, había alguien.

Recuerdo que al extender las manos hacia delante tuve la sensación de que las introducía en la atmósfera de un sótano húmedo, y que desde detrás de las cortinas me llegaba una ráfaga de viento que olía terriblemente a agua de mar estancada. Lo que cogí tenía forma de brazo humano, pero no tenía pelos y estaba húmedo y helado. De pronto, al tirar de él, la criatura saltó hacia delante contra mí con violencia. Era, según me pareció, una masa pegajosa y fangosa, espesa y húmeda, dotada sin embargo de una fuerza sobrenatural. Retrocedí tambaleante y al instante la puerta se abrió y la cosa salió precipitadamente. No tuve tiempo de asustarme; me recobré rápidamente, corriendo a toda velocidad hacia la puerta en su persecución. Pero era demasiado tarde. A unas diez yardas por delante de mí pude ver —estoy seguro de que la vi— una oscura sombra moviéndose por el pasillo, apenas iluminado, con la misma rapidez con que un veloz caballo de tiro cruza bajo un farol en una noche oscura. Pero al instante había desaparecido y me encontré agarrado a la reluciente barandilla que corre a lo largo del mamparo por donde el pasaje accede a la escotilla. Mi cabello se erizó y un sudor frío me corrió por el rostro. No me avergüenza lo más mínimo confesar que estaba terriblemente asustado.

No obstante, dudé de mis sentidos y me tranquilicé. Era absurdo, pensé. La tostada de queso derretido en cerveza que había comido me habría sentado mal. Había tenido una pesadilla. Regresé a mi camarote y tuve que hacer un esfuerzo para entrar. Todo el recinto olía a agua de mar estancada, como cuando me había despertado la noche anterior. Necesité todas mis fuerzas para entrar y buscar a tientas entre mis cosas una caja de cerillas. Cuando encendí un farol portátil, que siempre llevo encima por si acaso quiero leer después de que se apaguen las luces, me di cuenta de que la portilla estaba otra vez abierta, y empezó a apoderarse de mí una especie de espeluznante horror, como nunca había sentido antes ni deseo volver a sentir. Sin embargo, cogí el farol y me puse a examinar la litera de arriba, esperando encontrarla empapada en agua de mar.

Pero tuve una decepción. En la cama había dormido alguien y el olor a mar era intenso, pero las sábanas estaban más secas que una pasa. Supuse que Robert no había tenido valor suficiente para hacer la cama después del accidente de la noche anterior…, que todo había sido un espantoso sueño. Aparté todo lo que pude las cortinas y examiné la litera con cuidado. Estaba completamente seca. Pero la portilla estaba otra vez abierta. Con una especie de torpe y pavoroso desconcierto la cerré y enrosqué las tuercas; a continuación introduje un pesado bastón en la anilla de latón y lo torcí con todas mis fuerzas hasta que el grueso metal empezó a doblarse por la presión. Luego colgué el farol portátil en el terciopelo rojo que había encima del sofá y me senté para intentar recobrar el juicio. Estuve allí sentado toda la noche, incapaz

de pensar en otra cosa, sin poder apenas pensar en nada. Pero la portilla permaneció cerrada, y no creía que volviera a abrirse sin el concurso de una fuerza considerable.

Al fin amaneció un nuevo día y me vestí despacio, pensando en todo lo que había sucedido durante la noche. Hacía un día magnífico y subí a cubierta, contento de exponerme al sol matutino y oler la brisa marina, tan distinta del fétido y estancado olor de mi camarote. Instintivamente me dirigí a popa, hacia la cabina del cirujano. Allí estaba él, con la pipa en la boca, dando su paseo matinal como el día anterior.

—Buenos días —dijo tranquilamente, mirándome con evidente curiosidad.

—Doctor, tenía usted toda la razón —dije—. Algo pasa en ese camarote.

—Ya me figuraba yo que cambiaría usted de opinión —respondió triunfalmente —. Ha pasado usted una mala noche, ¿eh? ¿Quiere que le prepare algún tónico? Conozco una receta excelente.

—No, gracias —exclamé—. Pero me gustaría contarle lo sucedido.

Entonces traté de explicarle, lo más claramente que pude, lo que había ocurrido, sin omitir el hecho de que me había asustado como nunca lo había hecho en toda mi vida. Insistí especialmente en el fenómeno de la portilla, que era un hecho que podía demostrar, aun cuando el resto fuese tina ilusión. La había cerrado dos veces durante la noche, y la segunda vez incluso la había atrancado con mi bastón. Creo que insistí bastante en este punto.

—Parece usted creer que me siento inclinado a dudar de su historia —dijo el médico, sonriendo por mi pormenorizado informe acerca del estado de la portilla—. No dudo de ella en lo más mínimo. Le reitero mi invitación. Tráigase aquí sus cosas y tome posesión de la mitad de mi cabina.

—Véngase usted conmigo y ocupe la mitad de la mía por una noche —dije—. Ayúdeme a llegar al fondo de este asunto.

—Si lo intenta, llegará al fondo de otra cosa —respondió el doctor.

—¿Qué? —pregunté.

—Al fondo del mar. Pienso abandonar este barco. No es prudente quedarse.

—Entonces, ¿no va usted a ayudarme a descubrir…?

—No —cortó el médico tajantemente—. Es cosa mía conservar la presencia de ánimo, y no andar perdiendo el tiempo con fantasmas y otras zarandajas.

—¿Cree usted que se trata realmente de un fantasma? —inquirí, en tono más bien despectivo.

Pero mientras hablaba, recordé muy bien la sensación de índole sobrenatural que se había apoderado de mí durante la noche. El médico se volvió hacia mí con brusquedad.

—¿Puede usted ofrecer alguna explicación razonable a todas esas cosas? —preguntó—. No, no la tiene. Bien, usted asegura que encontrará una explicación. Yo le digo que no la encontrará; sencillamente porque no existe ninguna.

—Pero, señor mío —repliqué—, ¿va a decirme usted, un hombre de ciencia, que tales cosas no pueden ser explicadas?

—En efecto —contestó resueltamente—. Y si pudieran serlo, no quisiera yo verme implicado en la explicación.

No me importaba pasar otra noche solo en el camarote, estaba obstinadamente decidido todavía a llegar a la raíz del asunto. No creo que hubiera muchos hombres capaces de dormir allí solos después de pasar dos noches como las que yo había pasado. Pero decidí intentarlo, aunque no pudiera encontrar a nadie que compartiera la velada conmigo. Evidentemente, el médico no se sentía inclinado a semejante experimento. Alegó que era cirujano y debía estar siempre preparado por si acaso ocurría algún accidente a bordo. No podía permitirse tener los nervios alterados. Tal vez tuviera razón, pero me inclino a pensar que su precaución fue más bien un pretexto. A petición mía, me informó que no creía que hubiera nadie a bordo dispuesto a unirse a mis investigaciones, y, después de una breve conversación, me fui. Poco más tarde encontré al capitán y le conté mi historia. Le dije que si nadie quería pasar la noche conmigo, pediría permiso para tener la luz encendida toda la noche, y lo intentaría solo.

—Mire —dijo—, le diré lo que voy a hacer. Le acompañaré yo mismo y veremos lo que sucede. Estoy convencido de que entre los dos podremos averiguar algo. Es posible que haya a bordo algún polizón que asusta a los pasajeros para hacerse con un pasaje. También pudiera ser que hubiera algo raro en la carpintería de esa litera.

Sugerí llevar abajo al carpintero del barco para que examinara la litera; pero no cabía en mí de contento por el ofrecimiento del capitán de pasar la noche conmigo. En consecuencia, el capitán llamó al carpintero y le ordenó que hiciera cuanto yo le pidiese. En seguida bajamos los tres. Yo había sacado toda la ropa de la litera de arriba y la examinamos concienzudamente por ver si había alguna tabla suelta, o algún entrepaño que pudiera ser abierto o echado a un lado. Comprobamos toda la tablazón, tanteamos a golpes el entarimado, desatornillamos los herrajes de la litera de abajo y la desmontamos; en pocas palabras: no hubo ni una sola pulgada de camarote que no fuera registrada y puesta a prueba. Todo estaba en perfecto orden, y cada cosa la volvimos a poner en su sitio. Cuando estábamos terminando nuestro trabajo, Robert se llegó hasta la puerta y miró al interior.

—Bien, señor…, ¿encontró algo? —preguntó con una espantosa mueca de burla.

—Llevabas razón en lo referente a la portilla, Robert —dije, y le di el soberano prometido.

El carpintero hizo su trabajo en silencio y hábilmente, siguiendo mis instrucciones. Cuando hubo terminado, tomó la palabra.

—Yo no soy más que un vulgar carpintero —dijo—. Pero estoy convencido de que lo mejor que usted puede hacer es sacar fuera sus cosas y permitirme que introduzca media docena de tornillos de cuatro pulgadas en la puerta de esta cabina. Nada bueno puede salir de esta cabina, señor, eso es todo. Que yo recuerde se han perdido aquí cuatro vidas, y eso en sólo cuatro viajes. Es mejor que se dé por vencido, señor…, ¡es lo mejor!

—Lo intentaré sólo una noche más —dije.

—Es mejor que se dé por vencido, señor…, ¡es lo mejor! Mal asunto éste — repitió el carpintero, metiendo sus herramientas en la bolsa y abandonando la cabina.

Pero mi estado de ánimo había mejorado considerablemente ante la perspectiva de gozar de la compañía del capitán, y decidí no poner impedimentos hasta llegar al fondo de aquel extraño asunto. Aquella noche me abstuve de comer tostadas de queso derretido y de beber ponche; y ni siquiera me uní a la habitual partida de whist. Quería estar completamente seguro de mis nervios, y mi vanidad me impulsaba a hacer un buen papel a los ojos del capitán.

IV

El capitán era uno de esos espléndidos especímenes humanos, tenaces y alegres navegantes, cuya mezcla de valor, audacia y calma ante el peligro les lleva a asumir las mayores responsabilidades. No era el tipo de hombre que presta oídos a habladurías sin fundamento, y el mero hecho de estar dispuesto a unirse a mí en la investigación demostraba que creía que algo grave pasaba, algo que no podía explicarse mediante simples razonamientos, ni tomarse a broma como si se tratara de una vulgar superstición. Hasta cierto punto su reputación estaba también en juego, lo mismo que la reputación del barco. Perder pasajeros por la borda es un grave problema, y él lo sabía.

Alrededor de las diez de la noche, mientras me fumaba el último cigarro, se acercó a mí y me apartó del tumulto de los demás pasajeros que rondaban por cubierta en la cálida oscuridad.

—Se trata de un asunto serio, mister Brisbane —dijo—. Debemos prepararnos para cualquier eventualidad: llevarnos un chasco o pasar un mal rato. Como usted comprenderá, no puedo permitir que el asunto sea tomado a broma; voy a pedirle que firme una declaración escrita de todo cuanto suceda. Si no ocurre nada esta noche, lo volveremos a intentar mañana y pasado mañana. ¿Está usted dispuesto?

Descendimos al interior del casco y entramos en el camarote. Al hacerlo, vi a Robert, el camarero, que permanecía en el pasillo a poca distancia de la puerta, vigilándonos con su habitual mueca despectiva, como si pensara que algo espantoso iba a ocurrir. El capitán cerró la puerta y echó el cerrojo.

—Podíamos colocar su maleta delante de la puerta —sugirió—. Uno de nosotros podría sentarse encima. Así, nadie podrá salir. ¿Está bien cerrada la portilla?

La encontré como la había dejado por la mañana. Realmente, nadie podía abrirla sin utilizar una palanca, como yo había hecho. Aparté las cortinas de la litera de arriba de manera que pudiera ver bien el interior. Por consejo del capitán, encendí mi farol portátil y lo coloqué de modo que iluminara las blancas sábanas de arriba. Aquél

insistió en sentarse en la maleta, confesando que deseaba poder jurar que había estado sentado delante de la puerta.

Luego me pidió que registrara a fondo el camarote, operación que no me llevó mucho tiempo, pues consistió sencillamente en mirar debajo de la litera inferior y del sofá que había bajo la portilla. Ambos lugares estaban completamente vacíos.

—Es imposible que pueda entrar un ser humano —dije— o que pueda abrir la portilla.

—Muy bien —dijo el capitán tranquilamente—. Si vemos ahora cualquier cosa, será producto de nuestra imaginación, o bien algo sobrenatural.

Me senté en el borde de la litera de abajo.

—Sucedió por vez primera en marzo —dijo el capitán, cruzando las piernas y recostándose contra la puerta—. El pasajero que dormía aquí, en la litera de arriba, resultó ser un loco; en todo caso, se sabía que había estado un poco chiflado y había adquirido su pasaje sin que se enteraran sus amistades. Salió precipitadamente en mitad de la noche y se arrojó por la borda, antes de que el oficial de guardia pudiera detenerle. Paramos el barco y arriamos una lancha. Era una noche tranquila, justo antes de que se presentara aquel temporal; pero no pudimos encontrarle. Por supuesto, su suicidio fue atribuido más tarde a su locura.

—¿Ocurre a menudo? —observé distraídamente.

—A menudo, no —dijo el capitán—. A mí nunca me había ocurrido, aunque tengo entendido que ocurrió a bordo de otros barcos. Bueno, como le estaba diciendo, eso ocurrió en marzo. En el siguiente viaje… ¿Qué mira usted? —me preguntó, interrumpiendo súbitamente su relato.

Creo que no le contesté. Mis ojos estaban clavados en la portilla. Me pareció que la palomilla empezaba a desenroscarse lentamente…, tan lentamente, sin embargo, que no estaba seguro de que se hubiera movido. La observé atentamente, fijando su posición en mi mente para tratar de comprobar si cambiaba. El capitán miró también a donde yo estaba mirando.

—¡Se mueve! —exclamó, muy convencido—. No, no se mueve —añadió un poco después.

—Si pudiera moverse —dije—, se habría desenroscado durante el día, y esta noche la encontré bien apretada, tal como la dejé esta mañana.

Me levanté y examiné la tuerca. Estaba floja, desde luego, pues pude moverla con las manos sin apenas esfuerzo.

—Lo curioso —dijo el capitán— es que el segundo hombre que perdimos se supone que fue a causa de esta misma portilla. El incidente nos hizo pasar un mal rato. Ocurrió en plena noche y la atmósfera estaba muy cargada. Se dio la alarma de que una de las portillas estaba abierta y por ella entraba agua. Bajé y encontré todo el camarote inundado; el agua entraba a raudales cada vez que el barco se balanceaba y la portilla se bamboleaba sujeta únicamente por los tornillos de arriba. Bien, conseguimos cerrarla, pero el agua causó un gran perjuicio. Desde entonces el

camarote huele a agua de mar de vez en cuando. Imaginamos que el pasajero se arrojó al mar voluntariamente, aunque sólo Dios sabe cómo lo hizo. El camarero me contó que era incapaz de mantener cerrada la portilla.

—¡Válgame Dios!, ahora puedo olerlo, ¿usted no? —inquirió, olfateando el aire suspicazmente.

—Sí, claramente —dije, y sentí un escalofrío mientras en la cabina aquel olor a agua de mar estancada era cada vez más fuerte.

—Ahora bien, para oler así tendría que haber humedad en alguna parte —continué— y, sin embargo, cuando esta mañana examiné el camarote con el carpintero, todo estaba completamente seco. Es de lo más sorprendente… ¡Vaya!

Mi farol portátil, que estaba colocado en la litera de arriba, se apagó de repente. Todavía entraba bastante luz por el ventanillo situado cerca de la puerta, tras el cual se perfilaba la lámpara reglamentaria del pasillo. El barco se balanceó fuertemente y la cortina de la litera de arriba se alzó un tanto, volviendo a caer. Me levanté rápidamente de mi asiento al borde de la cama, y en ese mismo instante el capitán se puso en pie, lanzando un grito de sorpresa. Me había vuelto con la intención de coger el farol para examinarlo, cuando oí su exclamación, e inmediatamente después su grito de socorro. Corrí hacia él. Estaba luchando con todas sus fuerzas con la palomilla de la portilla, la cual parecía írsele de las manos a pesar de sus esfuerzos. Cogí mi bastón, una pesada vara de roble que siempre solía llevar conmigo, y lo introduje por la anilla, aguantándolo con todas mis fuerzas. Pero de pronto se partió la sólida madera y caí en el sofá. Cuando me levanté de nuevo, la portilla estaba completamente abierta, y el capitán permanecía de pie con la espalda apoyada contra la puerta, blanco como el papel.

—¡Hay algo en esta litera! —gritó con voz extraña y los ojos casi fuera de sus órbitas—. Sostenga la puerta mientras yo miro… ¡Pase lo que pase, no se nos escapará!

Pero, en vez de ocupar su lugar, de un salto me levanté del lecho de abajo y agarré algo que yacía en la litera de arriba.

Era algo espectral, horrendo hasta lo indecible, y se movió entre mis manos. Parecía el cadáver de un hombre ahogado hacía mucho tiempo, y, sin embargo, se movía y tenía la fuerza de diez hombres vivos; pero yo sujeté con todas mis fuerzas esa horrible cosa escurridiza y fangosa, cuyos blancos ojos parecían mirarme fijamente en la oscuridad. Toda ella despedía un putrefacto olor a agua de mar estancada, y su brillante pelo colgaba en sucios y húmedos rizos sobre un rostro sin vida. Forcejeé con el muerto, pero él arremetió contra mí, obligándome a retroceder, y casi me rompió los brazos. Sus cadavéricos brazos de muerto en vida rodearon mi cuello irresistiblemente hasta que, finalmente, lancé un grito y caí, soltando mi presa.

Mientras caía, la cosa saltó por encima de mí y pareció abalanzarse sobre el capitán. Cuando vi a éste de pie, su rostro estaba demacrado y sus labios apretados. Me pareció que le asestaba un violento golpe al muerto, y luego también él cayó

hacia adelante, de cara, profiriendo un inarticulado grito de terror.

La cosa se detuvo un momento y pareció cernerse sobre el postrado cuerpo del capitán. Casi grité del susto, pero me había quedado sin voz. La cosa desapareció súbitamente y a mis trastornados sentidos les pareció que había hecho mutis a través de la portilla abierta, aunque, considerando lo angosto de la abertura, nadie podría decir cómo lo hizo. Permanecí tendido en el suelo mucho tiempo, con el capitán a mi lado. Al fin recobré parcialmente el sentido y me moví. De inmediato comprobé que me había roto un brazo…, el hueso más corto del antebrazo izquierdo, cerca de la muñeca.

De una forma u otra, me puse de pie y con la mano ilesa traté de levantar al capitán. Gimió y se movió. Finalmente recobró el conocimiento. No estaba herido, pero parecía muy aturdido.

Bueno, ¿qué más desean oír? No tengo más que añadir. Éste es el final de mi historia. El carpintero llevó a cabo su plan de sellar la puerta del camarote ciento cinco mediante media docena de tornillos de cuatro pulgadas. Si alguna vez toman un pasaje en el *Kamtschatka*, pueden pedir una litera en ese camarote. Les dirán que está ocupado…, sí…, ocupado por esa cosa muerta.

Terminé el viaje en la cabina del cirujano. Él atendió mi brazo roto y me aconsejó «no perder más tiempo con fantasmas». El capitán estuvo muy callado y nunca más volvió a navegar en ese barco, que todavía está en servicio. Yo tampoco volveré a navegar en él. Fue una experiencia muy desagradable y llegué a estar muy asustado, lo cual es algo que no me gusta. Eso es todo. Así es como vi un fantasma…, si es que fue un fantasma. De cualquier manera, estaba muerto.

Charlotte Perkins Gilman

EL PAPEL AMARILLO

(The Yellow Wallpaper, 1892)

Un caso curioso de acierto aislado en el género terrorífico dentro de una obra totalmente ajena a él lo constituye el sobrecogedor relato de Charlotte Perkins Gilman «El papel amarillo», que llamó poderosamente la atención de Lovecraft por su «nivel clásico».

Nacida en Connecticut y heredera como Hawthorne de la tradición puritana de Nueva Inglaterra, Charlotte Anna Perkins (1860-1935) fue una destacada feminista, cuya infortunada existencia culminó trágicamente con un suicidio (con cloroformo) al descubrírsele un cáncer de pecho incurable. La dureza de su infancia, tras el abandono paterno del hogar, se prolongó en una adolescencia poco feliz con un prematuro matrimonio que sólo duró tres años. Su separación en 1887 marcó un nuevo rumbo en su vida, no menos difícil, pero afrontada con un ardor combativo que la reveló como una de las más activas defensoras de la condición femenina. Trasladada a California, allí se volvió a casar y comenzó a escribir y a editar periódicos de orientación feminista como «The Impress». Su voluminoso ensayo «Women and Economics» es un lúcido análisis histórico del «status» socioeconómico de la mujer, pero también cuenta con varias novelas (señalizadas en su día en la revista «The Forerunner»), entre las que destaca «Moving the Mountain», donde plantea la utopía de una sociedad totalmente igualitaria en cuanto al sexo.

«El papel amarillo» se publicó en 1892 en «The New England Magazine», una de las revistas más prestigiosas de aquella época. Se trata de un escalofriante alegato en contra de la sumisión de la mujer dentro del matrimonio, que, evocando las mejores alucinaciones de Toe, muestra con extraordinaria agudeza psicológica y precisión casi clínica un típico caso de aberración mental, lo que le valió ser incluido en la antología «Psychology and Literature».

EL PAPEL AMARILLO[31]

NO es nada frecuente que personas corrientes como John y yo consigan alquilar una casa solariega para pasar el verano.

Disponer de una mansión colonial, de una heredad transmitida de generación en generación, diría incluso que de una casa encantada, y alcanzar así la cumbre de la felicidad romántica…, ¡pero eso sería pedirle demasiado al destino!

Sin embargo debo declarar con orgullo que hay algo extraño en todo ello.

De lo contrario, ¿por qué tendrían que alquilarla tan barata? Y, ¿por qué lleva tanto tiempo sin que nadie la ocupe?

John se ríe de mí, por supuesto, pero eso es algo con lo que siempre se cuenta en el matrimonio.

John es una persona extraordinariamente práctica. Le saca de sus casillas todo lo que tenga relación con la fe, le horroriza la superstición, y se toma a broma cualquier intento de hablar sobre cosas que no se pueden sentir ni ver ni reducir a cifras.

John es médico y *quizá* (no se lo diría nunca a nadie, por supuesto, pero esto no es más que un simple papel y un gran alivio para mí), *quizá* sea ésa una de las razones de que no me ponga bien más deprisa.

¿Se dan cuenta? ¡No se cree que esté enferma!

¿Y qué puedo hacer?

Si un médico muy prestigioso, que además es el marido de la persona enferma, asegura a amigos y parientes que a su mujer no le pasa nada en realidad excepto una pasajera depresión nerviosa, una leve tendencia al histerismo, ¿qué se puede hacer?

Mi hermano, también médico e igualmente prestigioso, dice lo mismo que mi marido.

De manera que tomo fosfatos o fosfitos —no sé bien cuál de los dos—, tónicos y aire libre, y hago viajes y ejercicio; y se me ha prohibido absolutamente «trabajar» hasta que esté bien de nuevo.

Yo, por mi parte, no estoy de acuerdo con todo eso.

Personalmente creo que un trabajo apropiado, que suponga emoción y cambio, me haría bien.

Pero ¿qué puedo hacer?

Escribí durante algún tiempo aunque me lo tenían prohibido; pero es cierto que me agota mucho, porque no me quedaba más remedio que hacerlo a escondidas o enfrentarme con una oposición tremenda.

A veces se me ocurre que, en mi situación, si encontrara menos oposición y tratase con más gente y tuviera más estímulos…, pero John dice que lo peor que puedo hacer es pensar en mi enfermedad, y confieso que eso siempre hace que me sienta mal.

De manera que voy a olvidarme de ello y a hablar de la casa.

¡No es posible imaginar un sitio más hermoso! Se trata de una casa completamente aislada, muy distante de la carretera y casi a cinco kilómetros del pueblo. Me hace pensar en esas mansiones inglesas que describen en los libros, porque hay setos y muros y portones que se cierran con llave y muchas casitas separadas para los jardineros y otras personas.

¡Y un jardín *delicioso*! Nunca he visto un jardín así, tan amplio y sombreado, lleno de senderos bordeados de boj y largos emparrados con asientos debajo.

Hubo también invernaderos, pero ahora están todos rotos.

Creo que en algún momento surgieron problemas jurídicos, algo relacionado con los herederos y coherederos; en cualquier caso lo cierto es que la finca lleva años vacía.

Todo eso quita valor a mi teoría de la casa encantada, mucho me temo, pero me da igual: hay algo extraño aquí, lo noto con claridad.

Incluso se lo comenté a John una noche de luna, pero dijo que era una *corriente* y cerró la ventana.

A veces me enfado con él de manera muy poco razonable. Estoy segura de que antes yo no era tan susceptible. Creo que se debe a mis trastornos nerviosos.

Pero John dice que tener esos sentimientos significa que descuido mi autodominio; de manera que me esfuerzo mucho por dominarme, por lo menos delante de él, y eso me cansa mucho.

No me gusta nada nuestro dormitorio. Yo quería ocupar otro del piso bajo que da al porche, tiene rosas por encima de la ventana y unas preciosas cortinas antiguas de zaraza, pero John no quiso ni oír hablar de ello.

Mi marido es muy cariñoso y muy atento, y casi no me deja que me mueva sin darme instrucciones especiales.

Tengo programadas todas las horas del día; John se ocupa de todo, de manera que me siento terriblemente desagradecida por no valorar más sus desvelos.

Dijo que veníamos aquí únicamente por mí; que yo tenía que descansar al máximo y tomar mucho el aire. «La posibilidad de hacer ejercicio depende de las fuerzas que tengas, cariño», dijo, «y los alimentos del apetito, pero el aire puedes absorberlo constantemente». De manera que elegimos la habitación de los niños en lo alto de la casa.

Es una habitación grande y espaciosa que ocupa prácticamente la totalidad del piso, con ventanas hacia los cuatro puntos cardinales y todo el aire y el sol que pueda desearse. Me parece que fue primero habitación para los niños y después cuarto de juego y gimnasio, porque las ventanas tienen barrotes para prevenir caídas y hay argollas y otras cosas por el estilo en las paredes.

Se diría que un colegio entero de chicos ha tenido a su disposición la pintura y el papel de las paredes. De éste último faltan grandes trozos —arrancados— todo alrededor de la cabecera de la cama, más o menos hasta donde alcanzo con las manos,

y en otro sitio en el lado opuesto de la habitación, cerca del suelo. Nunca he visto un papel más feo en mi vida.

Es uno de esos papeles con dibujos extravagantes de muchas ramificaciones y que cometen todos los pecados artísticos imaginables.

Es lo bastante impreciso para confundir al ojo que se pone a mirarlo y lo bastante marcado para irritar constantemente y provocar el examen, pero cuando se siguen un poco las inciertas y poco convincentes curvas, de repente se suicidan: se desvían formando ángulos absurdos y se destruyen a sí mismas en inauditas contradicciones.

El color es repelente, casi nauseabundo; un amarillo sucio de fuerza contenida, extrañamente desteñido por el lento girar de la luz del sol.

En algunos sitios el color es naranja y resulta chillón aunque esté descolorido; en otros el papel consigue una enfermiza tonalidad azufrosa.

¡No me extraña que no les gustase a los niños! A mí me pasaría lo mismo si tuviera que vivir mucho tiempo en este cuarto.

Aquí llega John; tengo que esconder el diario porque no le gusta nada que escriba.

Ya llevamos dos semanas en esta casa y desde el primer día no había vuelto a tener ganas de escribir.

Estoy sentada junto a la ventana, en este atroz cuarto para los niños, y no hay nada que me impida escribir todo lo que quiera, excepto la falta de fuerzas.

John pasa fuera todo el día, y a veces incluso las noches cuando tiene enfermos graves.

¡Yo me alegro mucho de que mi enfermedad no sea grave!

Pero estos trastornos nerviosos míos resultan terriblemente deprimentes.

John no sabe lo mucho que sufro en realidad. Sabe que no hay *razones* para que sufra, y eso le basta.

Por supuesto es sólo nerviosismo. ¡Me abruma tanto no cumplir de ningún modo con mis deberes!

Quisiera ayudar mucho a John, facilitarle el descanso y todas las comodidades, pero aquí estoy, ¡convertida más bien en una carga!

Nadie creería el esfuerzo que supone hacer lo poco de lo que soy capaz: vestirme y recibir invitados y algunas cosas relacionadas con el orden de la casa.

Es una suerte que Mary se porte tan bien con nuestro hijo. ¡Es un niño tan encantador!

Y, sin embargo, no *puedo* estar con él porque me pongo muy nerviosa.

Supongo que John nunca ha estado nervioso. ¡Se ríe tanto de mí cuando le hablo del papel de la pared!

Al principio habló de volver a empapelar la habitación, pero después dijo que yo estaba permitiendo que el papel me dominara, y que no había nada peor para un enfermo nervioso que ceder ante ese tipo de fantasías.

Añadió que después de que cambiáramos el papel sería la cama y luego las

ventanas enrejadas y después la puerta de hierro en lo alto de la escalera, y así sucesivamente.

—Tú sabes que estás mejorando —dijo—, y pensándolo bien, cariño, no es cuestión de arreglar una casa que sólo alquilamos por tres meses.

—Entonces vayámonos al piso bajo —propuse yo—; hay unas habitaciones muy bonitas.

Pero me cogió en brazos y me llamó tontina y dijo que estaba dispuesto a irse al sótano, si era eso lo que yo quería, y a hacer que lo encalaran por añadidura.

Pero tiene razón en cuanto a las camas, las ventanas y las otras cosas.

Es una habitación todo lo espaciosa y cómoda que pueda desearse y, por supuesto, no voy a cometer la tontería de incomodarle por un simple capricho.

En realidad está empezando a gustarme nuestro dormitorio, todo menos ese papel espantoso.

Desde una de las ventanas veo el jardín, esos misteriosos emparrados tan en sombra, las llamativas flores antiguas, los arbustos y los árboles nudosos.

Desde otra se divisa una preciosa vista de la bahía y de un pequeño embarcadero que pertenece a la finca. Hay un hermoso camino sombreado que lleva hasta allí desde la casa. Siempre me imagino que veo gente andando por los numerosos senderos y emparrados, pero John me ha prohibido que dé rienda suelta a mi imaginación. Dice que con mi fantasía y la costumbre de inventar historias, la debilidad nerviosa puede llevarme con seguridad a todo tipo de ilusiones capaces de excitarme, y que tengo que utilizar mi voluntad y sentido común para reprimir esa tendencia. Así que procuro hacerlo.

A veces pienso que si estuviera lo bastante bien para escribir un poco encontraría alivio a la presión de las ideas y eso me descansaría.

Pero descubro que me canso mucho cuando lo intento.

Resulta muy descorazonador no tener a nadie que me aconseje o me haga compañía en todo lo relacionado con mi trabajo. Cuando me ponga realmente bien, John dice que invitará al primo Henry y a Julia para que pasen una larga temporada con nosotros; pero añade que ahora mismo tener aquí a unas personas tan estimulantes sería como ponerme fuegos artificiales en la almohada.

Me gustaría mejorar más de prisa.

Pero no tengo que pensar en eso. ¡El papel me mira como si *supiera* la perniciosa influencia que tiene!

Hay un trozo repetido donde el dibujo cuelga como un cuello roto y dos ojos saltones te miran fijamente cabeza abajo.

La impertinencia de ese dibujo y su constante presencia consiguen irritarme de verdad. Se arrastra arriba y abajo y de lado y esos absurdos ojos que no parpadean están en todas partes. Hay un sitio donde dos rollos no encajan, y a todo lo largo de la línea de unión uno de los ojos queda un poco más alto que el otro.

¡Nunca he visto tanta expresión en una cosa inanimada y todos sabemos que las

cosas pueden ser muy expresivas! De niña me quedaba despierta tumbada en la cama y me divertía más y pasaba más miedo mirando paredes desnudas y muebles corrientes que la mayoría de los niños visitando una tienda de juguetes.

Recuerdo el amable guiño que solían hacerme los nudos del gran escritorio antiguo, y también me acuerdo de una silla que era siempre como un amigo muy poderoso.

Tenía la impresión de que si cualquier otra cosa me miraba con ferocidad siempre podía subirme de un salto a aquella silla y sentirme segura.

El único inconveniente de los muebles de este cuarto es su falta de armonía, porque tuvimos que subirlos todos del piso bajo. Supongo que cuando se utilizó como sala de juegos retiraron todas las cosas de los niños y no me extraña, porque nunca he visto destrozos tales como los que los niños hicieron aquí.

El papel de las paredes, como he dicho antes, está arrancado a trozos y lo cierto es que estaba muy bien pegado; hizo falta perseverancia además de aborrecimiento.

También el suelo está arañado y arrancado y astillado, el yeso mismo sacado en algunos sitios, y esta cama tan grande y pesada, que es lo único que encontramos en la habitación, tiene todo el aspecto de haber participado en varias guerras.

Pero eso no me importa nada: tan sólo el papel.

Aquí llega la hermana de John, una chica encantadora que está siempre pendiente de mí. Tengo que evitar que me encuentre escribiendo. Es una perfecta ama de casa llena de entusiasmo y no desea otra profesión mejor. ¡Estoy convencida de que cree que escribir es lo que me pone enferma!

Pero puedo escribir si está fuera y verla desde muy lejos por las ventanas cuando vuelve.

Hay una ventana que domina la carretera, una deliciosa carretera sombreada con muchas vueltas y revueltas, y otra que da al campo. El campo también es muy bonito, lleno de grandes olmos y prados de terciopelo.

El papel de la pared tiene una especie de dibujo secundario en un tono diferente, especialmente irritante porque sólo se lo ve con determinadas luces y ni siquiera entonces con claridad.

Pero en los sitios donde no está descolorido, y la luz del sol lo ilumina de una manera muy precisa, veo algo así como una extraña figura informe, molesta, que parece agazaparse detrás de ese primer dibujo tan estúpido y llamativo.

¡Oigo a mi cuñada en la escalera!

¡Ya ha pasado el cuatro de julio! La gente se ha marchado y yo me encuentro agotada. A John se le ocurrió que tal vez me sentara bien estar un poco más acompañada, así que hemos tenido aquí a mi madre, Nellie y los niños durante una semana.

Por supuesto yo no he hecho nada. Ahora es Jennie la que se ocupa de todo.

Pero yo estoy cansada de todas formas.

John dice que si no me recupero más deprisa me enviará a Weir Mitchell en otoño.

Pero yo no quiero tener nada que ver con él. En una ocasión estuvo tratando a una amiga mía y, según me ha contado ella, es como John y mi hermano, ¡sólo que peor!

Además, es un esfuerzo demasiado grande ir tan lejos.

Tengo la impresión de que no merece la pena mover una mano por nada y noto que me vuelvo terriblemente irritable y descontenta.

Lloro por nada mucho tiempo seguido.

Por supuesto no lo hago cuando John, o cualquier otra persona, están aquí; únicamente cuando me quedo sola.

Y ahora mismo paso sola mucho tiempo. John tiene que quedarse con mucha frecuencia en la ciudad para atender a enfermos graves, y Jennie es muy comprensiva y me deja sola cuando se lo pido.

Así que paseo un poco por el jardín o por ese camino tan bonito que lleva al embarcadero, me siento en el porche bajo las rosas y paso mucho tiempo echada aquí arriba.

Me estoy encariñando de verdad con este cuarto a pesar del papel. Quizá precisamente *por* el papel.

¡Pienso tanto en él!

Tumbada en esta gran cama inmóvil —creo que está clavada al suelo— sigo el dibujo de la pared durante horas. Les aseguro que es tan bueno como hacer gimnasia. Empiezo, pongamos, por abajo, en la esquina donde nadie lo ha tocado, y decido por enésima vez que *voy* a seguir ese absurdo dibujo hasta alcanzar algún tipo de conclusión.

Tengo algunos conocimientos sobre la teoría del dibujo, y me doy cuenta de que este papel no sigue ninguna ley de radiación ni de alternancia ni de repetición ni de simetría ni de ninguna otra cosa que yo haya oído nunca.

Se repite, por supuesto, en cada ancho, pero eso es todo.

Si se mira de cierta manera, cada uno de los anchos se diferencia de los demás: las hinchadas curvas y adornos —una especie de «románico degenerado» con delírium trémens— suben y bajan contoneándose en separadas columnas de fatuidad.

Pero, por otra parte, se relacionan diagonalmente, y esos contornos se extienden en grandes curvas inclinadas que crean una especie de horror óptico, como una multitud de algas ondeantes en plena persecución.

Todo el conjunto funciona también horizontalmente, por lo menos eso es lo que parece, y yo me agoto tratando de distinguir cómo se ordena su marcha en esa dirección.

Además utilizaron un ancho para colocarlo horizontalmente a manera de cenefa, y eso aumenta extraordinariamente la confusión.

Hay un extremo de la habitación donde está casi intacto y allí, cuando las luces laterales se desvanecen y el sol poniente lo ilumina directamente, casi logro imaginar

una irradiación de todo: los interminables grutescos parecen formar un centro común y separarse luego a toda velocidad en precipitadas zambullidas igualmente caóticas.

Me cansa seguirlo todo. Creo que voy a dormir un rato.

No sé por qué tengo que escribir esto.

No quiero hacerlo.

No me siento capaz.

Y sé que a John le parecería absurdo. Pero *tengo* que decir lo que siento y lo que pienso de alguna manera: ¡me produce tanto alivio!

Pero el esfuerzo está llegando a ser mayor que el alivio.

Ahora la mitad del tiempo me noto terriblemente perezosa, y paso muchísimo tiempo tumbada.

John dice que no debo perder fuerzas, y me hace tomar aceite de hígado de bacalao y tónicos y otras cosas por el estilo, además de cerveza, vino y carne poco hecha.

¡Pobre John! Me quiere con toda el alma y sufre viéndome enferma. El otro día traté de tener con él una conversación seria y razonable y explicarle cuánto me gustaría que me dejara hacer una visita al primo Henry y a Julia.

Pero dijo que no estaba en condiciones de ir, ni tampoco podría soportarlo después de llegar allí; y por mi parte no conseguí ofrecer argumentos muy convincentes, porque me eché a llorar antes de acabar.

Se está convirtiendo para mí en un gran esfuerzo pensar correctamente. Imagino que todo viene de mi debilidad nerviosa.

Y el bueno de John me cogió en brazos, subió las escaleras, me dejó en la cama, se sentó a mi lado y me estuvo leyendo hasta que se me cansó la cabeza.

Me dijo que yo era su tesoro y su consuelo y todo lo que tenía en el mundo, y que tenía que cuidarme por él y conservar la salud.

Dice que yo soy la única que puede ayudarme a salir adelante, que debo utilizar toda mi voluntad y autodominio y no permitir que una estúpida fantasía se apodere de mí.

Me queda un consuelo y es que el niño está bien y contento, y no tiene que ocupar esta habitación con este horrible papel en las paredes.

¡Si no la hubiéramos utilizado nosotros, le habría tocado a ese pobre niño! ¡Ha sido una verdadera suerte! No hubiese querido ni por todo el oro del mundo que un hijo mío, una criaturita impresionable, viviera en un cuarto así.

Nunca se me había ocurrido antes, pero después de todo es una suerte que John me tenga aquí, porque estoy en condiciones de soportarlo mucho mejor que un bebé.

Por supuesto no he vuelto a mencionárselo —estoy demasiado escarmentada—, pero sigo vigilándolo de todas formas.

Hay cosas en ese papel que nadie sabe, ni sabrá nunca, excepto yo.

Detrás del dibujo exterior las formas borrosas se aclaran más cada día.

Es siempre la misma forma, pero en gran número.

Y es como una mujer que se agacha y se arrastra por detrás del dibujo. No me gusta nada. Me pregunto…, empiezo a pensar…, ¡me gustaría que John me sacara de aquí!

Es realmente difícil hablar con John de lo que me pasa, porque es una persona que sabe mucho y además está muy enamorado.

Pero lo intenté anoche.

Había luz de luna. La luna brilla por toda la habitación igual que sucede con el sol.

A veces no me gusta nada verlo: se arrastra muy despacio y siempre entra por una u otra ventana.

John estaba dormido y no quería despertarle, de manera que me quedé quieta viendo la luz de la luna sobre ese papel ondulante hasta que se me puso la carne de gallina.

La figura borrosa de detrás parecía sacudir el dibujo, exactamente como si quisiera salir.

Me levanté con mucho cuidado y me acerqué para ver y para sentir si el papel se movía *de verdad*, y cuando volví a la cama John se había despertado.

—¿Qué sucede, niñita mía? —preguntó—. No debes andar así…, cogerás frío.…

Se me ocurrió que era un buen momento para hablar, de manera que le conté que en realidad no estaba mejorando aquí y quería que me llevara a otro sitio.

—¿Cómo se te ocurre una cosa así? —respondió—; el alquiler acaba dentro de tres semanas y no podemos marcharnos antes. Aún no están terminados los arreglos en nuestra casa y yo no estoy en condiciones de dejar la ciudad en este momento. Sería otra cosa si de verdad estuvieras grave, pero lo cierto es que te encuentras mejor, aunque tú no te des cuenta. Soy médico, cariño, y lo sé. Estás ganando peso, tienes mejor color, comes con más apetito y en realidad estoy mucho menos preocupado que antes.

—No peso ni un gramo más —dije—; te aseguro que no; y quizá coma con más apetito por la noche cuando estás aquí, ¡pero siempre estoy desganada por la mañana cuando te has ido!

—¡Que Dios te bendiga, corazoncito! —me respondió, abrazándome muy fuerte —, ¡puedes estar todo lo enferma que te apetezca! Pero vamos a procurar estar mejor durante el día durmiéndonos ahora, y ¡ya hablaremos de eso por la mañana!

—Entonces, ¿no vamos a irnos? —pregunté muy triste.

—¿Cómo quieres que nos vayamos, cariño? No son más que tres semanas, y luego haremos un viaje corto muy agradable mientras Jennie prepara la casa. ¡Es cierto que estás mejor, créeme!

—Quizá mejor corporalmente… —empecé, y me detuve en seco, porque se sentó muy derecho en la cama y me lanzó una mirada tan severa y cargada de reproche que no fui capaz de decir una palabra más.

—Cariño —me dijo—, te suplico, por mí y por nuestro hijo, y también por ti

misma, que no dejes entrar esa idea en tu cabeza ni un solo instante. No hay nada tan peligroso y fascinante para un temperamento como el tuyo. Es una fantasía falsa y absurda. ¿Por qué no tienes confianza en mí como médico cuando te lo aseguro?

Así que, por supuesto, no dije nada más sobre aquel asunto, y no tardamos mucho en tratar de conciliar el sueño. John creyó que yo me había dormido primero, pero no era verdad, y seguí allí durante horas tratando de decidir si el dibujo de delante y el que queda en segundo término se movían juntos o por separado.

A la luz del día, en un dibujo como éste hay una falta de continuidad y un desafío de las leyes que resulta motivo constante de irritación para una mente normal.

El color es francamente horrendo, e inestable y exasperante, pero el dibujo es una verdadera tortura.

Piensas que ya lo has dominado, pero cuando llevas un buen rato siguiéndolo, da un salto mortal hacia atrás y estás perdida. Te da un bofetón, te tira al suelo y luego te pisotea. Es como una pesadilla.

El dibujo exterior es un complicado arabesco, que recuerda a un hongo. Imagínense grupos de setas venenosas, una interminable hilera de setas venenosas, produciendo yemas y brotes en inacabables circunvoluciones; bien, pues algo muy parecido.

Es decir, ¡a veces!

Este papel tiene una peculiaridad muy marcada, algo que nadie excepto yo parece advertir, y es que cambia con las modificaciones de la luz.

Cuando el sol penetra por la ventana que da al este —siempre estoy esperando a que llegue el primer rayo, largo y recto—, el papel cambia tan deprisa que nunca consigo creérmelo del todo.

Por eso lo espero siempre.

Con luz de luna —la luna entra toda la noche cuando está visible en el cielo— no me atrevería a decir que es el mismo papel.

De noche, con cualquier tipo de luz, al atardecer, con luz de vela o de lámpara, y aún peor con luz de luna, ¡se convierte en barras! Me refiero al dibujo exterior, y la mujer de detrás se ve con toda claridad.

Tardé mucho tiempo en darme cuenta de qué era lo que se veía detrás, el borroso dibujo secundario, pero ahora estoy totalmente segura de que es una mujer.

Durante el día se muestra sumisa, tranquila. Me imagino que es el dibujo lo que la hace estar tan inmóvil. Es una cosa tan desconcertante que me tiene horas y horas pendiente de ello.

Paso muchísimo tiempo tumbada. John dice que es bueno para mí, y que duerma todo lo que pueda.

En realidad inició él la costumbre al hacerme acostar durante una hora después de cada comida.

Yo estoy convencida de que es un hábito muy malo, dado que no duermo.

Y eso contribuye al engaño, porque no les digo que estoy despierta, ¡claro que no!

La verdad es que John empieza a darme un poco de miedo.

A veces parece muy extraño, e incluso Jennie tiene un aspecto inexplicable.

De cuando en cuando se me ocurre, tan sólo como una hipótesis científica, ¡que quizá sea el papel!

He observado a John cuando no sabía que le estaba mirando, y entra de pronto en el cuarto con las excusas más ingenuas, y varias veces le he sorprendido *¡mirando el papel!* Y también a Jennie. En una ocasión la vi tocándolo.

No sabía que yo estaba en el cuarto, y cuando le pregunté con voz tranquila, muy tranquila, de la manera más contenida posible, qué estaba haciendo con el papel, se volvió como si la hubieran sorprendido robando, me miró muy enfadada y me preguntó que por qué la había asustado de aquella manera.

Luego dijo que el papel ensuciaba todo lo que tocaba, que había encontrado manchas amarillas en toda mi ropa y en la de John, ¡y que le gustaría que tuviésemos más cuidado!

¿No es cierto que suena inocente? ¡Pero sé que estudiaba el dibujo y estoy decidida a que nadie más que yo descubra lo que esconde!

La vida es ahora mucho más emocionante de lo que solía. Dénse cuenta de que tengo algo más de lo que estar pendiente, algo que esperar, que vigilar. Es cierto que como mejor y que estoy más tranquila que antes.

¡John está tan contento de ver cómo mejoro! El otro día se rió un poco y dijo que parecía que estaba prosperando a pesar de mi papel de la pared.

Evité hablar del tema riéndome también yo. No tenía intención de decirle que era *a cama* del papel: me hubiera tomado el pelo. Tal vez hubiera querido incluso sacarme de aquí.

Ahora no quiero irme hasta que haya descubierto lo que pasa. Queda todavía una semana y creo que será suficiente.

¡Me siento muchísimo mejor! No duermo gran cosa de noche porque es muy interesante ver lo que está sucediendo; pero en cambio duermo durante el día.

De día es agotador y desconcertante.

Siempre hay nuevos brotes en los hongos y nuevas tonalidades de amarillo por todas partes. No soy capaz de llevar la cuenta, aunque he tratado de hacerlo concienzudamente.

Es un amarillo extrañísimo el de ese papel. Me hace pensar en todas las cosas amarillas que he visto en mi vida: no cosas hermosas como botones de oro, sino viejas y asquerosas, feas cosas amarillas.

Pero hay algo más acerca de ese papel, ¡el olor! Lo noté en el momento en que entramos en el cuarto, pero con tanto aire y sol no resultaba desagradable. Ahora llevamos una semana de niebla y lluvia, y tanto si las ventanas están cerradas como si

están abiertas, el olor no desaparece.

Se extiende por toda la casa.

Lo encuentro cerniéndose sobre el comedor, agazapado en el salón, escondido en el vestíbulo, esperándome en las escaleras.

Se me mete en el pelo.

Incluso cuando salgo a pasear a caballo, si vuelvo la cabeza de repente y lo sorprendo, ¡ahí está ese olor!

¡Y es un olor tan peculiar, además! He pasado horas tratando de analizarlo, para descubrir a qué se parece.

No es un olor malo…, al principio, porque resulta muy suave, pero al mismo tiempo es el más sutil y el más persistente con que me he tropezado nunca.

Con este tiempo tan húmedo llega a ser horrible: me despierto por la noche y lo encuentro suspendido sobre mí.

Al principio me perturbaba. Pensé seriamente en quemar la casa…, para llegar hasta el olor.

Pero ahora me he acostumbrado. Lo único que se me ocurre que se le parece, es ¡el *olor* del papel! Un olor amarillo.

Hay una señal muy extraña en esta pared, muy abajo, cerca del zócalo. Una raya que da la vuelta a la habitación. Pasa por detrás de todos los muebles, con excepción de la cama: una mancha larga, recta, regular, como si hubieran pasado algo por encima de la pared una y otra vez.

Me pregunto cómo se hizo, quién la hizo y para qué. Una vuelta y otra vuelta y otra vuelta, para luego volver a empezar: ¡consigue que me maree!

Por fin he descubierto de verdad algo.

Gracias a pasarme tanto tiempo vigilándolo de noche, cuando cambia tanto, he conseguido averiguarlo por fin.

El dibujo de delante se mueve y…, ¡no tiene nada de extraño! ¡La mujer que hay detrás lo zarandea!

Unas veces pienso que hay muchas mujeres detrás, y otras sólo una, que se arrastra muy deprisa todo alrededor, y al arrastrarse lo agita todo.

Luego en los puntos más brillantes se queda quieta, y en los sitios muy en sombra se agarra a los barrotes y los mueve con mucha fuerza.

Y trata todo el tiempo de atravesarlo. Pero nadie puede atravesar ese dibujo, porque se estrecha demasiado; creo que ésa es la razón de que haya tantas cabezas.

Empiezan a pasar, y luego el dibujo las estrangula, las pone cabeza abajo ¡y sólo se les ve el blanco de los ojos!

Y si cubrieran esas cabezas o se las llevaran no sería ni la mitad de terrible.

¡Creo que la mujer se escapa durante el día!

Y les voy a decir confidencialmente por qué lo creo: ¡la he visto!

¡La veo por todas mis ventanas!

Sé que es la misma mujer porque siempre se está arrastrando, y la mayoría de las mujeres no se arrastran de día.

La veo en la larga carretera bajo los árboles, arrastrándose, y cuando aparece un vehículo se esconde bajo, las zarzamoras.

No se lo reprocho en lo más mínimo. ¡Debe de ser muy humillante verse sorprendido arrastrándose de día!

Yo siempre cierro la puerta cuando me arrastro durante el día. No puedo hacerlo de noche, porque sé que John sospecharía algo inmediatamente.

Y John está tan raro ahora que no quiero irritarle. ¡Cómo me gustaría que se fuese a otra habitación! Además, quiero ser yo la única que saque de noche a esa mujer.

Con frecuencia me pregunto si podría verla por todas las ventanas al mismo tiempo.

Pero, por muy deprisa que me vuelva, sólo la veo cada vez por una.

Y, aunque siempre la veo, *¡quizá* yo no sea capaz de volverme tan deprisa como ella es capaz de arrastrarse!

A veces la he visto muy lejos en campo abierto, arrastrándose tan deprisa como la sombra de una nube cuando sopla un viento muy fuerte.

¡Si fuese posible separar el dibujo superior del de debajo! Estoy decidida a intentarlo, poco a poco.

He descubierto otra cosa curiosa, ¡pero esta vez no lo voy a decir! No es conveniente fiarse demasiado de la gente.

Sólo quedan dos días para quitar el papel, y me parece que John está empezando a darse cuenta. No me gusta cómo me mira.

Y he visto que le hacía muchas preguntas profesionales a Jennie acerca de mí, y ella le ha dado un informe muy bueno.

Le ha dicho que duermo mucho durante el día.

¡John sabe que no duermo muy bien de noche aunque me estoy muy quieta!

También a mí me ha hecho todo tipo de preguntas, fingiendo ser muy amable y quererme mucho.

¡Como si yo no fuese capaz de descubrir sus intenciones!

De todas formas no me extraña que actúe así después de dormir junto a ese papel durante tres meses.

Sólo me interesa a mí, pero estoy segura de que a John y a Jennie les ha afectado secretamente.

¡Hurra! Hoy es el último día, pero hay tiempo suficiente. John se quedó en la ciudad anoche y hoy no vendrá hasta muy tarde.

Jennie quería dormir conmigo…, ¡la muy ladina! Pero le dije que, por una noche, sin duda descansaría mejor completamente sola.

¡He sido muy lista, porque en realidad no he estado sola ni un momento! Tan

pronto como salió la luna y esa pobre criatura empezó a arrastrarse y a zarandear el dibujo, me levanté y corrí a ayudarla.

Yo tiraba y ella movía el dibujo, yo movía y ella tiraba, y antes de que amaneciera habíamos arrancado metros de papel.

Una franja hasta la altura de mi cabeza y a lo largo de media habitación.

Y luego, cuando salió el sol y ese horrible dibujo empezó a reírse de mí, ¡he prometido que acabaré hoy!

Nos marchamos mañana, y están bajando todos mis muebles para dejar las cosas como antes.

Jennie ha mirado asombrada la pared, pero le he explicado alegremente que lo he hecho por puro rencor hacia esa cosa tan abominable.

Ella se ha reído y ha respondido que no le importaría hacerlo ella misma, pero que no debo cansarme.

¡Cómo se ha traicionado esta vez!

Pero aquí estoy y nadie toca ese papel excepto yo; ¡al menos *vivo*!

Jennie ha intentado sacarme del cuarto…, ¡lo he comprendido con toda claridad! Pero le he dicho que estaba tan tranquilo y tan vacío y tan limpio que me parecía que me tumbaría y dormiría todo lo que pudiera; y que ni siquiera me despertase para cenar; que ya llamaría yo cuando me despertase.

De manera que ahora se ha ido, y se han ido los criados y también han desaparecido las cosas, y no queda nada excepto el marco de la gran cama clavado en el suelo, con el colchón de lona que tenía cuando llegamos.

Esta noche dormiremos en el piso bajo y mañana tomaremos el barco para volver a casa.

Me gusta mucho la habitación ahora que está otra vez vacía.

¡Qué destrozos hicieron aquellos niños!

¡Incluso el marco de la cama está roído!

Pero tengo que ponerme a trabajar.

He cerrado la puerta con llave y he tirado la llave al camino que hay delante de la casa.

No quiero salir y tampoco quiero que entre nadie hasta que venga John.

Quiero dejarle asombrado.

Tengo aquí una cuerda que ni siquiera Jennie ha encontrado. Si esa mujer sale y trata de irse, ¡la ataré!

Pero, ¡he olvidado que no puedo llegar muy arriba sin algo donde subirme!

¡La cama no se mueve!

He intentado levantarla y empujarla hasta hacerme daño, y luego me he enfadado tanto que he arrancado a mordiscos un trocito de madera en una esquina…, pero me he hecho daño en los dientes.

Luego he arrancado todo el papel que alcanzaba desde el suelo. ¡Se pega de una manera horrible y el dibujo disfruta con ello! ¡Todas esas cabezas estranguladas y

ojos saltones y fungosos tumores contoneantes chillan burlándose de mí!

Me estoy enfadando lo bastante como para hacer algo desesperado. Saltar por la ventana sería un ejercicio admirable, pero los barrotes son demasiado gruesos para intentarlo.

Además, tampoco lo haría. Claro que no. Sé muy bien que un paso como ése es incorrecto y podría ser mal interpretado.

Ni siquiera me gusta *mirar* por las ventanas: hay demasiadas de esas mujeres que se arrastran y ¡lo hacen tan deprisa!

Me pregunto si todas ellas han salido de ese papel de la pared igual que yo.

Pero ahora estoy perfectamente sujeta gracias a mi cuerda tan bien escondida…, ¡nadie *me* va a sacar a la carretera!

Supongo que tendré que volver detrás del dibujo cuando llegue la noche, ¡y eso es muy duro!

¡Es tan agradable salir a una habitación tan grande y arrastrarme por ella todo lo que me apetezca!

No quiero salir de aquí. No saldré, incluso aunque Jennie me lo pida.

Porque fuera hay que arrastrarse por el suelo, y todo es verde en lugar de amarillo.

Pero aquí me puedo arrastrar sin dificultad por el suelo, y mi hombro encaja perfectamente en esa larga mancha alrededor de la pared, de manera que no puedo perderme.

¡Vaya! ¡John está al otro lado de la puerta!

¡No sirve de nada, joven, no puede usted abrirla!

¡Cómo llama y golpea la puerta!

Ahora está pidiendo un hacha.

¡Sería una lástima echar abajo esa puerta tan hermosa!

—¡John, cariño! —dije con voz muy amable—, ¡la llave está junto a los escalones de la entrada, debajo de una hoja de plátano!

Eso le hizo callar unos instantes.

Luego dijo, muy calmosamente, desde luego:

—¡Abre la puerta, cariño!

—No puedo —dije—. ¡La llave está junto a la puerta principal debajo de una hoja de plátano!

Y luego lo repetí varias veces, muy amablemente y muy despacio; y lo repetí tanto que tuvo que ir y mirar, de manera que encontró la llave, claro está, y entró en el cuarto. Se detuvo bruscamente nada más atravesar el umbral.

—¿Qué sucede? —exclamó—. ¡Por el amor de Dios, qué estás haciendo!

Seguí arrastrándome igual que antes, pero le miré por encima del hombro.

—Por fin he conseguido salir —le dije—, a pesar de ti y de Jennie. ¡Y he arrancado la mayor parte del papel, de manera que no podrás volver a meterme!

¿Por qué se habrá desmayado ese individuo? Pero eso fue lo que hizo, y

precisamente en mi camino junto a la pared, ¡de manera que he tenido que arrastrarme por encima de él todas las veces!

Ambrose Bierce

LA MUERTE DE HALPIN FRAYSER

(The Death of Halpin Frayser, 1893)

La gran eclosión anglosajona que anunció el advenimiento del moderno cuento de miedo tuvo uno de sus pioneros indiscutibles en el excéntrico periodista y escritor norteamericano Ambrose Gwinnett Bierce (1842-1914?), ligado a Lovecraft no solamente por su gusto por lo macabro, su misantropía, su pesimismo y su temperamento taciturno, sino, al parecer, por lejanos vínculos de sangre a través de un común antepasado celta apellidado Gwynedd.

Aventurero y bohemio, Bierce participó de joven en la guerra civil americana como voluntario en las filas federales y acabó desapareciendo en México en plena revolución cuando pretendía unirse a las tropas de Pancho Villa. Tras de sí dejaba una serie de duelos provocados por su causticidad como columnista semanal en el naciente emporio periodístico de Hearts, que le convirtió en el más temible articulista del país, confirmando el apodo de «Bierce el amargo» que tan a pulso se ganara durante su estancia de cuatro años en Inglaterra.

De su extensa producción literaria aquí sólo nos interesan sus dos colecciones de relatos macabros «Tales of Soldiers and Civilians» (retitulado más tarde «In the Midst of Life») y «Can Such Things Be?», centrados todos en el hecho mismo de la muerte y la mayoría ambientados en plena guerra de secesión. Como afirma Lovecraft, «prácticamente todos los cuentos de Bierce son de horror; y aunque muchos de ellos tratan sólo de horrores físicos y psicológicos dentro del orden natural, una parte sustancial admite lo malignamente sobrenatural y representa una importante aportación a la literatura espectral norteamericana». Uno de sus preferidos es «La muerte de Halpin Frayser», ingeniosa y terrible variación sobre el tema edípico, con la que Bierce alcanza la plenitud de lo que, para H.P.L., son sus mejores logros dentro del género terrorífico: la presencia inequívoca de una «siniestra malevolencia al acecho» y el «arte de sus oscuras sugerencias».

LA MUERTE DE HALPIN FRAYSER[32]

Porque la muerte produce mayores cambios de lo que suele creerse. Si, generalmente, el alma salida del cuerpo regresa a él de vez en cuando y es vista a veces por los vivos (bajo su apariencia corporal), también ha sucedido que el mismo cuerpo desprovisto de alma haya deambulado por la tierra. Y quienes han sobrevivido para dar testimonio de estos encuentros manifiestan que tales espectros no tienen sentimientos, ni memoria de ellos, sino únicamente odio. Se sabe también que ciertos espíritus que fueron benignos en vida, después de muertos se convirtieron en malignos.

HALI

I

UNA oscura noche de verano, un hombre que dormía en un bosque despertó de un sueño apacible, levantó la cabeza del suelo y, tras contemplar brevemente la oscuridad, pronunció las siguientes palabras: «Catharine Larue». No añadió nada más; ni siquiera sabía los motivos por los que había dicho aquello.

El hombre se llamaba Halpin Frayser. Vivía en Santa Helena, pero ahora nadie sabe dónde vive, pues está muerto. Quien duerme en los bosques, sin nada por debajo más que la hojarasca y el suelo húmedo, y nada por arriba más que las ramas de las que han caído las hojas y el cielo del que procede la tierra, no puede esperar vivir muchos años, y Frayser había cumplido ya treinta y dos. Hay personas en este mundo, millones de personas, sin duda los mejores, que consideran esta edad como muy avanzada. Son los niños. Para aquellos que contemplan el viaje de la vida desde el puerto de salida, la barca que ha alcanzado una considerable distancia parece estar ya muy próxima a la otra orilla. Sin embargo, no es cierto que Halpin Frayser encontrara la muerte por dormir al raso.

Había pasado el día entero en las colinas al oeste de Napa Valley, buscando palomas y demás caza menor propia de la estación. Al anochecer el cielo se había cubierto de nubes y Frayser no podía orientarse. Y aunque no tenía más que descender en línea recta (siempre el camino más seguro cuando se ha perdido uno), la ausencia de senderos le había dificultado tanto la marcha que se le hizo de noche mientras se hallaba todavía en el bosque. Incapaz, en la oscuridad, de abrirse camino entre los matorrales de manzanita y demás maleza, completamente extraviado y abrumado por el cansancio, se había tumbado al pie de un gran madroño y se había dormido profundamente. Horas más tarde, en plena noche, uno de los misteriosos

mensajeros de Dios, destacándose de la incalculable hueste de sus compañeros que se dirigían al oeste huyendo del alba, pronunció una palabra en el oído del durmiente que le despertó, incorporándose y diciendo, sin saber por qué, un nombre, también desconocido, para él.

Halpin Frayser no tenía nada de filósofo, ni de hombre de ciencia. El hecho de que, al despertar de un profundo sueño en medio del bosque en plena noche, hubiera pronunciado en voz alta un nombre que no recordaba, no suscitó en él la curiosidad de indagar. Le pareció extraño y, tras haberse estremecido ligeramente, por confirmar la creencia general de que las noches veraniegas son frías, se tumbó de nuevo y volvió a dormirse. Pero esta vez tuvo un sueño.

Soñó que andaba por un camino polvoriento cuya blancura destacaba en medio de la cerrada oscuridad de una noche de verano. Ignoraba de dónde procedía y hacia dónde conducía aquel camino, y por qué lo recorría. Sin embargo, todo parecía de lo más simple y natural, como ocurre en los sueños, ya que en el País Más Allá del Lecho no hay lugar para la sorpresa y la razón deja de actuar. Muy pronto llegó a una encrucijada. Del camino principal partía un sendero menos transitado, que parecía abandonado desde hacía mucho tiempo, acaso, pensó Frayser, porque conducía a algún lugar maldito. Sin embargo, lo tomó sin vacilar, como impulsado por una imperiosa necesidad.

A medida que avanzaba se dio cuenta de que por él rondaban presencias invisibles que su mente no podía imaginar en concreto. A ambos lados del sendero, por entre los árboles, captaba murmullos entrecortados e incoherentes, en una lengua extraña que sólo comprendía a medias. Le parecían palabras sueltas procedentes de una monstruosa conjura contra su cuerpo y su alma.

Aunque era ya noche cerrada, el interminable bosque que atravesaba aparecía bañado por una luz trémula que no procedía de ninguna parte, pues nada proyectaba sombra en medio de aquella misteriosa claridad. Una charca poco profunda, que alguna lluvia reciente había formado en los surcos dejados por las ruedas de una carreta, atrajo su mirada por su reflejo carmesí. Se agachó y hundió en ella sus manos. Al sacarlas de nuevo sus dedos aparecieron manchados… ¡de sangre! La sangre, observó entonces, le rodeaba por todas partes. Las grandes hojas de las plantas que crecían exuberantemente al borde del sendero la exhibían en manchas y salpicaduras. Entre las rodadas aparecían fragmentos de polvo seco como agujereados y salpicados por una lluvia roja. Extensas manchas carmesí mancillaban los troncos de los árboles, de cuyo follaje goteaba sangre.

Frayser observaba todo esto con un sentimiento de terror que no parecía incompatible con la satisfacción de una expectativa natural. Le parecía que se trataba del castigo de algún crimen que no podía recordar con exactitud, aunque tuviera conciencia de su culpabilidad. Y esta certidumbre era un horror más a añadir a las amenazas y misterios del ambiente que le rodeaba. En vano pasó revista a su vida intentando descubrir las circunstancias de su pasado. Paisajes y episodios acudieron

en tropel a su mente, superponiéndose unas imágenes a oteas o entremezclándose confusamente, sin que pudiera vislumbrar nada de lo que buscaba. El fracaso aumentó su terror: tenía la sensación de haber matado a alguien en la oscuridad, sin saber a quién ni por qué. Tan espantosa era la situación —la misteriosa luz constituía una amenaza tan velada como atroz; las plantas nocivas, los árboles que de común acuerdo están investidos de un carácter melancólico o funesto, conspiraban tan abiertamente contra su paz; de todas partes surgían murmullos tan audibles y sobrecogedores, así como suspiros de criaturas tan manifiestamente sobrenaturales— que no pudo aguantar más y, haciendo un gigantesco esfuerzo por romper el maligno hechizo que le reducía al silencio y a la inmovilidad, gritó con toda la fuerza de sus pulmones. Su voz pareció quebrarse en una multitud de sonidos poco corrientes, fue perdiéndose en balbuceos por los lejanos ámbitos del bosque hasta apagarse, y todo volvió a ser como antes. Pero había empezado a resistirse y se sentía animado.

—No me someteré —dijo— sin ser escuchado. Puede que haya también poderes benéficos en este maldito camino. Les dejaré una nota con una súplica. Relataré mis pesares, las persecuciones que padezco ¡yo, indefenso mortal, pecador arrepentido, inofensivo poeta!

Halpin Frayser era poeta del mismo modo que pecador arrepentido: sólo en sueños.

Sacando del bolsillo un pequeño cuaderno de tapas de cuero rojo, dedicado en parte a memorándum, descubrió que no tenía lápiz. Rompió una rama de un arbusto, la sumergió en un charco de sangre y empezó a escribir rápidamente. Apenas había rozado el papel con la punta de su rama cuando estalló una sorda y loca carcajada a una distancia incalculable, y, aumentando en intensidad, pareció acercarse cada vez más. Una risa sin alma, ni corazón, ni alegría, como la de un idiota a media noche al borde de un lago, que culminó en un aullido infernal muy cercano, y después fue desvaneciéndose lentamente, como si el condenado ser que la había lanzado se hubiese retirado a los confines del mundo, de donde procedía. Pero Frayser adivinó que no era así, que estaba muy cerca y que no se había movido.

Una extraña sensación fue apoderándose poco a poco de su cuerpo y de su mente. No hubiera podido decir cuál de sus sentidos, si es que había alguno, era el afectado. Más bien parecía como si tuviera conciencia, una misteriosa certidumbre, de la existencia de una abrumadora presencia, una malevolencia sobrenatural distinta a la de aquellos seres invisibles que pululaban en torno suyo e infinitamente más poderosa. Sabía que era esa presencia la que había proferido aquella horrorosa carcajada. Y ahora parecía acercarse a él, sin que supiera de dónde venía, ni se atreviera a hacer conjeturas. Sus primitivos terrores fueron olvidados o se fundieron en el gigantesco terror que ahora le atenazaba. Aparte de esto, sólo tenía una preocupación: acabar de redactar su ruego a los poderes benignos que, atravesando el bosque encantado, podían rescatarle en cualquier momento si se le negaba la gracia de ser aniquilado. Escribió con formidable rapidez. La sangre manaba sin

interrupción de la rama que sostenía entre los dedos. Pero, en mitad de una frase, su mano se negó a obedecer a su voluntad, sus brazos cayeron a ambos lados, y el cuaderno al suelo. Incapaz de moverse o gritar, se encontró de pronto frente a un rostro cansado, de ojos vacíos y sin vida… ¡el rostro de su propia madre, pálida y muda en su mortaja!

II

En su juventud, Halpin Frayser había vivido con sus padres en Nashville, Tennessee. Los Frayser eran gente acaudalada y disfrutaban de una buena posición en la sociedad que había sobrevivido a los desastres de la guerra civil. Sus hijos se habían beneficiado de las ventajas sociales y educativas de la época y el lugar, y poseían unos excelentes modales y una sólida cultura. Halpin, el menor y de salud más bien delicada, se había «echado a perder» quizá un poco. Había tenido la doble desventaja de la asiduidad de una madre y la negligencia de un padre. Frayser *père* era lo que cualquier hombre de posición del Sur no podía dejar de ser: un político. Su país, o mejor dicho, su distrito y su estado, absorbían hasta tal punto su tiempo y su atención que, ensordecido por los detonantes discursos de los jefes políticos y por el griterío, incluido el suyo, se veía obligado a prestar oídos sólo en parte a sus propias exigencias familiares.

Soñador, indolente y más bien romántico, el joven Halpin sentía más inclinación por la literatura que por el derecho, profesión que le estaba destinada. Aquellos parientes suyos que creían en las modernas teorías acerca de la herencia, veían en él al difunto Myron Bayne, su bisabuelo materno, que había vuelto para contemplar las fases de la luna, astro cuya considerable influencia en su vida le había convertido en un poeta de no poca reputación en la Colonia. Aunque no especialmente observado, era digno de observación que, si bien ningún Frayser que no poseyera con orgullo un suntuoso ejemplar de las «obras poéticas» de su antepasado (editadas por cuenta de la familia, y desde hace mucho tiempo retiradas de un mercado inhóspito) era considerado como tal, a su heredero espiritual se le negaban contra toda lógica los honores debidos al ilustre difunto. En términos generales desaprobaban a Halpin, le consideraban la oveja negra intelectual capaz de deshonrar en cualquier momento al rebaño poniéndose a balar en verso. Los Frayser de Tennessee eran gente práctica, no en el sentido popular de entregarse a ocupaciones sórdidas, sino por manifestar un vigoroso desdén ante cualquier cualidad que inhabilitara a un hombre para la saludable vocación política.

Para ser justos con el joven Halpin, conviene señalar que, si bien podían encontrarse en él, fielmente reproducidas, la mayoría de las características mentales y morales atribuidas por la tradición histórica y familiar al famoso bardo colonial,

únicamente se le consideraba depositario del don divino por pura deducción. No solamente no había cortejado jamás a la Musa, sino que en realidad era incapaz de escribir correctamente un solo verso, aunque de ello dependiera su vida. Sin embargo, era imposible saber si esta facultad latente no despertaría algún día y le haría pulsar la lira.

Entretanto, el joven se mostraba más bien como un perfecto inútil. Se entendía a la perfección con su madre, pues la dama era, en secreto, una ferviente discípula del difunto e ilustre Myron Bayne, aunque, con el tacto tan justamente admirado en las personas de su sexo (a despecho de los atrevidos calumniadores que insisten en atribuirlo a la astucia), había tenido siempre cuidado de ocultar su debilidad a los ojos de todos aquellos que no la compartían. Su complicidad a ese respecto era un vínculo más entre ellos. Si su madre le había «echado a perder» en la infancia, Halpin, por su parte, había hecho todo lo posible por facilitárselo. A medida que iba llegando a ese grado de virilidad que sólo puede alcanzar un sureño indiferente al resultado de los comicios, el apego entre él y su bella madre —a quien llamaba Katy desde su más tierna infancia— se hizo de a fío en año más fuerte y más dulce. En esas dos naturalezas románticas se manifestaba de manera notable un fenómeno que suele descuidarse: el predominio del elemento sexual en todas las relaciones humanas, el cual las fortalece, suaviza y embellece, incluso las de consanguinidad. Eran casi inseparables hasta el punto de que los que no les conocían los tomaban a menudo por enamorados.

Un día Halpin Frayser entró en el gabinete de su madre, la besó en la frente, acarició un rato un mechón de su cabello negro que se había escapado de las horquillas, y dijo con un visible esfuerzo por simular calma:

—¿Te importaría mucho, Katy, que me fuera a California por algunas semanas?

Apenas hubo necesidad de que los labios de Katy respondieran a una pregunta que sus delatoras mejillas habían contestado de inmediato. Le importaba mucho, sin duda, y las lágrimas que brotaron de sus grandes ojos marrones no hicieron más que confirmar este testimonio.

—¡Ay, hijo mío! —dijo ella, mirándole a la cara con infinita ternura—, debería haber sospechado algo por el estilo. Estuve en vela casi toda la noche pasada, llorando porque el abuelo Bayne se me había aparecido en sueños nada más dormirme. De pie junto a su retrato, tan joven y tan guapo como en él, me señaló con un dedo tu retrato en la misma pared. Pero cuando miré no pude ver tus facciones: te habían pintado con uno de esos paños que solemos poner sobre el rostro de nuestros muertos. Tu padre se ha reído de mí, pero tú y yo, querido, sabemos que esas cosas no ocurren en vano. Y debajo del paño vi huellas de dedos en tu garganta… Perdóname, pero estamos acostumbrados a no ocultarnos nada el uno al otro. Tal vez puedas tú darme otra interpretación. Tal vez no signifique que no debas marcharte a California. ¿O significa, quizá, que debes llevarme contigo?

Es menester confesar que, a la luz de una prueba recién descubierta, esta

ingeniosa interpretación del sueño no mereció la plena aprobación de la mente más lógica del hijo. Halpin estaba convencido, al menos de momento, de que el sueño presagiaba una calamidad más simple e inmediata, aunque menos trágica, que una visita a la costa del Pacífico. Tenía la impresión de que iba a ser estrangulado en su tierra natal.

—¿No hay fuentes termales en California —prosiguió la señora Frayser, sin darle tiempo a exponer su propia interpretación del sueño— donde uno pueda curarse el reumatismo y las neuralgias? Mira: mis dedos están rígidos; estoy casi segura de que me han estado doliendo mientras dormía.

Le tendió las manos para que las examinara. El cronista no podría decir cuál fue el diagnóstico, que el joven prefirió ocultar con una sonrisa, pero se siente obligado a afirmar que jamás dedos más flexibles y que mostraran menos señales de dolor fueron sometidos a examen médico por la más encantadora de las pacientes, deseosa de viajar por prescripción facultativa.

El resultado fue que de estas dos personas poco corrientes, que igualmente tenían nociones poco corrientes acerca del deber, una se fue a California, como lo exigían los intereses de su cliente, y la otra se quedó en casa en cumplimiento de un deseo del que su marido apenas era consciente.

Durante su estancia en San Francisco, una oscura noche en que paseaba por el puerto, Halpin Frayser se enroló como marinero de un modo tan repentino que le sorprendió y desconcertó. En realidad fue emborrachado y conducido contra su voluntad a un imponente navío, que zarpó hacia un lejano país. Pero sus desventuras no terminaron con ese viaje, pues el buque naufragó en una isla al sur del Pacífico y pasaron seis años hasta que una emprendedora goleta recogiera a los supervivientes y los llevara de vuelta a San Francisco.

Aunque con la bolsa vacía, Frayser seguía siendo tan orgulloso como en la época de su partida, que a él le parecía lejanísima. No quería aceptar ningún tipo de ayuda de personas desconocidas, y fue mientras vivía con otro superviviente cerca de la ciudad de Santa Helena, esperando noticias y ayuda económica de su familia, cuando se le ocurrió ir a cazar y a soñar.

III

¡Qué horrible era el espectro que se le había aparecido al soñador en el bosque encantado, esa cosa tan semejante y sin embargo tan distinta a su madre! No despertó en su corazón ni amor ni nostalgia. Tampoco le trajo recuerdos agradables de un pasado feliz ni le inspiró sentimiento alguno. El miedo ahogó sus más delicadas emociones. Trató de dar media vuelta y huir, pero sus piernas le parecieron de plomo y no pudo levantar los pies del suelo. Sus brazos colgaban inertes a sus costados;

únicamente conservaba el control de sus ojos, pero no se atrevía a apartarlos de las pupilas sin brillo de la aparición, que él sabía que no era un alma sin cuerpo sino el más espantoso de todos los seres que infestaban aquel bosque encantado: ¡un cuerpo sin alma! En su mirada vacía no había ni amor, ni piedad, ni inteligencia; nada a lo que dirigir una súplica de misericordia. «No ha lugar a una apelación», pensó, en una absurda reversión a su jerga profesional que acentuó el horror de la situación, como la lumbre de un cigarro al iluminar una tumba.

Durante un tiempo —tan largo que el universo pareció envejecer, bajo el peso de los años y las culpas, y el bosque encantado, una vez logrado su objetivo mediante aquella monstruosa culminación de sus terrores, desapareció de la mente de Frayser con todas sus imágenes y sonidos— la aparición permaneció muy cerca de él, mirándole con la obtusa malignidad de una fiera salvaje. De pronto, extendiendo las manos hacia delante, saltó sobre él con asombrosa ferocidad. Esta acción liberó sus energías físicas pero no su voluntad; su mente seguía todavía hechizada, pero su poderoso cuerpo y sus ágiles miembros, dotados de una vida propia, ciega e insensata, resistían vigorosamente. Por un momento, como ocurre en los sueños, le pareció estar presenciando como un simple espectador el monstruoso combate entre una inteligencia muerta y un mecanismo dotado de soplo vital. Luego recobró su identidad, como espoleado por un repentino impulso en su interior, y el esforzado autómata se vio en posesión de una voluntad tan activa y tan vehemente como la de su horripilante adversario.

Pero ¿qué mortal puede hacer frente a un ser engendrado en sus sueños? Al crear su enemigo, la imaginación está vencida de antemano; el resultado es la causa misma del combate. A pesar de sus esfuerzos, a pesar de su resistencia y de su actividad, que parecían perderse en el vacío, sintió cerrarse en torno a su cuello los helados dedos. Caído de espaldas sobre el suelo, vio encima de él, a un palmo de distancia, el rostro muerto y descarnado, y al instante todo se oscureció. Luego se oyó un sonido como de lejanos redobles de tambor, un enjambre de voces susurrantes, un agudo y distante grito que lo reducía todo al silencio; y Halpin Frayser soñó que estaba muerto.

IV

A la tibia y clara noche siguió una mañana de espesa niebla. El día anterior, a media tarde, se había visto una nubecilla de vapor —apenas un espesamiento de la atmósfera, la imagen fantasma de una nube— colgando del flanco occidental del monte Santa Helena, por encima de las áridas alturas cercanas a la cumbre. Era tan fina, tan diáfana, tan parecida a una fantasía hecha realidad, que cualquiera habría exclamado: «¡Miren rápidamente! En un instante desaparecerá».

Un instante después aumentó de tamaño y se hizo más densa. Mientras que por un

lado colgaba de la montaña, por el otro se esparcía más y más en el aire por encima de las laderas más bajas. Al mismo tiempo se extendía hacia el norte y hacia el sur, fundiéndose con pequeños jirones de niebla que parecían surgir de la falda de la montaña, a la misma altura de la nube, con el deliberado propósito de ser absorbidos. Y así creció y creció hasta que la cumbre ya no pudo verse desde el valle, que quedó completamente cubierto por una bóveda opaca y gris. En Calistoga, que se encuentra a la entrada del valle, al pie de la montaña, tuvieron una noche sin estrellas y una mañana sin sol. La niebla, hundiéndose en el valle, había llegado hasta el sur, tragándose un rancho tras otro, hasta ocultar la ciudad de Santa Helena, a nueve millas de distancia. El polvo cubría el camino; los árboles chorreaban humedad; los pájaros permanecían callados en sus refugios; la mañana lucía pálida y espectral, sin color ni calor.

Al apuntar el alba, dos hombres abandonaron la ciudad de Santa Helena y tomaron el camino que remonta el valle en dirección norte hacia Calistoga. Llevaban sendas escopetas al hombro, pero nadie que conociera un poco el asunto les habría tomado por cazadores de pájaros o de alimañas. Uno era el ayudante del *sheriff* de Napa y el otro un detective de San Francisco; sus hombres: Holker y Jaralson, respectivamente. Perseguían a un hombre.

—¿Queda muy lejos? —preguntó Holker. Mientras andaban, sus pies removían el polvo bajo la húmeda superficie del camino.

—¿La Iglesia Blanca? A media milla solamente —contestó el otro.

»Por cierto —añadió— ni es iglesia ni es blanca. Se trata de una escuela abandonada, gris por los años y el descuido. En un tiempo, cuando todavía era blanca, se celebraron en ella servicios religiosos, y tiene un cementerio que haría las delicias de un poeta. ¿Adivina por qué le mandé llamar y le dije que viniera armado?

—¡Oh!, nunca le molestaría con semejante tipo de cosas. Llegado el momento usted se muestra siempre comunicativo. Pero, si he de aventurar una respuesta, le diré que usted pretende que le ayude a arrestar a uno de los cadáveres del cementerio.

—¿Se acuerda usted de Branscom? —dijo Jaralson, tomando la gracia de su compañero con el desdén que se merecía.

—¿El tipo que le cortó el cuello a su esposa? Como para no acordarme: perdí una semana de trabajo a cuenta suya y tuve mis gastos. Ofrecen una recompensa de quinientos dólares, pero nadie ha conseguido echarle la vista encima. ¿No irá usted a decirme…?

—Pues sí. Le han tenido ante sus narices todo este tiempo, muchachos. Viene por las noches al viejo cementerio de la Iglesia Blanca.

—¡Demonios! Allí es donde enterraron a su esposa.

—Bueno. Deberían haber sospechado que tarde o temprano volvería a su tumba.

—Es el último lugar al que se nos habría ocurrido que volviera.

—Sin embargo agotaron ustedes los restantes lugares. Enterado de su fracaso le «esperé» aquí.

—Y, ¿le encontró?

—¡Maldita sea! ¡Él me encontró a *mí*! El bribón se me echó encima, me sujetó y me obligó a andar. Gracias a Dios pude salir del paso. ¡Menudo es él! Creo que me conformaría con la mitad de la recompensa, si usted necesita la otra mitad.

Holker rió de buena gana y explicó que sus acreedores estaban más pesados que nunca.

—Simplemente quería mostrarle el terreno y convenir con usted un plan —explicó el detective—. Pensé que era preferible que fuésemos armados, incluso de día.

—Ese hombre debe de ser un demente —dijo el ayudante del *sheriff*—, y la recompensa es por su captura y condena. Si está loco no le condenarán.

Holker quedó tan profundamente afectado por ese posible fallo de la justicia que sin querer se detuvo en medio del camino, para luego proseguir su marcha con menos entusiasmo.

—Bueno, desde luego lo parece —asintió Jaralson—. Debo reconocer que jamás he visto un bribón más melenudo, desgreñado y sin afeitar, fuera de la antigua y honorable cofradía de los vagabundos. Sin embargo, me he propuesto dar con él, no puedo abandonar la partida. De cualquier modo, nos esperan días de gloria. Fuera de nosotros dos, nadie sabe que se encuentra a este lado de la Montaña de la Luna.

—De acuerdo —dijo Holker—; iremos allá y examinaremos el terreno «donde dentro de poco yacerás» —añadió, en palabras que en otros tiempos fueron epitafio favorito del lugar—. Quiero decir, si ese Branscom llega a cansarse de usted y de su impertinente intromisión. Por cierto, el otro día oí decir que Branscom no era su verdadero nombre.

—¿Cuál es entonces?

—No puedo recordarlo. Había perdido todo interés por ese miserable y no presté atención al detalle. Algo así como Pardee. La mujer a la que tuvo el mal gusto de degollar era viuda cuando él la conoció. Había venido a California en busca de unos parientes. Hay personas que a veces hacen esas cosas. Pero usted ya debe saberlo.

—Desde luego.

—Una pregunta: si no sabía el verdadero nombre, ¿qué feliz inspiración le permitió encontrar la tumba? El individuo que me informó de su verdadero nombre me dijo que estaba grabado en la lápida.

—No sé dónde está la tumba —Jaralson parecía algo reacio a admitir su ignorancia acerca de un detalle tan importante de su plan—. He estado vigilando el cementerio, eso es todo. Parte de nuestro trabajo esta mañana consistirá en localizar esa tumba. Ahí está la Iglesia Blanca.

Durante un largo trecho el camino había estado bordeado de campos a ambos lados, pero ahora, a la izquierda, surgía un bosque de robles, madroños y gigantescos abetos, cuyos troncos aparecían borrosos y espectrales por efecto de la niebla. La maleza era espesa en algunos lugares, pero nunca impenetrable. Durante algún

tiempo Holker no pudo ver el edificio, pero al adentrarse en los bosques lo descubrió, confusamente perfilado en medio de la bruma, enorme y distante. Unos pasos más y lo tuvieron al alcance de la mano, nítido, sombrío, chorreando humedad, de tamaño insignificante. Era la típica escuela rural, diseñada en forma de caja de embalaje, con basamento de piedra, tejado cubierto de musgo, y falsas ventanas, cuyos cristales y marcos hacía tiempo que habían desaparecido. Se encontraba en un estado ruinoso, pero no era una ruina. Era más bien el típico sucedáneo californiano de lo que las guías turísticas extranjeras denominan «monumentos del pasado». Sin apenas echar un vistazo a este edificio tan poco interesante, Jaralson se internó en la húmeda maleza que le rodeaba.

—Voy a mostrarle el lugar donde me asaltó —dijo—. Éste es el cementerio.

Esparcidos entre los arbustos veíanse pequeños recintos conteniendo una o más tumbas. Se las reconocía como tales por sus losas descoloridas, sus tablones podridos, algunos inclinados y el resto caídos, por las estropeadas cercas que las circundaban, o, con menos frecuencia, por el mismo túmulo de piedras cubierto de hojarasca. En algunos casos, el lugar donde yacían los restos de algún pobre mortal —que al abandonar «un vasto círculo de afligidos amigos» había sido a su vez abandonado por ellos— sólo estaba señalado por una depresión en la tierra, más duradera que la dejada en el ánimo de los que habían llorado su muerte. Los senderos, si es que hubo alguno, hace tiempo que habían desaparecido. Arboles de considerable tamaño habían crecido anárquicamente sobre las tumbas, derribando las cercas con sus raíces y ramas. Por doquier reinaba esa atmósfera de abandono y decadencia que en ningún lugar parece tan adecuada y significativa como en una aldea de muertos olvidados.

Mientras los dos hombres se abrían camino entre los arbustos, el decidido de Jaralson, que marchaba en cabeza, se detuvo de pronto, alzó la escopeta a la altura del pecho, murmuró en voz baja unas palabras de alarma, y permaneció inmóvil mirando fijamente al frente. Obstruido por la maleza, su compañero, aunque no veía nada, adoptó su misma actitud tan pronto como pudo, preparándose para lo que pudiera suceder. Un instante después Jaralson siguió avanzando cautelosamente, seguido por su amigo.

Bajo las ramas de un enorme abeto rojo yacía el cadáver de un hombre. De pie junto a él, en silencio, observaron ambos los detalles que más suelen atraer la atención al principio: el rostro, la postura, la ropa, en suma todo lo que responde más pronta y rotundamente a las mudas preguntas suscitadas por la curiosidad y la compasión.

El cuerpo estaba boca arriba, con las piernas muy separadas. Tenía un brazo extendido hacia fuera y el otro doblado sobre el cuerpo formando un ángulo agudo, con la mano cerca de la garganta. Los dos puños aparecían fuertemente apretados. La postura hacía presumir una desesperada e inútil resistencia… pero ¿a qué?

A su lado yacía una escopeta y un morral, a través de cuyas mallas se veía el plumaje de las aves muertas. Por todas partes había indicios de una lucha feroz:

retoños de encinas venenosas aparecían doblados y desprovistos de hojas y corteza; unos pies que no eran los del muerto habían amontonado hojas podridas a ambos lados de sus piernas; junto a las caderas se veían huellas inconfundibles de rodillas humanas.

La naturaleza de la lucha se ponía claramente de manifiesto con sólo mirar la garganta y el rostro del cadáver. Ambos presentaban un tono púrpura, casi negro, mientras que tanto el pecho como las manos estaban blancos. Los hombros reposaban sobre un montículo, lo que hacía posible que la cabeza cayera hacia atrás, de modo que los dilatados ojos miraran fijamente en dirección contraria a la de los pies. Por la boca, abierta y llena de espuma, asomaba la lengua, negra e hinchada. El cuello mostraba horribles contusiones: no ya simples huellas de dedos, sino magulladuras y heridas producidas por dos manos fuertes que, una vez hundidas en la carne viva, debieron prolongar su terrible presión hasta mucho después de ocasionar la muerte a su víctima. El pecho, la garganta y el rostro estaban mojados; los vestidos, empapados; gotas de agua, condensadas de la niebla, cubrían el pelo y el bigote.

Los dos hombres observaron todo esto en silencio, casi de un vistazo. Luego, Holker dijo:

—¡Pobre diablo! Ha debido ser espantoso.

Jaralson vigilaba atentamente los alrededores del bosque, sosteniendo con ambas manos la escopeta, convenientemente amartillada, y con el dedo apoyado en el gatillo.

—Esto ha sido obra de un maníaco —dijo, sin apartar los ojos del bosque circundante—. Lo ha debido hacer Branscom… o Pardee.

Algo semioculto entre las hojas revueltas del suelo atrajo la atención de Holker. Era un cuaderno de cuero rojo. Lo cogió y lo abrió. Contenía varias hojas en blanco destinadas a anotaciones y en la primera figuraba un nombre: «Halpin Frayser». En las páginas siguientes, escritos en tinta roja y garabateados a toda prisa, casi ilegibles, había unos versos, que Holker leyó en voz alta, mientras su compañero continuaba escudriñando los sombríos confines grisáceos de aquel angosto paraje, recelando de las gotas de agua que no cesaban de caer de las pesadas ramas:

«Casi por algún misterioso sortilegio, permanecí
En la iluminada penumbra de un bosque encantado.
Allí el mirto y el ciprés emparejaban sus ramas
En simbólica y funesta hermandad.

El melancólico sauce susurraba al tejo;
Debajo, la ruda y la mortal belladona
Se entrelazaban con siemprevivas en extrañas
Y fúnebres formas, y crecían horrorosas ortigas.

Ni cantos de pájaros, ni zumbidos de abejas,
Ni leves hojas mecidas por la saludable brisa:
El aire estaba estancado, y el Silencio parecía
Un ser vivo que habitara entre los árboles.

Una conjura de espíritus susurraba en la penumbra,
A media voz, los secretos de la tumba.
Goteaban sangre los árboles y, a la luz embrujada,
Las hojas brillaban con rojizo fulgor.

¡Grité! El maleficio, todavía intacto,
Dominaba mi espíritu y mi voluntad.
Desalentado, indefenso, desesperado y desolado,
Luché contra monstruosos presagios de maldad.

Al fin, lo invisible…»

Holker dejó de leer: no había más. El manuscrito se interrumpía a mitad de un verso.

—Suena a Bayne —dijo Jaralson que, a su manera, tenía algo de erudito. Mientras contemplaba el cadáver tendido a sus pies, había renunciado a su vigilancia.

—¿Quién es Bayne? —preguntó Holker sin gran interés.

—Myron Bayne, un tipo que gozó de cierto renombre en los primeros años de nuestra nación, hace más de un siglo. Escribió cosas terriblemente lúgubres. Tengo sus obras completas. Este poema no figura en ellas, pero debieron omitirlo por descuido.

—Hace frío —dijo Holker—. Vámonos de aquí. Debemos informar al juez de guardia de Napa.

Jaralson nada dijo, pero emprendió la marcha. Al pasar junto al túmulo de tierra donde yacían los hombros y la cabeza del muerto, su pie tropezó con un objeto duro escondido bajo la hojarasca y se molestó en desenterrarlo a puntapiés. Era un trozo de lápida caída en el que estaban grabadas dos palabras, apenas legibles: «Catharine Larue».

—¡Larue! —exclamó Holker, con repentina animación—. ¡Ése es el verdadero nombre de Branscom, no Pardee! ¡Dios mío!, ahora lo recuerdo todo: ¡el nombre de la mujer asesinada era Frayser!

—En todo este asunto hay algo misterioso que no me gusta nada —dijo el detective Jaralson—. Odio esta clase de historias.

Entonces llegó hasta ellos de las profundidades de la niebla, al parecer desde una gran distancia, el sonido de una risa ahogada, premeditada, monótona, tan triste como la de una hiena merodeando de noche en medio del desierto. Una risa que

gradualmente se fue haciendo más fuerte, más nítida y más terrorífica, hasta dar la impresión de casi rozar los límites del estrecho círculo al que se limitaba la visión de ambos. Una risa tan sobrenatural, tan inhumana, tan diabólica, que despertó en estos dos intrépidos cazadores de hombres un indecible horror. Ni siquiera se les ocurrió hacer uso de sus armas: la amenaza de aquel horrible sonido no era de las que se conjuran con armas. Y así como había surgido del silencio, así fue desvaneciéndose en él. Con un grito culminante, que pareció resonar en sus oídos, se atenuó poco a poco en la lejanía, hasta que sus débiles notas, siempre tristes y mecánicas, se extinguieron en el silencio a una distancia incalculable.



HOWARD PHILLIPS LOVECRAFT (Providence, Estados Unidos, 20 de agosto de 1890 - ibídem, 15 de marzo de 1937) fue un escritor estadounidense, autor de novelas y relatos de terror y ciencia ficción. Se lo considera un gran innovador del cuento de terror, al que aportó una mitología propia (*Los mitos de Cthulhu*), desarrollada en colaboración con otros autores y aún vigente. Su obra constituye un clásico del terror cósmico materialista, una corriente que se aparta de la temática tradicional del terror sobrenatural (satanismo, fantasmas), incorporando elementos de ciencia ficción (razas alienígenas, viajes en el tiempo, existencia de otras dimensiones). Cultivó también la poesía, el ensayo y la literatura epistolar.

Notas

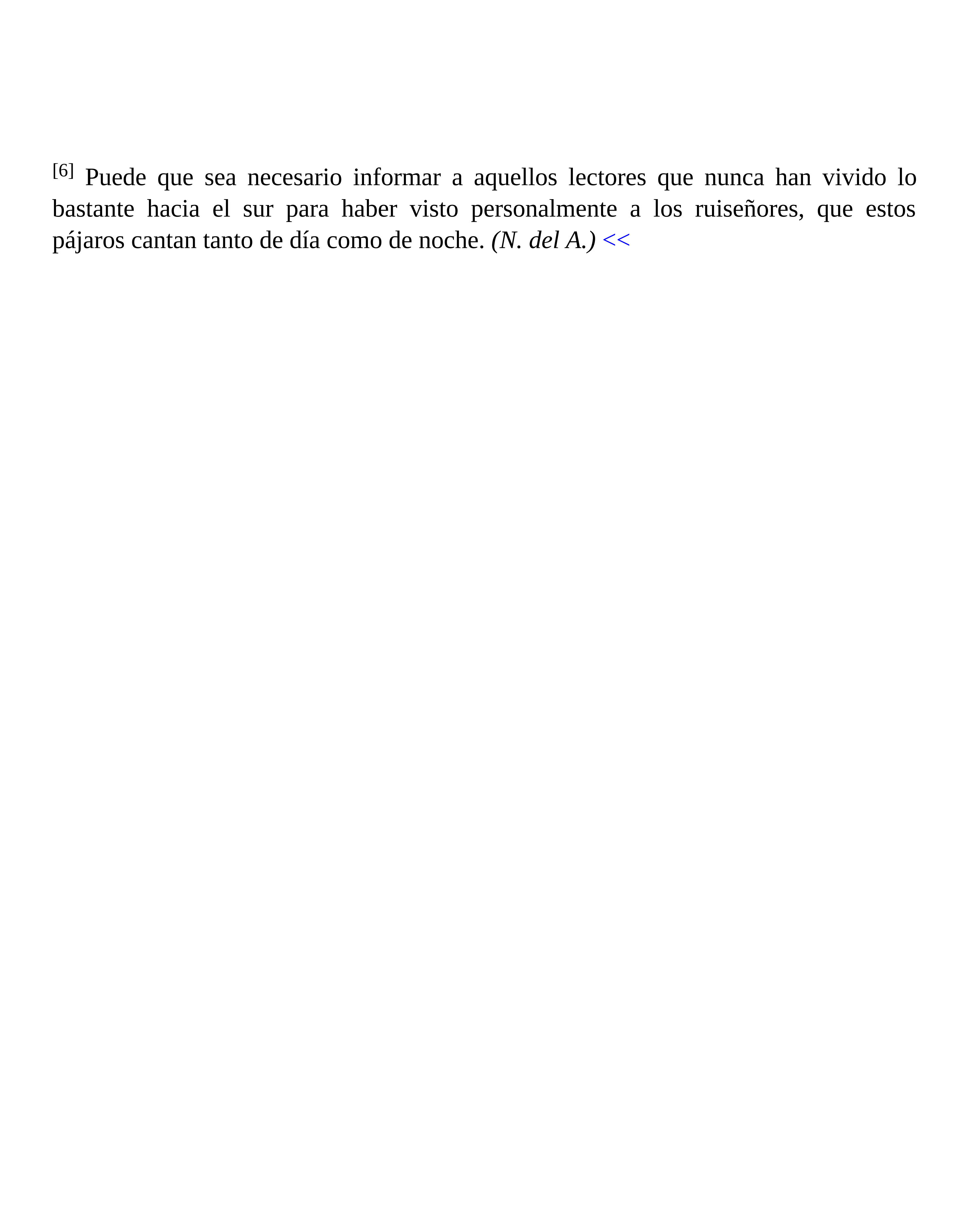
[1] Traducción de J. A. Molina Foix. <<

[2] Traducción de J. A. Molina Foix. <<

[3] Traducción de F. Torres Oliver. <<

[4] Traducción de J. A. Molina Foix. <<

[5] Traducción de J. A. Molina Foix. <<



[6] Puede que sea necesario informar a aquellos lectores que nunca han vivido lo bastante hacia el sur para haber visto personalmente a los ruiseñores, que estos pájaros cantan tanto de día como de noche. *(N. del A.)* <<

[7] Traducción de J. A. Molina Foix. <<

[8] Miembros del partido del Parlamento durante la guerra civil del siglo XVII, así llamados por su puritana costumbre de llevar el pelo muy corto, cuando los partidarios del rey usaban largas melenas. *(N. del T.)* <<



[9] Se refiere a la que formó Jacobo II, rey de Inglaterra, en la ciudad francesa de Saint-Germain-en-Laye, cerca de París, al ser depuesto en 1688. *(N. del T.)* <<

[10] Traducción de Carmen Virgili. <<

[11] *Hija del amor y de la luz*, en el original *Child of love and light*, cita literal de uno de los versos de la *Dedicatoria* a Mary W. Shelley, con la que su esposo, el gran poeta del romanticismo inglés Percy B. Shelley, quiso encabezar su poema épico *La Revuelta del Islam. (N. de la T.)* <<

[12] Traducción de J. L. López Muñoz. <<

[13] Traducción de J. L. López Muñoz. <<

[14] Traducción de J. A. Molina Foix. <<

[15] Se trata de Catherine Stevens (1800-1876), escritora inglesa interesada por el espiritismo y el ocultismo, y conocida sobre todo por sus cuentos de terror, como «A Story of a Weir-Wolf» o «The Dutch Officer's Story», reunidos en 1848 en *The Night Side of Nature. (N. del T.)* <<

[16] Así llaman los musulmanes a los zoroástricos, adoradores del sol. *(N. del T.)* <<

[17] Los más poderosos y malvados *yinn* o genios de la mitología arábiga, representados en *Las mil y una noches* con cuernos, zarpas de león, pezuñas de asno y tamaño gigantesco. *(N. del T.)* <<

[18] Alusión a *Las mil y una noches*: «Historia del pescador». *(N. del T.)* <<

[19] Episodio recogido en esta antología. *(N. del E.)* <<

[20] Poco más de un metro cuarenta centímetros. *(N. del T.)* <<



[21] *Viaje a donde gustéis* (1843), de Alfred de Musset, libro romántico de viajes y fantasías. *(N. del T.)* <<

[22] Traducción de J. A. Molina Foix. <<

[23] Traducción de J. A. Molina Foix. <<

[24] Fanático jacobita, protagonista de la novela homónima de Walter Scott. *(N. del T.)*
<<

[25] Traducción de J. L. López Muñoz. <<

[26] Éxodo V, 8. <<

[27] Traducción de J. A. Molina Foix. <<

[28] Ópera del marsellés Ernest Rever (1825-1909) sobre la leyenda de los Nibelungos. *(N. del T.)* <<

[29] Traducción de J. A. Molina Foix. <<



[30] En el argot náutico británico Davy Jones es el espíritu del mar, el diablo de los marinos, y su pañol es la tumba de los que mueren en alta mar. *(N. del T.)* <<

[31] Traducción de J. L. López Muñoz. <<

[32] Traducción de J. A. Molina Foix. <<